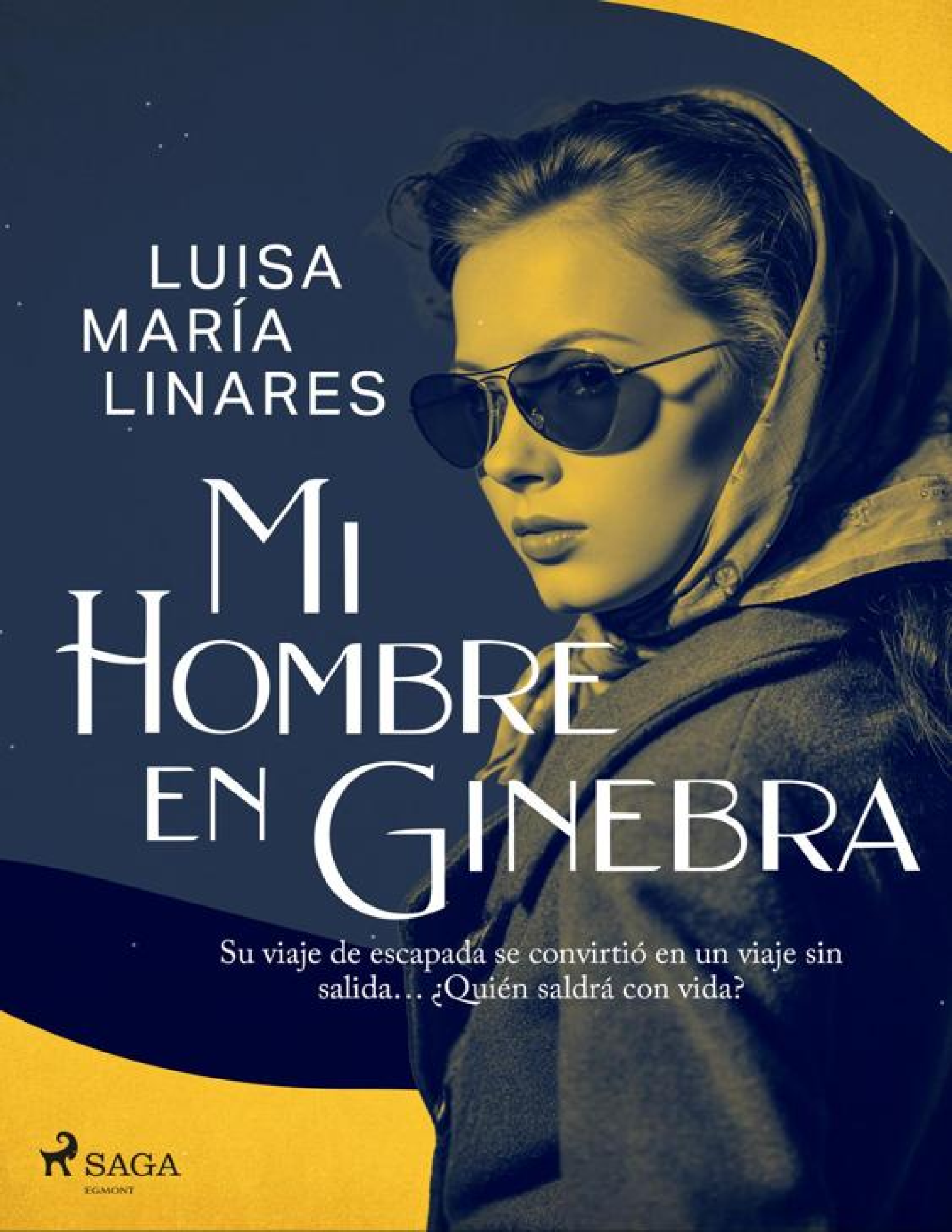


LUISA MARÍA LINARES

Mi Hombre en Ginebra

Su viaje de escapada se convirtió en un viaje sin salida… ¿Quién saldrá con vida?

SAGA
EGMONT

Luisa María Linares

Mi hombre en ginebra

Novela

SAGA Egmont

Mi hombre en ginebra

Cover image: Midjourney & Shutterstock

Cover design: Rebecka Porse Schalin
Copyright © 1977, 2025 Luisa María Linares and Saga Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788727295404

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser. It is prohibited to perform text and data mining (TDM) of this publication, including for the purposes of training AI technologies, without the prior written permission of the publisher.
This work is republished as a historical document. It contains contemporary use of language.

www.sagaegmont.com
Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark's largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

Vognmagergade 11, 2, 1120 København K, Denmark

EL SEÑOR X, EN RUTA HACIA GINEBRA

Las vio entrar en el vestíbulo del pequeño hotel, seguidas por el empleado que llevaba las maletas. Aparcó su propio coche enfrente, y a través de los amplios cristales de las ventanas consiguió observarlas mientras firmaban en el registro. Habíale sorprendido el que decidieran pasar la noche allí, cuando sólo quedaban un par de horas de viaje hasta Ginebra.

Era un grato espectáculo verlas encender sus cigarrillos y permanecer enfrascadas en sus respectivos pensamientos mientras esperaban la entrega de la llave.

«Dos llaves», observó a continuación. Por lo visto, cada una deseaba un dormitorio independiente. No parecían dos amigas demasiado identificadas.

Conduciendo su coche a discreta distancia del de ellas, sabía sin necesidad de mirar quién era la que lo llevaba. La rubia de larga melena —la más alta de las dos —lo hacía de un modo suicida, tomando las curvas peligrosas con gran chirriar de neumáticos. La otra, con la melena castaña, salpicada de vetas doradas, era más prudente. Quizá por esto, casi siempre cogía el volante.

Ambas resultaban interesantes, cada una a su manera. La más alta tenía una piel pálida y traslúcida que recordaba el cuarzo rosado. Por el contrario, su compañera estaba muy tostada por el sol, como si hubiera pasado muchas horas en la playa. Su expresión era seria, y, cuando sonreía, las comisuras de su boca se plegaban hacia arriba y la risa se le refugiaba en los ojos.

Al pasar la frontera suiza, pocos kilómetros antes, observó que la «pálida» llevaba sobre los hombros un magnífico abrigo de pantera, aunque sólo estaban al final del verano. También en uno de sus dedos lucía un hermoso solitario.

Al ver que se dirigían hacia el ascensor cada una con su llave, decidió entrar a su vez en el hotel y pedir una habitación. No le convenía dejarse ver. En una de las paradas, y en el bar de la estación de servicio, tenía la impresión de que la «pálida» había mirado un par de veces en su dirección.

Intercambió unas palabras con el conserje.

—Poca gente en el hotel, ¿no…?

El hombre de cabellos grises y gafas de miope agitó la cabeza.

—En la actualidad, los veraneos cada vez son más cortos, señor. La gente tiene más dinero, pero también más quehacer.

—Eso es verdad. —Mientras firmaba comentó—: He visto otro coche con matrícula española en la puerta.

—¿Un coche azul? Son dos señoras que han llegado casi a la vez que usted… —Pareció embarazado de pronto y se volvio hacia la otra persona, a espaldas de su interlocutor—. ¿Desea alguna cosa, señorita…?

Allí estaba la rubia pálida, que había vuelto a bajar en el ascensor para preguntar al conserje si aún estaba abierto el restaurante del hotel.

—Si se apresuran, llegarán aún a tiempo.

Los ojos grises, color agua, echaron una ojeada alrededor.

—Gracias —repuso secamente.

No era española. O, por lo menos, hablaba el francés a la perfección. Lamentaba que le hubiera visto. Desde que había salido tras ellas, por la frontera española, era la primera vez que se miraban cara a cara.

«Es una lástima», pensó mientras subía por la escalera en busca de su habitación. Le agradaban las dos, porque siempre había admirado a las mujeres hermosas. Y era una lástima que las instrucciones que había recibido en Barcelona acerca de una de ellas fuera tajante: «SIN PIEDAD .»

I

Estaban sentadas frente a frente en el comedor del hotel, casi vacío. Fuera había comenzado a llover y las paredes parecían rezumar humedad. Mientras tomaban la sopa, Fani escuchaba a Claude, que repentinamente había recobrado vida y comenzado a hablar. El hecho de encontrarse en Suiza la volvía excitable. Hablaba de Berti, que era «fuerte y guapo como un dios», y del *château* de Dieudonné, en el que habitaba.

Fani sabía que Berti era su padre, el barón Robert d'Hauteville, y que Claude había pasado en Dieudonné los mejores años de su vida. Tenía el proyecto de quedarse allí.

—Así estaré a salvo.

Varias veces, durante el largo y pesado viaje por carretera, repitió la frase: «Así estaré a salvo.» Fani creyó adivinar que huía de un matrimonio desgraciado, porque en determinado momento, y también inesperadamente, había comenzado a decir «el monstruo de mi marido».

—Un auténtico monstruo…, si comprendes lo que eso significa.

Fani entendía muy bien el significado. En su interior lanzaba los mismos epítetos a determinada persona. Pero se había prometido a sí misma no volver a pensar en Raúl ni a repetir su nombre.

—Dieudonné está sólo a cuarenta kilómetros de Ginebra, entre el *château* de Rolle y el de Morges. Claro que Dieudonné no es exactamente un *Château*, sino una gran casa, rodeada de tierras. Papá y yo hemos ido vendiendo las tierras, porque nos gusta divertirnos… Y divertirse cuesta caro… Con Berti la vida es fácil. Pero sin él… todo es horrible.

Repentinamente perdió su verbosidad y gruesas lágrimas le resbalaron por las mejillas. Fani la miró sin saber qué hacer, incómoda y desconcertada.

«Está llorando sobre la sopa», pensó, con lo que ella definía como «uno de mis odiosos sarcasmos». Claude era una caja de sorpresas. Reía y lloraba a destiempo, cuando menos se esperaba. Una compañera de viaje fuera de serie. Cuando se lo contara a su hermano, quizá se rieran juntos…, suponiendo que para entonces ella hubiera recobrado las ganas de reír.

A través de la mesa dio un golpecito amistoso en la mano de Claude, como una muda súplica para que cerrara el manantial de sus lágrimas. Pero vio que ella, ariscamente, eludía el contacto.

«Una chica muy rara», pensó, como lo hiciera tantas veces a lo largo del viaje. En todo momento tenía frío y sueño. La mayor parte del camino la había pasado durmiendo. Lo cual fue una suerte, porque así no volvió a insistir en coger el volante. Una sola muestra bastó para que Fani se jurase a sí misma no cedérselo más. La carrera suicida aún le ponía los pelos de punta.

«Y al fin y al cabo, el coche es mío…», decidió mentalmente.

Observó que Claude dejaba por fin de llorar y con rostro sereno la emprendía con la sopa. «Debe de saber a lágrimas», comentó interiormente. El monstruo debía de haberla castigado a fondo. ¿Tendrían todas las mujeres su monstruo particular como ellas dos?

La cena era insípida. Los *vol-au-vent* olían a húmedo, como el comedor. Aquel motel de carretera, escogido al azar, no era demasiado confortable. Pero indudablemente sería mejor llegar a Ginebra por la mañana, a una hora adecuada para presentarse en la casa donde iba a trabajar. Trataría de dormir bien, para llegar descansada… y un poco más segura de sí misma.

—¿No comes más…? —Claude estaba acodada sobre la mesa, con los ojos semicerrados—. Será mejor que subamos a descansar.

Pero Claude los abrió con repentina alarma.

—¿Qué hiciste con las llaves del coche? —preguntó.

—Se las di al conserje para que lo metiera en el garaje.

—Temí que las hubieras dejado puestas. Nos iremos temprano, ¿verdad?

—¿Te parece bien a las ocho? Daré orden de que nos despierten a las siete y media.

—De acuerdo.

Se dieron las buenas noches en el ascensor y cada una se introdujo en su cuarto. Fani suspiró de satisfacción al quedar sola. El día había sido excesivamente fatigoso y Claude contribuyó para aumentar aquella sensación de inquietud que la embargaba.

—Vas a tener una magnífica compañera de viaje —había dicho su hermano tras la primera ojeada a la elegante rubia que respondiera a su anuncio de «La Vanguardia»:

«Señora con coche propio aceptaría compartir gastos de viaje a Ginebra con señora que posea carnet de conducir.»

Juan no podía permitir que su hermana viajara sola por carreteras extranjeras. Considerándose el hombre más moderno del mundo, tenía de repente aquellos saltos atrás que le hacían retroceder medio siglo en la Historia.

—Puesto que te empeñas en ir a Suiza en tu querido y viejo coche, en lugar de coger el avión como todo el mundo, tendrás que admitir a una compañera para que me quede tranquilo.

Y mandó insertar el anuncio en el periódico.

Claude era «la persona que aseguraba la tranquilidad de Juan». Recibieron numerosas respuestas al anuncio, pero sólo Claude se presentó en persona. Una muchacha de veintitantos años, distinguida y «con clase». Tenía carnet internacional e iba a Suiza a reunirse con su padre. Su pasaporte era francés.

Juan se frotó las manos ante tanta perfección.

En general, Claude había sido correcta, aunque extrañamente silenciosa y huraña. Pero Fani tampoco se sentía propicia a las confidencias. Se limitó a comentar ligeramente que iba a Suiza a trabajar en casa de un editor de libros de arte: Laurent de Vindry. No a trabajar en la editorial, sino a dar clases de español a su hija de diez años. Viviría con ellos junto al lago Leman, en una casa que se llamaba precisamente «La Maison du Lac».

Claude escuchó sin interés y al final se durmió, como de costumbre. Era la eterna dormilona.

Juan se había hecho muchas ilusiones con respecto a aquel feliz hallazgo de una chica de su misma edad que residiría en Ginebra.

—Tendrás una amiga desde el principio…

Pero Juan era un optimista. Seguramente no volvería a ver a Claude. En realidad, no habían simpatizado demasiado.

«Será que ya no puedo simpatizar con nadie», pensó mientras se untaba la cara de crema. Estaba demasiado amargada, demasiado decepcionada de todo. A una nueva amiga tenía que ofrecérsele algo: interés, alegría, novedad. Y no podía dar nada porque nada tenía.

Al menos eso pensaba, en una tarde de septiembre, en su primera visita a Suiza.

Tomaría una pastilla para dormir. No podía exponerse a pasar la noche en blanco otra vez y a presentarse en casa de los Vindry con dolor de cabeza.

—Tienes que hacer algo por ti… —le insistía Juan.

Tomó la pastilla y se durmió. Soñó que todavía estaba en Madrid, viviendo en el «Piso Tremendo», en compañía de la abuela, y que Raúl le decía con su voz atractiva y burlona:

—Tienes nombre de gato, Fani-Fani…

La despertó el timbre del teléfono.

—Las siete, mademoiselle.

Tenía la impresión de que acababa de acostarse, pero se sentía despejada y con nuevas energías. Recordó de pronto que se encontraba en Suiza, a pocos kilómetros de Ginebra, y se levantó de un salto y abrió la ventana. Seguía lloviendo, pero el aire era puro y estimulante. El exceso de gris despojaba a todas las cosas de su brillo y de su color. La ventana se abría hacia la parte posterior del edificio, y ante la vista sólo se ofrecían campos de pasto y oscuras montañas.

Hacía frío y cerró. Tuvo un añorante recuerdo para las playas de la Costa Brava, en donde todavía luciría el sol durante mucho tiempo y en las que se conservarían calientes el agua y la arena.

Mientras bebía el café pidió comunicación con el cuarto de Claude.

Era un conserje diferente del de la noche anterior. Tardó un momento en comprender.

—Perdón, mademoiselle. La señora del número treinta y dos abandonó el hotel hace unas dos horas.

—¿Qué está diciendo…? —casi gritó al auricular.

—Pagó su cuenta y salió en el coche hacia Ginebra.

—¡En el coche! —gimió.

—Dejó una carta para mademoiselle. Ahora mismo se la mando con un botones.

Era inconcebible que Claude hubiese hecho una cosa así. Inconcebible… El conserje se había engañado.

Cuando leyó la carta se cercioró de lo contrario.

«Ha surgido un problema —decía Claude—. He descubierto que me vienen siguiendo. El monstruo no desiste. Tengo que huir rápidamente. Mañana sin falta dejaré tu coche ante la puerta de la "Maison du Lac".»

Con un furioso acceso de cólera, Fani empezó a dar patadas en el suelo, en los muebles y hasta en su maleta abierta, que dejaba ver un heterogéneo contenido de jerseys, pantalones y chaquetas de abrigo.

«Tendrás frío en Suiza», habíale advertido todo el mundo.

Pero nadie le advirtió que se quedaría a pie, cerca de Ginebra, porque la «maravillosa compañera de viaje» le robaría el coche…

II

Apretó la húmeda gabardina contra su pecho y se unió a la multitud que se dirigía hacia la salida. Caía la lluvia sobre las relucientes vías y sobre el tren que acababa de dejarla en Ginebra.

Malhumorada, pensó:

«¿Qué se me habrá perdido a mí en Ginebra? ¿Para qué habré venido?»

Pero sabía perfectamente para qué había ido, y aun cuando al iniciar el viaje nada, efectivamente, se le había perdido en Ginebra, en aquel momento podía asegurar que en sus alrededores se le perdiera algo: el coche.

Era lo más estúpido que pudiera haberle ocurrido. Tendría que dar parte a la policía.

Policía… La sola palabra le causaba aún un estremecimiento de angustia.

Demasiadas semanas sufriendo interrogatorios sólo aparentemente corteses en aquel querido Madrid que ahora trataba de olvidar. Demasiadas preguntas ofensivas… Demasiadas dudas sobre su honorabilidad.

—Horrible… —dijo en alta voz, sacudiéndose las gotas de agua del pelo.

Para huir de aquel infierno era por lo que había aceptado el providencial empleo en Suiza.

Borrón y cuenta nueva, según decía el refrán. Pero era un refrán estúpido, porque el borrón continuaría en su vida, feo como una huella de grasa sobre una cuartilla blanca. La huella del hombre poco recomendable que durante algún tiempo fuera «su gran amor».

La cuenta nueva empezaba mal con la baja importantísima del coche robado. ¿Podría creer en la promesa de Claude de devolvérselo en seguida? No era una persona de fiar. Padecía un exceso de histerismo, por el que se

dejaba llevar sin el menor control. La misma falta de control que demostraba al conducir.

Si le devolvía algo… sería pura chatarra.

Había insistido en llevar su coche a Suiza porque tenía un gran entusiasmo por él. Tuvo que ahorrar mucho tiempo para conseguirlo, y la primera vez que agarró el volante se sintió libre y aligerada de muchos complejos. Por entonces, la abuela había muerto y el coche supuso un gran consuelo para aquel tremendo vacío. Insistió en llevarlo a Suiza, con la idea de dar grandes paseos en sus horas libres. Podría conocer el país.

La maleta pesaba bastante, pero avanzó con ella detrás de la fila de viajeros. Al menos tenía su maleta. Si la hubiese dejado en el coche en lugar de subirla a su cuarto del hotel, en aquel momento habría llegado a Ginebra sin un par de zapatos de repuesto.

Abandonó la estación y salió a una plaza, sobre la que la lluvia caía de firme. Pero el agua no le restaba animación. Se puso en la cola para coger un taxi, y sólo lo consiguió cuando ya se sentía empapada como una sopa. Tuvo que rebuscar en el bolso para darle al chófer la dirección de la «Maison du Lac». Con tantas contrariedades, casi se le había olvidado.

Suspiró de alivio y se arrellanó en el asiento, tratando de secarse el pelo con un pañuelo. Ya estaba en Ginebra y era preciso afrontar con ánimo la nueva situación. No podía presentarse en una casa desconocida con aspecto de perro apaleado. Se empolvó la nariz, se pintó los labios y se peinó ligeramente. No estaba mal. Tenía el aspecto que deseaba tener: el de una universitaria española que había aceptado un agradable empleo por una corta temporada.

Por el espejo retrovisor se encontró con los ojos del taxista, que la miraban. Era un muchacho joven, con el mismo especto que podría haber tenido un taxista español. La humanidad se iba uniformando y perdiendo exotismo.

A través de la ventanilla trató de distinguir los letreros con los nombres de las calles. Leyó «Rue du Mont Blanc», y le pareció un nombre sugestivo, pero casi a la vez desembocaron en los muelles y tuvo la primera visión del hermoso lago.

La ciudad era bonita y le resultaba vagamente conocida. Sin duda por haberla visto ya en numerosas películas. Con el cine y la televisión en color se tenía la impresión de haber estado ya en todas partes, pensó, antes de caer en la cuenta de que Ginebra tenía cierto parecido lejano con San Sebastián, como dos primas de diferente nacionalidad que heredaran la nariz y la expresión simpática de una bisabuela a la que ni siquiera conocieron.

Abandonaron los muelles y el lago para adentrarse por bellas avenidas ajardinadas. Las ramas de los árboles soportaban la pesada carga de agua.

—*Voila le Palais de l'ONU* —anunció el taxista, hombre pacífico al que le gustaba mencionar el edificio cada vez que pasaba ante él, como pequeño homenaje a la buena voluntad humana.

Y Fani se creyó obligada a hacer un ligero comentario, mientras contemplaba a distancia el edificio en forma de herradura, rodeado de bien cuidados jardines.

Se sentía nerviosa ante la inminencia de su llegada a la casa de una familia desconocida, con la que sólo había intercambiado breves cartas para acordar un compromiso de trabajo.

En el momento más crítico de su vida surgió aquella oportunidad por mediación de su joven cuñada, la mujer de Juan, que mantenía asidua correspondencia con una antigua compañera de colegio de origen suizo. Había sido institutriz de la pequeña Vindry, pero al contraer matrimonio tuvo que abandonar Ginebra. Monsieur de Vindry prefería ahora una profesora española, porque al cabo de unos meses pensaba trasladarse a México, donde residiría algunos años. Era preciso que Anick, su única hija, aprendiera el castellano. No sería un trabajo pesado. Anick iba a empezar a ir al colegio, lo que supondría darle solamente clase en sus horas libres. ¿Podrían recomendarle alguna joven española, dispuesta a pasar seis meses en Suiza?

Los demás decidieron en lugar de Fani. Ella carecía de fuerzas para decir sí o no. Acababa de llegar a Barcelona, donde residía su hermano, huyendo del vergonzoso escándalo en el que se viera mezclada. Pero su triste presencia en medio de la alegría de la joven pareja le parecía fuera de

lugar. Sería mucho mejor marcharse. Huir, como Claude. Inconscientemente, también ella habría pensado: «Así estaré a salvo.»

En seis meses podían ocurrir tantas cosas…

Un año antes, la vida le sonreía a Fani Navarro. Había sido la propia abuela la que le aconsejó el aceptar un puesto en la oficina del primer piso de su misma casa: «Financiera Internacional».

—Allí estarás bien. Es una empresa seria y, además, todos nos conocen en el edificio y saben que eres una señorita de cuerpo entero. Y, encima, licenciada con todos los honores.

La abuelita siempre había sido también «una señora de cuerpo entero». Llevaban tantos años residiendo en el «Piso Tremendo», que era una autoridad en el barrio. Le llamaban «Piso Tremendo» porque todas las visitas que acudían soltaban la misma frase al entrar: «¡Es un piso tremendo!»

En efecto lo era, con sus trescientos cincuenta metros cuadrados, formando parte de un edificio de la elegante calle de Serrano. Un edificio antiguo, por supuesto, de los pocos supervivientes de su época. La abuela lo había heredado de sus padres y jamás se le pasó por la cabeza el trasladarse a otro más moderno y más cómodo cuando la familia quedó reducida a sólo dos personas: Fani y ella misma. Con Juan, el nieto, no podía contarse, puesto que se había marchado a Barcelona.

En el «Piso Tremendo» transcurrieron los veinticuatro años de la vida de Fani, felices y rodeados de ternura. Nada importaba el que casi todas las habitaciones estuvieran cerradas y que el problema de la limpieza del caserón se hiciera cada vez más difícil. La abuela era alegre y risueña, como un reloj de sol, que sólo marcaba las horas de luz.

—Acepta ese empleo en la Financiera —aconsejó cuando aquella empresa se instaló y supo por el portero que buscaban gente nueva—. No tendrás ni que mojarte cuando llueva. Estarás abrigadita.

La abuela había trabajado también toda su vida, pero siempre «abrigadita», porque daba lecciones de arpa. De joven había formado parte de una importante orquesta filarmónica, lo mismo que el abuelo, que había sido un violoncelista renombrado. Al hacerse cargo de su nieta huérfana, la abuela renunció a su orquesta y se limitó a recibir alumnos en casa.

—Eres una afortunada, pequeña. No todas las niñas tienen una abuela que toca el arpa —solía decir con su inalterable buen humor—. Esto te hace diferente de las demás.

Fani había intentado también tocar el arpa o el violoncelo, pero, a pesar de haberse criado en un mundo musical, carecía totalmente de oído. Tampoco Juan había conseguido más que tocar horriblemente el piano. Dos ovejas negras en la familia.

El «cello» del abuelo quedó arrinconado tras su fallecicimiento, pero los alumnos de arpa aumentaban cada año, como si la humanidad hubiese decidido asirse al romanticismo en el momento más prosaico del siglo. La abuela podía seguir viviendo abrigadita sin moverse de casa más que en los veranos, durante los cuales organizaba unos fantásticos viajes con la nieta.

A veces, bromeando, la hacía ponerse junto a ella ante el espejo y decía:

—Mirémonos bien, pequeña. Aquí tienes a dos mujeres felices y abrigaditas…

Al hacerse adulta comprendió muy bien lo que significaba aquel «abrigadita» de la abuela. Había pasado mucho terror y mucha hambre durante la guerra civil y le daba inmensa importancia a la paz y a la seguridad.

Ingresó en la Financiera pisando fuerte. Tenía unos buenos diplomas y una cabeza muy despierta que le hizo mejorar de situación rápidamente. El señor Iglesias, su presidente, saludaba ceremoniosamente a la abuela las pocas veces que la encontraba en el portal. En primavera, con las ventanas abiertas, se escuchaban los ecos del arpa, que entraban en el despacho de Fani. Había conseguido por fin un despacho para ella sola, un despacho de «ejecutiva», porque la habían nombrado jefe de personal. Moqueta verde en el suelo, mesa de roble veteado, estanterías a juego. Dos teléfonos y un ramito de flores frescas.

El paraíso.

Raúl entró en su vida en el momento en que la abuelita salía de ella. Al subir una tarde hacia su piso por las empinadas y barnizadas escaleras, la abuela no acudió a recibirla. Había muerto junto a su arpa, tranquilamente, con la misma sonrisa inalterable. Quizás en el cielo hubiese un lugar abrigadito para ella.

Fue el mayor dolor en la vida de Fani. Y fue también el instante en que irrumpió en la Financiera, procedente de una sucursal de Bilbao, el brillante subdirector, Raúl Velázquez. Aturdida por su dolor, Fani apenas se fijó en él. Oía hablar a sus compañeros de la gran adquisición que suponía el tener a aquel hombre magnífico entre ellos. Un auténtico talento, sabiendo de finanzas cuanto se pudiera saber en el mundo.

Y una tarde el genio entró en el pequeño despacho para charlar un rato con su jefe de personal. Lo que vio allí debió de agradarle, porque se quedó mucho tiempo consolando a la bonita muchacha vestida de luto. Y sus visitas menudearon.

Fani no podía soportar la soledad del «Piso Tremendo» y retrasaba todo lo posible su marcha de la oficina, por lo que se ofreció para ayudar al joven subdirector, que siempre se marchaba el último. Ella conocía todo el movimiento de la empresa y le resultaba útil con sus informaciones.

Raúl era atractivo y simpático. Había vivido muchos años en Hispanoamérica y conservaba un indefinible acento, gracioso y dulce.

Durante las largas veladas en las que manejaban ficheros y máquinas de calcular comenzaron a conocerse más. Fani recordaba aquellas veladas como algo maravilloso e irreal que no le hubiese sucedido a ella. El grato olor de Raúl, sus intempestivas risas, sus breves cóleras, su tremendo apetito que le hacía interrumpir el más apasionante trabajo para bajar al bar de enfrente y traer bocadillos de calamares y cerveza fresca…

—¡Qué guapa eres, Fani-Fani, nombre de gato! —solía decir.

Arriba, en el piso tercero, el arpa reposaba junto al «cello», pero Fani empezaba a vivir una nueva vida.

Raúl se convirtió en uno de los puntales de la Financiera. De tener más paciencia, hubiera podido llegar a ser el jefe máximo. Pero era una fuerza de la Naturaleza y tenía prisa. Demasiada prisa. Menospreciaba los caminos tranquilos y adoraba los peligrosos atajos.

Hizo el amor a Fani a su manera arrebatada, revolucionando sus puntos de vista y su paz interior. Era como un tornado que sacudiera la isla íntima en la que hasta entonces se había refugiado. Sus promesas, sus proyectos, sus deseos eran tan vertiginosos y acuciantes como él.

Fue arrastrada por el apasionado huracán. Vivió horas felices, tuvo la deliciosa sensación de flotar en un mundo mágico. Escuchaba sonriendo las tímidas indirectas de sus compañeros, que pretendían saber cuándo tendría lugar la boda. Se chismorreaba acerca de ellos, naturalmente. Pero el prestigio de la abuela desaparecida, «una señora de cuerpo entero», impedía que los chismes fueran demasiado lejos.

Fueron las prisas de Raúl las que acabaron con todo. Aquellas manos que tan bien la acariciaban abrieron cierta madrugada la caja fuerte del despacho del presidente, vaciándola de todos sus valores al portador y de una enorme cantidad de dinero depositada precisamente en aquella fecha, para hacer a la mañana siguiente una importante transacción.

¿Cuántos millones valía la conciencia de Raúl? Ella lo ignoraría siempre. Como ignoraba también el lugar del globo en el que Raúl estaría gastando su fabulosa fortuna. Jamás sospechó nada ni, por supuesto, fue informada de nada.

La policía no acababa de creerlo.

—¿Dónde está Raúl Velázquez…? No se haga la tonta… Usted era su novia… Usted tiene que saberlo…

Hasta el «Piso Tremendo» pasó por la vergüenza de ser registrado. El arpa y el violoncelo fueron cambiados de lugar sin miramientos, y el mundo mágico de la abuela también pareció venirse abajo. Fani dejó de estar «abrigadita», enfrentándose con un mundo helado y cruel. Naturalmente, los trescientos millones de la Financiera no estaban escondidos en el «Piso Tremendo».

Durante aquellos terribles días, Fani hubiera deseado esfumarse, desaparecer para siempre. Pero no era fácil conseguirlo. Se despertaba diariamente en su lecho maltratado no por horas de amor, sino por horas de insomnio, y volvía a encontrarse a sí misma, amargada, herida, pero sólida y fuerte en medio de un mundo que ya no le interesaba. Y era preciso levantarse, incorporarse al espectáculo, sonreír, comer, maquillarse los ojos y los labios, hablar bajito con el portero, que repetía agitando la cabeza:

—Gracias a Dios que su abuela no ha llegado a ver esto…

Y marcharse a la comisaría a declarar otra vez. O simplemente al mercado, con el importante problema de elegir entre carne o pescado, entre

espinacas o guisantes… Era tan conocida en el barrio, que procuraba comprar en comercios lejanos, donde ignoraran su personalidad. No era fácil, ya que la prensa se había hecho eco del escándalo.

Tuvieron que dejarla en paz. La propia Financiera no pudo retirarle su antiguo empleo. Pero la atmósfera era insoportable. Lo abandonó todo y se marchó a Barcelona, a casa de su hermano Juan.

Raúl Velázquez había desaparecido de su vida lo mismo que desapareciera para la policía: sin dejar rastro.

Sin dejar señas…

Por su parte, sólo dijo una única mentira durante los agotadores interrogatorios:

—Entre Raúl y yo no hubo nunca nada serio.

SEÑOR X

Tenía que hacer algo para no perderla de vista. Era preciso encontrar un lugar seguro y discreto desde donde controlar sus idas y venidas. La brusca separación de las dos mujeres habíale desconcertado. Milagrosamente, no le habían dejado plantado en el pequeño motel de la carretera.

Ahora estaba en Ginebra y el asunto empezaría a ponerse peligroso.

Muy peligroso…

III

En la «Maison du Lac», todo era refinado y elegante. Se trataba de una casa de dos pisos, rodeada de amplio jardín.

El gran espejo del salón en el que fuera introducida reflejaba la imagen de Fani, con su húmeda gabardina y su rostro algo fatigado. Con inexpresiva sonrisa, madame Leontine la contempló de arriba abajo.

—Asi es que por fin llegó usted, mademoiselle Navarro. La esperábamos anoche.

No era ninguna reconvención, pero a Fani le sonó así, lo cual aumentó su azoramiento. Sin embargo, guardó silencio. No se creía obligada a presentar excusas por un retraso de pocas horas. Se limitó a mantener una sonrisa estereotipada y a entregarle la gabardina a la doncella, que era una chica joven, de cara simpática y ojos alegres.

—Lleve la maleta de mademoiselle a su habitación —ordenó la señora.

Y se quedaron solas, frente a frente.

—Tome asiento, por favor. ¿Le apetece una taza de café?

—Gracias, madame. Tomé café hace poco rato.

Había un servicio de plata sobre la mesita, y madame Leontine se sirvió una taza y a continuación encendió un cigarrillo, lo que desencadenó en sus bronquios la más espectacular sinfonía de toses. Sin hacer ningún comentario, como si el echar los bronquios por la boca fuera cosa natural, volvió a hablar en cuanto recuperó sus facultades respiratorias.

—Espero que habrá tenido buen viaje.

—Un viaje excelente —mintió a pesar suyo.

No le parecía oportuno empezar a contar historias extrañas sobre rubias perseguidas que robaban coches ajenos. Hubiera sido un mal comienzo para entablar relaciones normales.

—¿Es la primera vez que visita Suiza?

—La primera vez.

—Confío en que le parezca grata su estancia entre nosotros.

—Así lo espero.

—Yo, en cambio, conozco su hermoso país. Pasé unas vacaciones hace dos años… Hoy día, el lenguaje de la gente está demasiado lleno de superlativos, pero me atrevería a decir que fueron unas vacaciones sensacionales. —Lanzó una bocanada de humo y volvió a toser—. Sí —repitió—, sensacionales. Y créame que no es fácil saborear cosas sensacionales cuando ya se ha pasado de la primera juventud. —Bebió un sorbo de café y con la otra mano agitó una pequeña campanilla de plata, que hizo reaparecer en la puerta el rostro juvenil de la doncella—. Lisette, advierta a Anick que mademoiselle ha llegado. Hágala bajar dentro de diez minutos… ¿Tiene usted alguna experiencia en niños, mademoiselle Navarro?

—Ninguna. Creo que ya lo indiqué en una de las cartas que cambié con monsieur De Vindry. Soy universitaria, y durante algunos meses trabajé en una oficina. Ahora deseo cambiar de ambiente y viajar. Pero confío en que no habrá ningún problema con… Anick.

—Mucho me extrañaría. Anick tiene siempre problemas con todo el mundo. Es una niña difícil… Lamento tener que hacerle esta ingrata confesión.

—Haré lo posible por tratar de comprenderla. Me gustan los niños.

—Hum… Todos suelen decir que les gustan los niños. No es ése mi caso. Yo no lo digo. La infancia es una época estúpida e irritante. Personalmente, no tuve hijos, pero me ocupé de mi hermano como si lo fuera. —Adivinando un leve gesto de sorpresa en el rostro de Fani, se apresuró a explicar—: Monsieur De Vindry es mi hermano, quince años más joven que yo. Siempre me gustó residir en Zurich, pero Laurent prefería Ginebra. Viví en Zurich con mi esposo hasta que el destino me dejó viuda. Entonces decidí ocuparme de mi hermano, como hiciera durante tantos años. Renuncié a Zurich… y aquí me tiene… Dispuesta siempre al sacrificio… aunque nadie me lo agradezca. Pero sé que mi hermano me necesita.

¿Cuántos años podría tener madame Leontine?, pensó Fani vagamente. Quizá sesenta…, muy bien llevados y perfectamente maquillados. Era una mujer de mediana estatura, pero su largo cuello la hacía parecer casi alta. Quizá tenía el pelo demasiado negro y la piel demasiado blanca, los ojos pintados con exceso y las uñas extremadamente largas. Trataba de ser amable, pero resultaba altiva e irritante. En una mesita junto a su sillón tenía un pequeño aparato televisor, siempre encendido, al que a menudo lanzaba miradas de reojo, como si estuviera sufriendo por no ver el programa. En determinados momentos aumentaba el diapasón del sonido, para enterarse de lo que pasaba, y lo volvía a bajar en seguida, continuando la conversación.

—Anick es una niña consentida a la que hay que atarla corto —continuó —. Mi hermano hablará de esto con usted. Él es quien dispone y quien manda. —Suspiró—. Vivo en esta casa y trato de no inmiscuirme en lo que no me atañe directamente. No es fácil vivir en nido ajeno. —Puso cara de mártir y echó otra ojeada al televisor—. Los peligros que acechen a la niña son cosa de ellos. Por mi parte, me lavo las manos.

—¿Peligros…?

—Indiqué a mi hermano que Anick tendría que estar interna. Hay un colegio en la parte norte de Inglaterra donde los padres pueden llevar a sus hijas con la seguridad de que no las dejarán ni estornudar sin pedir permiso. —Fani se estremeció recordando la lectura de viejos novelones donde sufridas huerfanitas morían torturadas por feroces profesores Pero en lo que respecta a Anick, mi hermano apenas me escucha. Confío en que usted tenga más suerte que yo. Su trabajo va a ser ligero. Va a empezar el curso en un colegio cercano y no tendrá demasiadas horas libres. Usted sí las tendrá, y me gustaría que alguna vez… —No concluyó la frase. Se quedó mirando hacia un rincón y con brusco cambio de voz inquirió—: ¿Qué haces ahí, Anick? Los niños no deben escuchar tras las puertas.

—Bajé a saludar a mademoiselle —se defendió la pequeña. —Saluda como Dios manda. Ofrécele tu mano.

Anick avanzó irguiendo su cabecita.

—Bien venida, mademoiselle Navarro —dijo en español—. ¿Ha tenido buen viaje?

—Magnífico, gracias.

Y a la vez pensó: «Parece un chico.»

Mientras, Anick pensaba: «Es demasiado guapa. Será una presumida.»

Pero se sonrieron cortésmente.

—Veo que hablas ya un poco de español. Y, por cierto, con buen acento.

—Di unas cuantas clases el año pasado.

Parecía, en efecto, un chico, porque llevaba el pelo excesivamente corto y vestía unos *blue-jeans* y una blusa de cuadros estilo vaquero. En los pies, viejos zapatos de tenis, Ningún alarde de coquetería ni de riqueza en la hija de Laurent de Vindry.

—Tendrán que dar clase por las tardes, a partir de las cuatro, que es a la hora en que Anick regresará del colegio. Pero ya fijarán el horario según las indicaciones de mi hermano. Él hablará con usted después del almuerzo. Almorzará con nosotros, si no está muy fatigada.

—Con mucho gusto, madame.

—Ahora, Anick le enseñará su habitación. Lisette le proporcionará todo lo que necesite.

La audiencia se daba por terminada. Madame Leontine se puso de pie y le tendió la mano. Fani casi sintió el impulso de hacer una reverencia palaciega. Pero abandonó seguidamente el salón, precedida de la niña, que la devolvió al vestíbulo, deteniéndose ante una pequeña puerta. Triunfalmente la abrió, divirtiéndose con la expresión de sorpresa de Fani.

—Es un ascensor. Nadie supone que pueda haber un ascensor dentro de la casa. Pero lo hay. Desde arriba podrá bajar directamente al garaje, si lo desea.

En el alfombrado pasillo del primer piso, todo azul y oro, dos grandes tapices gobelinos cubrían los muros.

—Éste es su cuarto, mademoiselle.

Era una habitación amplia y confortable, con muebles antiguos de madera bien encerada y cortinas de flores a juego con la tapicería de un viejo sillón de cómodo aspecto. Sobre la cama, un enorme edredón de plumas invitaba al descanso y al calor. El ventanal se abría sobre el jardín y desde allí divisaba la verja pintada de negro por la que entrara.

—Aquí está su cuarto de baño.

Era Lisette la que hablaba, y Fani se dio cuenta de que Anick había aprovechado la presencia de la muchacha para desaparecer. Sonrió para sí. Tendría que ir con mucho tacto para conquistar a aquel diablillo de pelo alborotado.

—Es un cuarto de baño muy bonito.

—Antes era el departamento de madame Leontine; por eso tiene teléfono con línea directa al exterior. Luego madame prefirió instalarse en el piso de abajo. —Señaló un ramo de flores colocado sobre la mesa—. Las cogí del jardín. Oí decir que era usted joven, y quería que se sintiera contenta. No hay mucha gente joven en esta casa. Berta, la cocinera, también tiene muchos años. Pero es buena persona y me encargó que le preguntara cuáles son sus platos preferidos.

Fani olió las flores.

—Muchas gracias, Lisette. Creo que estaré muy bien aquí… Déle las gracias a Berta y dígale que tengo buen apetito y que todo suele gustarme…

—¿Quiere que le ayude a abrir su maleta?

—No es necesario. —Viendo que Lisette iniciaba la retirada, preguntó —: ¿A qué hora es el almuerzo?

—Al mediodía.

—Madame De Vindry ¿estará también? Quiero decir… la madre de Anick…

Lisette tosió discretamente.

—Madame De Vindry no… no está aquí.

—¿No está en casa…?

—No está en Ginebra. —Se dirigió rápidamente hacia la puerta—. Si desea algo, toque el timbre y subiré en seguida —concluyó apresurada. Y antes de cerrar le envió otra de sus simpáticas sonrisas.

La esposa de Laurent de Vindry, la dueña de la casa, se encontraba ausente. Madame Leontine no había hecho la menor alusión a su cuñada. Sólo habló de Anick relacionándola con su padre.

Abrió la maleta y colocó sus ropas dentro del gran *placard* que ocupaba todo un lado de la habitación.

«Demasiado armario para tan poca ropa», pensó con cierta indiferencia. Su decisión de realizar el viaje había sido precipitada y apenas tuvo tiempo

de comprarse algo nuevo. Tampoco tenía mucho dinero. El que heredara de la abuela le sirvió de ayuda para comprarse el coche. Aquel coche del que Claude se había aprovechado vergonzosamente. ¿Volvería a verlo alguna vez? ¿Cumpliría su promesa de devolverlo…? ¿Dónde estaría en aquel momento la rubia Claude? ¿En aquel inolvidable *château* de Dieudonné que continuamente mencionaba? Si el coche no aparecía, tendría que tomar alguna decisión. Aunque no sabía cuál. Pisar otra vez un cuartel de policía la estremecía de angustia. No se enfrentaría nuevamente con las miradas suspicaces y los rostros de expresiones duras.

«¿Pretende hacernos creer que ignora el paradero de Raúl Velázquez…?»

Lo ignoraba. Y seguía ignorándolo. Habían tenido que creerla porque no existía una sola prueba en contra de sus declaraciones.

No quería torturarse recordando. Se había prometido a sí misma olvidar el nombre de Raúl y cuanto a él se refiriera.

«Olvídalo todo, Fani-Fani, nombre de gato…»

La primera vez habíala llamado Estefanía, pero al oír a los compañeros llamarla Fani, se rió, porque el diminutivo le hizo gracia.

—Es un nombrecito para llamar al gato… —dijo. Y repitió, juntando las yemas del pulgar y del índice—: Fani-Fani…, nombre de gato…

Pero no debía pensar en Raúl.

Se acercó a la ventana y vio que había cesado de llover. Unos débiles rayos de sol trataban de abrirse paso por entre las nubes. Abrió los cristales y respiró hondo. El aire sabía dulce y llevaba aroma de pinos.

—Un país de leche y queso —había comentado su hermano Juan. Para en seguida añadir—: Y de chocolates y de relojes. Y de bancos, por supuesto. Pero sobre todo de mucha paz. Y eso es lo que tú necesitas.

Sí. Necesitaba mucha paz.

Aún faltaba tiempo para el almuerzo, y decidió bajar al jardín. Madame Leontine habíale dicho que podía disponer de la mañana.

Salió al silencioso pasillo. Ni un solo ruido en la casa. Empezó a comprender por qué Lisette se había alegrado de ver otro rostro joven en la «Maison du Lac». En nada se advertía la presencia de una niña de diez años en aquel hogar.

Tomó el ascensor, diciéndose que el garaje estaría abierto sobre el jardín.

No encontró demasiados coches. Un *Mercedes* color gris y dos pequeños utilitarios en un rincón. Hubiera habido suficiente espacio para su cochecito azul…

—Hola —dijo a sus espaldas y en español una voz joven—. Vaya, espero no haberla asustado… —añadió ante su sobresalto.

—Buenos días… —repuso, insegura. Era estúpido el alarmarse por cualquier cosa.

—Supe por el portero que había llegado y quería saludarla. Me llamo Antonio. Antonio Alonso. Soy el encargado del garaje. Me alegra recibir a una compatriota.

Parecía un muchacho simpático y correcto. Su aspecto no hacía adivinar al empleado de un garaje. Más bien a un estudiante que se divirtiera lavando su coche.

—¿Hace mucho que está en Suiza? —preguntó para no desairarle.

—Nunca estoy mucho tiempo en ninguna parte. Pero mi padre tiene un hotel en Segovia y se empeñó en mandarme aquí, para que hiciera unos cursos de hostelería. Para ayudarme a vivir y poder divertirme un poco sin tener que pedir dinero a papá, hago trabajos diversos.

—¿Como este de cuidar coches?

—Exactamente.

Se sonrieron, contemplándose bajo la luz del incipiente sol. Un muchacho de mediana estatura, de hombros anchos y dientes magníficos, pensó Fani. Tenía la risa fácil, lo que le permitía lucirlos.

Le tendió la mano.

—Me llamo Estefanía Navarro. Supongo que ya lo sabe, porque veo que en la «Maison du Lac» las noticias corren rápidas.

—Fue Theo, el viejo portero, que en su difícil alemán me explicó que había llegado la linda *fräulein* española. Si puedo serle útil en algo, ya sabe que tiene a mano a un compatriota. A veces, cuando se llega a un país extraño se encuentra uno incómodo. Suiza le gustará si no es usted demasiado bulliciosa.

—¿Bulliciosa…?

—Quiero decir amiga de divertirse. Éste es un país algo aburrido. Eso sí, con magníficos paisajes.

—Con los paisajes me bastará. Me apetece la vida tranquila.

—En ese caso, todo irá como sobre ruedas. Y a propósito de ruedas: ¿no tiene un coche que yo pueda cuidar esmeradamente?

La pregunta la pilló de improviso.

—¿Coche…? Bien… En realidad, tengo un coche, pero se lo presté a una amiga. Confío en que me lo devuelva pronto.

—Hasta ese momento, puedo dejarle el mío siempre que lo desee. Es una fea carraca, pero no da disgustos.

—Se lo agradezco. Lo tendré en cuenta.

Volvieron a mirarse un momento con curiosidad no exenta de simpatía. Fani hubiera deseado sentarse allí y quedarse un rato charlando de naderías con aquel chico tan agradable. Pero no le parecía correcto el que madame Leontine pudiera encontrarla en aquella situación. El título de «profesora de Anick» tenía cierto tufillo respetable.

—Quiero ahora llegarme hasta el lago. ¿Qué dirección debo tomar?

—Lo encontrará aquí mismo, al borde del jardín —explicó tras un ligero titubeo, como si hubiese estado pensando en otra cosa y la pregunta le pillara desprevenido. Se alisó el cabello y dejó de mirarla con atenta insistencia—. Siguiendo aquel paseo desembocará en él, Pero se va a mojar los zapatos. Tenga cuidado con los charcos.

—Creo que ya están suficientemente mojados. Hasta luego, Antonio. Ha sido agradable conocerle.

—Hasta luego, señorita Navarro.

Notó que la seguía con la mirada mientras caminaba en dirección al lago. Una mirada admirativa y curiosa.

La tierra había absorbido ya toda el agua de la lluvia y la fina grava se hundía bajo sus pies. Las ramas de los abetos, húmedas y frías, le rozaron la cara. Un pájaro rompió a cantar como si quisiera darle también su bienvenida.

Confiaba en que Antonio Alonso hubiera salido de España muchos meses atrás y no le fuera familiar el nombre de «Estefanía Navarro» asociado al escándalo de la Financiera. Sería demasiada mala suerte.

Si ella hubiera tenido, como Antonio, un padre en Segovia propietario de un hotel, con toda seguridad aún estaría allí, porque las ciudades castellanas tenían un gran encanto y también una gran paz. Contemplaría el famoso acueducto que durante dos mil años dominara las calles segovianas y el castillo, con su arquitectura de cuento de hadas.

Raúl y ella estuvieron en Segovia un soleado domingo, para comer el típico cordero asado, especialidad de la tierra. Con las manos juntas pasearon y contemplaron el acueducto, haciendo mil proyectos de vida en común. ¿Planearía ya el golpe de la Financiera o sería víctima de una irresistible tentación?

No. Lo tenía todo preparado. Sabía exactamente la fecha en que llegarían los fondos aportados por otra empresa recién asociada. Sabiamente eligió los valores de los que podía desprenderse impunemente. Y tendría seguramente su billete de avión en el bolsillo, para dirigirse… ¿adónde…?

El robo había tenido lugar durante la noche. Pero aquella misma tarde estuvieron juntos en el cine y cenaron, a la salida, en un pequeño restaurante en donde lo hacían a menudo y para cuyos camareros eran ya «la señorita Fani y don Raúl». Ocupaban siempre la misma mesa discreta, «un lugar en donde pueda besarte a gusto», según frase de Raúl.

Y con el billete de avión en el bolsillo, haciendo tiempo hasta la hora de realizar la operación, Raúl habíala besado apasionadamente.

«Estúpida…, estúpida…», comenzó a insultarse. Pero la repentina vista del resplandeciente lago la distrajo de sus irritantes ideas. El jardín llegaba hasta el borde del agua. Era un espectáculo encantador. A la izquierda y a lo lejos se divisaba la ciudad, con sus puentes y sus jardines y su diminuto islote rodeado de altos álamos, en el centro del cual, según sabía por los folletos turísticos, se alzaba la estatua de Juan Jacobo Rousseau. El famoso *jet d'eau*, el surtidor de ciento veinte metros de altura, no se distinguía desde allí o quizá no funcionaba a aquella hora. Al lado contrario se alzaban las montañas, el Mont Blanc coronado de nieve y la impresionante cadena de los Alpes.

La «Maison du Lac» era una hermosa casa, para vivir feliz. ¿Cuándo regresaría la madre de Anick? Tenía curiosidad por conocerlos a todos y

particularmente a Laurent de Vindry, con quien intercambiara la correspondencia.

El jardín descendía suavemente y al borde formaba una franja arenosa, como una diminuta playa. Allí estaba Anick, ocupada al parecer en pintar de blanco una pequeña barca. Alzó la cabeza y la miró, entre sorprendida y fastidiada. Su buena educación luchó contra sus deseos de lanzar un exabrupto.

—Ésta es mi playa —se limitó a decir—. Nadie viene nunca por aquí.

A la luz del sol le pareció más flaca, más feúcha y con aire exasperado.

Contestó en español:

—Vine a ver el lago. No sabía que tuvieras una barca. ¿Es de remos…?

—Tengo un motor fuera borda. Pero papá no me deja salir sola… —habló, mezclando de mala gana el español y el francés.

—Quizá nos permita hacerlo juntas. ¿Te gustaría? Este verano, en la Costa Brava aprendí a manejar la barca de mi hermano. Me iba a pescar.

—¿Y qué pescaba usted?

—Pulpos, calamares… de todo. También hice pesca submarina.

La contempló, admirativa.

—¿En serio…?

—Claro. ¿Por qué no?

—Aquí no se puede hacer. En el lago hay mucha contaminación.

—Sí… Me lo imagino…

Siguió un pequeño silencio, durante el cual ninguna de las dos encontró nada que decir.

—Me gusta tu barca —habló Fani.

Anick le lanzó una mirada relampagueante.

—No puede gustarle. Es una barca fea. Pero voy a pintarla de blanco, con una franja azul.

—Quisiera ayudarte. Mientras pintamos, podremos hablar en español.

—Ahora no volvere a pintar en mucho tiempo. Sólo tendré libres los domingos, y solemos subir a esquiar. ¿Sabe usted esquiar?

—Un poco. Me caigo a menudo.

Esperaba que se riera, pero Anick desconocía las sonrisas. Continuaba mirándola con el ceño fruncido…

—¿Cómo vas a llamar a tu barca?

—¿Llamar…? *¿Appeler…?*

—Sí. Los barcos suelen tener un nombre.

—La mía, no. Se llamará simplemente «barca».

—Una vez, hace bastantes años, pasé un verano en Portugal, con mi abuela. Era una abuelita excepcional, alegre y divertida. Tocaba el arpa, ¿sabes? —Esperaba algún comentario, pero al no oírlo prosiguió—: En Portugal, los pescadores pintan mucho sus barcos y les ponen nombres muy bonitos. Incluso, a veces, pintan un ojo en la proa para que les dé buena suerte.

—¿Un ojo? ¡Qué idea tan rara!

—Los nombres suelen ser piadosos: *Nossa Senhora de Fátima, Nossa Senhora de la Agonía…*

—¿Es usted católica? —preguntó Anick inesperadamente.

—Sí. Por supuesto. ¿Y tú…?

La miró desafiante.

—Nunca voy a misa, si es eso lo que quiere saber. Mi papá, tampoco. —Fani calló, no encontrando respuesta. La niña la miró de un modo burlón—. Pero soy católica —añadió retadora—. Mamá también lo es. Y ella quiere que yo sea católica aunque fastidie a *tante* Leontine. Algún domingo podré ir a misa con usted.

—Obedeceremos las órdenes de tu papá.

—Papá no se entera de nada. Sólo le importan sus negocios y tocar el piano.

—No digas eso.

—Es la verdad. Soy una pesada carga para él. La familia querría verme muerta.

—¿Qué disparates estás diciendo? Me parece que ves demasiadas películas en la televisión.

—Sí. Las veo todas, pero eso no importa. —Se encogió de hombros—. Sé muy bien lo que me digo. Pero no pienso morirme para darles gusto. Cuando sea mayor, me iré de casa y no les veré nunca más. —Miró a Fani para cerciorarse de que conseguía escandalizarla e insistió, irritada por su imperturbabilidad—: ¿Me ha oído bien? ¡Nunca más!

Fani se sentó en la quilla de la barca, libre de pintura.

—Todo adulto tiene derecho a escoger su vida y a hacer su voluntad. Cuando seas mayor, elegirás el camino que te guste. Es lo normal.

Anick alzó la cabeza, desconcertada. Lo mejor de su fisonomía eran los ojos, intensamente azules y con espesas pestañas.

—¿No le importa que diga eso de que no veré más a papá ni a tía Leontine…?

—Me sorprende… Pero es asunto tuyo. ¿Qué opina de ello tu mamá?

Sonrió con malicia. Por primera vez, su pecoso rostro demostró cierta alegría.

—¿No sabe que tengo prohibido hablar de mamá?

Fani se quedó sin respiración.

—¿Cómo dices…?

—Mamá es la *bête noire* de esta casa. Es pecado pronunciar su nombre. Desencadena una tormenta. ¿Acaso no estaba enterada?

—Acabo de llegar. ¿Cómo quieres que sepa nada…?

—Papá podría habérselo explicado por carta. Pero no se preocupe. Le hablará de ello en seguida. Espere y verá. En cuanto la conozca, le hablará mal de mamá y la obligará a ponerse de su parte. Y si no lo hace, volverá a ocurrir lo que ocurrió con madame Arlette. —Se echó a reír sin alegría—. ¿A que tampoco sabe quién es madame Arlette? —Fani dijo que no con la cabeza—. Una profesora de español que vino antes que usted. No era española, pero lo hablaba casi tan bien como usted. —Hizo chasquear el pulgar contra el índice y simuló con la mano abierta el vuelo de un pájaro —. Se largó de vuelta a su tierra. Era de origen francés. Una buena chica de cincuenta años. Se fue llorando.

—No debes burlarte del mal ajeno. Está feo.

—No me burlo. Era simpática. La echo de menos. Estará ahora en París recitando versos a otros niños. Le gustaba mucho recitar… Claro, si es que ha conseguido sobrevivir a la ausencia de papá. Le amaba en silencio.

—Estás diciendo muchas tonterías.

—Todas le aman en silencio. Usted hará lo mismo. Ya lo verá.

Fani se levantó impaciente. Anick estaba consiguiendo su objetivo: ponerla nerviosa. Se sacudió la falda y volvió a mirarla.

—¿Por qué tienes tanto interés en parecerme antipática? —Puso la mano en su hombro—. Eres una niña muy lista, con mentalidad de adulta. Razonas como una vieja. O al menos eso te crees. Pero yo sé de la vida un poquito más que tú y no conseguirás preocuparme. ¿Acaso crees que yo no tengo mis propias preocupaciones…?

—¿Penas de amor? Es usted muy guapa.

—Gracias. Tú también lo serías si te arreglases un poco mejor. ¿Por qué llevas esos pelos…?

Rió malévolamente.

—Me lo corto yo misma, procurando que parezca cada vez más horrible. Quiero convertirme en el monstruo de la familia.

Fani acabó por reír. Una risa grata, que pareció aligerar su corazón. La niña rió también y su rostro cambió de expresión, llegando a parecer bonito. En seguida cortó la risa y, queriendo ser ella quien dijera la última palabra, anunció:

—Tenemos que darnos prisa si queremos estar listas para el almuerzo. Papá es asquerosamente puntual. A las doce hay que estar en la mesa. Nunca viene a comer, pero hoy lo hace en honor suyo. Después de la comida la llevará a la biblioteca y, a solas, le lanzará su discursito. ¿Qué se apuesta usted?

Echó a correr en dirección a la casa y Fani la siguió, corriendo también, con el corazón latiendo de nuevas inquietudes.

IV

Cambió de ropa para el almuerzo, como si fuera a actuar en una representación escénica. Ella sería la dama joven, y Laurent de Vindry, el primer actor. Ignoraba los diálogos que exigiría la escena, pero confiaba en que no fueran demasiado difíciles. Las palabras de Anick la habían alarmado, pero no quería prestarles demasiada atención. La niña parecía llena de rencores y de antipatías. Recordó su frase «¿No sabe que tengo prohibido hablar de mi madre…?»

¿Qué podría haber ocurrido en el hogar de los Vindry para que madame De Vindry se hubiera marchado de Ginebra? Se sentía turbada e inquieta ante la idea de su-próxima entrevista con el padre de Anick.

Suponía que el comedor se encontraría en el piso de abajo y descendió las amplias escaleras alfombradas y se dejó guiar por el rumor de voces.

Lisette fue otra vez su ángel tutelar.

—Están tomando el aperitivo en el salón —explicó—. ¡Ah…, *voilál* Monsieur se ha sentado al piano.

En efecto, se oían los rápidos compases de una música conocida, cuyo título no supo Fani encontrar. Algo de Chopin, al parecer. La ejecución era ágil y segura. Anick no había mentido al decir que su padre pasaba muchas de sus horas libres ante el piano.

El salón le pareció diferente, con las cortinas descorridas y el débil sol brillando sobre el húmedo jardín. La casa despertaba de su letargo ante la llegada del dueño.

En un ángulo del salón, con su pequeño televisor siempre cerca y una copa de vino rosado en la mano, madame Leontine hablaba con un hombre joven que se mantenía de pie junto a ella. Leontine reía con él y también, como el salón, había recobrado diferente fisonomía. El joven, impecablemente vestido, lucía una corbata azul un poco extravagante. No

era muy alto, pero daba sensación de esbeltez y de agilidad. El color tostado de su piel contrastaba con el pelo castaño claro.

Anick estaba en el otro extremo de la habitación, contemplando las manos de su padre, que se deslizaban sobre el teclado. No se había molestado en arreglarse y mostraba el mismo aspecto desaliñado de hacía unos momentos. Alzó la cabeza al entrar Fani y anunció a su padre en español:

—Aquí está la señorita Estefanía Navarro.

Laurent de Vindry se levantó. Su elevada estatura sorprendió a Fani, que se lo imaginaba más bajo y más viejo. Su aire de gravedad le prestaba edad, pero al sonreír se adivinaba que aún estaba en la parte soleada de la cuarentena. El rostro, de facciones correctas, parecía más largo a causa de la incipiente calvicie de su frente, abombada y ancha. Con un chispazo de humor, Fani se dijo que monsieur De Vindry tenía cierto aire romántico. La impresión se desvaneció cuando comenzó a hablar en tono resuelto, de persona acostumbrada a mandar y a decidir.

—Bienvenida a esta casa, señorita Navarro —dijo en correcto castellano —. ¿Ha tenido buen viaje? —Le tendió la mano y se la apretó con fuerza.

Fani se vio obligada una vez más a decir que el viaje había sido perfecto.

—Hacemos votos porque se sienta feliz entre nosotros. ¿No es cierto, Anick? —Como la aludida fingió no oír, contemplando sus uñas con gran atención, decidió concluir la frase—: Estoy seguro de que así será. Permítame que le presente a nuestro amigo Pietro Vergani. —El joven de la corbata azul le tendió también la mano—. Creo que ya conoce a mi hermana Leontine. Y ahora pasemos a las cosas prácticas. ¿Qué desea beber? ¿Qué le apetece, señorita Navarro?

—Por favor, llámenme Estefanía. O Fani, como todo el mundo. — Observó que Laurent bebía un oporto y decidió—: Tomaré un oporto.

Leontine bajó el sonido del televisor y se sumó a la conversación, en francés.

—El señor Vergani es mi secretario y mi mano derecha.

No sé lo que haría sin su ayuda. Me ocupo de muchas obras sociales, y el señor Vergani las lleva todas a la perfección.

Una leve sonrisa osciló bajo la perfecta nariz del aludido, que hizo una burlona reverencia.

—El mes pasado visité su país —explicó con voz grata y animada—. Recorrí la Costa del Sol, de la que guardo inmejorable recuerdo.

Fani se lo imaginó moviéndose a sus anchas entre la *jet society* de Marbella o, mejor aún, entre la de Torremolinos, de ambiente más bohemio. En cualquier sitio donde estuviera, Pietro Vergani sabría desenvolverse. Le sonrió, tratando de no demostrar lo muy atractivo que lo encontraba. Debía de estar demasiado seguro del efecto que siempre producía entre las mujeres.

—Tendrá que defenderse para que mi hermana no la atrape para sus obras sociales —le recomendó humorísticamente Laurent—. Sus horas libres deberá emplearlas en conocer nuestro país. Tengo entendido que ésta es su primera visita.

Se acordaba, al parecer, de lo que ella dijera en alguna carta. Laurent de Vindry no era tan despistado como su hija daba a entender. En aquel momento dio una muestra de ello al volverse hacia la pequeña, que manipulaba a espaldas suyas junto al carro de las bebidas—. Anick, te he dicho muchas veces que los niños no beben alcohol. Deja en paz el oporto.

—Era sólo una gotita… —refunfuñó ofendida, yendo a sentarse en un rincón con cara de mártir.

—Anick abusa del hecho de ser la única niña de esta casa. Tendrá usted que ser enérgica con ella. —Consultó su reloj de pulsera con el nerviosismo contenido que caracterizaba todos sus gestos—. Si han concluido con sus aperitivos, podemos pasar al comedor. A las dos tengo una cita importante y antes desearía charlar un rato con usted en la biblioteca.

Los vaticinios de Anick se iban cumpliendo. Fani no pudo por menos de mirar a la niña, que disimuladamente le hizo una mueca.

Lisette abrió una doble puerta de cristales y, tras el consabido anuncio de *Madame est servie»*, se instalaron todos en el contiguo comedor, de pesados muebles antiguos, donde las luces tuvieron que ser encendidas. La atmósfera resultaba sofocante con las mullidas alfombras de la Savonnerie y otro tapiz gobelino cubriendo la pared. Las pesadas piezas de plata relucían sobre los aparadores.

«Una comida de invierno», pensó Fani. Pero en el jardín aún olía a verano. Y en Barcelona sus hermanos estarían bañándose en las playas, como lo hizo ella misma hasta pocos días antes de su marcha.

«No puedo ser tan mediterránea —se dijo—. Aquí tengo el Mont Blanc. Si inclino la cabeza, podré verlo desde mi asiento. Estoy en Suiza y aprovecharé toda esta belleza.»

La comida que sirvieron podía haber sido francesa. Un consomé delicioso, seguido de una *truite au bleu*. «Trucha del lago», según indicó Laurent, sin precisar a qué lago se refería, porque, como muy bien dijera Anick, el Leman tenía el aspecto contaminado de todos los ambientes excesivamente «civilizados». La tabla de quesos fue un espectáculo esplendoroso, al que todos hicieron honor. Anick, que apenas había comido, se desquitó con la tarta de chocolate servida al final. Sentada al extremo de la mesa, no pronunció palabra. Pero sonrió a Lisette cuando le sirvió una doble ración del pastel. Al menos tenía una amiga.

En el salón aguardaba el servicio de café. Laurent pidió que se lo sirvieran en la biblioteca e invitó a Fani a acompañarle. Ésta evitó la mirada sagaz de la pequeña cuando pasó junto a ella y fingió no ver sus muecas.

La biblioteca le pareció una sorpresa, porque era la única habitación decorada a la moderna entre todas las de la casa. Las blancas librerías, atestadas de volúmenes bien encuadernados, contrastaban con la moqueta verde esmeralda y con los mullidos sillones de terciopelo. El hilo musical dejaba oír tenuemente una sinfonía de… ¿de quién…? Fani se impacientó con su mal oído, hasta que descubrió que se trataba de Bach. Por una vez, la abuela habría estado contenta.

—Póngase cómoda, por favor.

Le ofreció un sillón y Fani pensó que emanaba de él una grata sensación de cortesía y de buenas maneras que formaban parte de su personalidad. Lisette acudió con la bandeja del café y él la hizo retirarse, sirviéndolo él mismo. Tenía unas manos largas y cuidadas, manos de artista.

—Gracias; sólo un terrón —dijo en respuesta a su muda pregunta.

Y una vez acabadas aquellas formalidades se instaló en otro sillón frente a ella y durante unos breves segundos la miró sin verla, perdido en sus íntimos problemas. Luego empezó a hablar, yendo derecho al tema.

—Es penoso para mí tener que ponerle al corriente de mis ingratos asuntos íntimos —dijo meditando pausadamente sus palabras—. Pero me veo obligado a hacerlo. Quizá se haya dado cuenta de que mi hija no es una niña contenta y feliz, como suelen serlo las demás niñas. Desde hace tres años, su madre y yo estamos divorciados. Un divorcio es un asunto maldito y desgraciado en cualquier familia. El nuestro no lo ha sido menos que los demás. Pasaré por alto los degradantes detalles y le diré que la niña quedó a mi cargo y que su madre no tiene derecho a visitarla. Al menos, fuera de mi presencia. —Ofreció a Fani un paquete de cigarrillos y eligió una pipa para sí mismo, rellenándola cuidadosamente con el contenido de un bote de tabaco que recogió de su mesa. Mientras se inclinaba a encenderle el cigarrillo con un pequeño encendedor de oro, percibió Fani su agradable olor de hombre refinado y exigente—. Lamentablemente, tuve que llegar a la conclusión de que el trato con su madre era perjudicial para Anick. En un principio permití que la viera de cuando en cuando, pero a partir de unos sucesos desagradables me vi obligado a prohibir terminantemente cualquier trato con ella. No piense que soy cruel. Sólo deseo el bien de mi hija.

Incapaz de interrumpirle, Fani asintió con un gesto. La palabra «divorcio» resultaba en verdad dolorosa y dramática. Como un peligro latente que pudiera destruir toda la felicidad. Vindry parecía un hombre altivo, seguro de sí mismo, y Fani imaginaba lo que le costaba hacer aquella confesión de sus fracasos.

—La madre de Anick inventa trucos diabólicos para conseguir ver a la pequeña. El más fácil de todos es el de seducir a mis empleados, despertando su piedad a fuerza de mentiras. La última profesora de Anick fue despedida por este motivo. Creyendo que yo no me enteraría, permitió que se entrevistara repetidas veces con su madre. Y debo subrayar que soy inflexible en este sentido. —Dulcificó con una sonrisa la dureza de sus palabras y dio una chupada a la pipa, cuyo humo llenó el salón de un agradable aroma. A continuación se levantó y permaneció de pie ante su escritorio, jugueteando con el bote de tabaco—. Anick empezará mañana su primer curso en el colegio. Ya tiene diez años, recién cumplidos, y no puede seguir vagabundeando, encerrada en sus pensamientos. He observado su dificultad en hacerse amigas. Todos los años pasamos dos semanas juntos

en la montaña. Durante este tiempo trato de intimar con ella y de conocerla mejor. Le he buscado contactos con otras niñas, y siempre los ha rehuido. Yo sólo deseo lo mejor para ella, ¿comprende? Quiero que sea feliz. Pero temo que no lo consigo. La he matriculado en un pequeño colegio cercano, donde estará bien vigilada, y espero que comience una nueva vida. Cuando regrese a casa a las cuatro, usted se hará cargo de ella y procurará que las clases de español le resulten amenas y poco fatigosas. —Hizo una pausa y minuciosamente puso en su debido lugar dos libros de la biblioteca—. Tomé la decisión de trasladarme durante unos años a México, donde abriré una sucursal de mi editorial, para distribuir libros a toda Hispanoamérica. Por eso deseo que Anick conozca el idioma. Un cambio brusco será lo mejor; allí estará libre de cualquier problema… y olvidará. A esas edades se olvida todo… —dijo amargamente—. ¡Ojalá los mayores tuviéramos esa facilidad de olvido!

De nuevo le ofreció café, que Fani rehusó, y él se sirvió una segunda taza.

—Le agradezco la confianza con que me ha hablado, monsieur De Vindry. En lo que de mí dependa, evitaré que la niña se encuentre con personas… ajenas a la casa. Y me atendré estrictamente a sus órdenes.

Sostuvo su mirada y se la devolvió sin timidez. Estaba dispuesta a obedecer a la persona que la empleaba y que pagaría su sueldo. No la intimidaban Anick… y tampoco su padre.

Por interesante y atractivo que le pareciera. Recordó la frase de la niña y casi sonrió: «Todas se enamoran de él…»

No sería difícil para ninguna mujer dejarse impresionar por el sutil encanto de Laurent. Imaginó a la pobre y cincuentona Arlette con el corazón roto al ser despedida. Pero el suyo estaba demasiado maltrecho para que ningún hombre pudiera impresionarla. «¡Nunca más!», se dijo. Y el eco burlón de la frase pareció llenar la biblioteca, buscando un hueco imaginario por el que escapar. Por el que perderse a lo lejos, entre las montañas nevadas.

Laurent pareció recobrar su buen humor. En tono diferente explicó:

—Tengo una casa en Crans sur Sierre y deseo que tanto usted como Anick disfruten de ella y de la montaña. ¿Sabe esquiar? Si no es así,

prometo enseñarle. Ni Anick ni usted tienen que pasarse la vida en casa. Pueden salir siempre que lo deseen. Y usted podrá disponer a su gusto de sus horas libres. No permita que mi hermana la acapare. No olvide que se lo he advertido. —Consultó su reloj de pulsera, y el mundo de las prisas le devoró de nuevo. Con gesto cordial le tendió la mano—. Espero que pase con nosotros una temporada tranquila y feliz.

Fani se encontró sola en el vestíbulo, sin saber exactamente qué hacer. Tuvo que dar dos vueltas hasta encontrar el ascensor, pero le dio vergüenza utilizarlo y decidió subir a pie. El ascensor de los perezosos, que sólo subía un piso.

Al entrar en su cuarto descubrió sobre la mesa un sobre a su nombre, garrapateado con mala letra. Lo abrió y leyó el extraño mensaje de Anick:

«Supongo que papá ya le habrá dicho que no debo ver a mi madre y que usted estará de acuerdo con él.

»Les odio a los dos .»

V

Anick estaba demasiado excitada ante su inauguración de curso del siguiente día, y la clase de español se limitó a algunos comentarios sobre aquel tema. Ninguna de las dos hizo alusión a la carta enviada, como si jamás hubiese existido.

—Ahora voy a mostrarle mi horroroso uniforme, para ese horroroso colegio —dijo con su eterno mal humor. Y le mostró una faldita tableada y una blusa blanca.

—Es un uniforme bonito, y creo que te sentará bien. Tienes que cuidar un poco tu aspecto. No pretenderás ser diferente a las demás niñas.

—Nada me importan las demás niñas. No pienso ser amiga de nadie.

Fani se limitó a hacerle repetir la frase en español, sin intentar contradecirla. Anick buscaba incansablemente motivos de discusión, quedándose a la expectativa de la respuesta.

—Algún día vas a dejarme que te lave yo la cabeza y que te peine a mi modo. Me doy bastante maña para eso, ¿sabes? El resultado te gustará.

Esperaba una negativa furibunda y se sorprendió viendo que la niña la miraba con malicia, conteniendo la risa.

—¿De veras hará eso? ¿Y podré presentarme ante papá bien peinada y con un bonito vestido? —Viendo que Fani asentía con la cabeza, aceptó entusiasmada—. Magnífico. Haremos una exhibición ante papá y tía Leontine. Será un éxito. Pareceré una perrita a la que presentan en una exposición. Le darán el primer premio, ya lo verá.

Y como si algo la divirtiera especialmente, continuó riendo bajito, para sí misma, mirando a su antagonista con gesto burlón. Luego volvió a ensimismarse en sus pensamientos y a fruncir el ceño.

—A las siete vendrá a buscarme el horrible coche del colegio, cargado de horribles niñas. No sé cómo podré soportarlo.

—Te veré salir desde mi ventana.

—No lo creo. A esas horas estará usted durmiendo, soñando con su novio.

—Iré a tu cuarto para decirte adiós —insistió Fani como si no la hubiese oído—. Te desearé buena suerte.

—La consideraré una heroína tonta. A esas horas se está muy bien en la cama. Y no crea que por eso va a enternecerme.

—No pretendo enternecerte. No pretendo fingir que me gustas. Lo haré porque quiero hacerlo.

Alzó las cejas, sorprendida.

—¿No es usted de esas que a todas horas publican su profundo amor por los niños y lo derraman santamente sobre las desgraciadas cabecitas?

—No —dijo Fani. Y su bonita melena castaña, cuajada de mechas rubias, siguió el mismo movimiento negativo—. Considero que hay niños insoportables que no merecen el afecto de nadie.

—¿Es ése mi caso?

—Aún no lo sé.

—Confío en perfeccionarme en el colegio. He oído que en los colegios actuales sólo se habla de sexo.

—¿Dónde has oído eso…?

—En la televisión. También oí decir que biológicamente podré ser madre dentro de poco.

Fani trató de no echarse a reír, pero no lo consiguió.

—No se ría. Biológicamente, a los doce o trece años se puede ser madre. Depende de muchas cosas… Bueno…, ¿qué es lo que le hace tanta gracia?

—Tú. Si fuera empresario, te contrataría para mi circo. Eres un gran payaso. Una gran artista.

La niña la miró repentinamente seria.

—Como mi madre. ¿Nadie le ha dicho que mi madre es la mejor artista del mundo? —Leyó la sorpresa en los ojos de Fani y prosiguió—: Naturalmente, nadie le habrá dicho nada bueno de mamá. Papá y tía Leontine la detestan. Pero yo la quiero. Y es la mejor artista del mundo. Le han aplaudido los reyes y los jefes de Estado… Y además es la más guapa

de todas las mujeres. Quizás usted no lo crea porque yo le parezco fea, pero mamá es… maravillosa. ¿Lo cree?

Esta vez temblaba de ansiedad porque Fani le dijera que la creía. Y Fani se lo dijo.

—Claro que te creo.

—Algún día le dejaré leer los recortes de prensa que tengo escondidos. ¿Sabe lo que decía de ella «Le Figaro» de París…? —Cerró los ojos y recitó de memoria—: «Oriana Campi sigue su glorioso camino de éxitos. A pesar de su juventud, nos atreveríamos a decir que su baile tiene instantes de insuperable belleza. Nos hallamos ante una nueva Pavlova. Sus *croisés* apasionados, que se resuelven en serenos *effacés*, contienen una prodigiosa armonía. Su arabesco neoclásico hace contener el aliento…»

Pero Fani dejó de oírla, porque a espaldas de la niña y en el umbral de la puerta descubrió la severa figura de madame Leontine escuchando sin pestañear. Llevaba un elegante vestido negro y las manos cubiertas de brillantes. Sin duda se preparaba para salir. Dio una brusca palmada, interrumpiendo el discurso.

—¡Basta, Anick! Ha terminado por hoy tu representación. Dile a Lisette que prepare tu baño. En seguida cenarás y te irás a dormir. —Fani no pudo dejar de lanzar una mirada hacia la ventana, donde aún se apreciaba la luz del día—. Usted, señorita Navarro, seguramente preferirá que le lleven una bandeja a su habitación. Estará cansada del viaje.

Fani procuró disimular su turbación. Le irritaba el que la hermana de Laurent pudiese creer que había hecho hablar a Anick para saciar su curiosidad.

—No estoy muy cansada, madame. Creo que saldré a dar un pequeño paseo.

—Haga lo que más le guste, mademoiselle.

Y con un ademán no exento de cortesía pareció indicarle que el mundo la estaba esperando… y que en cualquier otro sitio su presencia sería probablemente más deseada que en aquella habitación.

Fani dio las buenas noches y se encaminó a su cuarto, con la cabeza un tanto confusa. En casa de la familia Vindry, la atmósfera era densa, y debería tener cuidado para poder vivir en paz con unos y otros.

Se echó una gabardina sobre los hombros y bajó al jardín. No vio a Antonio en el garaje y se sintió un poco decepcionada, porque le hubiese gustado charlar con él. Theo, el portero, un viejo alto y erguido, de aspecto germánico, estaba ante la puerta de su pabellón.

Salió a la calle, donde tampoco se veía alma viviente. Hacía frío, y un viento húmedo le agitó el cabello. Casi tuvo la impresión de que olía a mar, pero el mar estaba a muchos kilómetros de allí.

Cruzó la desierta calle y desembocó en una pequeña plaza. Todos los edificios de aquel barrio elegante se rodeaban de jardines, cerrados con pesadas verjas. El mundo parecía dormido, y apenas se escuchaba otro ruido que el de los pasos de la propia Fani. En la esquina, ante una pequeña cafetería iluminada, vio una parada de taxis, y contuvo la tentación de subirse a uno de ellos y pedir que la trasladase a algún lugar en el que hubiera vida y movimiento. Optó por entrar en el café, que también era elegante, a tono con el barrio, con luces indirectas y camareros bien uniformados, pero en el que tampoco encontró la menor animación. Una pareja de novios junto a una ventana y dos ancianas que jugaban a las cartas, matando su aburrimiento.

Pidió un café en la barra, y el encargado pestañeó un poco, diciéndose sin duda que al menos allí había una novedad. Una cara nueva y bonita.

Fani encendió un cigarrillo, aspirando el humo con placer. Si había ido a Suiza buscando paz, la había encontrado. Repentinamente se dio cuenta de que estaba muy cansada y que el día había sido largo y demasiado repleto de emociones. Desde su amargo despertar en el hotel de la carretera hasta aquel primer atardecer ginebrino habían pasado muchas cosas.

Pagó el café y salió a la calle, dejando a las dos ancianas discutiendo a causa de una de las jugadas. Recibió en la cara el impacto del frío. Todavía no eran las siete, pero la noche habíase echado encima. Los taxistas la miraron esperanzados, pero siguió andando y dobló la calle en dirección a la «Maison du Lac».

Delante de la cerrada verja vio un coche detenido, y el corazón le dio un vuelco. Aquel coche azul le resultó familiar, y algo la impulsó a correr hacia él. Parecía imposible, pero el milagro se había realizado. Allí estaba su coche, que por fin le había sido devuelto. Miró alrededor, esperando

encontrarse con una Claude algo confusa, o quizá burlona, pero no descubrió a nadie en toda la calle. Las llaves se hallaban en el contacto, en su llavero regalo de Raúl. Dos pequeños corazones en oro, con una «F» y una «R» grabadas.

«Romántico, ¿no? —había dicho Raúl al entregárselo—. El amor debe serlo siempre. Es su obligación…»

Y ante el recuerdo intempestivo, también una idea inadecuada al momento pasó por la mente de Fani: «Tengo que quitar el corazón con la "R”.»

Casi en el acto el pensamiento se evaporó, dejando paso a la alegría de recobrar su bien perdido. Abrió la portezuela y buscó en el interior no sabía el qué. Quizás una carta de disculpa de Claude. O a la propia Claude sentada dentro, con aquella sonrisa evasiva y desconcertante que la caracterizaba. Pero en el interior no había nada. Ni un papel, ni un guante perdido, ni siquiera un periódico olvidado. El contador de la gasolina estaba casi a cero, y Fani hizo una mueca recordando que ella misma lo mandó llenar poco antes de llegar al hotel. Su opinión sobre Claude no mejoró demasiado.

Se sentó al volante y la llave de contacto funcionó normalmente. Por fortuna, no se apreciaba ninguna avería. La documentación también estaba completa, en el guantero.

¿Qué podría haberle sucedido a Claude, para cometer la incorrección de coger un coche ajeno, dejando a su propietaria en tierra?

Miró alrededor, buscándola otra vez, con la sensación de que no podía andar lejos. Tan sólo se había entretenido media hora en el café. Durante el corto intervalo, Claude había dejado el coche ante la «Maison du tac», ya que al salir de la casa no estaba aún.

La calle le pareció desagradablemente solitaria en aquel anochecer otoñal. La lluvia había hecho caer muchas hojas de los árboles sobre las aceras como una crujiente alfombra en tonos verdes y oro. Ni un solo coche circulaba en aquel momento por el barrio de espectaculares mansiones. Posiblemente al cabo de algunos minutos renacería el movimiento con la llegada de los que regresaban para la cena.

Se bajó a abrir de par en par las negras verjas e introdujo el coche hasta el garaje, aparcándolo en un rincón donde no pudiera molestar a nadie. Recordó que no había revisado el portaequipajes y lo abrió. Sorprendida, descubrió, muy bien doblado, el abrigo de pantera de Claude.

¿Cómo podía haber olvidado un abrigo tan fabuloso?, se dijo, irritada. Desde el primer momento habíalo admirado por su gran belleza y su calidad excepcional. Siempre soñó con un abrigo como aquél, completamente fuera de sus posibilidades económicas. Durante el viaje, repetidas veces Claude se había arropado con él para dormir. Y Fani había admirado en silencio el bonito efecto que el dorado cabello de su compañera y su rosado y transparente rostro hacían junto a la piel moteada de oscuro. Recordaba ahora que cuando se detuvieron en una estación de servicio a repostar y tomar café, Claude lo había guardado en el portaequipajes.

«Si fuese mío, jamás lo habría olvidado», se dijo, intrigada. Pero seguramente en cuanto cayera en la cuenta de su torpeza, Claude volvería por él. No podía extrañarse de que le ocurrieran cosas tan raras. Parecía vivir en las nubes, en un mundo propio y completamente a la defensiva, aunque nadie la atacara.

¿Qué le habría hecho aquel «monstruo» del marido?

Se estremeció de frío, cogió el abrigo y se dirigió hacia el ascensor.

La voz a su lado la sobresaltó:

—¿Necesita algo…? —preguntó Antonio, el muchacho español. No había oído sus pasos, pero la alarma resultó absurda e injustificada—. Perdone. Temo haberla asustado.

—No ha sido nada —se disculpó, sintiéndose ridícula por tan excesivo pánico—. Acabo de recoger mi coche y lo he dejado en aquel rincón. Me gustaría que le echase un vistazo.

—Lo haré con mucho gusto. Se lo dejaré a punto para que pueda subir a las cumbres —bromeó.

—La idea de subir a las cumbres me hace tiritar en este momento.

—Pues tiene usted un abrigo estupendo. Un soberbio abrigo de…

—Pantera. De primera calidad. Siento tener que confesarle que no es mío. La amiga que vino conmigo desde España lo dejó olvidado en el coche. Ha oído usted bien. Olvidado. ¿Le parece posible…?

—Me parece que su amiga aparecerá de un momento a otro con un ataque de nervios. Le daré los primeros auxilios.

—Claude no presta demasiada atención a nada —dijo, recordando vagamente que en el tocador de la estación de servicio había estado también a punto de dejarse olvidado el soberbio brillante de su dedo anular—. Yo rara vez pierdo algo —dijo—. Claro que tampoco tengo nada de gran valor que guardar.

—No se menosprecie. Su personita es también de cinco estrellas, si se le permite decir esto a un estudiante de hostelería.

—Se le permite. ¿Por qué los estudiantes de hostelería no van a poder hablar de lo que se les antoje?

—Eso es precisamente lo que me digo a mí mismo, pero he de tener cuidado de no parecer atrevido. —Le echó el abrigo por los hombros—. Para colmo, huele muy bien.

—Sí. Para colmo —dijo, agradecida al calor de la suave piel—. Lo colgaré en el armario, y si alguien pregunta por él…

—Lo enviaré hacia la madriguera. Puede estar tranquila.

—Buenas noches, Antonio. Me siento fatigada como si fueran las diez de la noche. Y sólo son las ocho.

—Tendrá que acostumbrarse a vivir al horario suizo —objetó él—. Tendrá que acostumbrarse a muchas cosas nuevas, agradables unas, pesadísimas otras. Esto es lo que ocurre cuando sale uno al extranjero. ¡Ah! Y tendrá que acostumbrarse al ratito diario de charla con su pesadísimo compatriota del garaje.

—Confío en ello. Hasta mañana.

La acompañó hasta el ascensor, y él mismo oprimió el botón para el segundo piso. Era una suerte poder contar con un nuevo amigo.

Contuvo un repentino bostezo y se repitió que, efectivamente, estaba muy fatigada. Seguramente le servirían la cena en su cuarto. Sin la presencia de Anick a la hora del almuerzo, no volvería a ver a monsieur Laurent hasta el sábado o el domingo. Se lo imaginó cenando frente a Leontine, sin pronunciar palabra. Un ambiente triste para un hombre cuyos ojos despedían calor y vida.

Se refugió en su cuarto y colgó el abrigo de pantera en el gran armario semivacío. El perfume pareció hacerse más persistente… e invadirlo todo. La presencia de Claude era casi tangible.

«Tonterías», se dijo acurrucándose en el cómodo sillón y cerrando los ojos.

Casi al momento se quedó dormida y soñó que rodaba en el coche por una carretera peligrosa, con alguien sentado a su lado que la incitaba a correr más y más.

Se despertó sudando y se sorprendió de encontrarse en el mismo sillón en el que se dejara caer a su entrada. El radiador de la calefacción exhalaba un calor mareante. Se dio cuenta de que alguien estaba llamando a su puerta con discretos golpecitos.

—Soy yo, mademoiselle. Le traigo la cena.

Era Lisette, portadora de una gran bandeja. Fani comprobó en su reloj que sólo eran las nueve de la noche.

—Llamé hace un rato y la encontré dormida —explicó Lisette sonriendo —. No quise molestarla, pero supongo que querrá cenar algo. El viaje debe de haberla fatigado.

—Sólo un poco. No comprendo cómo he podido dormirme de golpe. Siento haber retrasado los horarios de la casa. En adelante cenaré más temprano.

—Los señores suelen hacerlo a las ocho, pero no se preocupe. Yo le traeré su cena más tarde, porque sé que los españoles no cenan tan pronto.

—Tengo que adaptarme a la vida de aquí. Y lo haré con gusto. Esta sopa tiene un aspecto bonísimo. Ahora me doy cuenta de que tengo apetito.

—Yo siempre lo tengo —suspiró Lisette poniendo los ojos en blanco—. Me paso la vida muerta de hambre, porque a mi novio no le gustan las gorditas.

Fani se instaló ante la pequeña mesa y comenzó a cenar. Viendo que Lisette no hacía ademán de marcharse, se consideró obligada a darle un poco de conversación.

—Tiene usted novio…

Gozosamente, haciéndola compartir su maravilloso secreto, Lisette explicó:

—Se lo presentaré algún día. Nos hemos prometido hace pocos meses, pero no pensamos casarnos por el momento. Necesitamos ahorrar dinero para instalar una pequeña peluquería. Ya lo tenemos todo pensado.

La sopa estaba bonísima. El recuerdo del breve y agitado sueño, en el que volaba por las carreteras con alguien desconocido, se fue esfumando. La presencia de Lisette ahuyentaba cualquier fantasma.

—¿Una peluquería? Debe de ser un buen negocio.

—Alphonse es peluquero de señoras. Trabaja cerca de aquí, en este mismo barrio, en un establecimiento lujosísimo. Desgraciadamente, no es suyo, sino de monsieur Louis. Un gran artista, de genio endemoniado. Trata a las clientas con auténtica ferocidad, pero a ellas les gusta, porque cuando pone las manos en sus cabellos las convierte en bellezas. Mi Alphonse aprendió con él. Cualquier día le mostraré a usted mi banco de pelos.

—¿Su… banco de pelos?

—Yo le llamo así. Mi novio me trae recortes de pelo de todos los famosos y famosas. Con un cartoncito firmado que acredita su origen. Los voy colocando en un estuche de terciopelo granate, y Alphonse dice que debe de valer un dineral. No tiene precio para un verdadero aficionado…

—Nunca oí hablar de otra colección tan original.

—Coma su solomillo. Lo tuve al horno para que no se enfriara. La pobre Berta ya se ha acostado. Está llena de varices. ¿Por qué todas las cocineras tendrán varices? ¿Será por estar de pie? Berta se quedó soltera, pero tiene un sobrino que le da mucha guerra. ¿Usted tiene sobrinos? —Fani negó con la cabeza, un poco ajena a la charla desbordante—. Yo tengo veinticinco, de mis ocho hermanos, y cuando me ven, todos me piden algo. Felizmente, viven en la montaña y rara vez los veo… ¿Qué le parece el solomillo? Tierno y jugoso, como debe ser. Monsieur Laurent es muy exigente con la comida. Todo de primera calidad. Es un hombre exquisito.

Exquisito era el adjetivo que Fani misma hubiera dado a monsieur Laurent. Miró a Lisette, interesada.

—Sí. Parece un hombre muy refinado.

—Y muy culto. Y muy generoso. —Bajó la voz y añadió en un susurro —: Ella, no.

—¿Ella?

Imaginó que se refería a la desconocida madre de Anick. Pero sólo hablaba de Leontine.

—Tiene muchos más años que él y trata de dominarlo, pero no siempre lo consigue. Detesta a la niña. Parece que monsieur Laurent ha empezado a darse cuenta. Últimamente discuten mucho. Según dice Berta, que lleva muchos años en la casa, madame Leontine tuvo la culpa de que se marchara el pobre ángel…

—¿El pobre ángel…?

Lisette miró alrededor, como si temiera pronunciar el nombre.

—Berta llama siempre así a la ex esposa de monsieur Laurent. Dice que era un ángel y que madame Leontine sembró la cizaña entre ellos para quedarse reina y señora de esta casa. Madame Leontine residía en Zurich con su marido, pero al enviudar y quedarse sin dinero, se plantó aquí… y fue el comienzo del fin.

Fani se revolvió inquieta en la silla. Se sentía violenta de escuchar los chismes del servicio y vacilaba ante la actitud a tomar. Por otra parte, se avergonzaba también de su ardiente curiosidad acerca del desastre sentimental de los padres de Anick.

—Creo que ella era muy fina y muy bonita. Pequeña y ligera, como debe serlo una bailarina.

—¿Bailarina…? —Fani vació su copa de vino.

—De las buenas. De la Ópera de París. Allí la conoció monsieur… Y allí se casó con ella. Debió de ser un *coup de foudre*…

Fani trató de imaginarse el atractivo y serio rostro de monsieur De Vindry animado por la pasión y no le fue difícil conseguirlo. El impecable padre de Anick tenía unos ojos poco vulgares, en cuyo fondo se advertía que monsieur Laurent de Vindry no estaba del todo dormido.

Lisette proseguía con el boletín de información. Para descargar su conciencia, Fani se dijo a sí misma que no era culpable de preguntarle nada. Simplemente, limitábase a dejarla hablar. Como si pensase en voz alta, acabó Fani por comentar a pesar suyo:

—No es suficiente para un divorcio el que dos cuñadas se lleven mal… —Ante la mirada sorprendida de Lisette, añadió, mientras pelaba una pera

de agua—: Quiero decir que para divorciarse hay que tener motivos más serios que una incompatibilidad entre dos señoras…

—Berta asegura que se organizó un complot para perder al pobre ángel… Monsieur Laurent era muy celoso y no podía seguirla siempre a los lugares donde ella actuaba. Resumiendo: la pobre madame De Vindry se quedó sin su marido y sin su hija. ¿Cree que esto se le puede hacer a una mujer…?

A una mujer se le podían hacer muchas cosas, pensó Fani amargamente. Dejarla sin una palabra de adiós y permitir que fuera acusada de complicidad en un robo…

Agitó la cabeza con un movimiento que no comprometía a nada y apartó la bandeja.

—¿La señora vive en Ginebra? —preguntó.

—Reside en París, aunque continuamente viene aquí, tratando de ver a la niña. La adora, y debe de ser un suplicio para ella esta horrible situación. Pero las órdenes de monsieur Laurent son inflexibles. No debe permitir que la señora se acerque. A mí no me parece cristiano.

—No debemos juzgarle, Lisette. Trataré de obedecer sus órdenes. Él es la persona que ha contratado mis servicios. Debo acatar las órdenes sin juzgarlas.

Se levantó, dando por concluida la cena y la entrevista.

Ayudó a recogerlo todo en la bandeja y sonrió a Lisette:

—Mañana madrugaré. He prometido a Anick que iría a despedirla a su cuarto. Sentiría dormirme y defraudarla.

—Le traeré el café a las siete. Así tendrá tiempo de todo. Buenas noches, mademoiselle. Perdone si la he aburrido con mi charla, pero me gusta tener otra persona joven con quien hablar…

Motivos de charla no debían de faltarle nunca, pensó una vez que la muchacha se hubo retirado. Su ausencia volvió a hacer caer el silencio sobre la habitación. Abrió la ventana y el buen olor del jardín refrescó la pesadez de la calefacción. El silencio exterior era tan grande como el de la casa. Apenas se veían luces en los edificios cercanos.

En aquel momento, vibrante como un inesperado toque de trompeta, sonó el timbre del teléfono. Sorprendida, trató de recordar dónde estaba el

aparato, hasta que lo vio sobre el pequeño velador que sostenía también una pantalla iluminada, junto a la cama.

¿Quién podría llamarla…? Seguramente aquel teléfono con línea directa desde el exterior, que perteneciera a madame Leontine, se usaría para un asunto personal. ¿O sería simplemente su hermano Juan que trataba de saber si había llegado bien…? No. Juan no podía conocer aquel número particular de la hermana de Laurent. En todo caso, habría llamado al teléfono central de la casa, cuyo número figuraba en la lista.

Descolgó titubeando.

—¿Quién es…? —preguntó en español. Y se corrigió en el acto—: *Alio…?*

Pero oyó una voz española:

—¡Por fin has venido…!

Tragó saliva, aturdida.

—¿Quién es…? ¿Con quién quiere hablar? Debe de estar equivocado.

—¿Cómo voy a estar equivocado…? Es contigo con quien deseo hablar, Fani-Fani, nombre de gato.

Contuvo un grito. Se tambaleó y cayó sentada en la cama. La habitación pareció girar alrededor de ella.

—¡¿Qué ha dicho usted…?! —gimió, tratando de reconocer la voz.

No podía ser Raúl… Raúl tenía que estar mucho más lejos…, en Brasil…, en Venezuela…, en Méjico… ¿Raúl en Suiza…? No podía admitirlo. Su cabeza y su corazón se negaban a soportar aquello.

—No… no tengo idea de quién es usted —tartamudeó con la boca seca.

Y oyó la risa, rápidamente cortada.

—Claro que lo sabes, Fani-Fani. No olvides. Nos veremos en el sitio y hora acordados.

El sonido de un «clic» cortó la comunicación. Incapaz de moverse, conservó el auricular en la mano hasta que éste se deslizó y cayó al suelo. Lo volvió a poner en su sitio y se dijo que no era posible que una cosa tan horrible le ocurriera a ella… Que Raúl no podía estar en la misma ciudad… Y, sobre todo, que no recordaba haber concertado una cita con él en Ginebra. Ni en ningún otro punto del mundo.

Jamás… jamás Raúl la había hecho partícipe de sus planes. Procuró recordar lo que ya creía tener olvidado, pero llegó a la conclusión de que nunca había concertado un encuentro con Raúl en Suiza.

«Nos veremos en el sitio y hora acordados…»

¿Sería posible que Raúl le hubiera escrito alguna carta que no llegara a sus manos? Una carta dándole instrucciones para reunirse… en determinado lugar.

¿Pero cómo podía conocer Raúl su presencia en la «Maison du Lac» y el número telefónico de la línea particular de madame Leontine?

¿Quién podría haber informado a Raúl de su viaje a Ginebra…, de su trabajo en casa de los Vindry…?

Ella sólo había dado sus señas a Juan. A su hermano. Era el único que conocía su destino.

Y también a Claude, durante sus charlas por carretera. Pero ¿qué relación podría haber entre Claude y Raúl…?

Se apretó las sienes con las manos. Su paz interior, que tanto le costaba recobrar, volvía a ser asolada por un ciclón.

¿Debería comunicar a la policía aquella extraña llamada?

Los Vindry se enterarían del escándalo, y no podría soportar el que todo volviera a empezar. Monsieur Laurent le diría muy cortésmente que no la consideraba la compañera ideal para su hija.

Creyó oír de nuevo la voz burlona: «Es contigo con quien deseo hablar, Fani-Fani, nombre de gato…»

Sollozando, se dejó caer sobre la cama.

VI

De no ser por Lisette, hubiera faltado a la promesa hecha a Anick de despedirla a la llegada del autobús del colegio. Hasta la madrugada no consiguió caer en un pesado sopor, del que la muchacha, portadora del desayuno, la sacó sonriendo.

—Buenos días, mademoiselle. No me guarde rencor si la despierto. Usted me lo pidió.

Tardó unos segundos en darse cuenta de dónde estaba y se sentó en la cama, con ganas de echarse a llorar recordando la absurda conversación telefónica.

—Gracias, Lisette. Le agradezco que me haya llamado. Voy a decirle adiós a la niña.

Se levantó de un salto y se puso la bata de lana azul, cepillándose a continuación el pelo. Bebió unos sorbos de café, pero estaba demasiado caliente, y se dirigió al cuarto de Anick, que se desayunaba a solas, con aire sombrío. Vestía su nuevo uniforme sin ninguna gracia y parecía una víctima propiciatoria dispuesta a recibir el castigo. Por la ventana apenas entraba la débil luz matinal, poco propicia para infundir alegría.

—Hola, Anick. Vengo a cumplir mi promesa. ¿No me esperabas…?

—Nunca confío en nadie. Es mejor así.

—¿Qué tal andas de ánimo?

—No tengo ánimo. Sólo frío, tedio y sueño. ¿Le parecen pocas cosas…?

—Yo también tengo sueño y frío. —Se sentó frente a ella—. Tedio, no. Las dos estamos comenzando una nueva vida que no nos permitirá aburrirnos. Ya verás como lo pasas bien con las otras niñas.

—Las otras niñas me asquean.

—No te preocupes. Tú también les asquearás a ellas, y así será más divertido.

—Siempre soy la más lista, y eso acaba por ser una lata. Claro que yo he leído más de diez mil libros.

—¿No exageras…?

—Por lo menos, mil. Casi toda la biblioteca del salón.

—¿Te permiten hacerlo?

Se echó a reír sin ganas.

—¿Cree usted que alguien se da cuenta de lo que yo hago? —Se puso en pie de un salto—. Bueno, tengo que bajar al jardín. El coche debe de estar al llegar. —Desde la puerta se detuvo a mirarla, y algo parecido a una sonrisa amistosa iluminó a medias su cara—: Vuélvase a la camita. Cuando sea mayor, jamás me levantaré antes de las once… Y tendré una bata azul como la suya… Pero de raso y con plumas. Me dejaré la melena larga y la llevaré suelta, flotando tras de mí. ¿Le gusta…?

—Serás como una princesa… —Alzó la mano para detener un posible comentario—. Y no digas que también detestas a las princesas.

—Lo iba a decir. Las detesto. —Se puso sobre el uniforme un grueso chaquetón azul marino—. Me parecen ridículas estas faldas tableadas. Las faldas no debieran existir.

—¿Por qué…?

—Son maliciosas. Parecen decir: ¡si supieras todo lo que hay debajo!

—¡Pero Anick…!

—No finja escandalizarse. No creo esa patraña de que las mujeres españolas sean más virtuosas que las demás.

—Ignoro cómo serán las demás. Pero debo decirte que…

—No me diga nada. No la creeré, Usted es demasiado guapa para ser completamente virtuosa. Recuerde que he leído más de mil libros.

Y recogiendo su cartera con gesto dramático, Anick fue a iniciar el descenso de la escalera. Desde su dormitorio, frente al de la niña, se asomó Laurent de Vindry. Iba ya correctamente vestido y afeitado, dispuesto para su repleta jornada. Fani hubiese deseado esfumarse, consciente de la intimidad de su bata azul y de su aire adormilado.

—Buenos días, señorita Navarro… Espera un momento, Anick. Quiero desearte suerte en tu primer día de curso. Ahora ya seremos dos los que

partiremos diariamente para el trabajo. —Alzó su rostro con la mano para contemplarla mejor—. ¿Cómo te sientes, sumisa o agresiva…? —bromeó.

—Agresiva, por no variar.

—Confío en que el mundo sepa comprenderte y descubrir tus muchos méritos.

—Los guardo muy escondidos. Prefiero que me odien. Al menos, me respetarán.

—No te esfuerces. Lo conseguirás fácilmente. Luego me lo contarás. ¿Prometido?

—Prometido.

Besó a la niña, con un grato compañerismo que no sospechara entre ellos. Al reír, Laurent resultaba más joven y menos temible. Devolviéndole su beso, la niña confesó:

—Tengo un poco de miedo.

—¿Miedo…? Eso no es digno de ti. ¿Miedo de qué?

—De no ser comprendida.

Y dando rápidamente una vuelta para no descubrir totalmente sus emociones, Anick giró en redondo y bajó de dos en dos las escaleras. Fani recordó a la abuela, que solía acompañarla hasta la puerta y ponerle la bufanda. La querida abuelita, que era diferente a todas porque tocaba el arpa. Un instrumento que apenas se veía ya por el mundo.

—Bien, señorita Fani. ¿Es así como prefiere que la llame? —Ella asintió, sorprendida de que se acordara—. Esperemos que el choque de mi hija contra la vida no sea demasiado duro. Me siento en este instante como un ser despiadado que lanza a su cría a la lucha desde el cálido hogar. Pero supongo que todos los padres deben de sentir lo mismo el primer día de curso. Anick se lanza a la aventura, como usted misma se lanzó ayer al coger el avión para Ginebra. ¿No es así…?

Turbada aún por la intimidad de la dichosa bata, tardó unos segundos en contestar.

—Bueno…, en realidad… vine en mi coche. Tuve tiempo por esas carreteras para irme preparando al cambio de vida.

—Las cosas han cambiado desde la época de «Jane Eyre», ¿no es verdad? Aquella tímida institutriz que llegaba a la casa en un destartalado

coche de caballos… Rompe usted los cánones establecidos. No imagino a «Jane Eyre» conduciendo velozmente por las autopistas.

—Tampoco yo —dijo. Y trató rápidamente de olvidar que en la famosa novela de Charlotte Brontë, la modesta y tímida «Jane Eyre» acababa por casarse con el dueño de la casa—. Puesto que tengo aquí mi coche, me gustaría que me permitiese algunas tardes ir a recoger a Anick.

Él volvió a sonreír, como si su interés por la niña le satisficiera.

—No hay ningún inconveniente. Por lo pronto, disfrute hoy de toda su hermosa libertad. La envidio, señorita «Eyre», es decir, señorita Fani. Yo tengo siete entrevistas concertadas hasta el mediodía. Como puede ver, difiero también bastante del protagonista de aquella novela, que sólo se ocupaba de organizar fiestas y cacerías. Al menos, eso creí entender en algunos de los capítulos que dieron recientemente por televisión. Anick me obligó a verlos.

Fani sonrió pensando en la cara que pondría su interlocutor si pudiese leer en sus pensamientos. Porque hubiera podido decirle: «Tampoco tiene usted, como aquel protagonista, una esposa loca, encerrada en una habitación.»

Con un gesto de despedida, regresó a su cuarto mientras él preparaba los papeles para marcharse.

Hubiera podido estar contenta en aquel ambiente tranquilo y correcto que rodeaba a los Vindry. Incluso estaba segura de llegar a hacerse amiga de Anick, por poco que se esforzara. Encontraba cierta gracia a la criatura huraña, separada de su madre. Vivía a la defensiva.

Pero no era compatible con la vida pacífica de la «Maison du Lac» la llamada nocturna del desconocido. ¿Desconocido? ¿Acaso no estaría rechazando con todas sus fuerzas el convencimiento de que se trataba de la voz de Raúl…?

Ni siquiera estaba segura de acordarse de la voz de Raúl. Había puesto un feroz empeño en olvidarle. A él, a su voz, a su olor, al contacto de su boca, al contacto de sus manos.

«Nada hay tan muerto como un amor muerto…» ¿Dónde había leído aquello? En alguno de sus mil libros leídos, como los mil libros de Anick.

Abrió el armario y contempló el abrigo de pantera. Ahora, todo el armario olía a Claude. Y quizá también ella misma.

El café se conservaba caliente en la cafetera y se sentó a tomar una segunda taza y una crujiente tostada. ¿Qué podría hacer de sus horas libres…? De su hermosa libertad, según la frase de Laurent.

¿Sería posible que existiese alguna relación entre Claude y Raúl?, pensó de nuevo. No conseguía descartar aquella idea. Recordó todo cuanto hablaran durante aquel extraño viaje, que concluyó con tan desagradable sorpresa. No tenía gran cosa que recordar. Apenas se hicieron confidencias.

Un marido que la hacía sufrir y por quien temía ser perseguida: «el monstruo», como ella lo denominaba. Un padre a quien quería mucho y que habitaba en el *cháteau* de Dieudonné.

«Dieudonné está sólo a cuarenta kilómetros de Ginebra, entre el *cháteau* de Rolle y el de Morges…», recordó. En aquel momento apenas había prestado atención, pero ahora creía oírlo de nuevo.

Tomó una determinación repentina. Iría a Dieudonné, a devolverle a Claude su abrigo…y a cerciorarse de si sus sospechas sobre un contacto con Raúl pudieran ser fundadas. No podía vivir con aquella angustia.

Se arregló apresuradamente y, con el abrigo de pantera al brazo, indicó a Lisette que no volvería para almorzar.

—Monsieur De Vindry me ha aconsejado que conozca un poco los alrededores —se excusó, no queriendo dar la impresión de que se consideraba como una turista en vacaciones.

Pero como Lisette sólo pensaba en su Alphonse y en su «banco de pelos» y vivía satisfecha, sin problemas sociales, se limitó a desearle alegremente *une belle journée*.

Antonio ya estaba en el garaje y se acercó en seguida.

—He lavado su coche a fondo. Reluce como un brillante.

—Gracias; es usted un compatriota muy simpático. Y muy útil. Ya me dirá lo que le debo.

—Es un obsequio de la casa. Hago cuestión de honor el que el coche con matrícula de Madrid sea el más limpio de todos.

—¿A qué horas da sus clases de hostelería si trabaja aquí todo el día? —inquirió sonriendo.

—Suelo dar clases nocturnas. Pero no crea que estoy aquí siempre. —Se apoyó en la ventanilla mientras ella ponía el contacto y preguntó curiosamente—: ¿Va usted a la ciudad?

No creyó necesario mentir.

—Voy en busca de un castillo, como en los cuentos.

—¿Con dragón o sin dragón?

—Eso es precisamente lo que me gustaría saber. —Sacó el mapa de carreteras y lo desplegó, buscando la ruta—. Vamos a ver… *Château* de Nyon…, *Château* de Rolle… No es el mío. Se llama Dieudonné y me figuro que no está en los mapas. Pero debe de estar por aouí… Morges… Sí, ella dijo: «Entre el *Château* de Rolle y el de Morges, camino de Lausana.»

—Si se pierde, yo acudiré a rescatarla. Atacaré su castillo y lo asaltaremos juntos.

—No le llame «mi castillo». No me pertenece ni una sola almena.

Al inclinarse sobre el mapa, un mechón de cabello resbaló sobre la frente de Antonio. Olía bien y sus uñas estaban cuidadas y limpias. «Un muchacho muy agradable», pensó Fani una vez más. Y se alegró de saber que siempre estaba allí y que podría recurrir a él en caso de apuro.

—No busque almenas en estos castillos. Deje eso para nuestras fortalezas castellanas. Aquí, lo mismo que en Francia, en cuanto una casa tiene una torrecita le llaman *Château*.

—Pues me gustan mucho los *Châteaux* franceses. Mi abuela y yo los visitamos un verano. Debe de ser maravilloso vivir en uno de aquellos caserones de piedra blanca y techos de pizarra.

—Y los balcones y puertas con pequeños cristales…

—… pesadísimos de limpiar. —Rieron—. Bien. Creo que encontraré mi camino. Hasta luego, Antonio.

—¡Cuánto me hubiese gustado acompañarla…!

Pisó el embrague, haciéndole un saludo con la mano. Adoraba sentarse ante el volante, incluso en las grandes ciudades, con todas sus dificultades de circulación. Juan decía que estaba loca y que tenía alma de motorista. Raúl también solía burlarse de ella. Él odiaba su coche…, y el coche se lo devolvía estropeándose a cada momento y jugándole malas pasadas. La

abuela solía decir que los objetos, como las casas y las personas, devolvían lo que recibían. Si una era hostil a su casa, nunca la convertiría en un hogar grato y acogedor. Al entrar en una habitación, la abuela se daba cuenta en seguida de si la gente que vivía allí era feliz o desgraciada.

El conducir la descargaba de sus preocupaciones íntimas, como un lavado de cerebro. Los domingos solía rehuir a las amigas y rodaba por las carreteras hasta encontrar un pueblo tranquilo y pacífico en donde almorzar. En el verano recorría playas y piscinas. Luego surgió Raúl y, con él, la certeza de que ya nunca más estaría sola…, de que todas las alegrías serían compartidas. Y también las penas.

Se rió de sí misma al evocar aquella época. Desde el primer instante, Raúl le produjo un deslumbramiento absurdo.

Estremecida, recordó la voz al teléfono:

«Claro que sabes quién soy, Fani-Fani. Nos veremos en el sitio acordado…»

Atravesó la ciudad, llena de actividad a las horas matinales. Los rayos de sol trataban de abrirse camino entre la niebla que subía del lago. Los letreros le mostraron claramente la carretera de Lausanne.

La mañana iba a ser hermosa. Podría hacer lo que quisiera durante muchas horas. Gozaba de libertad… y llevaba cheques de viaje en el bolsillo. Decidió cambiar uno y entró en el primer banco ante el que pudo aparcar.

¡Suiza y sus bancos! Siempre le parecieron una leyenda.

Pero la realidad le decía ahora que eran unos bancos normales, como otros cualquiera. Al menos, a simple vista.

Guardó sus francos y regresó al coche. Frente al lago, unos jardines muy bien cuidados exhibían tulipanes rojos y blancos, que alegraban la vista. Junto a los muelles, pequeños barcos anunciaban excursiones con almuerzo incluido, que durarían todo el día. Le pediría permiso a Laurent de Vindry para disfrutar de uno de aquellos paseos con Anick.

El sol se abrió al fin paso cuando desembocaba en la carretera. La ciudad quedó atrás y el mundo pareció transformarse. El paisaje gris adquirió magnífico colorido. Verdes exhuberantes, azules intensos, blancos y rosa de los planteles de flores, amarillo oro de las grandes margaritas. Y

agua por todas partes, la del lago y la de los pequeños regatos que aparecían entre los helechos del campo. Los jardines de las lujosas villas, con sus fachadas cubiertas de hiedra, mostraban su fresco césped y los altos setos que las resguardaban.

A intervalos perdía de vista el lago porque la carretera se internaba entre los valles, pero volvía a encontrarlo poco después, como a un viejo conocido cuya amistad le encantara.

Empezó a sentirse optimista y a decirse que encontraría fácilmente a Claude. Que le devolvería su abrigo y que a cambio le diría que no había oído hablar en su vida de un tal Raúl Velázquez.

La llamada del supuesto Raúl pedía ser una broma de alguien… ¿Pero de quién…?

No pensaría en la llamada, por el momento. Ahora era preciso llegar a Rolle y detenerse allí para preguntar por el *cháteau* de Dieudonné. Con seguridad, alguien lo conocería.

Oprimió el botón de la radio y escuchó las voces en francés de los locutores de Radio Ginebra. A continuación, una música ligera, fácil y conocida, que aumentó su bienestar. Se sentía contenta, rodando por la cuidada autopista, en aquella mañana de incipiente otoño.

El nuevo empleo no se presentaba difícil. Laurent de Vindry era amable y cordial; Anick y sus brusquedades la divertían, y la casa, aunque tristona, resultaba muy confortable. Contaba con la simpatía de Lisette y de Antonio. Sus veinti cuatro horas suizas podían ser calificadas de positivas, teniendo en cuenta que había recuperado su coche.

En la llamada nocturna, decididamente, no quería pensar. La desechó de su cabeza.

En el silencio matinal oíanse las esquilas de las vacas. Las vacas suizas también tenían su personalidad propia. Formaban parte del cartel turístico del país. Pero, en cambio, nadie la había preparado para encontrar aquellas extrañas cabras con medio cuerpo blanco y el otro negro, y se quedó absorta contemplándolas por vez primera.

Dejó atrás Copet y su castillo, en el que residiera madame De Staël, y luego Nyon, con otro gran castillo sobre la colina. Prangins y, al fin, Rolle, encantadores burgos feudales, con su larga calle central y sus discretas

casas cuadradas con escudos de hierro forjado y ventanas floridas. Hosterías de agradable aspecto anunciaban la sabrosa *fondue*.

Se detuvo en una estación de servicio, y la mujer que cuidaba del depósito y que tenía un dedo vendado no supo decirle nada del *Château* de Dieudonné. Obsesionada con su dedo, no le dio informes de ninguna clase.

Entró en el pueblo y se detuvo ante un pequeño café de la plaza. Ésta era muy bonita, con una fuente en el centro y las figuras de dos niños en hierro forjado dejando escapar gruesos chorros de agua. Alrededor había tiendas, una charcutería, una *crémerie*, de la que se escapaban suculentos aromas de quesos, y una ferretería muy concurrida porque, al parecer, se vendía allí de todo, además de los tornillos.

Dentro del café, algunas matronas habían hecho alto en sus compras matinales para beber algo caliente. Fani fue mirada y catalogada en el acto como forastera, pero su llegada no alteró la calma de los presentes, acostumbrados a muchas generaciones de turistas.

Bebió un café con leche delicioso y repitió su pregunta al joven camarero, que no tenía ningún dedo vendado, pero cuyo gran complejo debía de constituirlo el acné juvenil que padecía. Se rascó la frente con cuidado para no arrancarse ningún grano y señaló con un gesto a la patrona, rubicunda mujer instalada tras la caja y que hacía ganchillo a toda velocidad. Ella misma era una apoteosis de ganchillo: vestido, chal envolvente y hasta una especie de redecilla que sujetaba su cabello.

—¿*Château* de Dieudonné…? Ese nombre me suena —decidió, dejando en suspenso la confección de una margarita con hilo de perlé. A continuación lanzó un profundo suspiro que agitó su opulento pecho—. Mi marido hubiera podido informarla en seguida. Conocía la región como la palma de su mano. Durante treinta años repartió la leche y la carne por los alrededores. Pero murió hace un año. No podemos preguntarle ya nada.

—No —fue lo único que a Fani se le ocurrió añadir. Y se mordió los labios, considerando que una sonrisa hubiese sido intempestiva.

—Hay un viejo *cháteau* que está en venta, a unos quince kilómetros.

—Pero se llama «Malmaison» —apuntó el chico de los granos, mirando en otra dirección para que Fani no viese su mejilla izquierda, que era la más acomplejante.

—Sí… Es cierto. La «Malmaison». Pero siguiendo el mismo camino y un poco más lejos existe otro que no recuerdo cómo se llama. Muy bien pudiera ser su Dieudonné. Tendrá que dejar la autopista y coger la primera bifurcación a la izquierda.

—Nada pierdo con ir a ver —decidió, y regresó a su coche, deteniéndose para encender un cigarrillo. Hacía casi frío y se frotó las manos para entrar en calor.

La radio del coche dejaba oír antiguas canciones francesas de Gilbert Becaud.

«¿Y ahora… qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer sin ti…?», preguntaba el cantante con acentos desesperados.

Podían hacerse muchas cosas. Por ejemplo, conducir el coche por las carreteras suizas, en busca de un castillo pasado de moda, habitado por una rubia lo bastante chiflada como para dejarse olvidado su abrigo de pantera.

Rodó durante un rato por carreteras estrechas, sin divisar otra cosa que pequeñas granjas. Al doblar un recodo encontró la «Malmaison». Si alguien la había llamado castillo alguna vez, sólo fue para alabarla. En la actualidad era una simple casa de labor, en la que reinaba cierta actividad. Dos muchachos jóvenes descargaban sacos de un camión y escucharon sus preguntas con cierta timidez.

—¿*Château* de Dieudonné? —repitieron al unísono como un dúo bien ensayado. Y fueron a buscar de mutuo acuerdo a un viejo que poco más allá cortaba unas estacas y que debía de ser considerado como el sabio del lugar.

El viejo se echó la gorra hacia atrás para pensar mejor. Y atinó en seguida.

—¿Dieudonné…? Es la vieja casa gris, junto a la «Font de l'Alouette». Pero nadie vive allá.

—Su propietaria ha regresado ayer —indicó Fani, satisfecha ante los primeros informes positivos.

El viejo siguió como si no la oyera:

—El dueño murió hace dos años, y nadie ha vuelto a habitarla.

—Me llegaré hasta allí, de todos modos. ¿Pueden indicarme la dirección?

Los tres se la indicaron a la vez y, antes de que se acercaran otros cuatro trabajadores que acudían atraídos por la curiosidad, Fani pisó el acelerador, mientras el viejo continuaba, testarudo:

—No hay nadie en Dieudonné. Ya se convencerá. El anciano demonio pasó a mejor vida hace dos años. Se mató en un accidente de coche.

Debía de estar equivocado, pensó Fani. Posiblemente, confundiría a una familia con otra. A fuerza de cortar estacas de idéntico tamaño, su cerebro debía de haberse embotado.

Al menos sabía algo: que el *Château* de Dieudonné existía realmente y no había sido creado por la imaginación enfermiza de Claude.

Cuatro kilómetros en dirección al bosque que se divisaba en una ladera montañosa. Se encontraría en seguida con la «Font de l'Alouette» y, torciendo hacia la derecha, encontraría el *Château*. Aquéllas eran las instrucciones recibidas.

Descubrió la fuente al poco rato. No era exactamente una fuente, sino una pequeña cascada que descendía por la montaña, formando regato allí mismo. Torció hacia la derecha. Las ramas de espino casi cerraban el estrecho sendero. Tuvo que cerrar la ventanilla para evitar los arañazos en la cara.

Su sentido del humor la obligó a sonreír, por encontrarse en plena aventura, buscando «el castillo de irás y no volverás», cuyo propietario misterioso fuera calificado por el sabio del lugar como «el viejo demonio».

Cuando menos lo esperaba apareció al fin Dieudonné, en una revuelta del camino. No había soñado ni dejado engañar por falsas palabras. El *Château* de Dieudonné estaba ante su vista…

Era, efectivamente, una gran casona antigua de piedra gris, cubierta de hiedra, con dos torrecillas en su fachada delantera que le hicieron merecer el calificativo de *Château*. Recordando los comentarios de Claude sobre su adorado Dieudonné, intentó verlo con los mismos ojos, aunque los suyos, de un azul violeta, en nada se parecían a las pupilas color agua de su compañera de viaje.

Claude había dicho, en uno de sus raros momentos comunicativos, poco después de cruzar la frontera suiza:

—Es una mansión encantadora, rodeada de cuidados jardines, con la montaña por fondo. Se asienta sobre una ladera llena de abetos. Al atardecer, la luz del sol poniente choca contra los cristales de las cuarenta ventanas y parece que la casa esté ardiendo. Por las mañanas, el aroma que llega del bosque embriaga más que el champán helado. En Dieudonné he sido feliz con mi padre, y allí seguiré siéndolo. Estaré a salvo.

Era curioso que recordara exactamente sus palabras. Cuando fueron dichas, apenas les había prestado atención. Recordaba también que Claude se interrumpió de repente, como solía hacer siempre, mirando a su interlocutor con los ojos muy abiertos, como si acabara de despertar de un mal sueño o como si se preguntara: «¿Qué acabo de decir…? ¿Qué indiscreciones he cometido…?»

Sintió un tremendo escalofrío viendo el total abandono de la casa. Los «cuidados jardines» sólo eran una maraña selvática que cerraba el paso hacia el edificio. La mayoría de los cristales que reflejaban el sol poniente permanecían tapados por viejas contraventanas de madera. Ningún signo de vida anunciaba que la casa estuviera habitada.

Una alambrada rota por muchos sitios acotaba la propiedad. Fani fue siguiendo los trozos de alambre hasta llegar a lo que debía de haber sido la puerta y que no era ya sino media verja sujeta por dos grandes piedras. Unos trozos de cartón clavados sobre una estaca derribada anunciaban a quien quisiera leerlo: «Propieté Á vendre».

Propiedad en venta… La sorpresa la dejó anonadada. ¿Cómo era posible que Claude ignorara aquello?

¿O no lo ignoraba y mintió por alguna razón desconocida?

Para tranquilizar su conciencia, y puesto que ya había llegado hasta allí, se abrió paso entre las altas hierbas y consiguió acercarse a los escalones de piedra, por entre los que crecía el húmedo musgo. Un aldabón cubierto de orín destacaba sobre la puerta de pintura desteñida. Lo descargó dos veces con fuerza, y el sonoro ruido repercutió en el campo y pareció llenar la montaña. Y también llenar su corazón de latidos desordenados.

Una bandada de pájaros grandes y oscuros salieron volando, protestando con ásperos graznidos de haber visto turbada su paz. Pero el eco de los

aldabonazos se perdió en el gran edificio vacío, sin que nadie acudiese a la llamada.

Había hecho un viaje inútil. Claude había mentido, aunque Fani no comprendía el motivo que la impulsó a hacerlo.

Bajó los escalones y dio una vuelta a la casa, cerciorándose de que ninguna otra puerta estuviera abierta. Y de que absolutamente nadie habitaba ya aquella ruina.

Se empezó a alejar despacio, con un extraño peso en el corazón. Sentía, sin poder entender el motivo, una enorme pena por Claude, que quizá hubiera tenido que afrontar a solas el reencuentro con la mansión de sus sueños, reducida a ruinas.

¿O estaría al cabo de la calle y habría dicho todo aquello para engañarla…? ¿Con qué objeto? ¿Para atraerla hasta allí?

Se sintió invadida de oscuro temor. Un temor repentino y absurdo. La idea de que pudiera haber alguna relación entre la odiosa llamada telefónica y la casa de Claude eran puras imaginaciones suyas. Desde hacía muchos meses vivía en pleno sobresalto y su sensatez habitual veíase disminuida.

—Ridículo… —se dijo en voz alta—. Es completamente ridículo…

Y comprendió que se refería a su miedo, a aquel miedo que la atacaba de repente y que le hizo buscar, frenética, el paquete de cigarrillos dentro del bolso. ¿Por qué temblaba su mano al abrir el encendedor…? ¿De qué estaba asustada…?

—¿Quiere decirme qué está haciendo aquí…?

La voz humana le produjo un terrible sobresalto. Casi dio un brinco y el cigarrillo rodó por el suelo. Giró sobre sus talones y vio a un hombre detenido a sus espaldas, que la contemplaba a través de unas grandes gafas oscuras. Era un hombre de apariencia normal. Ni un monstruo ni un fantasma. Llevaba una sombra de barba, como si se la estuviera dejando crecer o no se la afeitara desde hacía unos días. Más bien joven y no mal vestido. Llevaba una gabardina oscura, con el cuello subido, y el tono de su voz no sonaba particularmente amable. Hablaba en francés.

—Me ha asustado —protestó, irritada.

Pero él repitió la pregunta:

—¿Qué ha venido a buscar aquí…?

Disimulando el temblor de la voz, Fani contestó con forzada calma:

—Buscaba el *Château* de Dieudonné, y me encontré con esta ruina.

A través de los cristales de las gafas, las pupilas del desconocido se movieron rápidamente.

—¿Dieudonné…? ¿Por qué lo buscaba?

Hubo una ligera pausa, cargada de recelo. Entre el profundo silencio, se oyeron los ecos de las esquilas del ganado y del lejano claxon de un coche. Una ráfaga de viento penetró por entre los árboles, con fuerte aroma de otoño. Sobre sus cabezas voló una gran mariposa moteada, que se perdió sobre los prados.

—Yo también quisiera saber por qué me hace esa pregunta. ¿Es usted el propietario de estas tierras?

Sin contestarle, arrancó él una vara de un seto y señaló con ella en determinada dirección. Fani siguió la varita con la mirada, igual que un profesor de orquesta seguiría la batuta del director.

—¿Aquel coche es suyo? —preguntó inesperadamente, desconcertándola todavía más.

Y Fani distinguió a distancia el brillo del capó de su coche azul, iluminado por el sol.

—Lo es.

El hombre la miró con lenta fijeza, recorriéndola de pies a cabeza hasta que la tensión se hizo insoportable y penosa.

—Tiene matrícula española.

—¿Es un delito?

—De Madrid…

—En efecto.

—A lo mejor, usted también es española…

—¿Hay algo que lo impida…?

Él se subió las gafas hasta la frente para verla mejor. Sus ojos, de un castaño casi dorado, eran duros y hostiles.

—Evidentemente, no. —Y abandonando el francés, dijo en correcto castellano:

—Yo también soy español.

VII

El viento había conseguido acumular espesos nubarrones que ocultaron completamente el sol. La tierra empezó a oler más fuerte, presintiendo la lluvia. Sin saber cómo disimular su turbación, Fani se quitó el pañuelo del cuello y se lo colocó en la cabeza. Notó que sus manos temblaban cada vez más, sin saber exactamente por qué. El desconocido contempló la maniobra sin impaciencia, como si tuviese muchas horas que perder allí, mirándola en silencio. Cuando acabó de anudar el pañuelo bajo la barbilla, él volvió a decir:

—¿Qué anda buscando en el *Château* de Dieudonné?

Se había recostado en un árbol, junto al camino de descenso, y le cortaba el paso. Fani fingió no darse cuenta de su actitud y habló muy de prisa, tratando de parecer despreocupada.

—¿Es usted el guarda de la finca…? —No tenía aspecto de guarda rural, sino de hombre de ciudad. Iba demasiado bien vestido y calzado, aunque su afeitado dejase mucho que desear—. Esta finca está en venta y puede visitarla todo el mundo.

—No sin el permiso de la agencia —atajó él—. ¿Lo tiene usted?

—No. —Abrió las manos infantilmente, como para demostrar que no ocultaba nada en ellas—. No lo tengo. Alguien, en el café del pueblo, habló de Dieudonné, y decidí venir a echar un vistazo. ¿Qué hay de malo en ello?

Él azotó las hierbas con la vara cortada, y Fani tuvo la sensación absurda de que la había azotado a ella.

—Lo único malo es que usted no está diciendo la verdad. Y lamento que no quiera cooperar.

—¿Cooperar? —La palabra le sonó extraña—. ¿Cooperar en qué…? —Se cruzó de brazos y rió un poco, queriendo quitarle dramatismo a la escena. La primera gota de lluvia cayó sobre su nariz, y se la limpió de un

manotazo nervioso—. Está visto que para conocer españoles de todas clases hay que venir a Suiza. En pocas horas me han salido dos al encuentro.

—¿Cuándo llegó usted a Suiza? —preguntó él sin perder su brusquedad.

Impulsivamente, Fani respondió:

—Ayer. No comprendo que eso pueda interesarle.

—Pues me interesa. Llegó usted hace veinticuatro horas y ha venido en seguida a Dieudonné. ¿Me toma por estúpido haciéndose la inocente…?

Fani retrocedió unos pasos, como si efectivamente la hubiese golpeado con la maldita vara.

—¿Inocente…? ¿Por qué tengo que hacerme la inocente…? —se irritó, pateando el suelo.

—Eso es lo que estoy preguntándome. Sé perfectamente que este coche azul, con matrícula de Madrid, estuvo ayer en Rolle, a pocos kilómetros de aquí.

Fani abrió la boca, asustada.

—El coche me fue robado… —confesó con aspereza. Y viendo su gesto de impaciencia, atajó—: Supuse que no me creería. Pero es la verdad. La antipática verdad que usted exige.

—Invente otra historia más sutil. Ésa me parece demasiado burda.

—No tiene usted derecho a someterme a ninguna clase de interrogatorio. —Tragó saliva, porque la palabra «interrogatorio» aún la hacía estremecer —. Si he cometido alguna infracción y es usted guarda de la finca, póngame una multa y déjeme en paz. No me agrada hablar con desconocidos, sean compatriotas o no. Y haga el favor de apartarse un poco. Regreso a mi coche. Está lloviendo, ¿no se ha dado cuenta?

No se la había dado, a pesar de que su pelo castaño, descolorido por el sol, empezaba a estar empapado. Se pasó la mano por la cabeza y tropezó con sus gafas, agarrándolas con mal humor.

Con desenvoltura no exenta de firmeza, la cogió por un brazo y la arrastró bajo las ramas de un espeso abeto que no dejaban pasar el agua. No hubo violencia física en su gesto; más bien un impulso de protección.

—La finca de Dieudonné ya no está en venta —explicó. Y el pliegue de su boca continuaba siendo severo—. El cartel fue retirado, como ve. Se vendió hace unos meses. El edificio será echado abajo. En su lugar se alzará

una fábrica. Seguramente estará usted pensando: ¡triste fin para un hogar tan delicioso…!

—No estoy pensando nada. Nunca hasta hace poco había oído hablar de Dieudonné… y, para ser sincera, mi interés por él es muy relativo.

—¿Quién le habló de Dieudonné?

—Ella… —murmuró con un gesto vago.

Y él volvió a cogerla por el brazo, haciéndole sentir el duro impacto de la fuerza que se ocultaba en su interior.

—¿Dónde está…? —apremió—. ¿Dónde está Cécile…?

Su gravedad, su ira apenas contenida, le hacían parecer lejano y peligroso.

Ella se desasió de su contacto. Una oleada de miedo la hizo tiritar.

—No me toque —se defendió con voz baja y tensa—. No sé quién es Cécile. Nunca he oído hablar de ninguna Cécile… Déjeme pasar.

Pero el desconocido no desistió, como si aquel tema fuese para él de vida o muerte. Tratando de dominarse, dijo con forzada calma:

—¿Es Cécile quien la ha traído a Dieudonné? ¿Dónde se esconde…?

—No sé de qué me habla. Antes intenté decirle que mi coche me había sido robado, y usted no me dejó explicarme. Una muchacha llamada Claude me lo birló ante mis propias narices.

—¿Claude…? —Hizo una pausa, ordenando sus pensamientos, y comentó en otro tono—: ¡Claude! Ése era el nombre que figuraba en el pasaporte falso.

—¿Un pasaporte falso? —se interesó a pesar suyo.

—Naturalmente. Cécile no disponía de su pasaporte. Tuvo que comprarle el suyo a la peluquera de «Las Mimosas».

Se quedó mirándole, aguardando…

—¿Dice que «Claude» le robó su coche…? —continuó, apremiante—. ¿Y dónde está esa Claude…? ¡Vamos! Dígamelo en seguida. ¿No se da cuenta de la gravedad de la situación?

—No sé dónde está Claude. El coche me fue devuelto anoche, dejándolo en la puerta de la casa donde vivo. Sin una sola palabra de excusa. Pero con un magnífico abrigo de pantera olvidado en su interior.

Los ojos airados parpadearon rápidos.

—¿Piel de pantera? Cécile tiene abrigos de todas clases.

—Vine a devolvérselo. Ella me había hablado de Dieudonné, donde pensaba residir con su padre. Me ha costado mucho trabajo encontrar la casa… Pero… ¿por qué insiste en llamarla Cécile…? ¿Y qué historia es esa del pasaporte?

—La peluquera francesa de «Las Mimosas» se llama Claude Deveraux. Ha tenido que confesarlo todo. Cedió su pasaporte a cambio de unos valiosos pendientes de brillantes. Ignoro dónde tenía escondidas Cécile sus joyas. Es capaz de todas las astucias. Con el pasaporte de la peluquera, Cécile se vino a Suiza. Era su idea fija: regresar a Dieudonné…

Una angustia nueva atenazó el corazón de Fani. Miró alrededor y dijo con un suspiro:

—Debe de haberse sentido desolada.

Él lanzó una especie de risa amarga.

—Diga más bien que estará furiosa. —La inquieta vara golpeó el tronco del árbol—. Las reacciones de Cécile son siempre imprevisibles.

—¿Pretende decirme que su Cécile es la dueña… la antigua dueña de Dieudonné? —preguntó a pesar suyo, irritada por demostrar curiosidad y por continuar junto a él, soportando su invisible dominio.

—No lo pretendo. Lo sé. Cécile siempre vivió aquí, con su padre.

—¿Berti…? —sugirió.

—El barón Robert d'Hauteville. Ella siempre le llamaba Berti… Era un hombre loco y simpático, de origen belga. Se mató hace dos años en su coche.

Abrió la boca con estupor.

—Pero… ¿entonces…?

—Cécile lo ignoraba. No quise decírselo. —Amargamente añadió—: Su padre fue el único ser que le interesó en la vida.

La lluvia arreció de pronto, interrumpiendo el emocionado diálogo. De mutuo acuerdo corrieron a refugiarse bajo un pequeño porche, en un ángulo del edificio. Al correr sobre la empapada hierba, Fani se escurrió, y hubiera caído de no sujetarla el fuerte brazo del desconocido. Su contacto continuaba produciéndole una sacudida de temor.

Jadeando, pegados a la pared para rehuir la cortina de agua, Fani le preguntó a bocajarro:

—¿Puede decirme quién es usted…? No sé por qué estoy escuchándole. El hecho de que sea un compatriota no le autoriza a…

Él cortó la perorata con un gesto.

—Mi nombre no le dirá nada. El suyo lo conozco ya. Lo he leído en la documentación de su coche.

Fani volvió a indignarse.

—Veo que lo estuvo fisgoneando todo…

—Es usted Estefanía Navarro…

—¿Y usted…?

—Carlos Fontana. ¿Le dice eso algo?

—Solamente eso: Carlos Fontana. ¿Tendría que decirme algo más…?

—Lo dudo. Estoy seguro de que Cécile no habrá hablado de mí.

—No conozco a su Cécile y no me consta que sea mi Claude.

—¿Por qué es tan testaruda? ¿Qué pretende con su actitud?

—Defender a una mujer llamada Claude de la indeseada presencia de un hombre. —Decidiéndose por fin, hizo la pregunta que le bullía en la cabeza desde el primer instante—: Porque usted es «el monstruo»…, ¿no es así…?

En medio del caos de emociones, saltó una chispa humorística que estropeó el dramatismo de la situación, como la risotada intempestiva en un teatro.

—¿Monstruo…? —repitió él, frunciendo el ceño. Y la línea dura de su boca se aflojó, mostrando una incipiente sonrisa—. ¿Monstruo? —dijo otra vez, como si jamás hubiese oído aquella palabra.

—¡Monstruo! Monstruo… Es lo que acabo de decir. ¿No sabe lo que significa?

Y al decirlo se sintió ridícula y sus nervios se aflojaron y empezó a reír. Una risa incontenible, que la avergonzó. Recobrándose a duras penas, le increpó furiosa:

—Acaba con mi paciencia y con mis nervios. ¿Está satisfecho…?

Tardó en contestar y miró hacia otro lado, para que se recobrara. Luego volvió a ponerse las gafas y a mirarla tras aquel antifaz.

—¿Puedo saber por qué me llama monstruo? —preguntó con voz más suave.

—Ella le calificó así. Claude… Tenía un horrible miedo del monstruo…, es decir, de su marido.

Le miró desafiante, esperando que él negara el parentesco, pero no lo hizo. Siguió contemplando el vacío, como si no la hubiese oído, sumergido en sus pensamientos. Al fin pareció volver a la vida. Rebuscó en el bolsillo interior de su americana y, con los dedos húmedos de lluvia, le mostró una pequeña foto.

—¿Es ésta su Claude…?

Una fotografía en color, tomada en el campo, en ocasión de cualquier paseo. Una muchacha de pelo rubio, luciendo un traje veraniego y riéndose para el fotógrafo. Llevaba la melena más corta y parecía mucho más joven, pero la reconoció en seguida.

—Es Claude.

—Es Cécile —suspiró él.

Y metiéndose en problemas que no la incumbían, Fani le increpó enfadada:

—¿Por qué no la deja en paz…? ¿Por qué disfruta atormentando a una pobre chica…? No conseguirá que vuelva con usted. Ella le detesta. He escuchado toda su extraña historia con paciencia, y ahora voy a decirle una última cosa antes de marcharme: no cuente conmigo para descubrirle el paradero de Claude… Ignoro dónde pueda estar, pero aunque lo supiera no se lo diría. Apenas la conozco. Puse un anuncio en «La Vanguardia» pidiendo una compañera de viaje para venir a Ginebra. Y se presentó Claude…, a quien jamás había visto. Hicimos el viaje juntas desde Barcelona, y fue una compañera bastante discreta. Para decirlo todo, se pasó el tiempo durmiendo. Sólo condujo unos kilómetros, y le quité el volante porque lo hacía de un modo demencial. Hicimos noche en un motel, apenas pasada la frontera, y, cuando me desperté, ella se había ido llevándose mi coche. Dejó unas líneas asegurando que me lo devolvería. Y así lo ha hecho. En la breve carta pretendía que «el monstruo» la venía siguiendo. Y por eso tenía que huir. Era su idea fija. Estar a salvo del

«monstruo»… —Calló para tomar aliento, y concluyó—: Quizá se sienta usted muy orgulloso de ese título, tan merecido al parecer…

Con la larga parrafada se quedó sin resuello. Aprovechando que él la miraba atónito, echó a correr en dirección al coche. Él corrió tras ella y la adelantó en seguida. Junto al coche azul, cortándole la retirada, estaba el coche de él, con matrícula suiza.

—¿Por qué tiene esas prisas? —protestó, poniendo la mano sobre la suya en el momento en que iba a abrir la portezuela. Y en medio de la conmoción hubo un cálido choque eléctrico entre ambos—. Es preciso que continuemos explicándonos. ¿No lo comprende?

Agitó la cabeza negativamente. Se sentía harta de él, harta de la situación, frustrada y furiosa sin saber exactamente por qué. Apartó su mano con brusquedad y se sentó ante el volante.

—Supongo que ese auto es el suyo.

—Momentáneamente. Lo alquilé al llegar a Ginebra. También yo he llegado hace pocas horas. En avión. En un vuelo especial para «monstruos».

—Pues haga el favor de apartarlo de mi camino, para que pueda dar la vuelta.

—Aún no hemos acabado de explicarnos.

—Yo, sí.

—Pero yo, no. Me queda una pregunta por hacerle. ¿Está diciendo la verdad… o ayudó a Cécile a pasar la frontera… a cambio de un abrigo de piel?

Le miró atónita.

—¿Qué está diciendo…? ¿Se ha vuelto loco?

—No quisiera tener que acudir a la policía.

—¡La policía! —casi gritó, de pura angustia.

—Quisiera evitar el escándalo, pero, cada minuto que pasa, el peligro es mayor para Cécile… y para los que están a su lado.

Empalideció, comprendiendo que hablaba absolutamente en serio. Se llevó la mano a la garganta, con la sensación de que no podría volver a tragar saliva.

—¿Peligro…? —¿La policía? ¿Sería posible que otra vez se desencadenase sobre su cabeza una nueva catástrofe…? No podría

soportarlo. Y con su inevitable idea fija, preguntó con un hilo de voz—: ¿Tiene esto algo que ver con Raúl…? —La expresión de sus ojos le hizo comprender que se equivocaba, y añadió apresuradamente—: ¿Acaso he viajado con una ladrona… o con una espía internacional?

La lluvia se escurría sobre el tostado e inquieto rostro de Carlos Fontana y resbalaba sobre las absurdas gafas, impropias del momento. Seguramente ni siquiera advertía que las llevaba puestas, como tampoco advertía el telón de agua que se descargaba sobre él.

Con gesto fatigado contestó a su última pregunta:

—Cécile no es una ladrona ni una espía. Solamente una peligrosa esquizofrénica que se ha escapado de la clínica donde estaba internada.

VIII

El camarero granujiento y la señora «apoteosis de ganchillo» recibieron de nuevo a Fani, al entrar otra vez en el bar, seguida de Carlos Fontana.

La hora del almuerzo había pasado y algunos comensales bebían café o licor. Olía a buenos guisos y también a madera fresca, por la capa de serrín esparcida sobre el suelo.

La «apoteosis de ganchillo» acudió personalmente a atenderlos.

—Las cocinas están ya apagadas, pero puedo servirles un café… o una copa de vino de «La Côte».

Optaron por el vino. Se habían quedado sin comer, pero ninguno de los dos tenía apetito, agobiados por el exceso de emociones. Fani se sentía floja y sin aliento, como si hubiese corrido un maratón.

La mesita del rincón, junto a la ventana que se abría sobre la plaza, era confortable y discreta. Se sintió cómoda y se acurrucó en el asiento, apoyando la cabeza en la pared.

La madame rubia volvió con una bandeja cubierta con un tapete de ganchillo y con la botella de vino.

—*Ca vous tiendra chaud au cœur* —comentó con una sonrisa.

Calor en el corazón. Era precisamente lo que ambos estaban necesitando. Bebieron el primer sorbo en silencio, casi exhaustos con tanta lucha verbal. En efecto, el calor del vino les reconfortó. Y reanudaron la conversación en el punto en que fuera interrumpida. Una conversación un poco más calmada, aunque no desapareciera el recelo de los ojos de ambos.

—… fue mi hermana quien se empeñó en que pusiera el anuncio en el periódico, para no viajar sola por carretera… —explicó Fani pacientemente —. Es de los que creen que una mujer está siempre expuesta a ser atacada y violada. Le dejé hacer su gusto porque quería traerme mi coche a Suiza. Vengo a trabajar a Ginebra. Un empleo modesto, de profesora de español.

Tengo un contrato por seis meses. Lamentaría que se organizara un escándalo y me viera obligada a regresar vergonzosamente. La familia con la que vivo es una gente de «gran clase».

También Juan había dicho «gran clase» al referirse a la desdichada Claude. En su interior la llamaría Claude siempre. Lo de «gran clase» perdía ahora todo significado. «Las Mimosas» era una clínica psiquiátrica de Barcelona, de mucha categoría. También de «gran clase». Y de allí había escapado Claude, resuelta a volver a su adorado Dieudonné y a su adorado padre. ¿Por qué conservaba aquel odio hacia su marido… hacia «el monstruo»…? Un odio y un temor evidentes. ¿Desde cuándo estaría preparando la huida…? Le costaba trabajo imaginarse a Claude, entre las demás enfermas, padeciendo accesos furiosos y sometiéndose a los terribles tratamientos de fuerza.

—No comprendo cómo pudo presentarse en mi casa, en respuesta al anuncio. Debía de poder salir de la clínica cuando se le antojara.

—Tendría sobornados a casi todos —explicó él contemplando el fondo de su copa—. Neurosis y psicosis suponen un desequilibrio entre el pensamiento y la realidad. Durante algunas cortas temporadas, Cécile daba la impresión de estar completamente curada. El paranoico es astuto y desconfiado. Cree que todos son sus enemigos y que siempre están tramando contra él. Al principio, su padre y yo confiamos en que se restablecería. A veces basta con descubrir el punto de ruptura que provocó el desequilibrio para establecer la normalidad. No fue éste el caso de Cécile. Su padre acabó por confesarme que de niña había tenido que recibir tratamientos contra la esquizofrenia… —Lanzó una corta y amarga risa—. Por fortuna, la única hija que tuvimos murió a poco de nacer. No puedo decir que todo haya sido malo.

Fani se encontraba frente a un hombre dolorido hasta la exasperación. El sufrimiento debía de haber puesto aquellas incipientes arrugas en su rostro y algunas canas que destacaban entre su cabello claro. Se dio cuenta de que era enormemente vital, con una vitalidad contenida y dominante. Un hombre en el cual una mujer podría apoyarse.

Pero no Claude. No la pobre Claude, con su mente desequilibrada y sus inquietos ojos color agua turbia que jamás descansaban. Sólo cuando

dormía, y quizá por eso le gustara hacerlo a menudo.

Carlos Fontana seguía hablando, casi para sí mismo:

—Nos casamos hace cinco años. ¡Sólo cinco años! En Casablanca. Un sitio romántico, ¿verdad? ¿Se acuerda de la película…? —Se pasó la mano por el pelo, atusándoselo—. Allí conocí al barón d'Hauteville y a su linda hija, jugándose fortunas en la ruleta… Soy ingeniero. Tengo una pequeña empresa constructora y resido momentáneamente en Agadir. Digo momentáneamente porque en cuanto liquide mis contratos me iré a cualquier otro lugar del mundo donde no tenga tan pésimos recuerdos. Simpaticé con el barón, que era un gran cazador, y juntos hicimos un interesante safari. No me di cuenta hasta que fue demasiado tarde del enorme interés que tenía el barón en casar a su pequeña Cécile. Ésta es toda la historia. Bastante vulgar. No hice un brillante papel.

Fani no supo qué decir. Apenas se atrevía a mirarle y fijó sus ojos en el anuncio de un cartel pegado en la pared. Se trataba de una pareja de esquiadores alabando una bebida cualquiera.

Los montes nevados hacíanle recordar que se hallaba en Suiza y no en un café madrileño, esperando a Raúl. O quizás escuchando a Raúl. Pero Raúl jamás le hablaba de cosas tristes. Parecía como si hubiese pasado por la vida cargado de medallas y de premios.

—Mi suegro me dejó a su hija y se largó a la Costa Azul. Pocos meses después, Cécile tuvo el primer ataque. Es decir, el primer ataque en presencia mía. Estaba encinta y tuve que llevarla a una clínica de reposo. Al dar a luz y perder a la criatura, el mal se exacerbó. Me acusaba de haberle robado la niña, y acumuló sobre mí todo su odio. De mutuo acuerdo con el barón, la llevé a Barcelona y la instalé en «Las Mimosas». Allí ha estado estos últimos tres años, pasando por alternativas de mejorías y recaídas. Cada quince días he cogido el avión para visitarla. Su odio hacia mí jamás disminuyó. Durante mi última visita la encontré casi normal. Sostuvimos incluso una conversación agradable, como en los primeros tiempos. Sólo cuando ya me marchaba y me despedía de ella… —vaciló y al fin se subió la manga de la chaqueta, desabrochó el botón del puño de la camisa y mostró una larga cicatriz en su moreno brazo—, sin que nada lo hiciera esperar, me clavó unas tijeras con fuerza.

Fani creyó que iba a desmayarse. Se había paseado con una peligrosa demente por las carreteras europeas. Le pareció oír la voz de la abuela, con sus eternas recomendaciones y sus deseos de que estuviese siempre «bien abrigadita».

«Pero me parece que estoy viviendo a la intemperie…», se acusó, indignada consigo misma. Primero Raúl el estafador. Luego la compañera de viaje… loca furiosa. Lo mejor sería que se encerrase en el «Piso Tremendo» y no saliera de él. Pero quizás el «Piso Tremendo», con muchos años sobre sus tejados, se desmoronaría un buen día sobre ella.

Calmosamente, Carlos Fontana volvió a abrocharse el botón de su puño. El camarero granujiento los miró desde lejos y se preguntó por qué el caballero extranjero le estaría enseñando el brazo a su novia. Quizá sería un nuevo sistema de excitación sexual. Se pasaba la vida leyendo publicaciones sobre nuevos métodos sexuales, pero jamás se atrevía a poner ninguno en práctica. Mientras no se le quitasen aquellos granos… Además, sólo tenía diecisiete años, y las mujeres se pasaban la vida tomándole el pelo.

—¿Le apetece otra copa o prefiere un café? —preguntó Carlos sirviéndose agua de la botella de otra mesa.

—Temo que estamos haciendo enormidades con nuestros estómagos —objetó Fani—. Tomaré café. No he parado de tomar café desde que llegué a Suiza.

—¿Ayer…?

—Ayer. ¿Todavía lo duda? —se enfureció—. También yo puedo creer que cuanto me cuenta es un folletín acabado de inventar y que esa cicatriz se la hizo luchando en Italia con la Mafia.

Él rió por vez primera. Una risa joven, que le transformó momentáneamente.

—Se enfurece con facilidad, Estefanía.

—Todo el mundo me llama Fani. Estefanía resulta del siglo pasado. Era el nombre de mi abuela, que, para colmo, tocaba el arpa. Pero no hablemos de ella ahora, porque me pondré a llorar.

El camarero vino con los cafés.

—¿Y si comiéramos algo? —sugirió Carlos—. Creo que no he comido nada desde ayer.

—¡Dos tostadas cubiertas de queso, de aquellas que están en el mostrador! —se apresuró a pedir Fani antes de que cambiara de opinión.

Sentía un angustioso vacío en el estómago y, si no tomaba en seguida algo sólido, iba a acabar por desmayarse.

—*Croútes au frommage…?* —preguntó el mozo, lanzando a Fani lo que él consideraba como una de sus miradas enloquecedoras—. *Tout de suite*.

—¿A quién pudo encontrar Cécile en el hotel de la carretera para que saliera huyendo y se apoderase de su coche? —preguntó Carlos volviendo de nuevo a la carga.

—No tengo la menor idea. Ocupamos habitaciones diferentes y la vi retirarse a la suya cuando lo hice yo.

—Alguna cosa o persona la asustó… y decidió refugiarse en seguida en el *Château* de Dieudonné —pensó en voz alta—. Continúa ignorando la muerte de su padre, y el estado ruinoso de la casa habrá acabado de desquiciarla.

—¿Entró usted dentro? De la casa, quiero decir.

—Por supuesto. Fue lo primero que hice. Lo registré todo de arriba abajo. Tengo aquí una llave que me dio la agencia. Está llena de polvo. No había el menor rastro de Cécile. —Golpeó ligeramente la mesa, dominando su impaciencia—. Y sé que tiene que estar por aquí…, cerca de Dieudonné. El encargado de la gasolinera se acordaba del coche azul con matrícula española que ayer se detuvo un momento.

—Tuvo que pasar dos veces. A la ida y a la vuelta, puesto que me lo dejó en Ginebra, a la puerta de la «Maison du Lac».

—¿Ésa es su casa…? —dijo, alzando la cabeza.

—La de monsieur Laurent de Vindry, un editor de libros de arte. Me ocupo de enseñar español a su niña. —Consultó el reloj—. Y, por cierto, tengo el tiempo justo para regresar e ir a buscarla al colegio.

Llegaron las *croûtes*, calentitas, humeantes, oliendo a queso derretido. Se lanzaron sobre ellas con verdadera fruición. Durante un rato comieron en silencio, sin decir nada, porque el tema les parecía agotado.

Había dejado de llover y llegaba el momento de ponerse en camino.

—¿Dónde se hospeda? —le preguntó, aunque una voz interior le aconsejaba que se apartara del peligroso asunto—. Quisiera que me diera noticias de Claude…, es decir…, de Cécile, cuando la encontrara.

—Vivo en un pequeño hotel, en el barrio antiguo. —Sacó una tarjeta de la cartera y escribió la dirección y el teléfono—. ¿No me da usted un número donde poder llamarla…?

Se lo dio. Se acordaba de memoria del número de madame Leontine. Las cifras no tenían secretos para la perfecta ex empleada de la Financiera.

Se levantó y él se dirigió a pagar, junto al mostrador. La rubia había vuelto a hacer ganchillo. Tenía ya seis margaritas colgando de la puntilla.

El camarero les siguió con la mirada. «Se van ahora mismo a la cama», pensó con su angustiosa obsesión sexual. Y quedó muy defraudado cuando los vio despedirse a través de la ventana.

—Adiós, Fani. Hasta pronto. Siento habernos conocido así. Hemos empezado mal…, pero quizás otro día podamos empezar de nuevo.

Sonrió, y su sonrisa enterneció a Fani como si fuera obra suya y le hubiese costado mucho sufrimiento lograrla.

—Adiós, Carlos. Dicen que nunca es tarde para volver a empezar… Quizás en cualquier otra circunstancia… o quizás en otra vida podamos tener una conversación normal, en la que no haya locos, ni huidas por carretera, ni robos de coches… ni tijeretazos en un brazo. —Le miró a los ojos sin saber si reír o llorar—. Ha sido horrible, ¿no le parece…? Y, encima, tanta lluvia.

—Tanta lluvia —repitió como un eco.

Y volvió a sonreír, y aquélla fue la última imagen que Fani se llevó de él y que la acompañó en el camino de regreso. La imagen de un Carlos Fontana alegre y joven, que pudiese haber conocido en un día de sol por la Gran Vía madrileña, sin complicaciones ni dramas desagradables…, como dos personas jóvenes que se miran, se gustan y continúan andando juntas….

SEÑOR X

La seguía siempre, en sus idas y venidas, aunque no fuese nada fácil. La cara de ella demostraba más y más tensión.

Sabía perfectamente lo que tenía que hacer, aunque la misión encomendada no le gustase especialmente. Su inclinación hacia las mujeres guapas debilitaba su firmeza. Lamentaba verse obligado a perjudicarla, pero no había otro remedio. Le daría cuerda y ella solita se ahorcaría.

La acorralaría hasta enloquecerla, para la apoteosis final. Por lo pronto, podía asegurar sin equivocarse que ya empezaba a estar muy asustada.

Y los caminos del miedo eran siempre sorprendentes…

IX

Llegó justo a tiempo a la puerta del colegio, un edificio grande, rodeado de jardín. En aquel preciso instante, Anick se preparaba para subir al autocar con sus compañeras. Le pareció a Fani que la pequeña disimulaba un gesto de alegría al verla, y aquella insignificancia fue un grato bálsamo para su corazón. La niña corrió a su encuentro, excitada y luchando por no perder su *pose* de aburrimiento y desgana.

—¡Ha venido usted a buscarme…!

—Sí. Confieso que te he echado de menos durante todo el día. Supongo que tú no me habrás recordado ni un momento…

Anick se la quedó mirando con su airecillo petulante y abrió la portezuela para subirse al coche.

—Supone mal —confesó al fin.

—¿Qué tal lo has pasado?

—Al principio, como un perro. Nadie me hablaba. Pero ya tengo dos amigas. Aimée y Rosaleen. Esta última es americana. Y su papá, embajador. No se imagina lo fantásticamente bonita que es… Y va muy limpia. Dice que se lava los dientes tres veces al día… Esta mañana nos sometieron a un *test,* y yo contesté bien a todo. Me han dado todos estos libros. Mañana me darán más.

Habló sin parar durante el camino de regreso. Monsieur De Vindry había intuido bien al comprender que su hija necesitaba la disciplina del colegio y la compañía de otras niñas.

Fani la escuchó contenta y regresaron hablando en español, sin que Anick se opusiera a aquel esfuerzo.

Al llegar, la «Maison du Lac» le pareció un grato puerto de refugio. Antonio no estaba en el garaje, y dejó el coche en un rincón, acordándose de coger el abrigo de pantera. Decididamente, aquel abrigo se estaba

convirtiendo en un problema. No le parecía posible que Claude acudiera a reclamarlo, dadas las circunstancias. Y, por supuesto, no pensaba entregárselo a Carlos Fontana… todavía.

El recuerdo de Carlos la persiguió mientras subía las escaleras en pos de Anick, que rechazara el ascensor.

Carlos Fontana. El nombre le sonaba bien… aunque aún lo pronunciaba bajito, con cierto recelo posiblemente injustificado. Había visto temblar a Claude ante el recuerdo del «monstruo». ¿A cuál de los dos debería creer enteramente…? ¿Y si Carlos hubiera inventado toda la historia por alguna oscura razón…

«No pensaré en ellos», decidió con la seguridad absoluta de que no le sería fácil olvidar los ojos llameantes de Carlos y su voz profunda.

«¿Ayudó a Cécile a pasar la frontera a cambio de… un abrigo de piel…?»

Y también su frase amarguísima:

«… perdimos a nuestra única hija; así que no fue todo tan malo…»

En el salón, madame Leontine y dos amigas suyas jugaban a las cartas. El cuarto jugador era Pietro Vergani, el secretario de madame. Con cara de desagrado, Anick se vio obligada a entrar a saludar, y Fani tuvo que seguirla. Pietro se levantó, dirigiéndole una de sus sofisticadas sonrisas.

Las amigas de madame, enjoyadas y elegantes, olían a buenos perfumes. Fani se sintió tosca y mal arreglada, con su ropa arrugada y húmeda y su rostro sin maquillar. El día había sido demasiado agitado y fatigoso. No se imaginaba a ninguna de aquellas señoras insultada bajo la lluvia, junto a un castillo en ruinas.

Madame Leontine se creyó en la obligación de comenzar a dar órdenes. Le gustaba mover a los de alrededor como peones bien entrenados, jugando una partida del juego que ella, naturalmente, escogía.

—Tienes que tomar un baño inmediatamente, Anick —fue su saludo a la pequeña sobrina—. Dios sabe qué microbios traerás de allá. Cenarás y te irás a la cama en cuanto des tu clase de español.

—¿Aún no llegó papá?

—Nunca llega antes de las ocho, ya lo sabes.

—Nuestra Anick tiene buen aspecto. Se ve que lo ha pasado bien —habló el guapo secretario.

—No me extraña —admitió Leontine dirigiéndose a sus amigas—. Los colegios actuales son un carnaval. Las monjas parecen coristas y el cura acude a decir misa con una camiseta verde anunciando *hot dogs*. Por supuesto, con la guitarra bajo el brazo. Mi hermano tendrá que lamentar el no haberme hecho caso. En Escocia hay un colegio luterano que me había sido especialmente recomendado. Pero, en fin, ya se sabe. Él es el jefe. A veces me parece que no soy nadie en esta casa. Con tantos sacrificios como hago por todos—. Las amigas asintieron, sin perder de vista las cartas que sostenían en las manos—. ¡Ah! Anick… Esta noche vendrá madame Dupin a cenar. Deseo que salgas a saludarla y que seas amable con ella. Ya sabes que te quiere mucho… ¡Siéntese, Pietro! Vamos a continuar el juego. Usted, señorita Navarro, supongo que habrá pasado un buen día, gozando de su… libertad. —Subrayó la palabra para que no cupiera duda de lo que trataba de insinuar—. Veo que tiene usted un magnífico abrigo… —dijo sorprendida, palpando la piel de pantera—. Extraordinario, a decir verdad.

—Sí lo es —admitió Fani, con ganas de sacudirlo sobre el impecable peinado de su interlocutora—. Por desgracia, no me pertenece. Se lo dejó olvidado una amiga dentro de mi coche. He tratado hoy de devolvérselo, pero no la ha encontrado en casa.

Era preferible decir la verdad… aunque sólo fuera a medias. ¿Qué cara pondrían los cuatro personajes si les hablara de Claude, de su pasaporte falso y de las tijeras que clavara en el brazo de su marido…?

Ella misma, en aquel confortable salón, con el carrito del té bien repleto, su olor a bollos y a mantequilla, su hilo musical dejando oír a Listz, tenía la impresión de haber soñado tales locuras y de no haber conocido jamás a un hombre que llegara a Ginebra «en un vuelo especial para monstruos», según su propia ironía.

Como reanudaban el juego, Fani y Anick aprovecharon para desaparecer con rapidez. Pietro les hizo un amable gesto de despedida. Fani ignoraba si aquel hombre era realmente simpático o un auténtico hipócrita.

—No comprendo por qué mi hermano juzgó necesario tener ahora una española todo el día en casa —oyó que comentaba Leontine a sus amigas—.

Pero, claro está, Laurent cada vez me consulta menos…

Observó que Anick se tapaba la boca para no reír.

—No estará usted enfadada, ¿verdad? No hay que hacerle demasiado caso. Ella tampoco le consulta a papá para tener a Pietro como un perrito alrededor suyo, ni para invitar a cenar a madame Dupin, que es un poco pesada.

—¿Quién es madame Dupin?

—Una sobrina de tía Leontine, por parte de su difunto marido. —Miró a Fani maliciosamente—. Es la candidata número uno a la mano de papá. Según dice la tía, no se «realizó» en su primer matrimonio. ¿Sabe lo que significa «realizarse»? Ahora todas las mujeres no piensan más que en eso: «realizarse». ¿Usted cree que yo estoy «realizada»…?

Fani sonrió.

—Aún eres muy joven.

—¿Y usted lo está…?

—Nunca me he hecho a mí misma esa pregunta. ¿Tú qué crees?

Anick arrugó la nariz.

—No sé qué decirle… —Sonrió—. ¿Y sabe por qué no sé qué decirle? Porque ignoro completamente lo que quiere decir eso de «realizada». Ésta es la pura verdad.

Rieron a la vez. Parecía como si de pronto se hubiese roto el velo de hostilidad, dejando paso a un rayito de luz que empezara a ser amistoso.

—Realizadas o no realizadas, vamos a dar nuestra clase de español. Después cenaremos juntas. Y luego tú entrarás a saludar a tu madame Dupin, como una niña perfectamente educada.

—No es *mi* madame Dupin. Y tía Leontine no se saldrá con la suya. Mi papá no se casará con nadie. Me lo ha prometido.

—Pues, entonces, vive tranquila. No pienses en ellos. La mayoría de las mujeres tienen la manía casamentera.

—¿Usted también?

—Creo que no.

—Seguramente no encontró el hombre adecuado. Eso suele decir Lisette.

La aludida se preparaba va a recibir a Anick, con el baño a punto y la sonrisa agradable. Fani entró en su propio cuarto, ya dispuesto para la noche, con el embozo de la cama doblado v su camisón azul extendido en artísticos pliegues. Por allí también había pasado la mano de hada de Lisette. Consultó el reloj y vio que sólo eran las cinco y media. Decididamente, tendría que esforzarse para encontrar normal aquel horario.

De todos modos, tuvo que confesarse que se sentía cansada.

Se lavó la cara, se peinó, cambió de ropa y preparó libros y cuadernos para la clase. La imagen de Carlos Fontana acudió otra vez a su memoria y la rechazó de nuevo. El corazón volvía a latirle de prisa, recordando las escenas vividas bajo la lluvia implacable. Carlos Fontana no encajaba con aquel ambiente de paz familiar, de tranquilidad sin aventuras. ¿Y cómo habría encajado Claude el horrible golpe de saber a su padre desaparecido y ver su casa en ruinas? Se estremecía de pensarlo.

En cierta ocasión, hacía unos meses, había visto una película de locos y psiquíatras. Raúl estaba a su lado y juntos hicieron numerosos comentarios sobre el tema. Recordaba la voz de Raúl diciendo: «… el psicópata paranoide es eminentemente peligroso. Los paranoicos viven en eterno conflicto con la sociedad que les rodea. No pueden tener relaciones normales con nadie…»

Raúl parecía saber de todo. Pero… ¿no podía ser considerado él mismo como un paranoico, saltándose las leyes y las convenciones sociales? ¿Dónde estaba la línea divisoria entre locos y cuerdos?

Por saberlo todo, Raúl sabía el número del teléfono particular del antiguo dormitorio de madame Leontine. No podía comprender aquello. De todos los recientes acontecimientos, aquél era el que más le torturaba la cabeza.

Volvió al dormitorio de Anick, quien, recién bañada, se envolvía en una sombría bata escocesa. ¿Por qué todo cuanto vestía carecía de gracia?

Se sentaron ante una pequeña mesa, junto a la chimenea apagada, y Fani le fue mostrando los libros que había traído de España. Anick se interesaba fácilmente por todo y consiguió con paciencia que olvidara sus emociones del primer día de colegio y se interesara por la gramática castellana.

La llegada de Lisette con un carrito transportando la cena las encontró ensimismadas en un catálogo del Museo del Prado, lleno de bellas reproducciones.

Ayudó a Lisette a preparar la mesa, y Anick les metió prisa, porque tenía apetito. Frente a frente cenaron, mientras Lisette aprovechaba la oportunidad para hablar por los codos.

Según ella, madame Leontine había padecido jaqueca. Monsieur Pietro se había largado a Ginebra sin avisarla, porque era su día libre, y casi se había vuelto loca de ansiedad. Monsieur Pietro regresó a la hora del té, y ella le obligó a jugar al *bridge* con sus amigas, aunque le constaba que lo odiaba.

—Siempre dije que Pietro tiene alma de perro faldero —declaró Anick con la boca llena de *rosti*, unas patatas hervidas y rehogadas hasta quedar crujientes, que les fueron servidas para acompañar la carne asada.

Lisette dijo que se tenía que marchar para organizar la cena de los demás. Madame Leontine habíale hecho preparar la habitación de invitados, porque seguramente su sobrina se quedaría a pasar la noche. Madame Dupin solía quedarse a dormir en la «Maison du Lac» cuando iba de compras a Ginebra, desde su ciudad de Lausana, donde residía habitualmente.

Al concluir la cena, Fani recordó a la niña que había prometido ir a dar las buenas noches a la invitada. Se empeñó en cepillarle el cabello hasta dejarlo suave y brillante, como una aureola alrededor de su cabeza. Anick se dejó hacer sin protestar, con una maliciosa sonrisa bailándole en los labios.

—¿No tienes otra bata más bonita? ¿Me dejas que busque en tu armario? —preguntó Fani.

Y ante la aquiescencia de su propietaria, rebuscó entre las ropas mal ordenadas hasta encontrar un camisón rosa sin estrenar y una bata del mismo tono, de lana esponjosa, todo ello envuelto en una funda de celofán.

—Esto es muy bonito. ¿Por qué no lo usas?

Y viendo que Anick reía sin decir nada, se lo hizo vestir, atándole alrededor de la cabeza una cinta rosa para recogerle el pelo.

Anick empezó a hacer muecas ante el espejo.

—Nunca seré tan bonita como mi amiga Roseleen, pero puedo pasar. Claro que no estoy dispuesta a lavarme los dientes tres veces al día… Ande… Venga conmigo hasta la puerta del comedor. Sea buena, mademoiselle. Así podrá asistir al brillante recibimiento que me hará la familia.

Fani la siguió, satisfecha de su obra. Anick, con su bata rosa y su pelo bien cepillado, parecía una niña agradable y bonita. Se quedó en el umbral, dando un tímido «¡Buenas noches!», que no fue oído, y retrocedió intimidada, para contemplar la escena a través de los cristales de la puerta.

Laurent de Vindry sentaba a su derecha a una rubia menuda y un poco redondita, de rosadas mejillas y risa franca. Vestía de gris y llevaba unos largos pendientes de oro que se agitaban cada vez que movía la cabeza. Madame Leontine conservaba el mismo vestido con el que había recibido a sus amigas, al cual añadiera un espectacular broche de pedrería. Pietro atendía a la conversación con su habitual aire despierto y desenfadado.

En el instante en que Anick hizo su entrada, Laurent de Vindry, como correcto anfitrión, se ocupaba de llenar el vaso de la invitada. Quedó con la botella en suspenso y, con el ceño fruncido, miró a la niña de arriba abajo.

—*Tiens!* —fue su único comentario.

Y también su hermana lanzó dos *«Tiens, tiens!»* de sorpresa, a los que siguieron unos segundos de silencio.

—¡Qué bonita está nuestra Anick! —comentó la invitada, como si la llegada de la niña colmara su felicidad—. ¿Cómo estás, querida? ¿Te gustó ese famoso colegio? ¿No es un antro de libertinaje, como sugiere tía Leontine…? —Advirtiendo el silencio reinante, miró a todos y añadió con vacilante sonrisa—: ¿Ocurre algo?

Con el ceño fruncido, Laurent dejó la botella sobre la mesa. Cuando su hija se inclinó para besarle, le quitó delicadamente la cinta del pelo y se la guardó en el bolsillo de la bata. Luego la besó en la frente.

—Así está mejor —dijo—. Buenas noches, Anick. Mañana nos contarás tus aventuras. Advierte a la señorita Navarro que me gustaría hablar un instante con ella, después de la cena.

Con las mejillas enrojecidas, Anick se retiró casi corriendo, empujando a Fani en el pasillo. Seguidamente se metió en su cuarto y cerró dando un

portazo.

Fani dudó entre seguirla o regresar al suyo, y optó por la última idea. El siguiente día podría traer las explicaciones de tan extraños comportamientos.

¿De qué querría hablarle a aquella hora Laurent de Vindry…? Esperó fumando un cigarrillo hasta que Lisette acudió a llamarla.

Por segunda vez desde su llegada era recibida en el santuario verde y blanco del dueño de la casa, con su olor a libros, a cera y a buen tabaco de pipa.

Estaba de pie en el centro de la habitación y se volvió hacia Fani, ofreciéndole un asiento.

—Perdone si la he molestado a estas horas, mademoiselle Fani. Lo que tengo que decirle… es un poco delicado, y le agradecería que procurase entenderme. —Sostenía en la mano su pipa vacía y golpeó suavemente con ella sobre el borde de la mesa—. Debo pedirle que no intente transformar a mi hija en su arreglo exterior. Usted ignora las circunstancias de mi vida que me incitan a odiar en mi hija cualquier expresión de coquetería. Lleva dentro, por desgracia, la semilla frívola de su madre, que yo me esfuerzo en combatir. Quizá sea excesivamente severo, pero creo que mi actitud es sana para la paz de su espíritu. Anick debe rehuir cualquier coquetería en el vestir, en su arreglo y en su peinado. Hemos de ser inflexibles en este sentido.

Fani le miró estupefacta.

—Pero yo…

—Anick le ha jugado a usted una mala trastada al no indicárselo. Sé que usted ha obrado de buena fe. Esa bata y ese camisón fueron un regalo que llegó de manera anónima y que yo le prohibí ponerse. Hay que ahogar en Anick cualquier horrible tendencia.

—Tendencia… —repitió Fani a media voz. Y consiguió sostener altivamente la mirada de los pardos ojos de su interlocutor.

Habló éste con voz fría y lejana:

—La tendencia de su madre, su falta de valores morales, su maldita coquetería, fueron causa de mi desgracia. Me cuesta hablar de este tema. Quisiera no tener que mencionarlo de nuevo.

Fani balbuceó unas palabras sin sentido. El hecho de que un lazo sobre los cabellos de una niña de diez años trastornara así a su padre la dejaba absorta. Torpemente deseó buenas noches a monsieur Laurent y subió a su cuarto, dejándole a él torturado con sus recuerdos.

Cerró la puerta y sintió frío, como si la calefacción hubiese dejado de funcionar. Pero el radiador estaba caliente y apoyó en él sus manos, tratando de entrar en calor.

Anick habíale jugado una mala pasada. No podía confiar en ella.

Echó una mirada al teléfono y tembló recordando la llamada anónima. No se encontraba con fuerzas para soportar otra semejante. Se sentó en la cama y, vacilante, descolgó el auricular. Quizá Carlos Fontana la llamara, pero no podía arriesgarse. Si en lugar de escuchar la voz de Carlos Fontana volvía a oír la risa entrecortada y la frase «Hola, Fani-Fani, nombre de gato», empezaría a gritar y escandalizaría a toda la casa.

Se acostó pensando que no conciliaría el sueño. En su imaginación se entremezclaban el rostro pálido y delgado de Laurent y la cara tostada y sin afeitar del marido de Claude.

Del marido de Cécile.

Se durmió de golpe, como si cayera en un pozo sin fondo.

X

Abrió la ventana, malhumorada al darse cuenta de que no se había despertado a tiempo para despedir a Anick. Seguramente la niña habría pensado que estaba enfadada con ella.

Pero no lo estaba. Lo ocurrido la noche anterior le parecía una broma sin importancia. De cualquier modo, le echaría a Anick un rapapolvo por haberle tomado el pelo.

Se arregló sin prisas, consciente de que esperaba con ansiedad una llamada de Carlos. Y se dio cuenta de pronto de que tenía el auricular descolgado.

Ardía en deseos de tener noticias, como si aquel asunto fuese para ella más importante que ningún otro.

«Pero no lo es», se dijo, clarividente. Lo único importante y catastrófico fue la llamada anónima de… ¿Raul…? De alguien, al menos, que conocía su secreto. Y que probablemente trataría de hacerla víctima de él.

Brillaba el sol, lo cual ayudaba un poco a levantar el ánimo. ¿Qué podría hacer con tantas horas libres hasta el momento de recoger a Anick en el colegio? Iría a Ginebra. Pasearía por la ciudad, viendo las tiendas. Había oído decir que la parte antigua de Ginebra era interesante.

Volvió a mirar el teléfono, deseando que le trajera la voz de Carlos Fontana. Pronto estuvo dispuesta para salir, pero el teléfono no sonó. Decidió telefonear ella misma. Carlos no podía extrañarse de verla interesada en un asunto que, en cierto modo, también la atañía.

Buscó en su bolso la tarjeta y marcó el número del hotel.

—El señor Fontana ha salido —fue la respuesta del conserje.

Y se quedó de pie, junto al aparato, enfadada consigo misma por haber llamado. Inquieta por no saber lo que podría estar haciendo Carlos… y por lo que podría estar haciendo Claude.

Bajó al jardín, sin encontrar a nadie. La verja estaba cerrada y forcejeó para abrirla. Una voz la saludó a sus espaldas:

—¿Durmió bien, después del tropiezo de anoche…?

Se trataba de Pietro, atildado y elegante, con una chaqueta de pequeños cuadros marrón y *beige* y unos pantalones claros. A la luz del sol, su fino bigote rubio conseguía un perfecto trazo, y sus dientes, blancos e iguales, lucían en todo su esplendor.

—¿Tropiezo…? —respondió Fani, como si no le entendiera.

—Llamémosle contratiempo, si lo prefiere. Anick debía haberle advertido que no se pueden hacer jugarretas a los hermanos Vindry. Pero Anick es muy pícara; se aburre mucho y se las ingenia para desafiarnos a todos. No lo tome en cuenta.

—Ya lo había olvidado —repuso secamente.

Cambiando de tono, ofreció él:

—¿Le seduciría un paseo hasta Ginebra? Tengo que hacer un recado de madame Leontine. ¿Por qué no me acompaña?

El gesto era amable y su rostro demostraba interés en ser aceptado.

—Precisamente estaba abriendo la verja para irme con mi coche a la ciudad.

—Pues no necesita gastar su gasolina. Disponemos del viejo *Mercedes* de madame. Viejo pero seguro. —Sonrió animándola—: Diga que sí. Tan sólo tengo que recoger un reloj de la joyería. Habrá tiempo de dar un buen paseo.

«¿Por qué no?», se dijo Fani. No quería parecer antipática ni hacerse enemigos en casa. Pietro debía de tener cierta influencia sobre madame.

—Bien, acepto su oferta.

Cruzaron una mirada amistosa.

—Seamos astutos en tal caso —dijo él—. Espéreme en la plaza. La recogeré al pasar. No hay necesidad de provocar comentarios. Madame tiene espías hasta en las copas de los árboles.

—¿Disfrazados de pájaros…? —se burló ella..

—Exactamente. ¿Es que habló con ellos…? Bien. No caigamos tan pronto en el encanto de nuestra mutua compañía y vaya andando formalita. La recogeré delante del bar, en la plaza.

Fani echó a andar, levemente mortificada por obedecerle tan ciegamente y por no haber resistido un poco más a su invitación. Pero ya estaba hecho, y quizá Pietro se enorgullecería como un pavo real. Una buena comparación. Pietro debía de pertenecer al tipo de «hombre pavo real», un tanto presumido y vanidoso. Aunque indudablemente simpático. Y alegre.

Esperó ante la puerta del café y le vio llegar en seguida. Tomó asiento a su lado, en el elegante *Mercedes* de color gris.

—¿Contenta…? —Y como si adivinara sus pensamientos, añadió—: ¿En paz con su conciencia por este horrible delito…? Sacuda su cabecita como si fuese un árbol lleno de frutas. Tiene usted demasiadas ideas dentro. Desde la primera mirada pensé que luchaba con su mundo interior. No luche tanto. Créame que no vale la pena. Déjese llevar por la vida, como los nadadores por la marea. Siéntase ligera, matinal, recién lavada de cuerpo, recién lavada de alma.

La miró entornando los ojos, con coquetería casi femenina. Fani no pudo evitar la risa.

—Habla usted como el anciano del lugar. ¿Es usted anciano?

—¿Cómo lo adivinó? Debe de haberme fallado el maquillaje por algún sitio. Mis treinta años llenos de arrugas me hacen sufrir mucho. Usted no lo comprende, porque aun está en plena niñez.

—Sin embargo, hay quien piensa que, a los veintitrés años, una chica ya debiera estar casada.

—Creí que habría superado esa malsana idea del matrimonio.

—Sin el matrimonio, la única salida que nos queda a las pobres solteras es lo que mi abuela llamaba «algo peor que la misma muerte»…

—Me hubiera gustado encontrarme con una mujer como su abuela a lo largo de mi vida. Una mujer dispuesta a defender su honra hasta el último aliento. Personalmente, sólo apruebo los matrimonios de conveniencia. «¿Tú tienes una casita con un corralito? Casémonos. Yo poseo veinte gallinas que picotearán en tu corral.» ¿Entiende mi idea…?

—No es difícil de entender. ¿Tiene usted en efecto veinte gallinas?

—¡No irá a decirme con pecadora desenvoltura que tiene usted un corral…!

—Lo siento. No lo tengo. Ahí comenzó mi frustración.

Rieron, satisfechos de su incipiente amistad, de la mañana soleada y de la oportunidad del paseo. Las primeras calles de la ciudad aparecían ya con cierta actividad matutina. No era, por supuesto, la tremenda aglomeración de Madrid, pero había que tener en cuenta que Ginebra era una ciudad pequeña. Incluso la gente que se apresuraba, «se apresuraba despacio», sin perder su aire seguro y tranquilo.

—Éste es el barrio de los bancos —explicó Pietro—: La Corraterie. Deposite aquí sus ahorros y vivirá tranquila y sonrosada, como nosotros los suizos, limpios y bien alimentados.

—Lo haré… en cuanto consiga reunir mis primeros diez francos.

Pietro condujo el coche hacia una zona de aparcamiento, al pie de una vieja escalera de piedra.

—Recogeremos el reloj de madame, que ya debe de estar arreglado. Luego dispondremos de libertad.

Entraron juntos en una pequeña joyería, en la que abundaban los relojes de todas clases. Mientras el empleado buscaba el encargo fueron contemplando los que aparecían expuestos, de las más famosas marcas del mundo. En las paredes colgaban relojes de cuco de todos los tamaños, y, en muchos de ellos, los inevitables cucos eran sustituidos por parejas de aldeanos que entraban y salían de su casita al sonar las horas, con su paso inalterable y mecánico. Hubieran podido pasar toda la mañana contemplando diferentes modelos, pero, una vez realizado el encargo, regresaron al coche y subieron en dirección a la parte antigua de la ciudad.

Pietro se comportó como un guía excepcional, lleno de sugerencias y de buen humor. Visitaron la catedral de San Pedro, y tuvieron el valor de subir hasta sus altas torres, desde donde se divisaba un panorama excepcional. Contemplaron el Arsenal, el Ayuntamiento; bajaron por la Grande Rue, curioseando en las tiendas de los anticuarios, y, tras muchas revueltas, Pietro se empeñó en llevarla al Petit Palais, museo de arte moderno, porque no tenía más remedio que mostrarle sus gatos.

—¿Es que tiene usted gatos además de las veinte gallinas? —preguntó Fani.

—Sólo tres. Pero no son míos. Ahora los verá.

Y juntos los contemplaron, detenidos ante el famoso cuadro de Desnos «Los gatos bajo la sombrilla roja».

—Estoy enamorado de esa gata blanca, seria y altiva que mira fijamente a sus compañeros vueltos de espaldas. ¿No es una princesa-gata…?

—Lo mismo podría ser un príncipe-gato. ¡Qué manía con pensar siempre en el sexo…!

—No conseguirá quitarme las ilusiones. Me lo ha dicho ella misma. Es toda una señora gata. ¿La toma por un *travesti…?*

A Fani le gustó más el cuadro de Caillebotte «Puente de Europa», con sus paseantes tranquilos sobre el puente caliente de sol.

—Pondría un puesto para vender flores en ese puente y viviría siempre ahí. En el invierno vendería castañas.

—No sabe lo que es un invierno en Suiza, usted, alocada mediterránea. Se quedaría convertida en estalactita aunque tuviera una estufa último modelo. Ea, traspase su negocio de castañera y vamos a tomar una copa.

Pero descubrieron que no tenían tiempo para la copa si querían llegar a casa a la hora del almuerzo.

—Somos dos pobres esclavos que no podemos desafiar a los poderosos. Regresemos.

Fani se sentía contenta. Por un momento había olvidado sus preocupaciones y fue simplemente una turista joven y curiosa, en grata compañía.

—Le agradezco el paseo —dijo mientras emprendían el camino de vuelta—. Lo he pasado muy bien. Me ha hecho familiarizarme con los nombres tenebrosos de Calvino y Juan Jacobo Rousseau, que siempre me asustaron.

—Y con los relojes de cuco… —apuntó él.

—Y con los gatos *travesti*.

Rieron, y Fani preguntó de pronto:

—Supongo que usted es suizo. Ni siquiera le he preguntado sus datos personales.

—Soy del Ticino. Nací en un precioso pueblo, cerca del lago Lugano. Mi madre es italiana. Milanesa. Mi padre, un rudo grisón. Cuando se enfada

habla en romanche, y ni mi madre ni yo le entendemos. Se casaron bastante viejos y sólo me tuvieron a mí. Soy la desilusión de sus vidas.

—¡Qué injusticia!

—Me miro al espejo y me digo: «Pietro, eres guapo, eres simpático, eres apuesto…»

—«… eres modesto» —apuntó ella.

—Pero es cierto, tengo un defecto.

—Ya estoy preparada para oír lo peor.

—Sencillamente: no me gusta trabajar.

Fani encendió dos cigarrillos y le tendió uno.

—En vista de su confesión, se lo he encendido, para que no se canse.

—Cuando le digo que no me gusta trabajar, digo la pura verdad. Materialmente me disgusta hacer el menor movimiento inútil. Pasaría los días tumbado en la playa contemplando las musarañas. Ésa es mi idea de la felicidad.

—Y la de mucha gente.

—Eso es lo que pretendí poner en práctica hasta que mi padre me corrió a puntapiés. Muy poca comprensión, ¿verdad? Con uno que trabajase en la familia hubiera sido suficiente, y él lo hacía a conciencia. Y por si fuera poco, mi madre le ayudaba. Poseen un pequeño comercio de ferretería. ¿Se me imagina vendiendo clavos…?

—Sí, y perdiéndolos a puñados.

—Los franceses hablan de *le phisique de l'emploi*. Aseguran que hay que tener el físico apropiado para cada empleo. Así que me miré al espejo y me dije: «Pietro, tienes el físico de un *gigolo..»* Y comencé esta brillante carrera. Aún soy un poco torpe, pero ya me inclino a besar la mano de las señoras ricas echándoles una turbadora mirada al interior del escote. Por cierto, ¿está segura de que no es usted una señora rica? —Viendo que ella negaba con la cabeza, siguiendo la broma, continuó—: Lo siento. Hubiera hecho ese trabajo a gusto.

—Nunca me atrevería a quitarle su secretario a madame Leontine. ¿Hace mucho tiempo que trabaja para ella?

—Apenas un año. Conocí a madame en un balneario donde tomaba las aguas. Las tomaba ella, por supuesto. Yo sólo martinis secos, en el bar del

hotel donde me alojaba con otra patrona muy parecida. Cambié de patrona, porque la otra se ponía sentimental y empezaba a aburrirme. Madame Leontine es filatélica y además se dedica a obras sociales. Unas obras sociales muy estúpidas, pero que la hacen considerarse una intelectual… Llevo su correo sin fatigarme; le busco algún que otro sello interesante, por el cual recibo mi correspondiente comisión; la ayudo a recibir a sus protegidos; los días de gran parada, juego al *bridge* sin hacer trampas, y el resto del tiempo me lo paso en mi habitación, echado en la cama, con la mirada perdida en lontananza. El paraíso. Por si no lo sabe, ocupo una cómoda habitación en el pequeño pabellón a la derecha del jardín. No me atrevo a pedirle que me haga una visita. Sé que me la hará sin que se lo pida.

No podía enfadarse porque siempre hablaba en broma. Era fácil reírse con él y sentirse joven, como ya no se sentía desde hacía mucho tiempo…, desde la «época Raúl».

—No me parezco en nada a «su monsieur Laurent», tan distinguido, tan formal, tan trabajador. Siempre en juntas generales, en asambleas o recogiendo premios por la maravillosa presentación de sus libros. Pero no se haga ilusiones, joven romántica. Se lo va a llevar para ella solita la joven viuda Dupin.

—¿La sonrosada rubita que cenaba anoche y que lucía unos pendientes extravagantes…?

—La misma. Es una sobrina lejana de madame. Heredó una inmensa fortuna de su difunto a pesar de que no le dio hijos. Claro que tenía la edad suficiente como para ser el abuelo de Andrée, y sin duda fue muy feliz con ella. Al conocer la cuantía de la herencia, madame decidió que ningunos brazos mejor que los de su hermano podrían consolar a la pobre viudita. Y se la ofrece en bandeja a Laurent, en bandeja de oro, con *marrons glacés* alrededor. Andrée sigue el juego, y Leontine patalea de júbilo ante la idea de que la fortuna de su sobrina pudiera quedarse en la «Maison du Lac». Maquiavélico.

—Tengo entendido que no vive en Ginebra. Anick me dijo que residía en Lausana.

—Una ciudad interesante, que deberá visitar. Desafía toda lógica urbanística y sólo si tiene buenas piernas conseguirá subir hasta el centro de ella. El puerto de Ouchy quedó en la parte baja y es preciso coger un funicular que enlaza desde la estación. Andrée tiene una extraordinaria finca de viñedos. Embotella sus propios vinos, que tienen un gran *bouquet*.

—¿Cree que monsieur Laurent se dejará arrastrar a ese juego…? Me parece un hombre muy… muy ponderado.

—¡Qué adjetivo tan antiguo…!

—Creo que es la primera vez que lo pronuncio en mi vida, pero no cabe duda de que monsieur De Vindry me lo inspiró.

—No sé cuáles serán las reacciones de su «ponderado» Laurent. Tengo entendido que estuvo muy enamorado de su pequeña y frívola mujercita, la estupenda Oriana Campi. La vi bailar una vez en el «Scala». Prometía ser otra Pavlova. Me impresionó su arte. Pero hace ya tiempo que no he leído nada nuevo sobre ella. Según dicen las malas lenguas, fue mi deliciosa madame Leontine quien infernó el matrimonio. Tiene la obsesión de mangonear las vidas ajenas, quizá porque la Suya propia es tan estéril. Ni siquiera es rica. Ahí falló mi olfato. Vive de una pequeña renta que le dejó su marido y de la generosidad de su hermano. Debo decir que la generosidad del hermano es abundante. Leontine pierde en el *bridge* y en la ruleta cantidades exorbitantes. ¡Ojalá gastara conmigo la mitad de lo que pierde tan estúpidamente!

—Es usted un poquito desvergonzado y, además, tiene una grandiosa idea de sí mismo.

—Madame Leontine caería en mis brazos como un higo maduro sólo con que yo moviese un dedo.

Fani fingió escandalizarse. El cinismo de Pietro la divertía y a la vez la alarmaba.

—¿Por qué no la compara con una manzana? Es más estética.

Se volvió a mirarla, guiñando los ojos con una sonrisa. Fani pensó que, efectivamente, cuando se lo proponía, Pietro podría resultar fascinante. Pertenecía a aquel especial tipo de «rompecorazones» tan prodigado en las revistas femeninas.

—Usted sí es una manzana —objetó él—. Y lamento insistir en que Leontine es sólo un higo madurísimo. Los higos son feos, y yo adoro la belleza. Si le parezco cínico es porque a lo largo de mi joven vida he tenido ya que huir de ocho o diez higos maduros que me asediaban, lo cual es insoportable y desmoralizador. Me encuentro muy cómodamente instalado en la «Maison du Lac», y no quisiera tener que cambiar de empleo. A propósito de la «Maison du Lac», ahí la tiene. Ya hemos llegado… ¿Le ha gustado el paseo?

—Muchísimo.

—Pues, en ese caso y para que podamos repetirlo, bájese aquí mismo y entreténgase un rato jugando en la plazuela con las otras niñas. No es conveniente que lleguemos a la vez. ¿Almorzaremos juntos?

—No sé si seré invitada a la mesa del comandante o si tendré que comer sola en mi camarote. En todo caso, muchas gracias por la diversión. Lo he pasado muy bien.

Entró en el pequeño café para hacer tiempo y comprar tabaco. Luego se entretuvo hojeando un periódico que alguien dejara sobre una mesa. Desde el «asunto Raúl» leía la prensa con avidez, esperando siempre encontrar alguna paralizante noticia: «Raúl Velázquez, autor de la estafa de la Financiera española, ha sido hallado en Nueva York, o Río de Janeiro, cuando se entregaba a una escandalosa orgía de champán, rubias y drogas…»

Pero la prensa mundial no se preocupaba para nada de Raúl Velázquez ni de los millones desaparecidos. Otras muchas estafas y otros muchos crímenes habían tomado el relevo en las primeras planas.

Volvió a casa lentamente y, en la puerta del ascensor del garaje, Antonio se acercó para entregarle una carta.

—Es para usted. Alguien la dejó en el parabrisas de su coche.

—¿Para mí…? ¿Por qué motivo…?

Antonio rió, mostrando aquellos dientes fuera de serie.

—No lo sé. Pero se llama usted Estefanía Navarro, ¿no es así…? Pues aquí pone «Estefanía Navarro». Debieron de dejarla en el parabrisas durante el rato en que estuve ausente.

—Bien… Gracias, Antonio.

—A sus órdenes siempre.

Al abrirle la puerta, Lisette le indicó que monsieur la invitaba a su mesa. Tenía el tiempo justo para peinarse un poco y lavarse las manos.

Con ellas mojadas, sin paciencia para secárselas, abrió el sobre azul y leyó las líneas, escritas en español:

«Estaré esperando a las tres, en la puerta de la estación Cornavin.»

No llevaba firma.

Se dejó caer en un sillón y se cubrió la cara con las manos. «No tendré valor —pensó—. Caeré muerta antes de llegar.

Después de tantos meses, no tengo valor para afrontar su mirada, su voz, su agobiante fuerza vital…» Había tratado de matar a Raúl dentro de sí misma y ahora no podía resucitarlo.

«No iré», repitió casi ahogando un sollozo. Y se puso de pie con gran esfuerzo, para dirigirse al comedor.

XI

Andrée Dupin, la sobrina de madame Leontine, no era una viuda sofisticada, como su dinero pudiera hacerlo esperar. Simplemente, una joven algo tímida, de rostro aniñado y que se sonrojaba fácilmente. Reía con facilidad infantil y, al hacerlo, miraba a todos uno por uno, para cerciorarse de que compartían su jocosidad. Su tía Leontine le infundía un temeroso respeto, y lejos de ella debía de ser sin duda más natural y graciosa.

Por el momento se dedicaba a apartar minuciosamente las espinas del lenguado, mientras su tía llevaba el peso de la conversación. Quizá la presencia de Laurent aumentaba su turbación.

Al menos, así lo creyó Fani, que se sentía intrusa en aquella reunión de familia. El estar allí quieta, escuchando naderías intrascendentes con los nervios en tensión, era más de lo que podía soportar. Echaba de menos la presencia de Anick, aunque sospechaba que era a la única persona a la que le ocurría tal cosa. Todos charlaban animadamente, mientras ella continuaba luchando en su interior con la misma pregunta sin respuesta: «¿Iré a la cita…? ¿No iré…?»

Se dio cuenta de que todos la miraban porque Laurent le había hecho una pregunta a la que ella no contestó, enfrascada en sus pensamientos. Leontine cambió de tema y comenzó a repartir órdenes, según su costumbre. Tenía el rostro más pálido y más cansado que nunca, como si el peso del mundo gravitara sobre sus hombros. Recordando la calificación de Pietro: «Un higo madurísimo», casi sintió tentaciones de reír.

—Después de comer, Pietro será tan amable de llevar a Ginebra a nuestras dos jóvenes. Andrée tiene que hacer unas compras y creo que a mademoiselle Fani no le molestará acompañarla. Yo me siento fatigada. Estos bruscos cambios de tiempo siempre me trastornan. Estarán de vuelta

para la hora del té. Incluso pueden tener tiempo de recoger a la niña en el colegio, aunque personalmente creo mejor que se acostumbre a volver en el autobús como las demás.

—Pareció muy contenta ayer cuando fui a buscarla —se atrevió a contrariar Fani. Y en seguida miró a Laurent—. Haré lo que usted crea más conveniente, monsieur.

—No haremos de ello una obligación. Cuando tenga tiempo y le parezca oportuno, puede ir a buscarla.

Tomaron café en el salón. Laurent se sentó ante el piano y tocó un rato, informalmente. Tenía gran maestría, como si fuese un buen profesional. Pietro hojeaba una revista, y Leontine y Andrée intercambiaban direcciones para realizar las compras.

—¿Le gusta la música, mademoiselle Fani?

—Debo de llevarla en la sangre, porque en mi familia se le dedicaba un culto auténtico. Pero confieso que carezco de facultades para entenderla o interpretarla bien.

—¿Quizá le agrada más la música moderna? En Montreux hay un Festival de Música moderna estos días. Puedo conseguirle billetes para que vaya con Anick.

—Le confieso humildemente que detesto la música «alborotada». Prefiero la clásica, que tranquiliza los nervios.

—¿También sus jóvenes nervios sienten necesidad de paz?

—Como los nervios de todo el mundo, en estos tiempos que corren.

—Tiene razón. La hora en que vivimos será clasificada dentro de muchos años como la de «los corazones rotos». Pero no en el sentido romántico, sino al pie de la letra. Rotos por el infarto, la plaga de nuestros días, el resultado de tanta ira acumulada, de tanta lucha, de tanta y tan exagerada ambición. Estamos asistiendo a la depresión nerviosa de una época.

—Y a lo más que podemos aspirar, los que no tenemos esa histérica ambición de lucha, es a llevar una existencia de desesperación pacífica.

La miró con sorpresa, como si a través de sus palabras empezase a conocerla. Sus miradas se cruzaron un instante, y Fani reconoció en las

pupilas grises las pupilas de Anick. Aquel detalle humanizó a Laurent ante sus ojos y le hizo parecer menos importante y más cercano.

—Desesperación pacífica —repitió él—. Ése es el calificativo exacto. Pero usted es aún muy joven para pensar así.

Inició una nueva melodía, en la que Fani reconoció *El concierto de Aranjuez*. Quizá subconscientemente lo tocaba en su honor. La suposición le hizo gracia.

—Mi hermano (tengo un único hermano que vive en Barcelona) suele decir, cuando se siente filósofo, que el sol brilla siempre a la salida del túnel. Pero no estoy de acuerdo con él. A menudo, a la salida del túnel sólo encontramos…

—¿… otro túnel…? —atajó Laurent.

—Exacto. Otro túnel… más largo que el anterior.

Rieron, y, al oírles, madame Leontine alzó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Puedo saber qué les divierte tanto…?

Su hermano hizo una escala velocísima y cerró el piano.

—Hablábamos de túneles.

—¿Túneles…? —se extrañó.

—Unos túneles especiales, que mademoiselle Fani y yo acabamos de fabricar. —Consultó su reloj—. Lamento tener que interrumpir esta grata tertulia, pero debo volver a mi trabajo. ¿Te veré luego, Andrée…? No pensarás en regresar hoy a Lausana…

Leontine contestó por ella.

—Andrée se quedará el resto de la semana. ¿No es verdad, querida?

Andrée mostró dos graciosos hoyuelos al sonreír.

—Sí, tía; encantada.

—Tienes que contarnos las últimas mejoras que has hecho en tu finca. He oído decir que la estás mejorando de un modo asombroso.

—En el fondo de mí misma, soy absolutamente rural. Me gusta el campo. Dedico a la finca todos mis afanes. De tarde en tarde me siento un poco frívola y vengo a Ginebra.

—Confío en que no nos asocies con la frivolidad…

Al marcharse Laurent se disolvió la reunión. Leontine se retiró a descansar, y los tres jóvenes rodaron otra vez en el *Mercedes*, en dirección a

Ginebra.

Pietro hizo un ligero guiño con los ojos.

—¿Conoce usted la ciudad, mademoiselle Fani?

—Esta mañana di un paseo rápido. Y, por cierto, contraté un guía fabuloso. Me tuvo pendiente de sus palabras.

—No es corriente encontrar gente así —comentó Andrée, ignorante de la broma.

—Era un «fuera de serie». Seguramente enamorará a todas las turistas viejas que caigan bajo su encanto. A todos los… «higos maduros».

—¿Higos maduros…? —se extrañó Andrée.

—Perdón… Es una expresión muy poco elegante.

Pietro rió bajito.

—¿Por dónde comenzamos las visitas? Vamos al «Grand Passage» o prefieren las *boutiques* pequeñas, lujosas y refinadas?

Armándose de valor, explicó Fani:

—A las tres tengo concertada una cita con una persona amiga. Si no les importa, podré reunirme con ustedes un poco más tarde, donde me indiquen.

A Andrée, preocupada con su lista de compras, nada le parecía mal. Quedaron en encontrarse a las cuatro y media, y Pietro puso los ojos en blanco y suspiró:

—Corre usted mucho, jovencita… Demasiadas citas en un solo día…

Fani abandonó el coche y les dijo adiós con la mano.

Casi en el mismo instante los olvidó, sumida en el mundo de sus propias angustias. La aliviaba la idea de no tener que sonreír ni hablar despreocupadamente cuando en el fondo del corazón le roía una tremenda inquietud. Los pies le pesaban como plomo cuando al doblar hacia la avenida del Mont Blanc divisó al fondo la estación de Cornavin, por donde había llegado hacía tres días. ¿Tan sólo tres días? Tres días cargados de actividad, de sensaciones y de caras nuevas. Como, por ejemplo, la cara tostada, angustiada y sin afeitar de Carlos Fontana.

Cruzó la plaza y esperó de pie, en la entrada de la estación. Faltaban unos minutos para las tres. Había mucha gente que llegaba o salía, viajeros apresurados, taxistas que hacían señas a sus clientes, señoras de edad

empujando torpemente los carros metálicos con sus equipajes, sustitutivos de los añorados mozos de estación.

«Si veo a Raúl antes de que él me vea a mí, huiré —pensó temblando—. Tomaré un billete para cualquier parte y me marcharé de Ginebra y del mundo.»

Y en aquel preciso instante en que hacía planes fantásticos para desaparecer, alguien le dio un pequeño tirón del abrigo.

Se volvió con rapidez… y se enfrentó con el rostro sonriente de un muchachito. Un chico de unos doce años, cargado con un paquete mal envuelto.

—Alguien la está esperando en aquel coche negro —indicó, señalándolo con el dedo—. Me ha dado un franco para que se lo diga. Así que ya se lo he dicho.

Y tras de explicar honradamente su negocio, se alejó en dirección a las máquinas de caramelos de la estación.

Fani clavó los ojos en el coche oscuro, sin distinguir desde allí a la persona sentada ante el volante. Con heroica decisión, cruzó casi corriendo, sorteando la intensa circulación y exponiéndose a una multa.

Jadeando, se detuvo ante la ventanilla.

Una mujer. Una melena rubia, casi blanca.

—¿Claude…?

No era Claude. Simplemente, una desconocida. Miró alrededor, temiendo haberse equivocado de coche.

La otra habló precipitadamente:

—Por favor, suba de prisa. No conviene que nos vean juntas.

Recordó la frase de Pietro por la mañana: «No conviene que nos vean juntos.»

La vida estaba convirtiéndose en un angustioso folletín.

—¿Quién es usted…? No la conozco. No pienso subir.

—Sólo deseo hablarle, en algún lugar discreto, lejos de la curiosidad ajena.

Negó Fani con la cabeza.

—No iré. ¿Por qué YO precisamente?

—Porque es usted Estefanía Navarro. Y tengo algo que decirle. Soy la madre de Anick.

—¡La madre de Anick!

Su terror se calmó casi en el acto. No se trataba de Raúl… Ni siquiera de Claude…

Simplemente, de Oriana Campi, la madre de su discípula. La ex esposa de Laurent de Vindry.

—No puedo hablar con usted. Lo siento. Me han dado órdenes estrictas.

—Lo sé y no deseo perjudicarla. Si insisto es porque para mí es cuestión de vida o muerte. Decídase a subir. ¿Qué puede perjudicar a nadie el que me escuche? La niña no está aquí.

«¡La madre de Anick!», se repitió interiormente. En nada se parecía a la imagen que forjara de ella: una mujer fascinadora, exquisitamente vestida, peligrosamente coqueta…; una artista extravagante, dominadora y triunfal.

La realidad le presentaba a una joven increíblemente delgada, envuelta en una usada gabardina, con el rubio cabello sujeto por un gorro de punto. No iba maquillada y sus labios, pálidos y bien dibujados, apenas destacaban en el rostro exangüe.

Fueron sus ojos, enormes, tristes y húmedos de lágrimas, los que la hicieron decidirse. En lugar de alejarse, como su sentido común le indicaba, abrió la portezuela y se dejó caer al lado de la conductora.

—Bien, aquí estoy. No podré entretenerme mucho. Estoy citada con unos amigos.

«Con tu futura sustituta en el corazón de Laurent», añadió para sí. Pero, naturalmente, se limitó a preguntar adónde iban.

—Hacia el parque de La Grange. Está cerca y nunca hay demasiada gente.

En el interior del coche olía débilmente a lilas y, no atre viéndose a mirarla a la cara mientras conducía en silencio, Fani contempló las delgadas y bellas manos que asían el volante, unas manos con uñas bien cuidadas pero sin pintar.

—Tenía miedo de que mi carta se hubiese extraviado. No quería enviarla por correo y preferí que alguien se la dejara en el parabrisas de su coche. Anick me había dicho: «Fani tiene cara de buena. Te escuchará.»

No podía explicarle que con su carta anónima casi la había matado del susto. Porque no podía tampoco explicarle que la profesora de su hija vivía rodeada de intrigas.

—¿Anick sabía que íbamos a encontrarnos?

Asintió.

—Anick y yo hablamos todos los días. Aunque sólo sea por teléfono. Nada en el mundo puede separar a una madre y a una hija que se adoran.

Desde el muelle de Eaux Vives se distinguía ya el verde césped del parque y se respiraba el fuerte olor a rosas proveniente de la rosaleda. Las rosas de septiembre…

Oriana aparcó en un sendero solitario y se volvió hacia ella. La miró un rato en silencio y pensó en alta voz:

—Creo que la niña no se ha equivocado. Usted debe de ser una mujer buena y sensible.

—Sólo hace cuarenta y ocho horas que la niña me conoce. No puede saber nada de mí.

—Anick es una niña tremendamente precoz. La vida la está haciendo madurar antes de tiempo. ¿Quiere que bajemos a ver las rosas?

—No me moveré del coche, madame… —iba a decir «de Vindry», pero se contuvo a tiempo—:…madame Campi. No sé si se da cuenta de que, por haber aceptado el subir a su coche, estoy jugándome mi puesto. Cometo una deslealtad con la persona que me emplea, y crea que me siento incómoda.

Oriana dio un profundo suspiro, contemplándose las manos, desmayadas sobre su falda.

—Lo entiendo —dijo con voz suave—. Laurent pone a todo el mundo en guardia contra mí. El caudal de su odio es inagotable.

Hubo un silencio, y el olor de las rosas se hizo aún más intenso. Una rama cargada de flores rojas rozaba el parabrisas, agitada por el viento.

—Llevamos más de tres años viviendo en esta horrible tensión.

Fani trató de recordar lo que aquellos últimos tres años le habían traído a ella. El final de sus estudios, su empleo en la Financiera, la muerte de la abuela… Y Raúl.

—Supongo que es usted soltera, mademoiselle Navarro. Es aún muy joven.

—Soy soltera. Pero no tan joven.

—De cualquier modo, puede suponer el tormento que constituye para una madre no poder ver nunca a su hija, tener que comunicarse con ella secretamente, como si cometiera un pecado.

«Puedo suponerlo —pensó Fani—. Sé lo que debe de sentir una mujer al tener a un hijito en sus brazos. Y sé también que usted debió de pensar en eso antes de hacer… lo que fuera… a Laurent de Vindry. A su marido…» Porque, indudablemente, habíale herido de una manera cruel. Era preciso pensar también en las heridas ajenas y no solamente quejarse de las propias. Deseó poder terminar la entrevista en seguida, consciente de que, en cierto modo, estaba faltando a lo pactado con el padre de Anick. ¿Y si Antonio había tenido la curiosidad de fisgonear la carta y le había ido con el cuento a su patrón? Le costaba trabajo creer aquello de Antonio, pero la duda la atormentaba.

—Usted apenas sabe nada de mí, y seguramente ya me ha juzgado culpable.

Alzó la cabeza y miró a Fani a la cara. Tenía los más hermosos ojos del mundo, pensó Fani vagamente. Unos ojos increíbles, de tono cambiante y de largas pestañas bordeando los rasgados párpados. Con semejantes ojos, una mujer tenía siempre que ser atractiva. Aunque no tuviese ninguna otra belleza. Y no era ése el caso de Oriana Campi.

—… Sin saber cómo había ocurrido, me encontré envuelta de pronto en una red de intrigas. Sabía que Laurent era un hombre celoso y que mi profesión de bailarina mantenía esos celos en carne viva. Pero, por otra parte, Laurent nunca me pidió que abandonara mi arte. Por el contrario, lo adoraba.

Era mi admirador más ferviente. Solía decirme siempre: «Eres la primera, la más grande que ha habido nunca.» Me seguía por todos lados, cuando le era posible. Sin embargo, durante mi embarazo de Anick dejé de bailar y continué siendo dichosa. Vivíamos en la montaña, en Crans, y fue la mejor época de todas. Cuando la niña nació, fue el propio Laurent quien me aconsejó que continuara bailando. Era un hombre maravillosamente comprensivo. Él sabía que yo había vivido para la danza desde mis siete años. Firmé un nuevo contrato y me marché a Rusia por tres semanas. No

sé lo que pudo ocurrir para transformar a Laurent en una fiera. Entre él y sus abogados me cubrieron de ignominias. Me inventaron calumnias… y me privaron de mi hijita. Nunca más regresé a casa… y nunca más volví a estar en los brazos de mi marido. Lo perdí todo.

Sin saber qué decir, Fani continuó mirando los rosales. Había flores de todos los tonos: rojo coral, granate, pálidas rosas de té… La mujer que estaba a su lado no podía disfrutar de tanta belleza. No lloraba, pero su cuerpo sufría sacudidas nerviosas, como si estuviese llorando por dentro, sin lágrimas.

—Siento cuanto le ocurre, madame Campi… —habló por romper la dramática narración—. Quisiera hacer algo por usted, pero no me es posible. ¿Qué podría hacer yo…? Soy una extraña para la familia Vindry. Una recién llegada.

—Necesito hablar detenidamente con Anick para saber a qué atenerme sobre los proyectos de su padre. A partir de mi divorcio, he despreciado buenos contratos, he desatendido mi carrera por estar siempre cerca de Suiza, cerca de Anick. Por poder verla, aunque fuese de lejos. El año pasado me sobrevino la última catástrofe. Me rompí un tendón de la pierna derecha y tuve que ser operada. —Bajó la cabeza con pesadumbre y pareció como si apretara los dientes para poder decirlo todo—. Fui operada… y la operación no resultó. Marché a Estados Unidos a ponerme en manos de un cirujano de quien me habían hablado mucho… —Dio un suspiro doloroso, profundo, en el que iba incluida una terrible desesperación—. Bueno…, al menos no me quedé coja…, pero nunca volveré a bailar.

Fani se estremeció, comprendiendo el terrible alcance de aquello que trataba de comentar con relativa ligereza. Oriana Campi no volvería a bailar. Para ella supondría el fin de todo. El fin de lo que había amado más que a sí misma.

—¿Lo sabe Anick? —preguntó en voz baja.

Y ella negó, agitando la rubia melena, fina y dorada.

—Anick cree que no bailo ahora por no separarme de ella. ¡Por no separarme…! Como si pudiéramos estar juntas…

—¿Y… monsieur De Vindry…?

—Lo ignoro. Supongo que me habrá borrado de su cerebro y no se preocupará ni poco ni mucho por lo que yo haga.

Fani se dijo que aquello no era del todo cierto. Estaba segura de que, a causa de su rencor, Laurent de Vindry pensaba en ella de una manera excesiva. Pero no dijo nada.

Oriana se llevó la mano a las sienes, como si tratara de ordenar el exceso de pensamientos.

—No tengo mucho dinero, pero he tratado de superar el naufragio de mi vida organizándome un modo de vivir aquí en Ginebra. Con la ayuda de una antigua profesora, estoy instalando en Montreux una academia de *ballet*. De este modo, no me alejaría de la niña y podríamos estar en contacto. Pero de pronto me he enterado de que su padre va a llevársela a México ¡durante cinco años…! No puedo soportarlo. Gastaré el dinero que me queda en pagar un buen abogado para que la brutal sentencia que me fuera impuesta sea revocada y yo pueda vivir con mi hija, al menos, seis meses al año. No permitiré que se la lleve. —Había comenzado a llorar. Avergonzada de su debilidad, se secó los ojos infantilmente, con la manga de la gabardina—. Aún no sé cómo se desencadenó todo este horrible caos sobre mi cabeza. Odio hablar de ello, pero puesto que la he atraído a usted a esta penosa trampa, me creo obligada a decirle algo.

Fani hizo un leve gesto, intentando hacerla callar. Oriana desvió la mirada hacia fuera.

—Ocurrió hace tres años, poco antes de Navidad. Yo actuaba en Nueva York y contaba los días que faltaban para poder reunirme con los míos. Por aquella época entró en mi vida Willy Gray.

Por fin el nombre que sin duda destrozara la existencia de Laurent de Vindry, de Anick… y de la propia Oriana. Fani imaginaba que algún día oiría pronunciar el nombre temido, y al fin el momento llegaba, antes de lo que supusiera. Un nombre corto y tajante: Willy Gray. Tenía la impresión de haber oído aquel nombre en alguna parte. Oriana aclaró la duda:

—Willy Gray es un artista genial, un compositor de gran renombre. El propio Laurent le conocía y le admiraba profundamente. En un principio nos unió a los tres una gran amistad. Willy acompañó a nuestro *ballet* en diversas ocasiones, y el trato continuo dejó paso a una gran confianza.

Jamás se me ocurrió pensar en Willy de otro modo que como un gran camarada. Es americano y sus genialidades le han dado fama de excéntrico. Pero tiene un alma limpia y buena. Ignoro quién pudo escribir aquel horrible anónimo a mi marido. Ahora, al cabo del tiempo, me pregunto cómo pudo dar crédito a tantas infamias e insensateces. Laurent «nos pilló» una noche en mi cuarto del hotel. Simplemente estábamos estudiando un *ballet* que Willy escribía para mí. El exceso de camaradería me hizo sin duda ser imprudente, despreciando la maledicencia. No se me ocurrió pensar que nuestra amistad fuera mal interpretada. —Como si de pronto le doliera la cabeza, se quitó el gorro de punto, dejando en libertad su hermoso cabello. Una suave melena, que en sí sola constituía otra belleza—. Se me inventaron infames aventuras y se me cubrió de lodo de pies a cabeza. Cegado por los celos, Laurent dio crédito a mis enemigos. El resto ya lo sabe usted. Se divorció de mí y los abogados se las arreglaron para que perdiera el derecho de ver a mi hija… Así empezaron mis tres años de calvario. —Y con un doloroso susurro agregó—: Y ahora… ni siquiera puedo bailar.

—Lo siento. —Fani tosió para aclarar la voz—. Seguramente también monsieur de Vindry se sentiría muy herido. Debe usted pensar en eso… para no odiarle. No me cuesta ningún trabajo creer que a veces las evidencias más injustas se acumulan sobre una cabeza inocente… Pero, a pesar de ello, no puedo proporcionarle una entrevista con Anick. ¿Por qué no busca otro sistema de comunicación en el cual yo no intervenga…?

—¿Cree que no lo he intentado? Hasta las monjas del nuevo colegio han recibido serias instrucciones. La pobre niña ha aprendido a ser astuta. Me telefonea desde las tiendas, desde las cabinas de las calles… —Sus ojos brillaron por primera vez—. Me quiere mucho, ¿sabe? Nuestro divorcio le destrozó el corazón. Su padre se vio obligado a internarla en una clínica, en aquella época cruel. Dejó de comer…, de dormir…, de hablar…

A pesar suyo, Fani no pudo dejar de pensar: «¡Pobre Laurent, con la niña enferma y con su corazón sangrando…!» E imaginó los odiosos comentarios de Leontine, hundiendo más y más el cuchillo en la herida: «Esa libertina no debe volver a pisar tu casa… Una artista sin moral…»

Y como el clamor de las injusticias de la vida se mezclaban en su cabeza, creyó oír la voz de los policías interrogándola: «Señorita Navarro, ¿qué sabe usted de esos millones que Raúl Velázquez se ha llevado…?»

Impulsivamente puso la mano sobre el brazo de Oriana.

—Créame que quisiera ayudarla, pero no puedo. Y créame que desearía ver más feliz a Anick.

—No me dé ahora una contestación. Lo que le pido es, simplemente, una hora con Anick, para ir a casa de mi abogado. Piénselo un poco y hable con la niña. Quizás ella logre convencerla a usted. Es natural que usted trate de defender su empleo.

—No estoy defendiendo mi empleo, sino unas nociones de lealtad. Prometí una cosa y debo cumplirla.

—Nos veremos de nuevo. Y no tema. Seré discreta, para no perjudicarla. —Viendo que Fani consultaba nerviosamente su reloj, se inclinó sobre ella para abrirle la portezuela de aquel lado—. Le devuelvo su libertad. Y perdóneme por haberla aburrido con mis penas. A veces no nos queda otro recurso que el de ser egoístas.

Fani vaciló y al fin bajó del coche y le tendió la mano.

—Adiós…, señora Campi.

—Espere. —Le tendió un papel con unos renglones escritos—. Ésta es mi dirección y mi teléfono. Guárdelos bien, se lo ruego.

No se atrevió a rechazarlo. Sintió deseos de decirle que lamentaba el haberla conocido en aquellas circunstancias. En otra situación, hubieran podido ser amigas. Había algo en Oriana Campi que le gustaba mucho. Su ardiente vehemencia, su capacidad de amar, su valor ante el desastre. Pero no quiso decir nada y se limitó a atravesar la rosaleda, con la sensación de que le hubiese gustado preguntar a Oriana algo importante… No podía precisar el qué.

Solamente cuando se encontró de nuevo entre la marea de gente, en busca de Pietro y de Andrée, cayó en la cuenta de cuál era el interrogante que la inquietaba. La pregunta que debiera haber hecho y que le quemaba los labios: «¿Qué fue de Willy Gray…?»

XII

Por obra y gracia de Pietro, la viudita Dupin tenía los ojos alegres durante el camino de regreso y había perdido parte de su timidez. Pietro habíala ayudado en sus compras, y los paquetes apilados en el asiento trasero ocupaban un gran espacio. Fani se enfrentó con la mirada burlona de él, que la supusiera entretenida con una aventura sentimental.

Al llegar a casa, Lisette le anunció que había tenido una llamada de Barcelona. Su hermano Juan. Quería saber si había llegado bien. Volvería a llamar más tarde.

Sintió un grato calor en el corazón. No estaba sola. Existía Juan… y existía España. Pertenecía a algún lugar.

Al colgar su ropa en el armario, el abrigo de pantera destacó su presencia. Y evocó el rostro fatigado y agresivo de Carlos Fontana. Le irritaba el que no hubiese llamado. ¿O lo habría hecho? Desde abajo, Lisette no oiría las llamadas en aquel aparato del dormitorio.

Impulsivamente marcó el número del hotel. Carlos seguía ausente. Irritada, colgó el auricular, empezando a sentir un absurdo odio hacia él.

¿Y si le hubiera mentido, urdiendo aquella patraña de la esposa demente, del castillo vendido y del pasaporte falso…? ¿Por qué se había sentido inclinada a creerle a él y a dudar de Claude…? ¿Simplemente porque emanaba de Carlos una energía arrolladora, una masculinidad que se imponía…? Era difícil sustraerse al relampagueo de las pupilas doradas, dominantes, insistentes. A la fuerza de su mano electrizante cuando la sujetaba por un brazo.

«Absurdo…», pensó. Jamás habíale ocurrido una cosa semejante, una impresión tan anonadadora e insistente como la que le dejara el «monstruo» de Claude. ¿Y si ella tenía razón y era, en efecto, un monstruo que la

perseguía con fines criminales…? El miedo de Claude hacia su «monstruo» no era normal.

Odiando repentinamente a Carlos, fue a dar la clase de español. Resultó una clase muy agradable, porque Anick tenía mucho que hacerse perdonar tras la escena nocturna, a la que no hizo mención. Y por la entrevista de Fani con su madre, de la que al parecer estaba enterada.

Mientras Fani miraba a través de la ventana, dándole tiempo para que hiciera una traducción, volvió la cabeza y se encontró con la mirada de la niña.

—¿Por qué me miras tanto? Será mejor que mires tu cuaderno.

—Estaba preguntándome a mí misma si usted sería buena.

—¿Lo dudas de repente…?

—Su rostro expresa bondad. Pero, muchas veces, las caras mienten.

—Cuando llegues a una conclusión definitiva sobre mis cualidades morales, me avisas —bromeó Fani.

Y Anick sostuvo su mirada y respondió seriamente:

—Puede estar segura de ello. Se lo diré.

Laurent entró a darles las buenas noches mientras ambas cenaban en el confortable saloncito de Anick, con sus sillones floreados y las lámparas con pantallas color de rosa iluminando el bello entelado de las paredes. Una habitación encantadora, donde cualquier otra niña hubiera podido ser feliz. Pero no Anick.

Al dar la mano a Laurent, según la costumbre extranjera de darse la mano repetidas veces al día, se sintió enrojecer como culpable de un delito vergonzoso: el de haber sostenido una entrevista secreta con la ex madame de Vindry.

Respondió con una sonrisa afirmativa a su pregunta de si empezaba ya a encontrarse a gusto en Ginebra. Habló en español y le felicitó por su buen acento.

—Este próximo fin de semana tendrá que soportarme también como alumno. Aprovecharemos para subir a nuestra casa de Crans sur Sierre. Nos saturaremos de oxígeno.

Anick pareció contenta.

—Aún no habrá nieve en Crans, pero quizá la encontremos si subimos más arriba —comentó—. Creo que mi equipo de esquí se hallará en buen estado y no se me habrá quedado demasiado pequeño. Me parece que este verano he crecido bastante. Usted, mademoiselle, podrá elegir equipo a su gusto. Allí hay muchos, y alguno le servirá.

Laurent vestía de esmoquin. Pensaba llevar a Andrée y a Leontine al casino de Evian. Con su pipa en la mano y su sonrisa cortés, era la perfecta imagen del financiero bien acomodado que no tuviera en la vida otras preocupaciones que las derivadas de su trabajo.

Durante unos segundos y por solidaridad femenina, irritada por el silencio de Carlos Fontana, Fani le miró con un poco de rencor, acordándose de la rubia Oriana luchando con uñas y dientes por su hija. La sensación pasó rápida, dejando el sitio a otra más agradable. Se acercó para besar a Anick, y percibió en Laurent su buen aroma a hombre caro, de perfecto producto del refinamiento y del lujo.

Viendo que Anick se quedaba contenta con el proyectado fin de semana, se retiró, con su aureola de generoso padre de familia. Fani imaginó los estragos que causaría aquella noche en el corazoncito simple de la viuda Dupin. Con seguridad, Leontine, absorta en su ruleta, dejaría que la pareja gozase de plena libertad.

Le hubiese gustado saber qué vestido llevaría la rellenita Andrée, y, como Anick expresase idéntica curiosidad, ambas se asomaron a la ventana para verlos subir al coche. También iba Pietro en el grupo, muy guapo, con su esmoquin de fantasía. Andrée lucía un vestido blanco bajo su chaqueta de visón, y desde allí oyeron su risa alegre. La desaparición del pobre monsieur Dupin no había conseguido quitarle su alegría de vivir. Madame Leontine vestía de malva, con una capa de terciopelo más oscura.

—Parecen princesas… —comentó Anick al volver a la mesa—. Pero mamá es mucho más guapa —concluyó inesperadamente, con gesto de mal humor.

Y, dando por concluida la cena, dijo que deseaba acostarse.

Fani regresó a su cuarto, sintiéndose también fatigada. Había estado el día entero fuera de casa. Pero necesitaba un buen lavado de cabeza, y la servicial Lisette le ofreció su secador del cabello.

Mientras usaba el secador, con la cabeza llena de rulos, llegó la conferencia de Juan. Tuvo que bajar al vestíbulo, puesto que la llamada había sido hecha al número general de los Vindry. Sería horrible que alguien llegara y la encontrara de aquella guisa tan poco favorecedora. La voz de Juan sonó intranquila:

—¿Te ocurre algo malo, Fani…?

—¿Por qué había de ocurrirme algo malo…? —respondió, contenta de oír su voz—. ¿Es que siempre van a ocurrirme cosas desagradables…?

—Eso es lo que yo quisiera saber, nena. Vino a visitarme esta mañana un investigador privado, que se interesaba por tu compañera de viaje, la «pantera rubia».

Fani se atragantó:

—¿Un… investigador privado?

—Ya lo has oído. ¿Le pasaba algo raro a tu compañera…? No he conseguido sacar nada en limpio.

Fani sacó fuerzas de flaqueza para hablar con naturalidad. No deseaba preocupar aún más a Juan. Ni a nadie. Casi deseaba que la dejasen morir en paz en algún rincón de Suiza.

—Se trata de un asunto personal. Está casada y al parecer a su marido no le ha gustado que se viniera para acá sin avisarle. No es asunto que nos incumba.

—Sigues predestinada a las complicaciones, no cabe duda. Al menos, ¿estás contenta en tu empleo? ¿Es gente simpática?

Le aseguró que sí y que, hasta el momento, nadie había puesto una bomba bajo su cama ni nada por el estilo.

—¿En serio no te pasa nada?

Recordó la anónima llamada telefónica. La voz que la llamaba «Fani-Fani, nombre de gato». Recordó a Carlos Fontana. A la extraña Claude. A Oriana Campi y sus lágrimas…

—Nada. Absolutamente nada. Todo marcha sobre ruedas.

«Sobre unas ruedas un tanto extrañas», pensó. Unas ruedas desiguales que hacían cojear al vehículo.

Después de enviarle muchos abrazos y nuevas recomendaciones, Juan cortó la comunicación, y allá se quedaron Carlos y su pisito de la calle

Muntaner de Barcelona; su mujer, Lolita, licenciada en sociología; su perro *Pluto*, y su canario *Pepito*. Y allá quedó España, con su Financiera, su «Piso Tremendo» y sus problemas.

En el cuarto de Ginebra, con las cortinas de flores azules, Fani volvió a poner el secador en marcha, con la cabeza llena de rulos y de amargos presentimientos.

¿Un investigador privado…? ¿Por cuenta de quién…?

No tenía que dudarlo. Por cuenta de Carlos Fontana. Habíale faltado tiempo para telefonear a Barcelona y dar el nombre y las señas de la casa de las personas que ayudaron a Claude a escapar.

Suponiendo que se tratase en efecto de un investigador privado y no de un compinche cualquiera del «monstruo» de Claude.

En aquel momento sintió un tremendo antagonismo hacia Carlos, que se atrevía a revolver en su vida sin pedirle permiso. ¿De qué cosas se habría enterado su espía en Barcelona? No quería pensarlo.

¿Dónde estaría Fontana en aquel momento? ¿Por qué no llamaba?

Se lo imaginó cenando solitario en cualquier restaurante escondido. O paseando bajo la luz de las estrellas. O en un bar elegante, intentando la conquista de alguna mujer atractiva.

Era demasiado joven, demasiado viril para llevar una vida de asceta. ¿Habría alguna mujer en su existencia? ¿Algún auténtico amor que le consolara del desvío de Claude?

Lanzando un «¡Uf!» de cansancio, se dijo que no pensaría más en problemas ajenos. Demasiadas parejas desparejadas… Laurent y Oriana… Laurent y… ¿Andrée? Pietro y sus… «higos maduros»… Fani y Raúl… Carlos y… Claude. O Cécile. O como se llamase. ¡Al diablo con todos ellos!

Se empezó a quitar los rulos y a decirse que, al fin y al cabo, meterse en la cama a las nueve de la noche no sería tan mala idea.

Sonó el teléfono… Lo dejó sonar una vez…, dos veces… Tres…

Al fin, con el corazón en la boca:

—¿Quién es…?

Si alguien volvía a llamarla «Fani-Fani», caería redonda allí mismo. Sus energías y su moral estaban a cero.

—¿Fani…? Soy Carlos Fontana.

Desde luego, jamás hubiera confundido aquella voz con la de ningún otro. Era una voz profunda, llena de matices. Podría haber hecho fortuna en los doblajes de películas.

Su antagonismo renació en el acto.

—Buenas noches —saludó secamente.

—¿Fue usted quien me telefoneó esta tarde?

—Yo misma. Tenía impaciencia por saber lo que ocurría… y usted se olvidó de llamar.

—No me olvidé. Llamé dos veces, pero nadie respondió al teléfono.

Menos mal. Había llamado. Pero el antagonismo continuaba latente.

—Lamento decirle que todo sigue igual —explicó Carlos—. No puedo darle ninguna buena noticia.

—Me extrañaría mucho que alguien me las diera… —pensó en voz alta —. ¿No tiene idea del paradero de su…, de… de Claude…?

La voz que a pesar suyo le gustaba tanto, respondió, tras ligera vacilación:

—Ninguna en absoluto.

—Pues yo tengo algunas novedades que darle. Esta mañana, un investigador privado se presentó en casa de Juan.

—¿Quién es Juan?

—De sobra lo sabe. Mi hermano Juan. El de la calle Muntaner de Barcelona, donde usted se apresuró a enviar a uno de sus sabuesos.

Siguió otro corto silencio, y al fin:

—No creo que su hermano lo haya tomado a mal. Es perfectamente lógico que intentara enterarme de qué clase de personas habían ayudado a Cécile a huir.

—¿Persiste usted en la idea de que la ayudamos a huir?

—En cierto modo, es exacto.

—¡Vaya…! Es lo que me faltaba… Yo no podía imaginar que aquella chica elegante usase un pasaporte falso, ni mucho menos que fuera una loca peligrosa… como usted pretende… No crea que estoy muy de acuerdo con la folletinesca historia que usted inventó. La esposa loca…, el castillo abandonado… ¿Por qué tengo que creerle…? Vamos…, conteste. ¿Por qué

tengo que creerle…? —Y viendo que no respondía, le acosó—: Conteste… Oiga… ¿Está usted todavía ahí…?

—Aquí estoy…, esperando que a usted se le pase el arrebato.

Fani se sintió enrojecer.

—Sólo quiero añadir una cosa: sospeche de mí cuanto desee, pero no moleste a mi hermano.

—Un momento… No cuelgue. Dígame si no apareció nadie a reclamar el abrigo.

—Nadie. Y no espere que se lo dé a usted. Ese abrigo es de Claude. Cualquier mujer, por desatornillada que esté, adora su abrigo de pantera. Acabará por venir a buscarlo.

Oyó una risa amarga.

—Usted no conoce a Cécile.

—En efecto. Sólo conozco a Claude.

—Ella ya no recordará ni que un día tuvo tal abrigo. —Cambiando de tono, añadió con amabilidad—: Acláreme una cosa: ¿por qué se muestra tan hostil conmigo?

Fani tartamudeó, queriendo decir muchas cosas a la vez:

—Porque ha estado usted rebuscando cosas malas en mi vida… Porque ha alarmado a mi hermano. Porque de pronto he pensado que no existe razón para que crea su historia. Una mujer puede tener infinitas razones para huir de un hombre. Por ejemplo, de un mal marido que la quiere hacer pasar por loca para apoderarse de su herencia.

El silencio se prolongó tanto, que esta vez temió seriamente que Carlos se hubiera ido. Al fin habló fríamente:

—Es una buena sugerencia. Se han escrito infinidad de libros sobre ese tema. ¿Se le ocurre alguna otra idea feliz…?

—Sí… —Tuvo un escalofrío de temor antes de decidirse a confesar aquello—. La venta del *cháteau* de Dieudonné debe de haber proporcionado muchos millones a sus propietarios. ¿Cómo se ha podido realizar la operación sin la firma y sin el conocimiento de Claude…?

Ya estaba dicho. Esperaba oír una exclamación de furia, pero no oyó nada. Al fin volvió a hablar Carlos, con voz tranquila:

—Es usted muy astuta. Lamento no poder discutirlo esta noche. He pasado un día muy fatigoso y ni siquiera he cenado aún. Tengo un gran dolor de cabeza.

—¿Por qué no se prepara una tortillita de aspirinas? Le sentará bien.

—No se preocupe. Me gusta sufrir.

—¿Telefoneará mañana…? —preguntó, furiosa de haberlo hecho.

Pareció que él reía. ¿O se lo había imaginado?

—No —dijo secamente.

—¿No… llamará…?

—Iré a verla.

—¡No se le ocurrirá hacer tal cosa!

—Ya se me ha ocurrido. Hasta mañana.

Y al cortar la comunicación, Fani tuvo la impresión de que la luz de la habitación había disminuido y se metió en la cama temblando.

Al cabo de un rato sacó la mano de entre las sábanas y dejó descolgado el auricular.

XIII

Había un quiosco de periódicos en la esquina de la plaza, y Fani sintió deseos de comprar algún diario español. Los había visto expuestos el día anterior.

Consiguió uno, y siguió andando en dirección al lago. Hacía una mañana de radiante sol, y se detuvo ante el embarcadero, preguntándose a sí misma si se decidiría a tomar uno de aquellos barcos que lo recorrían y hacían paradas en muchos pueblos. Se había levantado temprano para despedir a Anick. Pero Anick no le había prestado mucha atención, arrastrando aún su mal humor de la víspera. Decepcionada, regresó a su cuarto y decidió salir a dar un paseo. Madame Leontine le envió recado con Lisette de que deseaba hablarle.

Se sobresaltó. Le estaba resultando demasiado fácil el sobresaltarse. Era como un horrible tic nervioso.

—¿Qué me querrá? —preguntó a Lisette.

Y ésta alzó los ojos al cielo y se encogió levemente de hombros.

—Dar la lata. Es su especialidad.

Fani golpeó con los nudillos la puerta del cuarto de Leontine. Sentía la conciencia intranquila tras su entrevista con Oriana Campi y temía que madame la hubiera descubierto.

—Adelante.

Madame Leontine estaba en su gabinete. Era sin duda alguna la habitación más bonita de la casa. Tenía una rotonda de cristales, a través de la cual se veían las lejanas montañas. Los muebles laqueados en tono claro y las tapicerías rosa y oro ponían de relieve los numerosos objetos artísticos esparcidos por todas las superficies. Figuritas de Sévres, espejos de todos los tamaños, fotografías enmarcadas en oro y pedrería…

Fani pensó: «Un objeto más y el escenario se derrumbará por exceso de peso.» Con gran cuidado pisó las mullidas alfombras y saludó a la dama, que vestía una pesada bata de brocado, estilo árabe. Llevaba el cabello sujeto por una redecilla y la cara reluciente tras el masaje. La manicura se ocupaba de una de sus manos, mientras la otra se bañaba en un cuenco de agua tibia.

—Buenos días, mademoiselle Navarro.

—Buenos días, madame.

El tono de voz no era más frío ni menos amable que el de otras veces. Fani respiró un poco. Solamente un poco.

—¿Deseaba hablarme?

Sobre una consola descansaba el retrato de un hombre de espesos bigotes y mirada severa. ¿El difunto marido de Leontine?

—Siéntese un momento… si es que encuentra un sitio libre entre este desorden. No consigo que Lisette tenga mi gabinete medianamente presentable. Pero, claro está, yo soy el último personaje de esta casa.

Fani se limitó a callar y a desalojar dos vestidos, tres revistas y un chal de encima de un sillón, y a continuación se sentó en el borde, dispuesta a alzar el vuelo en la primera oportunidad.

—Deseaba hablar con usted, ya que tenemos tan pocas ocasiones de hacerlo a solas —explicó la señora—. Tengo entendido que suele dar grandes paseos todas las mañanas.

—Monsieur De Vindry me dijo que podría disponer de mis horas libres —repitió una vez más.

—Por supuesto, por supuesto. Y, naturalmente, usted aprovecha para conocer Ginebra. Es natural. Éste es su primer viaje aquí.

—El primero —corroboró por centésima vez.

Leontine lanzó una risita.

—Confío en que nos encuentre a su gusto. Ginebra es una ciudad agradable, aunque personalmente prefiero Zurich. Residí allí muchos años, con mi esposo, en los buenos tiempos… —Lanzó un suspiro capaz de enternecer a un tigre, pero la manicura continuó impertérrita su labor, y Fani volvió a posar los ojos en la fotografía del difunto—. Yo soy oriunda de aquel cantón. Mi hermano es ginebrino. Prefiere la «Romande» al resto

del país. Se educó en París, y ya es sabido que Ginebra recibe mucha influencia francesa. —Tras aquella lección de geografía política, se sopló una uña recién pintada y la miró con gran interés—. No acaba de gustarme este tono tan oscuro, madame Petit. Las innovaciones me producen incomodidad. Quítelo y póngame el color de siempre… Mi intención era únicamente preguntarle si se encuentra a gusto en casa, o si hay algo que no le agrade.

—Todo me gusta, madame. Le agradezco su interés. Estoy bien instalada, y creo que Anick empieza a encontrar agradables mis clases. Este fin de semana las intensificaremos. Tengo entendido que también monsieur Laurent piensa compartirlas.

—*Tiens!* —Volvió a soplar la uña con el nuevo color—. Me parece que mi hermano se ha tomado por fin en serio lo de su instalación en México. Para la niña supondrá un feliz cambio. Aquí les acechan a los dos muchos fantasmas. Cuando regresen, Anick será una mujercita. El hogar estará esperándoles, porque yo, sacrificándome como siempre, habré quedado aquí en vigilia permanente. No quiero fatigarla con nuestros íntimos problemas…

«No tan íntimos», pensó Fani, aburrida. Tenía la impresión de que los «íntimos problemas de los Vindry» los conocía hasta el repartidor de la leche. Pero calló, y vio entrar a Lisette empujando el carrito con el desayuno. Un servicio primoroso, en el que no faltaba ni la flor en su búcaro ni el periódico matinal. Leontine resistiría muy bien la ausencia de su hermano y de su sobrina residiendo en aquella magnífica casa con todos los gastos pagados y, encima, atendida por un *cavalier servant* tan agradable como Pietro.

Mientras Lisette vertía el café en una taza de porcelana china, Leontine se decidió al fin a soltar el zarpazo:

—Tengo entendido que ayer dio usted un pasco muy agradable.

Se había enterado. Desde el primer momento estaba al tanto de su entrevista con Oriana y había jugado con ella como un gato con el ratón. Fani notó que las mejillas le ardían.

—¿O no le resultó agradable…? —insistió la otra.

Fani echó mano de una pequeña astucia.

—Agradabilísimo. Madame Dupin es una persona encantadora.

Leontine rió suavemente.

—No me refería a su paseo de la tarde, sino al de la mañana, CON MI SECRETARIO .

Por fin llegaban al nudo del problema. Los espías subidos en los árboles, según frase de Pietro, habían informado a la señora de su agradable escapada. Leontine estaba celosa de su secretario. Tenía razón Pietro al decir que madame caería en sus brazos como un higo maduro.

Fani apretó los labios y respiró más tranquila.

—Encontré a monseur Vergani por casualidad, y fue tan amable que se brindó a mostrarme algo de la ciudad.

—¡Oh! Ésa es la especialidad de Pietro: ser amable con las mujeres. Tenga cuidado, mademoiselle Navarro. Está usted muy sola en Suiza y necesita protección. Yo me ocuparé de usted.

—Gracias, madame.

—Por lo pronto, le pediré que amadrine a uno de mis protegidos en nuestra próxima reunión de la R. A. P. (Recuperación de Almas Perdidas). Soy la presidenta. Se trata de regenerar a nuestros pobres presos que abandonan las prisiones sin saber qué dirección tomar. Pero no se asuste. Son buenos chicos. ¡Ah! Ahí está Pietro. Buenos días, Pietro; puede pasar.

Avanzó Pietro, con su sonrisa imperturbable y un montón de cartas en la mano.

—Su correo, madame. Y su álbum de sellos. Tenemos que estudiar la última serie llegada de Madagascar. ¿Ha descansado bien, mademoiselle Fani?

Le dirigió una sonrisa especial, entre divertida y burlona.

—Pietro, coja papel y lápiz —ordenó la señora—. He decidido que uno de estos días voy a ofrecer un coctel a todas las amigas que odio.

—¡Qué divertido, madame!

—¿Verdad que sí? Ellas también suelen invitarme. Lo que temo es que no quepamos en el salón. —Se volvió hacia Fani—. No la entretengo más, mademoiselle.

Fani aprovechó la oportunidad.

—Hasta luego, madame. Creo que voy a decidirme a subir a uno de esos barcos que dan la vuelta al lago. Desde que llegué estoy deseando hacerlo —explicó, dando a entender que en su vida no había secretos.

—Perfecto… Hace un tiempo ideal. Encontrará el embarcadero cerca de la glorieta. Aproveche este delicioso otoño, antes de que llegue el frío.

Y así lo estaba haciendo, esperando junto al pequeño muelle la llegada del barco. Una fresca brisa venía del lago, y el sol aún calentaba poco. Se alegró de haberse puesto su grueso abrigo de paño crema sobre el vestido de alpaca verde claro. Metió las manos en los bolsillos y paseó al borde del agua. Otras dos personas esperaban el barco: una vieja y un niño que silbaba desaforadamente. Al cabo de diez minutos, cuando el barco se aproximaba, ya la cola había aumentado bastante. El chico continuaba silbando, y para alejarse de su sonido desafinado se instaló en la cubierta de arriba, al aire libre, en uno de los bancos de madera barnizada. El periódico, doblado sobre el asiento vacío, había dejado de interesarle, embebida con el bello paisaje, la límpida atmósfera y la alegría matinal.

—Le advertí que vendría. ¿Puedo sentarme a su lado…?

Aquella voz, que no se parecía a las demás… Aquella figura fuerte y cansada. Aquel rostro tostado, lleno de aristas y de fatiga… No llevaba la gabardina, sino un traje gris y un jersey azul claro. Y esta vez iba recién afeitado, con las gafas metidas en el bolsillo de la americana y guiñando sus extraños ojos, de infinitos colores bajo la luz del sol.

—¿Por qué se sobresalta? No crea que me halaga el darle miedo.

—No me da miedo —protestó, sin estar muy convencida de lo que decía. Y su voz le resultó parecida a la de Anick cuando trataba de defenderse de alguna cosa evidente.

—Quería hablar con usted. Lo cual es bastante extraño, teniendo en cuenta que no tengo nada que decirle.

—Si continúa apareciendo ante mí… tan inesperadamente, algún día acabaré por gritar.

—Para decir verdad, paseaba por delante de su casa y la vi salir. No paseaba casualmente, por supuesto. Me dije a mí mismo que igual daba vigilar la «Maison du Lac» que otra cualquiera por donde Cécile pudiese aparecer. Pasé el día de ayer restableciendo contactos con personas

conocidas de su padre y de ella. Nadie la ha visto. Todos ignoran su paradero.

—Pero… no puede haberse esfumado…

—Al parecer, sí ha podido. El conserje del hotel donde ustedes hicieron noche ha confirmado su historia: que Cécile salió muy temprano en el coche, dejando una carta para la otra señorita.

—… la cual no pareció muy contenta de encontrarse a pie…, ¿no es eso…? —Y viendo que él asentía, añadió irritada—: No ha dejado ni un cabo suelto en sus indagaciones.

—Ninguno —admitió.

—No se fiaba de mí, naturalmente.

—En absoluto.

De nuevo su sinceridad la ponía furiosa.

—Y tras sus pesquisas, se pavonea creyendo que ya lo sabe todo de mi vida y que soy para usted como un libro abierto.

—No totalmente. Aún quedan pequeños rincones por ventilar.

Fani abrochó y desabrochó los gruesos botones de su abrigo, sin saber cómo descargar su malestar.

—Nadie puede saberlo todo de nadie… Ni las personas más cercanas llegan nunca a saber las razones que nos hacen reír o suspirar. —Decidiéndose a afrontar su mirada, le desafió—: Si lo sabe usted «todo», dígame cuál era el nombre de pila de mi abuela. ¿Cuál era el primer apellido de mi tío Ernesto…? ¿A qué edad hice la primera comunión…? ¿De qué murieron mis padres…?

Carlos contuvo una sonrisa y desvió sus ojos.

—Todo se andará, pequeña Fani. La llamo «pequeña» aunque sólo mide diez centímetros menos que yo, pero conserva tremendamente cercana su infancia. ¿No se lo había dicho nadie? Es esa frescura ingenua la que la hace enfadarse de esa manera absolutamente ridícula.

—¿Ridícula?

—Infantil… Pueril… Póngale el calificativo que más le agrade.

—Le pondré hipócrita…, falaz…, porque esa infantilidad es el disfraz con que me envuelvo. Si el informe que sus espías le han enviado de

Barcelona es completo, ya estará enterado de que tiene el honor de hablar con una gran estafadora internacional.

Había lágrimas en su voz y tragó saliva. No quería darle el espectáculo de su bancarrota emocional.

El barco se había puesto en marcha, con su sinfonía de gratos sonidos: crujientes maderas, cadenas arrastradas, chasquidos del agua agitada. La sirena lanzó también su pitido, como si se tratara de un gran transatlántico que fuera a llevarlos a… ¿dónde? ¿A un mundo pacífico en el que no existieran la violencia ni el dolor…?

Pareció como si él no hubiese oído su último comentario, pero al fin repuso sin mirarla:

—En la Financiera han dado excelentes informes sobre usted. No se amargue la vida inútilmente.

Abrió la boca, sorprendida.

—¿Cómo…?

—¿Qué pensaba que iban a decir?

—Que mi complicidad no había podido ser comprobada y que ahora me había venido a Suiza a disfrutar con Raúl de los millones robados.

El nombre se le había escapado sin querer. Carlos Fontana lo dejó pasar sin comentarios. La miró fijamente otra vez, en silencio, con mal disimulada curiosidad.

—¿No dice nada? —se exasperó ella al no recibir respuesta.

—Digo otra vez que en la Financiera dieron buenos informes suyos. ¿Qué otra cosa quiere que añada? ¿Algo halagador? ¿Algo que ponga bálsamo en su herida?

Fani se recreó en odiarle. En el fondo de aquellas pupilas extrañas no existía la menor simpatía ni la menor piedad.

—¿Por qué ha venido a buscarme? —le preguntó con desaliento.

—Quizá porque aún espero que usted me dé una pista. Que usted sepa algo que no se decide a contar.

—Pierde su tiempo. No sé nada de esa fantástica Cécile que le trae de cabeza. Empiezo a tener la sensación de que nunca la conocí y de que todo lo he soñado. Pero no crea que quiero quedarme con su abrigo. Si Claude no viene a buscarlo, se lo enviaré a la policía…, a la sección de objetos

perdidos. Los abrigos de pantera no están hechos para mí. Soy una chica sencilla, sin fortuna y sin pretensiones. O quizá sí tengo pretensiones. Pero no le diré cuáles son. Con ese informe mío que usted posee, creerá conocerme hasta la náusea.

—No opino así.

—Sin embargo, le diré una cosa. Sé el motivo por el que ha venido a buscarme esta mañana.

Él alzó la cabeza, sorprendido.

—¡Ah! ¿De veras? ¡Pues sabe ya más que yo…!

—Me busca porque se siente acorralado.

—¿Acorralado…?

—Naturalmente. Necesita averiguar hacia dónde van encaminadas mis sospechas. Y hablaré claro: no estoy segura de que no tenga usted a su insoportable Cécile secuestrada en Dieudonné.

A él se le cayó al suelo el periódico que tenía en la mano. Se agachó a recogerlo, y al alzar la cabeza su sonrisa la sorprendió.

—¿Por qué sonríe? Es usted una persona que siempre sonríe a destiempo. No hay nada gracioso en lo que le he dicho.

—En efecto, no lo hay. Pero voy a poner a prueba su valor. Y a atreverme a pedirle un favor… —Fani abrió los ojos demostrando sorpresa —. Arriésguese a acompañar a un secuestrador… o quizás a un asesino. Venga conmigo otra vez a Dieudonné.

—¿A Dieudonné…? ¿Está bromeando…?

—Quiero que me acompañe a visitarlo por dentro. No tuvo oportunidad de convencerse de que Cécile no está allí escondida… o muerta.

Fani parpadeó asustada. Lo que Carlos Fontana le ofrecía suponía un riesgo demasiado grande. Ignoraba cuáles serían sus ocultas intenciones.

Agitó la cabeza, negándose.

—Tiene un *dossier* completo de mi vida y milagros, pero yo lo ignoro todo de su persona. No conozco más que lo que ha querido decirme. ¿Por qué debo confiar?

—Porque, en el fondo, nunca ha dejado de hacerlo. Desde su primera mirada. —La voz de tonos bajos sonó cautivadora—. Confiamos el uno en el otro. ¿Para qué vamos a negar la evidencia y a mentirnos estúpidamente?

Este barco hace escala en aquel pueblecito donde tomamos café. Si bajamos allí, podemos subir a pie hasta el *Château*.

Incomprensiblemente, se sintió calmada de pronto, como si la paz del paisaje se adentrara en su corazón. Sintió que el sol calentaba y que el aire traía aromas de los bosques cercanos.

—Bueno… —suspiró, resignada—. Es usted un aguafiestas. Me las prometía felices con este paseo por el lago, y ha venido a estropearlo. Pero… ¿cómo regresaremos?

—En otro barco, si conseguimos acertar con el horario. O en autocar.

—Tengo la sensación de que suenan voces en mis oídos que me gritan: «¡No lo hagas! ¡No lo hagas! Te arriesgas demasiado…»

—En ese caso, supongo que lo hará. Bajaremos en la segunda escala.

Recostó la cabeza en el respaldo del banco y dejó que el aire y el sol azotaran sus mejillas. No dijo nada, contemplando de reojo el perfil del hombre sentado a su lado. Un perfil de facciones irregulares, que formaban un conjunto fuera de lo vulgar. Las mejillas un poco hundidas y la inquietud febril de su mirada indicaban que hacía mucho tiempo que Carlos Fontana no gozaba de un apacible descanso; que para él la vida era un perpetuo estado de alerta no siempre grato, pero cuyo reto aceptaba sin doblegar la cabeza. Comprendió que él también la estaba mirando, y no pudo evitar un desasosiego molesto que la impulsó a sacar del bolsillo las gafas de sol y a colocárselas ella también. El hecho de que Carlos estuviese en antecedentes de su desgraciada aventura con Raúl hacíala sentirse en situación de inferioridad. Su orgullo femenino no había salido muy bien parado.

A pesar de su decisión de acompañarle, titubeó cuando llegó el momento de bajar a tierra, pero él no admitió su duda y, cogiéndola con fuerza por el brazo, la hizo seguirle por la estrecha escala de madera hasta llegar a tierra.

—Bueno, ya ha estropeado mi mañana. Ahora ¿qué piensa hacer para seguírmela estropeando? —dijo, refugiándose como autodefensa en su supuesto descontento.

Sin contestar, él le indicó el camino a seguir, y, odiándose a sí misma por su falta de dignidad, le siguió, como una *squaw* india en pos de su hombre.

A la luz del sol, el paisaje visto días antes bajo la lluvia parecía distinto. Los rojos tejados de las casas brillaban al sol como manzanas maduras. El

campanario de la iglesia semejaba un lingote de plata. También el sol conseguía abrirse paso entre la espesura de los abetos, y otra vez aparecieron aquellas cabras que habían sorprendido a Fani en su primera mirada, con medio cuerpo oscuro y el otro blanco, como si lucieran blusa y falda diferentes.

—Son cabras para un *ballet* moderno —pensó. Y comprendió que lo había dicho en voz alta porque Carlos la miró sorprendido y acabó por sonreír.

—Conozco bien el camino aunque nunca he vivido en el *Château* —dijo al cabo de un rato—. Pero estos días prácticamente he acampado por estos alrededores. La agencia me dio la llave, por si quería retirar todas las cosas que hay dentro. No quiero nada. Detesto cuanto contiene… Aunque quizá no se lo crea.

Cruzaron la pradera que se extendía alrededor del edificio. Lo que en sus buenos tiempos fuera una pradera… Carlos introdujo la llave en la cerradura, y Fani retrocedió, sin atreverse a avanzar, como si de pronto se diera cuenta de todo el alcance de su decisión. Creyó oír la voz de Claude, llena de ira: «Mi marido es un monstruo.»

Y la de Carlos: «He llegado en avión, en un vuelo especial para ”monstruos”.»

No pudo resistir a la mirada invitadora y avanzó tras él por el amplio vestíbulo, sintiéndose intrusa y temblando de oscuro temor.

Trató de imaginarse a Claude subiendo por la amplia escalera que se abría formando galería en el primer piso. La idealizó alegre y joven, junto a su padre, guapo y un tanto libertino, y sentada en aquel saloncito con las paredes tapizadas de azul, desde cuyas ventanas debía de verse el lago, lejano y tranquilo. La chimenea de mármol italiano conservaba aún las brasas frías que en su momento los calentarían a ambos. Apenas quedaban unos cuantos muebles viejos y cubiertos de polvo y algunas cortinas descoloridas colgando de las ventanas.

—Las casas se llenan de rencor al verse abandonadas —murmuró Fani —. Mi abuela solía decirlo. Se vuelven hostiles y odian a su manera…

Carlos no contestó, como si el influjo de la mansión le abrumara y le dejara paralizado. Dando media vuelta, subió por la escalera. Fani le siguió,

como una víctima propicia al sacrificio. Pero el supuesto verdugo parecía haberla olvidado, y ni una sola vez miró hacia atrás para ver si le seguía.

En la galería abrió una puerta y se detuvo en el umbral.

—Éstas eran sus habitaciones —dijo.

Y Fani cayó en la cuenta de que nunca decía «mi mujer», como si el posesivo le resultase demasiado doloroso. ¿O quizá demasiado odiado?

Se trataba de un gabinete y de una alcoba amplios, emplazados en lo que desde fuera parecía un torreón. Carlos abrió los postigos de una ventana y la luz iluminó la triste ruina interior y a la vez dejó entrar todos los tonos verdes de las montañas y el aroma incomparable de la hierba fresca.

En el lugar en que estuviera la cama en otros tiempos se conservaba aún su dosel, con las cortinas de *chintz* floreado, tan sucias que apenas se distinguía el dibujo.

Carlos abrió las persianas de un gran balcón, y Fani se asomó a la pequeña terraza que formaba almenas. Casi gritó viendo que un trozo de suelo se desmoronaba bajo sus pies. Retrocedió y desde el umbral descubrió a Carlos, que había acudido al oír su grito y que la miraba pálido y sobresaltado.

—¿Se ha vuelto loca…? ¿Quién le ha dicho que saliera a la terraza…? Todo el edificio se halla en pésimo estado. El barón no se volvió a ocupar de él en los últimos años. —Con precaución salió y le tendió la mano—: Tenga cuidado. Mire dónde pisa.

La atrajo hacia sí y quedó un momento apretándola contra la pared, con la respiración agitada.

—Es usted una chica tonta —la acusó—. No me faltaba más que eso…

La ancha boca plegada nada tenía de risueña en aquel momento. La mano le aferraba el hombro con dureza, y, absurdamente, Fani sintió un grato estremecimiento. Su corazón dio un vuelco y, desasiéndose de su mano y rehuyendo sus ojos, volvió a entrar en la habitación, con la boca seca y un anhelo confuso que sacudía sus nervios.

—Siento haberle asustado… —dijo a media voz—. No creí que hubiera peligro.

—Pues lo hay. Y mucho. Salgamos de aquí.

La rápida y ardiente tensión comenzó a desvanecerse. La absurda sacudida de su corazón nada significaba, pensó Fani. Y vio cómo, al cerrar las maderas, él se inclinaba y cogía algo del suelo. Se lo mostró con desaliento.

—Cécile ha estado aquí.

Era un retrato del propio Carlos, o lo que quedaba de un retrato, acribillado a tijeretazos, arrugado y mordido.

Asintió, estremecida de horror.

—Al entrar en la habitación olí su perfume —admitió—. Debió de entrar aquí. —Y por primera vez creyó ver a Claude, como Carlos la describiera, peligrosa y demente—. Vámonos —suplicó.

Pero aún insistió él en echar una ojeada a la biblioteca del barón, con sus estanterías vacías de libros. Y otra ojeada al sótano, donde una rata hizo gritar a Fani y salir despavorida en busca del sol y del aire libre.

Iniciaron el descenso, hombro contra hombro.

—Ya se habrá convencido de que no hay ninguna secuestrada en Dieudonné.

Se detuvo a encender un cigarrillo, tras de encenderle el suyo. La voz de él aún sonaba extraña y alterada. La frase no constituía una pregunta y no esperaba respuesta. Descansaron unos segundos, en absoluto silencio. El pliegue de su boca volvía a ser severo. Las arrugas de su frente indicaban su profunda preocupación.

—Me he dado a mí mismo un plazo de ocho días para encontrarla. De lo contrario, daré parte a la policía. El descubrir su casa en ese estado y la ausencia de su padre deben de haberla trastornado totalmente. Dicen los psiquíatras que un psicópata descompensado ya no es dueño de sus actos. Tiemblo por ella.

«¿La querrá aún…?», pensó Fani con angustiosa curiosidad. Pero, naturalmente, no tuvo el mal gusto de preguntárselo y giró sobre sus talones, echando a andar por el atajo que conducía al pueblo.

—¡Mire! —advirtió él de pronto. Y señaló con el dedo hacia el lago—. Está llegando otro barco al muelle. Si corremos, aún podremos cogerlo.

La agarró de la mano y emprendieron una loca carrera, tropezando con arbustos y piedras, sin disminuir la velocidad. Fani se hubiese caído cien

veces de no impedirlo la mano que la impulsaba hacia delante. Llegaron justo a tiempo, en el instante en que el barquito dejaba oír su sirena anunciando la salida.

Volvieron a encontrarse arriba, como si nada hubiese sucedido. Pero jadeaban y se miraban riendo. Aquella carrera anunciaba el inicio de una nueva amistad.

Ahora había gente en la cubierta, aprovechándose del grato sol otoñal. Ambos recostaron la cabeza en el respaldo y quedaron embargados en sus mutuos pensamientos. Todo parecía distinto de momentos antes. Como si la vida hubiese vuelto a empezar desde un punto muerto.

—¿Cuántos años tiene…? —preguntó Fani de repente, y él abrió los ojos y la miró con sorpresa.

—¿Quién…? ¿Cécile…?

—Usted… Es decir, tú —dijo dándole con naturalidad el familiar tuteo español, que él aceptó como cosa lógica —Te miraba de reojo y me di cuenta de tus canas.

—Treinta y cinco años. Soy un viejo.

Ella rió.

—No diría yo eso después de esta loca carrera… —Y poniéndose seria, añadió—: También estaba preguntándome si tu… tu mujer no tenía parientes en algún punto de Suiza.

—No. La familia era oriunda de Bélgica. He visitado estos días a un par de amigas de Cécile. Ninguna la ha visto. Todas están al tanto de su enfermedad, y Cécile lo sabe y se guardará mucho de dejarse ver. El psicópata paranoide vive en conflicto permanente con la sociedad. No puede mantener relaciones normales con nadie. Estoy bien al tanto de todos estos detalles…

Se puso de pie y de nuevo se apoderó de Fani, haciéndola levantarse sin consultarla.

—Vamos a beber algo. Abajo hay un bar.

—¿Por qué te empeñas en mandar en mí?

Con un encogimiento de hombros echó a andar y, viendo que ella, testarudamente, no le seguía, volvió a tirar de su mano, poniendo en marcha de nuevo la cálida corriente eléctrica que la conmocionaba. Dócilmente le

siguió y, acodados en la barra del pequeño bar, bebieron cerveza helada en completo silencio, como un matrimonio antiguo que no encontrara ya nada nuevo que decirse.

Pero él sí lo encontró. Inclinándose hacia Fani, dijo:

—¿Y si ahora me hablases un poco de Raúl…?

XIV

Le gustaba recoger a Anick en el colegio. Entraba con su coche en el amplio jardín y esperaba dentro de un patio en el que aparcaban los autobuses. El bullicio de las pequeñas, el movimiento de coches particulares, los gritos de despedida devolvían a Fani al mundo de su infancia.

Tras el bello paseo por el lago consiguió llegar a tiempo, con el corazón ligero y una sonrisa en los labios.

—¿Qué le ocurre, mademoiselle? Está más guapa que nunca —gruñó Anick como saludo.

—He paseado por el lago y se me ha pegado el sol.

La niña le presentó a la amiguita que llevaba al lado. Una rubita de cabellos largos, cuidada y pulcra, que formaba contraste con Anick.

—Rosaleen y yo queremos ir con usted a la cafetería a tomar un helado. ¿Verdad que no hay ningún inconveniente? Tengo dinero en la cartera e invitaré yo. Está aquí muy cerca. Luego dejaremos a Rosaleen en su casa. ¿Le parece bien…? Rosaleen es americana. Nació en Omaha. Fíjese qué sitio tan raro para nacer… —Se volvió hacia la amiga—: Te presento a mi mademoiselle española. La señorita Fani Navarro. Ya ves como no te había engañado: es guapa y «realizada».

Resultó que Rosaleen, además de hablar el inglés y el francés, dominaba perfectamente el español, porque su papá también había estado en la embajada de un país hispanoamericano.

Identificada con las pequeñas, Fani compartió su buen humor, olvidó por un instante que existieran Raúles y Financieras en el mundo y compartió también su entusiasmo por un enorme helado de diferentes colores, coronado de guindas.

Al regreso a casa, Anick comentó:

—Tengo que convencer a papá de que me deje llevar el pelo largo. Me gustaría parecerme a Rosaleen. ¿Verdad que parece una artista de cine? Temo que en seguida será una mujer «realizada».

—Tendrá que esperar algún tiempo. ¿Cuántos años tiene?

—Once, pero casi representa veinte, ¿no le parece?

—Creo que exageras. Y respecto al pelo largo, recuerda que anoche no tuvimos mucho éxito con nuestros intentos de «realizarte» a ti…

Anick asintió, avergonzada.

—¿No está enfadada conmigo? Sabía que papá pondría el grito en el cielo, pero quería desafiar a tía Leontine. Aquella bata me la envió mi madre en Navidad. Pero mañana es sábado y tenemos un largo fin de semana ante nosotras. Podremos hablar con papá libremente. Tía Leontine odia el frío y nunca sube a la montaña. Además, aquélla era la casa preferida de mamá, y por eso la odia. Es una suerte para nosotras, ¿verdad? —concluyó guiñando un ojo.

Un largo fin de semana, en el que no vería a Carlos Fontana… Ni oiría su voz baja y tensa, ni sentiría la presión de sus dedos. Ni aquel arrastrarla de un lado para otro, como si fuese un objeto que le perteneciera.

Era casi mejor no verle. Guardar el recuerdo de sus atentos ojos cuando escuchaba su amarga historia con Raúl. ¿Qué consecuencia habría sacado de todo el asunto? No había dicho nada, limitándose a mirarla fijamente y a agitar la cabeza de un lado a otro.

—Me molesta ver a personas indefensas como tú en plena línea de fuego… —fue su único comentario. No había llamado a Raúl ladrón, ni estafador, ni sinvergüenza, como hacía todo el mundo. Luego puso un cigarrillo entre sus labios—. Tú eres valiente. Deja pasar el tiempo. Quizá no vuelvas a oír hablar de Raúl el resto de tu vida.

No se había atrevido a comunicarle la llamada de la primera noche. No se resignaba a aparecer ante sus ojos como la heroína de un ridículo folletín.

Cenaron juntas en el cuarto de Anick. Dieron la clase y contemplaron la televisión. Laurent de Vindry entró a besar a su hija y a recordarles que a las diez de la mañana saldrían para Crans.

—Estaremos listas, papá.

Quedó flotando su buen olor, que constituía una especie de aureola. Anick dilató la naricilla y comentó, a pesar suyo:

—¡Qué bien huele papá! ¡Él sí que está «realizado»!

Con buena disposición de espíritu, Fani regresó a su cuarto. Se bañó, se dio una crema, preparó su ropa para el día siguiente y un pequeño bolso de mano para el fin de semana y se sentó a escribir a Juan. Una carta optimista que calmara la inquietud del pobre chico.

Sonó el timbre del teléfono. Su corazón se agitó pensando en Carlos. ¿Habría alguna novedad?

Pero no era Carlos.

Oyó la voz opaca, entrecortada y amenazadora que la había asustado a su llegada.

—¿Estás burlándote de mí…? ¡No has acudido a nuestra cita!

—¿Qué cita? —gritó desesperada—. ¿Quién eres…? ¿Por qué me atormentas…?

—Te doy de plazo hasta el lunes. Y no te pases de lista. Si no vienes, no te quedará tiempo de arrepentirte.

Se cortó la comunicación. Le pareció que se cortaba también el aire de sus pulmones y la circulación de su sangre. Estuvo a punto de gritar y de salir por los pasillos pidiendo socorro, pero un resto de dignidad la contuvo, y siguió aferrada a los barrotes torneados de la cama, con la boca seca y temblando de temor.

¿Qué podía hacer? ¿A quién podía acudir en busca de ayuda? Podía llamar a Carlos y contárselo todo. Pero Carlos vivía agobiado con sus propios problemas. No sería justo complicarle más la vida.

Había tratado de engañarse a sí misma diciéndose que la llamada siniestra de la primera noche no había existido. Como si por no pensar en ella pudiera deshacerse, como un globo pinchado.

Las piernas se negaban a sostenerla y se dejó caer al suelo sobre la pequeña alfombra persa, una alfombra de las llamadas «de oración», fabricada para que un musulmán cualquiera rezase a su Dios. En aquel momento, ella apenas tenía fuerzas para rezar al suyo. Apoyó la cabeza sobre la colcha y permaneció allí, sin energía, sin saber qué decisión tomar.

Podía llamar a su hermano y explicarle el problema. Y Juan le diría que tomase el primer avión y que regresara a casa.

Otra vez se encontraría en Barcelona fracasada, sin alicientes y sin esperanzas. Buscando un nuevo empleo, con la espada de Damocles sobre su cabeza: la espada del escándalo de la Financiera.

Podía salir de su habitación y buscar a Laurent de Vindry, que seguramente aún estaría en su despacho solitario, trabajando ante la mesa llena de papeles. O quizá tocando el piano en el salón. Imaginó su mirada de sorpresa cuando la viera entrar. Alzaría su atractiva cabeza para preguntarle: «¿Le sucede algo, mademoiselle Fani…?» Y ella se vería obligada a explicar: «Alguien me telefonea por las noches y me amenaza. Alguien cuyo nombre ignoro. Temo que sea mi antiguo amor, un compatriota indeseable que robó cientos de millones. La Interpol debe de estar enterada del asunto…»

Imposible. Moriría de vergüenza ante los ojos atónitos de Laurent.

¿Y a Pietro, tan simpático, tan comprensivo, tan conocedor de la vida…? Corría el riesgo de que fuese con el cuento a madame Leontine. O a Laurent.

No podía confiarse a nadie. Tendría que soportarlo en silencio.

«Te doy de plazo hasta el lunes», había dicho la voz. ¿Qué ocurriría después del lunes?

No podía imaginarlo.

Consiguió levantarse y echarse en la cama.

¿Y si fuera a la policía y explicara la situación?

Se vio declarando ante las severas autoridades suizas.

«Vine con un contrato de trabajo por seis meses. Desde que llegué, alguien me amenaza por teléfono. Una voz española.»

Y, naturalmente, de todos modos, Laurent de Vindry se enteraría.

Cayó en un profundo sopor, del que no despertó hasta el amanecer. Tuvo frío y se vio obligada a sacar otra manta del armario. Olía al agobiante perfume de Claude, pero en aquel instante Claude y el propio Carlos Fontana le parecían lejanos.

Volvió a dormirse, y sólo se despertó con la voz de Anick tras de la puerta:

—¡No duerma tanto, mademoiselle! Yo casi estoy lista. ¿Puedo pasar?

Entró antes de que pudiera contestarle. Con gran estrépito abrió las persianas, dejando entrar la luz de un claro día.

—Estoy esperándola para desayunarnos juntas. Dése prisa. Supongo que se bañó anoche; no pretenderá bañarse otra vez. Está suficientemente limpia. —Al incorporarse, Fani lanzó un débil quejido—. ¿Qué le pasa? No irá a decir que está enferma.

Fani sentía el corazón pesado y la boca seca.

—He dormido mal y me duele un poco la cabeza.

—Se le pasará en la montaña. Póngase su bata y vamos a desayunarnos. Diré a Lisette que nos sirva aquí.

Lisette, que con inalterable buen humor se pasaba el día transportando bandejas y arrastrando carritos de té, explicó que también pensaban subir a Crans monsieur Pietro y madame Dupin. Madame Leontine dedicaría el fin de semana a sus *soins de beauté*.

Lisette enumeró con los dedos:

—Masajista, manicura, pedicura. Y, por supuesto, mi Alphonse para teñirle el pelo y peinarla. No crea que Alphonse va a casa de cualquiera. Sólo hace este servicio en honor mío.

—¿Qué tal va tu banco de pelos? —quiso saber Anick—. ¿Hiciste alguna buena adquisición?

—Sólo un mechón de un ministro de Nigeria. Pero no me interesan mucho los políticos. Y resulta que los galanes de cine son casi todos calvos… Es un problema. ¿A quién le interesa un mechón cortado de un peluquín?

Con la charla de Lisette, Fani empezó a sentirse mejor tras la segunda taza de café. Sería preciso arrinconar los fantasmas nocturnos hasta finalizar «el plazo acordado». Hasta el lunes.

Al salir de su cuarto vestida con un pantalón de paño negro, un grueso suéter blanco y una chaqueta roja sobre los hombros, tropezó con Pietro, que salía de las habitaciones de madame Leontine.

—Madame me ha dado el fin de semana libre —dijo alegremente—. Ha comprendido que la juventud tiene sus derechos. Monsieur Laurent me ha invitado a acompañarles, y madame está satisfecha, porque así podré darle

el parte oficial de cuanto ocurra. Soy el Espía. ¿No lo sospechaba? Y estoy, además, aleccionado para proporcionar encuentros románticos a Andrée y a monsieur Laurent.

—¿Andrée…? —repitió distraída mientras bajaban al salón.

—La sobrina de madame. La viuda Dupin. La candidata a la mano de monsieur. Madame Leontine querría dejar ese asunto despachado antes de la marcha a México. Así, los viñedos de su sobrina no se le escaparían de las manos. Y, por cierto, que Andrée es una personita deliciosa, de una ingenuidad adorable. Su matrimonio con monsieur Dupin no dejó la menor huella en su espíritu ni el menor rastro en su cuerpo. Claro que el pobre hombre, cuando se casó, estaba ya cargado de años y de alifafes. En serio, Andrée es una estupenda chica, con ansias de reír y de pasarlo bien y con todo el corazón puesto en sus viñas. No entiendo cómo podrá ser feliz con un soñador como Vindry.

Anick ya estaba abajo, con la maleta preparada, e incluso había cogido su libro de español.

—Papá me ha dicho que hablaremos español casi todo el tiempo. Así la tonta de Andrée no lo entenderá. Se aburrirá y se marchará a su asquerosa finca.

—No hables así, Anick. Está feo. Y pueden oírte.

—Más feo es querer engatusar a un hombre casado. Porque papá está casado. Con mi madre. ¿Somos católicos o no lo somos…? Y ellos se casaron en una iglesia muy bonita de París. Mamá me lo contó. Por lo tanto, ese papel que dice que no están ya casados no significa nada. ¡Nada! —concluyó desafiante.

Fani cambió de tema diplomáticamente. Los demás bajaban ya por la escalera.

Partieron animadamente, en el *Mercedes* de Laurent, un modelo más nuevo y más impresionante que el de su hermana. Antonio, el encargado del garaje, les deseó feliz fin de semana. Anick le contestó en español, con gran satisfacción de su padre.

—¿No sabes que papá y yo pensamos irnos a América? —preguntó a Andrée con malísima intención, una vez que estuvieron en la carretera.

—Claro que lo sé. Tu papá no habla de otra cosa.

—¿A ti te gustaría visitar América…?

—¿Por qué no…?

—Pero no puedes abandonar tus viñas.

—No debo vivir esclava de mis viñas.

—Si te vas, se secarán todas. ¡Todas! Las plantas son muy sensibles y se mueren de pena.

—¿Dónde lees esas cosas tan raras? —quiso saber su padre.

—En tu biblioteca —concluyó, dejándole asombrado.

Y todos se echaron a reír.

Sentada en la parte de atrás, con Pietro y Anick, Fani contempló por la ventanilla el bello paisaje suizo. La carretera serpenteaba, y pronto tuvieron cerca las montañas. Sentía sueño, pero no quería dejar de contemplarlo todo y se esforzaba por mantener los ojos abiertos. Andrée, sentada junto al conductor, charlaba con él alegremente, y Anick comenzó a dar cabezadas en seguida. Pietro se mantenía bien despierto, atento a la charla de los que iban delante.

—Estamos en el cantón del Valais —indicó a Fani en determinado momento—. Sion es una ciudad grande, como podrá ver. Aquí hay un vino muy bueno, capaz de rivalizar con los de madame Dupin: el «Fendant».

Andrée intervino en seguida:

—No irá usted a comparar el «Fendant» con mi «Lavaux» de este último año. ¿No lo ha probado…?

Aparecieron los pequeños pueblos con casas de madera con los que Fani identificara siempre Suiza. Vendedores de frutas exhibían sus puestos junto a la carretera, cada vez más serpenteante, que no dejaba de subir… de subir, como si quisiera escalar hasta el cielo. Calvarios y cruces de madera aparecían por los caminos, y el aire era tan puro que se bebía a grandes tragos. El Ródano surgía y se ocultaba entre bosques y praderas, aunque el glaciar en el que nacía estaba lejos, un glaciar gigante y terrible.

Durante un rato siguieron el mismo camino del tren montañero, que trepaba hasta Crans y Montana, entre campos cubiertos de flores amarillas. Algunas viñas conseguían también encaramarse al asalto de las montañas, agarrándose a las grandes masas de rocas desnudas. Empezó a hacer frío y tuvieron que cerrar las ventanillas.

El pueblo de Crans quedó atrás y subieron hasta las urbanizaciones de Crans sur Sierre, con sus grandes hoteles y sus magníficos chalés.

En el «Pas de l'Ours» y ante la gran casa de madera y piedra esperaban Fritz y Gerda, el matrimonio que durante todo el año se ocupaba de la finca. Una pareja de aspecto germánico, amable y cordial.

En el enorme vestíbulo que hacía las veces de salón, la chimenea estaba encendida. Había un buen olor de cera y de limpieza, de buenos guisos y de cerveza. Sobre una mesita se hallaban preparados los aperitivos.

Con gran excitación, Anick mostró a Fani las habitaciones del primer piso.

—Éste es nuestro cuarto. ¿No le importará compartirlo conmigo?

—¿Por qué habría de importarme? Es un cuarto precioso y estaremos muy bien.

—Era el dormitorio de mis padres —explicó, pensativa—. Luego… papá me lo cedió. Pero es muy grande para dormir yo sola. Esta casa de «Pas de l'Ours» es mi hogar. También era el de mamá, que la arregló a su gusto. Por eso Leontine la odia y no viene jamás. A mí me gustaría quedarme siempre aquí.

Impulsivamente, Fani atrajo a Anick hacia sí y la besó. Anick la miró sorprendida. No estaba acostumbrada a las caricias.

—¿Por qué me besa?

—Porque empiezo a quererte.

—¿De veras le gusta el cuarto?

—Me encanta.

—Guardaremos las cosas en el armario. Está vacío.

Los muebles oscuros, bien pulidos, contrastaban con las alegres cortinas de colores, con las alfombras claras y con la tapicería del tresillo instalado frente a la chimenea, donde también ardían las llamas. Todo tenía un agradable ambiente hogareño, y Fani sintió una punzada en el corazón al recordar los ojos azules y el rostro dolorido de Oriana Campi.

El contiguo cuarto de baño, de mosaicos azules y blancos, poseía también un enorme ventanal. Desde dentro de la bañera, con el agua bien calentita, se divisaba el valle, las montañas y las nevadas crestas del monte Cervino.

Anick le señaló el teleférico en el que se subía hasta las pistas más altas.

—En invierno está lleno de gente. A veces hay que hacer cola para subir.

Bajaron animadamente hasta el salón, en una de cuyas esquinas estaba instalado el comedor, con la mesa preparada. Para servir, Gerda se había puesto un bonito delantal bordado.

Pero Andrée les dio la gran sorpresa mandando sacar de la parte trasera del *Mercedes* un cesto con botellas de su famoso vino, del que hablara momentos antes.

—Quería sorprenderles —dijo con su agradable e ingenua sonrisa—. Ahora discutiremos Pietro y yo sobre qué vino sabe mejor… Tú, Laurent, serás nuestro árbitro.

Y Fani, con la copa en la mano, brindó con Anick, empezando a sentir una olvidada sensación de bienestar.

SEÑOR X

A pesar de su aspecto frágil, aquella muchacha era más dura de lo que imaginara.

El tiempo pasaba de prisa y no podía prolongar demasiado la situación. En cualquier instante podría ser descubierto. Ella no era tonta. Bastaba con que hiciese determinada pregunta delante de determinada persona.

Era necesario precipitar los acontecimientos.

Le habían dicho: «SIN PIEDAD », y habían añadido: «CON URGENCIA .»

XV

Gerda tenía preparada una comida pantagruélica, y Fani saboreó por vez primera la *raclette*, especialidad del Valais, unas grandes ruedas de queso calentadas a fuego vivo y raspadas con un instrumento de madera sobre las patatas hervidas. Después hubo cordero asado y una gran fuente de ensalada.

Anick tuvo que aflojarse el cinturón, preguntando si no era pecado comer tanto. Las monjas del colegio, con el pretexto del pecado, les servían unas raciones diminutas, y tenía hambre atrasada.

El vino continuó siendo objeto de amistosas discusiones, y todos sostuvieron una divertida competencia sobre el tema.

Era la primera vez que Fani veía a Laurent tan animado, y se preguntó si, en efecto, la compañía de Andrée le predisponía bien. O si sería el influjo de aquella casa, en la que siempre fuera feliz.

—Dígame qué le parecen nuestras montañas, mademoiselle Fani —preguntó cordialmente.

—Me encantan, monsieur Laurent. Me siento como… fuera del mundo. Esta casa me parece un sueño.

—Después de comer subiremos más arriba, en busca de la nieve. El mes que viene ya será posible esquiar en la misma puerta de casa.

—¿También hay nieve en España, Fani? —preguntó Andrée, que sentía curiosidad por todo.

—Y muy cerca de Madrid, donde yo resido…

—Creí que vivía en Barcelona —objetó Laurent.

—Sólo momentáneamente. Mi abuela murió, y pasé unos meses con mi hermano. Pero en Madrid tengo mi casa.

«Un "Piso Tremendo"», hubiera podido decir. Y comentar aquel modo peculiar y gracioso que tenía la abuelita de expresarse poniéndole un

adjetivo a cada cosa.

«Fani, ¿dónde están las tijeritas "imprescindibles"?… Fani, ¿quieres traerme el cuchillo "listo"?… Fani, tengo que contestar una carta importante. Tráeme el papel "de cumplido"… Debe de estar en el armario del "cuarto de las rabietas"…»

El «cuarto de las rabietas» merecía su título, porque no tenía ventanas por donde los vecinos pudieran oír algo. Y desde tiempo inmemorial había sido escogido por bisabuelos y bisnietos para dirimir cualquier diferencia personal.

Aquellos recuerdos permanecían muy dentro de su corazón y no podía hablar de ellos ante los extraños. La casa del «Pas de l'Ours» nada tenía que ver con el decrépito piso de la calle de Serrano.

Se levantaron de la mesa, y Laurent le ofreció un mullido sillón junto al fuego. Pietro y Andrée sirvieron el café mientras Gerda despejaba el comedor. Anick subió a su cuarto a rebuscar en el armario, por si le servía algo de su viejo equipo.

Laurent, sentado junto a Fani, prosiguió la conversación.

—¿Vivió siempre con su abuela?

—Sí. Mis padres murieron siendo yo pequeña.

¿Por qué sentiría monsieur Laurent aquel repentino interés por saber algo de su vida?, pensó Fani.

—No voy a obligarla a evocar cosas tristes. ¿No quiere una copa de licor con el café?

—Gracias, no. Me encuentro en un perfecto estado de nirvana.

Andrée había salido a tomar el suyo al aire libre, y Pietro la siguió, oyéndose sus voces apagadas a través del cristal de la ventana.

—He observado que Anick simpatiza con usted, y me siento muy satisfecho. No le ocurría eso hacía ya mucho tiempo.

—Es una criatura sedienta de cariño. Acabaremos por entendernos perfectamente. Su carácter huraño es tan sólo una *pose*.

Gerda se había retirado. Se encontraban a solas en el enorme salón, caliente y cómodo. Fani sintió una agradable sensación de sueño.

—A veces pienso que echa de menos a su madre —dijo él, como si pensase en voz alta.

—Sí. Terriblemente.

La miró con fijeza, sorprendido de su afirmación rotunda.

—¿Lo cree usted de veras…? —se inquietó.

—Sin duda.

¡Qué ciegos podían estar los hombres no queriendo ver la realidad de las cosas!

—Anick tiene cuanto desea…

—Todo, menos a su madre.

—Hace años que no la ve. El recuerdo tiene que haberse ido borrando poco a poco.

—Conoce mal a las madres y a las hijas —se atrevió a decir.

—¿Por qué?

—Entre unas y otras existen lazos indestructibles. El cordón umbilical jamás se rompe.

El rostro de Laurent se ensombreció.

—Cuando Anick vuelva de México habrá olvidado por completo. Por eso decidí vivir cinco años de destierro.

Evitando contradecirle, Fani miró los gruesos leños que ardían.

—No está de acuerdo conmigo, ¿verdad? —insistió él.

—No, monsieur De Vindry…, puesto que usted me lo pregunta. Cuando Anick regrese, buscará en seguida a su madre. Yo haría lo mismo en su lugar…, y, como yo, todas las mujeres del mundo.

Laurent lanzó una espesa bocanada de humo con su pipa, como un acorazado que intentara aislarse tras una nube de humo.

—¿Considera un error el haberlas apartado a una de otra? —quiso saber, en tono apagado.

—No me permito dudar de su buen juicio, monsieur. Usted siente una gran ternura por la pequeña y sólo desea lo mejor para ella.

—Pero Anick no es feliz. ¿No es así…? Cualquiera lo adivinaría a simple vista. A usted misma le ha bastado apenas una semana para darse cuenta. Mi hermana no consigue llenar el hueco que mi hija tanto añora. Leontine es demasiado severa. Los niños la impacientan un poco. Ella no los tuvo y llena el vacío de su vida con obras sociales un tanto extravagantes. Seguramente ya le habrá propuesto que sea madrina de

alguno de sus amados ex presidiarios. —Fani asintió sonriendo—. Al principio se obstinaba en celebrar las reuniones en casa, pero confieso que me negué rotundamente. Las visitas eran poco gratas. —Rió apretando la pipa entre los dientes—. Ahora los recibe una vez al mes en el pabellón del pobre Pietro, que lo soporta con ejemplar paciencia.

Las voces del «pobre Pietro» y de Andrée, que paseaban por la pradera, les llegaban a los oídos indistintamente. Escuchábase la alegre risa de Andrée y a través del cristal veíasela accionar contándole a Pietro con grandes gestos algo que debía de ser divertido.

La mirada distraída de Laurent se posó en ellos y regresó a Fani.

—Hace unos momentos, viéndoles a usted y a Anick reunidas, se me ocurrió una idea. Pero es prematuro hablar de ella.

—¿Prematuro…? —se intrigó.

—Esperemos a que transcurran unos meses. A que todos nos conozcamos mejor… —Inclinándose un poco para hablarle, preguntó—: ¿Es usted completamente libre, mademoiselle Fani?

Se sobresaltó.

—¿Libre…? No entiendo…

—Libre de lazos familiares y afectivos. Me ha dicho que sólo tiene un hermano en Barcelona… Pero quizá no es esto lo que yo pretendo saber y mi pregunta va a resultarle indiscreta. —La miró de arriba abajo, como si estuviese sopesando sus encantos—. Una joven como usted debe de estar unida por lazos sentimentales con alguna persona.

Fani se sintió enrojecer. Para disimular inclinó su rostro hacia las llamas.

—No existe nadie que ocupe mis pensamientos ni mi corazón, monsieur Laurent. Suponiendo que sea eso lo que no se atreve a preguntar. Vine a Suiza para olvidar un pequeño disgusto sentimental, como el que pudiera tener cualquier otra chica… Ya pasó sin dejar huella.

«No dejó más huella… que una manada de polizontes tras de mí», pensó avergonzada, burlándose de sí misma. Pero aquella confidencia nunca podría hacérsela a Laurent. Tan sólo a Carlos Fontana…, porque ejercía un extraño poder sobre ella, que no sabía cómo calificar. Recordó su peculiar modo de echar a andar sin volver la cabeza, con la seguridad de que ella iría detrás.

Laurent continuaba hablando. La imagen inquietante de Carlos se desvaneció.

—Egoístamente, casi lo celebro. Así no habrá nada que se oponga a…

Fani sintió ganas de reír. Todos aquellos preámbulos le recordaban escenas de cine antiguo, en las que los protagonistas principales, llamándose de usted, se decían ceremoniosamente: «Puesto que nada se opone a que unamos nuestras vidas…»

Pero, naturalmente, Laurent de Vindry no pensaba en ninguna petición de mano. Rápidamente concluyó:

—Si al cabo de los seis meses que pasará junto a nosotros continúa contenta con Anick, quizá no le importará acompañarnos a América. Podría ser una gran ayuda para todos nosotros.

La idea era tentadora. Le gustó. Suponía una buena salida para sus problemas. Desde el exterior llegó otra vez el sonido de la risa de Andrée y su voz diciendo a Pietro: «Por favor…, no me haga reír tanto…»

A través de los cristales, Fani miró a Andrée y comentó sin pensar:

—Yo creí que…

Laurent siguió la dirección de su mirada. Luego sonrió.

—Mi hermana Leontine tiene muchas ideas raras en su cabeza. Pero jamás le daré una madrastra a Anick. Este asunto está muerto de antemano. —Vació su pipa en la chimenea y concluyó alegremente—: Y volviendo a nuestro posible viaje, comprendo que aún es prematuro discutirlo. Puede irlo pensando.

Su tono de voz, confiado y amistoso, la hizo sentirse desleal y avergonzada.

—Monsieur Laurent…, hace dos días que estoy tratando de contarle que…

Él se volvió, con un gesto de interrogación. Ya fue difícil retroceder.

—La otra tarde, en Ginebra, cuando salí sola, fui abordada por… por madame De Vindry. Quiero decir, por madame Campi.

No esperaba aquello y casi tiró al suelo la taza de café. Su voz sonó diferente:

—¿Dice usted que…?

—Sobre todo, le pido que no ponga a Anick en antecedentes de esto. Destruiría nuestra amistad.

—Explíquese. —Se había convertido en una estatua de hielo. En una bella estatua de hielo, en cuyos ojos se acumulasen el fuego y la ira—. Suponía a esa mujer fuera de Ginebra… —dijo para sí—. ¿Qué está haciendo aquí…?

Fani se sintió consciente de que pisaba un terreno peligroso. Laurent de Vindry ya no era el amable compañero de tertulia de minutos antes.

—Trataba desesperadamente de ver a Anick —repuso.

Él lanzó una risa amarga.

—Lo supongo. De vez en cuando se acuerda de que perdió a una hijita… y a un marido… —Trató de recobrar su serenidad con gran esfuerzo—. Ella sabe que no debe dirigirse a usted. Ni a nadie de esta casa. ¿Qué le dijo…?

Íntimamente dolorida, por solidaridad femenina, Fani murmuró:

—Lloraba mucho…

Hubo un penoso silencio, roto por el reloj de cuco que dio la hora. De la casita salieron los dos inevitables aldeanos, dieron una vuelta y volvieron a entrar por el otro lado. Fani los miró fascinada.

—«Ella» tiene el llanto fácil. —Ni una sola vez había pronunciado su nombre. Aquel nombre al que iban unidas demasiadas horas de felicidad y de dolor—. Como todos los artistas, su sensibilidad está a flor de piel. Si tomara más en serio su profesión, podría llegar a ser la primera. Pero le gusta mucho vivir —concluyó con rencor.

—A todos nos gusta vivir… —objetó Fani suavemente.

Y Laurent la miró sorprendido.

—Sí. A todos nos gusta… Pero no vivir alocadamente, como le gusta a «ella». —Tras una pausa añadió—: ¿Cómo pudo averiguar que usted es la nueva profesora de Anick…? ¿Qué especie de vigilancia ejerce sobre nosotros…?

Fani hizo un gesto de ignorancia.

—Llegó a sus oídos el proyecto de su próximo viaje a México. Y le trastorna la idea de que usted pueda llevarse tan lejos a la niña.

—Eso significa que está en contacto con alguien que vive en mi propia casa… —Quedó en suspenso y concluyó amargamente—: Debe de ser con

mi propia hija… Seguramente Anick desobedece mis órdenes.

Fani no dijo nada. Él volvió a insistir:

—Creí que estaba de *tournée* en Rusia.

Por lo visto, también él seguía las idas y venidas de su ex esposa, aunque no quisiera confesarlo.

—Dijo que había rescindido todos sus contratos.

—¿Está segura…? ¿Por qué…?

—Sufrió hace pocos meses un accidente… y, según confesión propia, ya no volverá a bailar.

—¡No…! —La negativa sonó casi como un grito. Pareció pálido y descompuesto—. ¿No habrá entendido mal…?

—Desgraciadamente, no. Tuvo una mala caída, se rompió unos tendones, sufrió una desgraciada operación y después otra, sin resultado. Esto fue lo que me contó.

—¡No puede ser…! Una artista de su calidad… ¿Cómo nadie me dijo nada…?

—Intentó por todos los medios que no trascendiera al público…

Laurent apoyó un momento la cabeza entre las manos. Su respiración sonó agitada. Con un pañuelo se secó el sudor de la frente.

—¡No puedo creerlo! —volvió a decir. Se levantó y dio varias vueltas alrededor del sillón de Fani—. ¿No será una intriga más para conmoverme…?

Fani agitó la cabeza negativamente.

—Parecía tremendamente deprimida. Con aspecto de enferma. No me gusta mezclarme en un asunto tan delicado, monsieur De Vindry. He considerado mi deber hablarle de ello. No pude evitar el que madame Campi… se me acercara.

—Pero… ¿qué es lo que pretende?

—Únicamente ver a su hija. Ha puesto en Montreux un pequeño negocio para poder vivir cerca de Anick. Una escuela de *ballet*, en colaboración con una amiga. La idea de que se lleve a la niña le hace perder la cabeza. Le pedí que no volviera a tratar de mezclarme en este triste asunto. —Hizo una pequeña pausa—. Lloraba mucho… y crea que me sentí apenada. Yo no soy

quién para juzgar sus decisiones, monsieur Laurent… Ni aunque me parezcan crueles.

Él alzó la cabeza, herido por sus valientes palabras. Fani no bajó los ojos, pero el corazón le latía con fuerza.

—Me considera cruel, ¿verdad? Usted no sabe cómo puede endurecerse el corazón de un hombre que ha sido burlado y herido. Que ha visto despedazadas sus ilusiones y su pasión. Es aún muy joven e ignora los amargos golpes de la vida. Esos golpes que aniquilan y secan el alma. —Se contuvo haciendo un gran esfuerzo—. Siento que en los escasos días que lleva junto a nosotros le hayan forzado a levantar el velo de una sucia intimidad, de una triste desgracia. De todos modos, tengo que agradecerle su lealtad y el hecho de que me lo haya referido. Lamento más de lo que puede suponer la desdicha que a «ella» le aflige… —No se podía dudar de su veracidad. Hasta su rostro parecía adelgazado. El golpe había sido fuerte, y Fani lamentaba habérselo asestado ella—. Pero nada alterará mis planes para el futuro. Haré lo que considere más conveniente para mi hija.

—¿De qué habláis tan serios…? —preguntó Anick desde la escalera, mirando con recelo a uno y a otro.

Laurent trató de recobrar su serenidad.

—De viajes. Y temo haber aburrido un poco a mademoiselle.

—En absoluto. Me interesa el mundo. Aún no he perdido la esperanza de recorrerlo. La esperanza nunca debe perderse, ¿verdad, Anick?

—Claro que no —corroboró, sin que el recelo hubiese desaparecido de su mirada—. ¿Nos vamos ya…? Es preciso aprovechar la luz del día. Hay un teleférico que sale a las dos. —Abrió la puerta de entrada y una ráfaga de aire frío y limpio alivió la tensión—: ¡Eh! Ustedes… —llamó a Pietro y Andrée, cuyas cabezas se distinguían a distancia—. ¡Vengan pronto! Vamos a subir a las nubes.

Laurent fue rápidamente a cambiarse, y Anick, que llevaba su equipo de esquí, tendió a Fani un grueso jersey color fresa.

—Póngaselo, mademoiselle —dijo mirándola con fijeza—. Era de mi madre. Se quedó aquí…, como otras muchas cosas. Como yo misma…

—No sé si debo… —se turbó Fani.

—Yo tampoco sé «si debe»… Pero le abrigará. No estoy segura de que merezca ponérselo. Me arriesgaré… una vez más…

XVI

La excursión resultó muy grata, pero todos estaban fatigados al regreso. Cada uno se dedicó al reposo. Laurent delegó a Pietro para que acompañase a las señoras a cenar en un buen restaurante con música. Él prometió irlos a recoger más tarde.

El golpe recibido hacíase aún sentir. Laurent tenía cara de dolor de cabeza.

Sin embargo, su deserción no preocupó lo más mínimo a Andrée, que alegremente se puso un elegante vestido azul y unos exóticos zapatos de plata comprados la tarde anterior en Ginebra por consejo de Pietro. Se los hizo admirar también a Fani, que lucía su vestido negro sin mangas y su collar de cuarzo rosa. Encima, la chaqueta de piel, comprada en la «época Raúl».

Les esperaba un coche en la puerta para llevarlos a su destino. Pero no un automóvil, sino un coche-trineo, tirado por un gran caballo percherón, adornado de campanillas que sonaban alegremente en cuanto iniciaron el trote. La noche era muy fría y la tierra se cubría con una fina capa de hielo.

El restaurante «Sans Souci» formaba parte de una urbanización de gran lujo, situada a poca distancia, entre Crans y Montana. El interior se hallaba decorado como un típico chalé del país. No era demasiado grande y las mesas instaladas alrededor de la pista de baile se hallaban casi todas ocupadas. Un pianista melenudo tocaba el piano con gran entusiasmo. Pertenecía a la generación del estrépito y aporreaba el piano con furia de karateca.

Bebieron un vino tinto, y fue muy discutido otra vez por Andrée y Pietro: el «Dôle», que calentaba el corazón y se subía un poco a la cabeza.

—Este vino puede compararse a los mejores borgoñas —aseguró Pietro, pecando de chauvinista—. De postre les dejaré beber a «mis niñas» una

gota de *marc*, un alcohol muy oloroso, que sabe un poco a tinta pero que quita todas las penas. Y las mujeres bonitas tienen más penas que nadie, porque están mucho más atacadas por la jauría.

—¡Allí llega Myléne Lacoste! —anunció Andrée, muy excitada por la presencia de la conocida artista—. Y la acompaña su nuevo marido. El sexto. Terriblemente millonario. Lo he leído en una revista. Debe de ser un asunto sórdido.

Pietro arqueó una ceja.

—Lo único sórdido del dinero es el no tenerlo, querida amiga. —Y los tres rieron, porque el «Dôle» empezaba a hacer su efecto—. Divirtámonos hablando mal de la gente, y quizá consigamos el premio de «La Víbora de Oro». Echemos una ojeada a los beodos más cercanos.

—Myléne Lacoste me defrauda. Lleva un vestido muy vulgar.

—Es porque ahora es millonaria de veras. La inclinación actual de los ricos es la de parecer más sencillos y menos importantes que nadie. Contrasta con la incontenible marcha del proletariado hacia el solomillo y el visón.

Andrée arrastró a Pietro hasta la pista de baile. Formaban buena pareja. Pietro habíale dicho a Fani confidencialmente:

«Es un poco rellenita, aunque está muy bien formada. Yo me digo: debería adelgazar dos kilos. ¿Pero de dónde…?»

También ella tuvo que bailar con Pietro. Hacía siglos que no bailaba. Raúl no sabía. En cambio, adoraba los cafés-teatro, que a Fani le resultaban sórdidos de ambiente.

—Tengo que felicitarle, Pietro. Acompaña a dos mujeres y logra que las dos estemos divirtiéndonos. ¿Cómo se las arregla?

—Las mujeres son mi *peché mignon*. Las domino porque las conozco a fondo.

—Cualquier día, alguna le dominará a usted.

—Escogeré novia un día de éstos, pero nunca en la sección de saldos. ¡Caramba! Un viejo libertino acaba de sacar a bailar a Andrée.

—¿Ella ha aceptado?

—Por supuesto. Jamás conocí otra persona con tanta alegría de vivir.

—Como está rellenita, atrae a los hombres maduros.

—Más que rellenita, yo la llamaría suculenta. Y perdone la expresión, usted, la ninfa inasequible, con esbeltez de junco.

—Creo que madame Leontine no se saldrá con la suya. No veo fácil ese matrimonio.

—Esa idea absurda sólo podía ocurrírsele a mi dulce patrona. ¿Puede haber dos seres más opuestos que monsieur Laurent y Andrée…? A estas horas, Leontine descansará en su cama con la mascarilla de belleza «Fluido Nebuloso» y la leche rejuvenecedora «Loción del Paraíso». Pero no sería correcto burlarme. Madame Leontine me proporciona este empleo, que me da la oportunidad de estar bailando con la chica más bonita importada de España; bailar, cenar y divertirme en el restaurante más caro de Crans. Claro que monsieur Laurent pagará la cuenta. Pero en mi vida son siempre otros los que pagan las cuentas. Y, hablando de monsieur Laurent, ahora mismo acaba de hacer su discreta y elegante entrada.

Regresaron a la mesa. La presencia de Laurent les intimidó un poco, quitando espontaneidad a sus bromas. Andrée volvió en seguida de entre los brazos de su «señor maduro» y se las arregló para animarlos a todos.

Regresaron cuando empezaban a caer los primeros copos de nieve. El conductor del coche-trineo les cubrió con unas mantas y les proporcionó unos trozos de plástico para cubrir las cabezas. Riendo, regresaron al «Pas de l'Ours».

En el dormitorio compartido con Anick, Fani contempló a la niña, profundamente dormida. Parecía más pequeña y más frágil.

Con un discreto golpe, Laurent pidió permiso para entrar y se quedó en silencio, al pie de la cama, contemplando a su hija. Adivinó Fani sus dolorosos pensamientos y sintió pena de él. Con un gran suspiro dio media vuelta, y Fani le dio las buenas noches y cerró. Ninguno sentía deseos de hablar, como si ya se hubiesen dicho demasiado.

Al despertar tras una noche de pleno descanso, encontró en la cama vecina los ojos de Anick que le sonreían.

—Ha caído la primera nevada. ¿Quiere verla?

Saltando del lecho, descorrió las cortinas y abrió las maderas. La verde pradera que atravesaron la noche anterior era una blanca sábana que relucía bajo el sol.

—Le prestaré unas botas y pasearemos un rato. No sea perezosa.

Tras desayunarse, salieron al aire libre, frío y estimulante. La nieve era muy escasa para intentar esquiar. Se limitaron a jugar con ella lanzándose grandes bolas que se rompían con el choque.

Desde la ventana anunció Laurent que irían todos a misa a Montana, en el coche-trineo de la noche anterior.

Con la presencia de Anick, todo parecía más agradable: el paseo, las campanillas del caballo, la bonita iglesia campesina…

Regresaron a Ginebra por la tarde. La hermosa casa de la montaña volvió a quedar al cuidado de Fritz y Gerda, que recobrarían su alterada calma. Acababa el fin de semana de descanso, que dejaría paso… ¿a qué…?

A la cita del lunes…

Al recobrar su cuarto en la «Maison du Lac», la primera mirada de Fani fue para el teléfono, su enemigo en acecho, cuya presencia le angustiaba.

Pero de allí también vendría la voz amiga de Carlos Fontana, cuyo sonido añoraba incomprensiblemente.

Descubrió sobre la mesa un ramo de rosas rojas. Capullos a medio abrir, de tallo largo, que provendrían sin duda de una tienda cara.

—¿Quién podía mandarle flores?

Vio su nombre escrito en un pequeño sobre cerrado y, junto a éste, una cuartilla con unas líneas de Lisette, que aún no había regresado de su asueto del domingo:

«Mademoiselle, llegó este ramo para usted.»

Abrió el pequeño sobre con mano temblorosa. Una tarjeta blanca, de las que solían surtir en las propias floristerías. Y con letras de imprenta unas palabras:

«Te espero, Fani-Fani .»

XVII

Lisette se quedó sorprendida al día siguiente al encontrar las flores en el pasillo.

—¿No le gustan sus rosas, mademoiselle? —preguntó intrigada.

Fani alegó que le producían alergia y preguntó quién las había entregado. Había sido Antonio, el del garaje, en ausencia de Theo, el portero.

Tendría que preguntarle. Pero estaba segura de no sacar nada en limpio. Lo mismo que la carta de Oriana, quizás alguien habría dejado las rosas sobre su coche.

Bebió el café en silencio, contestando con monosílabos a las preguntas de Lisette sobre si le habían gustado mucho las pistas nevadas. Por ser amable, le preguntó a su vez qué tal había pasado el domingo.

—Bastante bien, como siempre. A Berta le tocaba quedarse para servir el almuerzo a madame, así que me fui a comer con mi Alphonse. Después fuimos al cine a ver una porquería erótica. Y más tarde a su casa, a hacer el amor.

Fani se atragantó.

—¿A casa de quién?

—De Alphonse… —Rió—. ¿Qué otra cosa puede hacerse los domingos por la tarde…?

Fani se imaginó a todas las parejas de ginebrinos practicando el mismo deporte y se sintió incómoda y fuera de ambiente.

—¿La he escandalizado…? Habrá oído hablar de las relaciones prematrimoniales. Aquí hay quien las practica con seis o siete novios diferentes, pero yo sólo con mi Alphonse. —Bajó los ojos con aire virtuoso.

—¿Y… por qué no os casáis…?

—Lo haremos cuando queramos tener hijos.

Decididamente se estaba quedando *off*, pensó Fani, desconcertada. ¿Qué hubiera pensado la abuela, que se consideraba tan moderna, acerca de aquel nuevo clima social? ¿Podrían simultanearse los idealismos pasados con los cinismos del presente? Lisette, con su aspecto eficiente, segura de sí misma, y con su carácter extrovertido, era un producto de su época.

—¿No te gusta el matrimonio, Lisette?

—Sí. Todo el mundo debe casarse. Nadie debe desesperarse solo.

Y con aquella frase lapidaria se alejó para continuar sus faenas. Hasta el próximo domingo no volvería a pensar en «el asunto».

Otros tiempos, otra moral.

¿O no existiría más que una, de acuerdo con la dignidad humana? Fani suspiró. Marchaba por el mundo en busca de respuestas, pero no encontraba más que preguntas.

Sonó el teléfono y casi tiró la taza de café. Ya era lunes… y podía esperarlo todo. Estaba dispuesta a dejarlo sonar, pero como las llamadas continuaban, tuvo que cortar aquello. ¿Y si se trataba de Carlos?

Oyó una voz femenina, agitada.

—Anick me dijo que tenía usted un hilo directo en su cuarto. Por eso me atrevo a llamar… Necesito verla esta tarde. Mi abogado me ha dicho que…

Era Oriana otra vez. La pobre y desdichada Oriana, con su voz desesperada y sus nervios a flor de piel.

—Señora Campi… Ya le advertí que no me es posible acceder a lo que me pide. Precisamente ayer volvió a insistir monsieur Laurent acerca de mi relación con usted. No me ponga en una situación incómoda que me obligue a dejar el empleo. ¿Qué ganaría usted misma con ello?

Siguió un corto silencio y un sollozo ahogado.

—Yo ya no puedo ganar con nada. En fin…, hice lo que pude. Usted lo ha querido…

—¿Yo «he querido» el qué…? —insistió Fani.

Pero ya la otra había colgado, dejándola inquieta y angustiada.

«¿Yo “he querido” el qué?», se repitió varias veces mientras bajaba al jardín en busca de Antonio. Ella no había querido nada. Únicamente que la dejasen vivir en paz. Pero no lo estaba consiguiendo.

Hacía frío y, con las prisas, había olvidado coger la chaqueta. Encontró a Antonio lavando el coche de madame.

—¿Qué tal su fin de semana?

—Perfecto. ¿Y el suyo?

—Imperfecto. Usted no estaba, y no pude invitarla al cine o a una excursión. ¿Y qué puede hacerse aquí los domingos?

«Pregúnteselo a Lisette», estuvo a punto de contestar. Y en seguida habló del tema que le interesaba.

—¿Las rosas…? Sí. Las trajo un chico pequeño, y como el portero no estaba, las subí yo. No. No dijo quién las enviaba, ni tampoco se lo pregunté. Como incluían una tarjeta…

La conversación quedó cortada por Pietro, que salía de su pabellón, cercano al garaje. Se preparaba a tener una mañana muy ocupada, porque madame Leontine tenía su reunión del R. A. P. (Recuperación de Almas Perdidas) y esperaban a quince individuos.

—Si quiere echarme una mano y ayudarme a servir tazas de café y bollos, será bien venida. Me extraña que madame no le haya echado ya la zarpa. Las anteriores profesoras de Anick cayeron en el garlito. Supongo que monsieur Laurent le habrá hecho severas advertencias. De todos modos, asome su cabecita a las once, si quiere ver una apoteosis de café, bollos y personajes hipócritas.

Fani regresó a la casa y encontró a Andrée en el vestíbulo, rodeada de maletas. Regresaba a sus viñas y a su Lausana, en cuyos alrededores tenía la finca.

—He encargado a Pietro que la lleve cualquier mañana a visitarme, y se quedarán a almorzar conmigo. Pasamos un fin de semana muy alegre, ¿verdad?

Fani asintió y recibió complacida su beso de despedida. Decididamente, Andrée era una excelente chica.

Regresó a su cuarto y se entretuvo en corregir los deberes de Anick. Laurent también se había marchado a su trabajo, y la casa parecía una tumba. Inútilmente esperó la llamada de Carlos Fontana, pues aquel aparato enemistoso no le quiso dar la satisfacción. Era un teléfono maligno, al que sentía deseos de deshacer a puntapiés.

A las once, muerta de tedio, se dirigió al pabellón de Pietro. No estaba mal alojado ciertamente el hijo de los modestos ferreteros del cantón del Ticino, aquel cínico y simpático secretario de madame, que había nacido «con aspecto de *gigolo»*.

El pabellón no era muy grande, pero disponía de un vasto salón, en el que se celebraban las reuniones. Un lugar agradable, desde cuyas ventanas se veía el jardín. En aquella nublada mañana de fines de septiembre, las luces se hallaban encendidas y en la chimenea ardían unos leños.

«Un buen pisito de soltero», pensó Fani. Comprendía que Pietro no soltase fácilmente el empleo.

Aquella mañana, el pabellón se hallaba invadido por los miembros del R. A. P. Olía a madera quemada, a café y a desinfectante. Madame Leontine habíase preocupado personalmente de fumigarlo todo con un eficaz bactericida.

Pero ninguno de los ahijados de Leontine tenía aspecto de ser portador de microbios. Eran, en apariencia, unos correctos ciudadanos, bien trajeados, relucientes y limpios, que, con los ojos bajos y sonrisas modestas, devoraban bollos y bebían café.

Fani recibió la primera sonrisa amistosa de madame Leontine al ver que acudía a ayudarles. Reinaba sobre la abigarrada reunión, repartiendo buenas palabras y algún que otro cheque.

Madame telefoneó a casa para pedir a Berta, la cocinera, que acudiera a conocer a «su ahijado», con el que había mantenido correspondencia desde hacía tres años, a instancias de Leontine. Ahora, al salir de «aquel sitio» pocos días antes, llegaba el emocionante instante del encuentro.

Monsieur Bertin, que mediría un metro y medio y que vestía un traje azul marino con rayita blanca que a todas luces le estaba ancho, parpadeó, asegurando que nada en el mundo le haría más feliz que conocer a su hada madrina, a la mujer que le había enviado exactamente ciento cincuenta y seis cartas —absolutamente idénticas —y veintiséis jerseys de color pardo, que le llegaban hasta las rodillas, aunque la intención fuese buena.

Acudió Berta, sofocada. Fani ya había tenido ocasión de verla un par de veces, cuando monsieur Laurent le hacía entrar en el comedor para felicitarla por el éxito de algún buen guiso. Era una fornida suiza,

totalmente germánica, de pocas palabras pero de risotadas enérgicas. Lisette le había dicho a Fani que era una excelente mujer, soltera y agobiada por los sobrinos.

Madame hizo las presentaciones.

—Berta, éste es monsieur Bertin.

La coincidencia entre Berta y Bertin hizo reír a algunos. Al contemplar aquel pedacito de hombre, Berta pensó que había sido estafada y que madame no calculó bien al elegirle «ahijado». Pero era mejor así. Un penado era siempre un penado y nadie podría quitarle a Bertin su asalto a mano armada a una tienda de tabacos y el grave error de dejar medio muerto a palos a su propietario.

Lanzó un sonriente *«Guten Tag»* e hizo crujir la mano de Bertin en un cordial saludo.

También éste pensaría que aquellos tres años haciendo planes para sacarle los cuartos a su hada madrina, la tejedora de jerseys, habían sido inútiles. A aquel monumento en roca viva no se le podría sacar nada, a lo sumo un jersey más, de aquellos que le arrastraban, y alguna tarta de cuando en cuando. No valía la pena despertar los celos de la *Rusa*, su compañera de toda la vida, que le había dado cuatro hijos y dos puñaladas en un mal momento, pero que le estuvo aguardando, como debía ser.

Duró la reunión del R. A. P. hasta la hora del almuerzo, y madame, excitada y agradecida, invitó a Fani a almorzar con ella y con Pietro. Resultó una comida agradable, porque todos estaban algo cansados, y los comentarios giraron acerca de los protegidos del R. A. P., demostrando que madame también podía tener a veces cierto sentido del humor.

Desde la escalera, al subir hacia su cuarto oyó el timbre del teléfono.

Un presentimiento especial le hizo estar segura de que aquella vez se trataba de Carlos Fontana, y no se equivocó. Oyó la voz que durante aquel fin de semana añorara a todas horas.

—¿Fani…?

—Hola.

—¿De qué color son tus ojos?

—Violeta… O azul oscuro…

—¿Con chispitas verdes?

—Si tú lo dices…

—Estoy en el café de la plaza. Necesito hablar contigo. ¿Puedes bajar?

—¿Es que has decidido hacer tu vida por este barrio? —preguntó, contenta.

—Algo parecido… ¿Vienes…? Se te va a enfriar tu café. Ya lo he pedido.

—Entonces, iré corriendo.

Fue recibida como cliente habitual en la pequeña y elegante cafetería.

Una de las clientes ancianas que solían jugar a las cartas estaba ya instalada en la mejor mesa, esperando a su contrincante. Su tarde se deslizaría entre bazas triunfales, enfados y reconciliaciones. El joven camarero de pelo largo y enormes bigotes lacios, que tenía diecinueve años y con tanto pelo representaba cincuenta y nueve, acudió solícito a quitarle la gabardina.

—Son violeta, efectivamente —saludó Carlos, contemplando sus ojos—. Hoy no tienes chispitas verdes. ¿Por qué?

—Se quedaron perdidas durante el largo fin de semana—. Tomó asiento frente a él y se miraron en silencio—. Hola —volvió a decir Fani—. Creo que te eché de menos.

—Para mí fueron dos días insoportables. ¿Dónde estabas?

—En las cumbres. Tirando bolas de nieve a todo el mundo, como es la obligación de los novatos. ¿Y tú? ¿Vas a darme alguna buena noticia?

¿Qué «buena» noticia podría darle Carlos Fontana?, pensó con una ligera opresión en el pecho. Podría decirle: «Apareció Cécile… y me la llevo de regreso a Barcelona.» O bien: «He dejado el asunto en manos de la policía y me vuelvo a Marruecos, a mi trabajo…»

¿Podría calificarlas de «buenas» noticias? Lo ignoraba y no quería darse a sí misma una respuesta definitiva.

—No ha habido novedad.

—Tampoco en casa. El abrigo de pantera continúa en el armario.

—Pasé el domingo en casa del notario de mi suegro. Es decir, del notario de Cécile. Es un agradable caballero, gran amigo del difunto barón. Nuestra conversación trató de intereses y… no fue un día demasiado alegre…, como puedes suponer. Pero yo no he venido a Suiza a divertirme

con amigos simpáticos que me enseñen a esquiar. —Atajando su respuesta, levantó con el dedo índice el mechón de pelo rubio que se le escurría a Fani sobre un ojo—. No cometas ese crimen.

La palabra «crimen» continuaba sobresaltándola.

—¿Qué crimen?

—Taparte ese ojo. Es igual de bonito que el otro. Deja que los dos me contemplen a la vez.

—Te contemplan, porque no es posible desarraigarte del paisaje… Pero debo decirte que tras este sábado y este domingo interminables, casi no me acordaba de tu cara.

—Yo sí me acuerdo de la tuya. —Volvió la cabeza y habló sin mirarla—: Tu nariz es pequeña y graciosa. Tu boca, carnosa y bien dibujada. Cuando te ríes no enseñas los dientes, y pensé que los tendrías feos, pero no es así. Inicias la sonrisa elevando las comisuras y envías la risa a los ojos, que se divierten a gusto. Es una peculiaridad tuya encantadora.

Fani se turbó profundamente.

—¿Cuándo has podido advertir todo eso…? Siempre pensé que me mirabas sin verme…

—Yo nunca miro «sin ver». Te vi toda a la primera ojeada. Con tu gabardina húmeda, tu cabello despeinado y tus ojos llenos de miedo. —Volvió los suyos hacia ella, sonriendo—. Yo no olvido fácilmente las cosas y las personas que me sorprenden.

—¿Te sorprendí…? Seguramente porque te llamé monstruo. No le llaman a uno monstruo todos los días…

—…ni le acusan de haber encerrado a su mujer en un manicomio, para apoderarse de su fortuna —concluyó él rápido.

No había olvidado tampoco nada de cuanto le dijera. Carlos Fontana no era hombre que olvidara, y estaba tratando de demostrárselo así.

Sus ojos, pardo dorado, parecían descubrirlo todo. Como Fani echara los terrones de azúcar en su taza y se olvidara de removerlos, él lo hizo por ella y la obligó a beber.

—Bebe; se va a quedar frío.

Seguidamente le ofreció un cigarrillo y se lo encendió.

—¿Tranquila…? ¿Cómoda…? ¿A gusto…?

Fani dijo que sí con la cabeza. Y, sin poder evitarlo, pensó en Claude y se la imaginó junto a aquel hombre enamorado de ella, sintiendo un nuevo pinchazo en el corazón, quizá de pena por Claude, que no pudo apreciar, a causa de su locura, el gran regalo de poseer un hombre como aquél. Bajó los ojos rápida, pestañeando, con el temor de que él, que todo lo adivinaba, pudiese leer también sus pensamientos. De repente y sin nada que lo hiciera prever, se oyó a sí misma decirle a Carlos:

—Espero que no seas tú… mi anónimo comunicante nocturno.

La idea absurda, increíble, le vino de repente a la cabeza. La voz española que la martirizaba al teléfono y que no estaba completamente cierta de que perteneciese a Raúl… ¿podría ser la de Carlos Fontana…?

El silencio se prolongó. La respuesta llegó con retraso. Quizá la sorpresa le impidiera contestar más de prisa.

—¿Qué has dicho?

—Pregunto si no eres tú el hombre que me telefonea por las noches… para matarme de miedo.

No se arrepentía de haberlo soltado. Ya estaba. Alzó la cabeza y esperó. Los latidos de su corazón repercutieron dentro de su cabeza. Miró a la mesa contigua. La segunda jugadora de cartas acababa de llegar, siendo recriminada por su amiga a causa del retraso. Tras de su mostrador, el *barman* hacía cuentas. Un muchacho con equipo de tenis entró y bebió una naranjada en la barra.

—…y anoche me envió un ramo de rosas… —añadió Fani, con la angustiosa tensión *in crescendo*.

Al fin, como si llegase de lejos, la voz ronca de Carlos, la voz de varón más grata que jamás oyera:

—¿Rosas…? ¿Llamadas…? ¿De qué estás hablando?

Sintió que un velo se descorría de su frente. ¡Qué estúpida había sido al sospechar de Carlos! ¿Por qué motivo iba a querer él atemorizarla?

—Desde que llegué a Ginebra, una voz de hombre me llama por teléfono. Al teléfono que está en mi cuarto y cuyo número no figura en la guía. No me ha dicho quién es, pero asegura que tenemos concertada una cita. Y me llama Fani-Fani.

—¿Fani-Fani…? —Carlos la miraba ahora sin pestañear, con interés evidente.

—Raúl me llamaba así. Decía que era como… como llamar al gato. *Fani-Fani…* No te rías, por favor.

—No estoy riendo —atajó, muy serio—. ¿Y qué más…?

—La primera noche estuvo muy amable… «Por fin has venido…», me dijo. Pero en seguida añadió: «Nos veremos en el sitio acordado…»

Se tapó la boca, para que Carlos no advirtiera la contracción del sollozo que se fraguaba en su pecho. Durante demasiadas horas había guardado aquel secreto tormento para ella sola.

Carlos retiró aquella mano y advirtió el temblor.

—Estás muy asustada. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

No contestó a su pregunta. Se limitó a añadir:

—El viernes me amenazó… dándome de plazo hasta el lunes para acudir a la cita. Pero yo te juro… —tragó saliva y procuró afirmar su voz—, yo te juro que jamás concerté ninguna cita con Raúl ni tuve la menor noticia acerca de él desde aquella horrible mañana en que la policía llamó a mi puerta, la mañana en que fue descubierto el desfalco… La noche anterior habíamos estado juntos en el cine. Después me acompañó a casa. —Saliendo al paso de la muda pregunta que él jamás se hubiera atrevido a formular, concluyó—: Por supuesto, él no subió. Se despidió como cualquier otra noche… dejándome en la puerta.

«Yo no me "realicé"», estuvo a punto de gritarle, exasperada. Pero hubiera sido un comentario fuera de lugar, que Carlos no habría entendido… Aunque Carlos solía entenderlo todo de una manera sorprendente.

—¿Un plazo hasta el lunes…? —repitió él—. Y hoy es lunes.

—Pero repito que no concerté cita con nadie… Ni jamás, en los buenos tiempos, hablé con Raúl acerca de Ginebra.

Él hizo una pregunta inadecuada:

—¿Por qué los llamas «los buenos tiempos»…?

Fani se quedó con la boca abierta.

—Quise decir «los buenos tiempos, antes de que la policía entrara en mi vida»… ¿Qué importa ahora eso? —Y como Carlos no repuso nada,

prosiguió—: Mi viaje a Ginebra surgió mucho después, inesperadamente y por mediación de mi cuñada. Nada tiene que ver con Raúl ni con la Financiera.

—Entonces… ¿por qué atribuyes a Raúl las llamadas?

—Porque él y sólo él me ha llamado Fani-Fani.

—Demostrando con ello muy poco ingenio.

Fani se apretó la frente con las palmas de las manos.

—Perdóname por haberte hablado de ello. Tienes bastante con tus propias preocupaciones. No quiero aumentártelas. Olvida lo que te he contado. —Consultó su reloj de pulsera—. Tengo que marcharme. He de ir al colegio a recoger a la niña. Primero a casa, a buscar mi coche.

—¿Puedo acompañarte…? No pienso dejarte sola hoy.

—Pero Anick…

—¿Qué puede importarle a Anick el conocer a uno de tus muchos amigos españoles?

—Echará a volar su fantasía.

—Siempre es bonito ver a las fantasías volando. ¿Vamos…? Tengo mi humilde coche en la puerta.

Era agradable saber que alguien temía por ella. Alguien que se preocupaba de protegerla. Aunque ese alguien fuese la misma persona que con mirada llameante la increpara hacía pocos días: «¿Qué ha venido a buscar a Dieudonné…?»

Cuando subían la colina en dirección al colegio, un pequeño coche negro les adelantó con cierta violencia, y Carlos tuvo que echarse hacia la cuneta, mascullando unas palabras duras.

—¿Está loco ese tipo…?

Un timbre de alarma funcionó durante el lapso de un segundo en el cerebro de Fani. Lamentablemente, el zumbido duró poco. El cochecito negro le recordó vagamente el que conducía Oriana durante su primera y única entrevista. Y creyó ver confusamente una melena rubia en el sitio del conductor.

Pero no dijo nada, porque atravesaban ya las verjas del jardín y la fachada del colegio se alzaba ante ellos.

—¿Es usted su novio…? —fue la primera pregunta de Anick, hecha de sopetón.

Y Fani miró a Carlos como diciendo: «¡Ya te lo advertí!» A continuación, como si no hubiese escuchado sus precipitadas negativas, Anick insistió:

—¿Por qué se ha sacrificado viniendo a buscarme, mademoiselle? A los amantes les gusta más estar a solas, según dice la televisión.

—Carlos es simplemente un amigo que nos va a invitar a helados.

—¿Puede venir Rosaleen?

Carlos asintió.

—Naturalmente. ¿Por qué no? —Y en seguida, un poco alarmado—: Siempre que no se trate de algún gran perro o de un oso…

Anick rió. Llamó a su amiguita americana y salieron los cuatro juntos.

Tomaron pasteles y helados en una terraza encristalada, sobre el lago. Un cuidado jardín daba acceso a ella, y por él se paseaban dos hermosos pavos reales. Parecían personajes de otra época, de un mundo ya acabado, con su elegancia, su altivez y su belleza.

Carlos supo mantener la atención de las niñas, hablando con ellas de interesantes cacerías en el interior de África. Una vez que las pequeñas concluyeron sus helados y decidieron visitar el jardín, los ojos de él volvieron a recuperar su seriedad y su inquietud.

—Si el número del teléfono de tu cuarto no figura en la lista de teléfonos, es lógico pensar que hay alguien en la casa complicado en el asunto.

—¡Alguien de la casa! —se estremeció Fani—. ¿Quién? No es posible. En absoluto.

—¿No comprendes que es evidente?

—No. No puedo pensar en algo tan absurdo. ¿Qué tiene que ver la familia de Vindry con Raúl y con mi existencia anterior?

—Pues tiene que haber alguna conexión. ¿Cómo surgió el ofrecimiento de este empleo de Ginebra? ¿Cuándo…?

Fani agitó la cabeza negativamente. Su limpia melena, salpicada de mechas doradas, brilló al sol.

—Ya te hablé de ello. Una compañera de colegio de mi cuñada fue profesora de Anick. Dejó el empleo al casarse, y, recordando sus relaciones con España, monsieur Laurent le escribió personalmente pidiéndole que le buscase una profesora española para Anick. No hay nada sospechoso en el asunto, absolutamente nada. Mi cuñada me mostró la carta de su amiga con la petición de monsieur Laurent… y yo decidí venir para acá. ¿Ves algo siniestro en el ofrecimiento? He pasado noches en blanco pensando en lo mismo, sin resultado.

—También me parece increíble que ese cínico ciudadano llamado Raúl haya decidido refugiarse en Suiza, donde existe la extradición para estos delitos comunes, en lugar de esconderse en Brasil, o México, o en tantos otros lugares donde sería difícil echarle el guante.

—También he pensado en ello.

Se miraron pensativos, preocupados.

—No pierdas el ánimo. Toma precauciones y cuida de tu personita —aconsejó él.

Las niñas volvían a la mesa, y decidieron regresar. Lentamente se dirigieron hacia el coche, aparcado en la salida.

Estaba medio aprisionado entre un gran *Ford* y una camioneta, y Carlos se sentó al volante para sacarlo de allí.

Luego les hizo gesto de que subieran. Anick y Rosaleen se instalaron detrás, y Fani dio la vuelta para sentarse junto al conductor.

En aquel preciso instante, un pequeño coche oscuro arrancó desde la esquina a gran velocidad, pasando junto a Fani y lanzándola sobre la cuneta. La brutal maniobra fue tan imprevista que, por unos segundos, todos se quedaron en suspenso, mientras el coche agresor desaparecía.

Carlos bajó de un salto y se inclinó sobre Fani, que trataba de levantarse. Estaba pálido y lanzaba maldiciones y exabruptos incontenibles.

—¿Te encuentras bien…? ¿Estás herida…? —preguntó al fin. Y viendo que Fani no se levantaba, la puso en pie y la apretó contra su pecho—. Santo Dios…, ¿te duele algo…? Habla, por favor…

Fani abrió los ojos y vio que Anick lloraba y que Carlos la tenía abrazada, mientras un grupo de gente se reunía alrededor. Las voces extrañas decían:

—Es preciso llamar a una ambulancia…

—Yo vi cómo el coche negro se le echó encima…

—No la muevan… Puede ser peligroso…

Abrió los ojos otra vez. El rostro moreno, quemado por el sol de Marruecos, estaba tan cerca… Sus brazos la mantenían en vilo. Le pareció que él la besaba en el pelo. ¿O estaba soñando…?

—Fani… Fani…, ¿te encuentras bien…

—Estoy… bien…, Carlos… —Pero si él la soltaba, volvería a caer, porque las piernas se le doblaban—. Vamos a casa…

Carlos la depositó en el asiento con mil cuidados. Fani vislumbró las gotitas de sudor que brillaban en su frente y la angustia de su mirada.

—No llores, Anick. Estoy bien… Ha sido el susto… Me parece que no tengo nada roto.

La gente intervino dando consejos:

—Hay una clínica en…

—Convendría que un médico la viera…

—Gracias… Muchas gracias; ya estoy mejor.

Y otras personas, con santa indignación:

—¡Y ni siquiera se detuvo, el coche asesino!

—Hay mucho asesino con carnet de conducir…

—Vamos a casa, Carlos —rogó Fani, impaciente.

Y Carlos puso el coche en marcha, mientras el grupo se disolvía. Pero se obstinó en hacer alto en una clínica, donde Fani fue reconocida por un médico joven, que les tranquilizó asegurando que Fani no había sufrido más que un susto y un fuerte golpe.

Ante la verja de la «Maison du Lac», mientras Anick y su amiguita entraban apresuradamente para pedir ayuda, Carlos avanzó con Fani en brazos y le preguntó en voz baja:

—¿Pudiste ver quién conducía?

Fani se estremeció y sintió una horrible náusea.

—Temo… que el accidente ha sido provocado. El conductor quería quitarme de en medio.

—¿Estás segura…?

Asintió con la cabeza. Todo pareció darle vueltas.

—Ese coche anduvo alrededor de nosotros toda la tarde. Pude echar un ligero vistazo a la persona que lo conducía… Estoy casi segura de su identidad…, pero, por supuesto…, no podría jurarlo. Sólo fueron unos segundos y no la vi de frente.

—¿Era una mujer?

A pesar suyo, Fani tuvo que confesar:

—Me pareció la madre de Anick. ¡Ojalá la niña no la haya reconocido!

XVIII

Ante la sorpresa de Fani, Laurent de Vindry regresó antes de la oficina, avisado por su hija del accidente ocurrido. Inmediatamente telefoneó a su médico, y Fani se vio enviada a la cama, mimada y atendida, y tuvo la oportunidad de conocer al anciano doctor Lacoste, último representante de la extinguida generación de médicos de la familia, afables, amistosos, con tiempo disponible para escuchar las penas de sus enfermos y hasta de meter baza en lo concerniente a bodas, bautizos y noviazgos.

Era muy bajito y muy grueso y, tras setenta años de hacer ensayos con su escasa pelambrera, para tapar la calvicie, había conseguido llevar el peinado más raro del mundo.

Después de un concienzudo reconocimiento, aconsejó dos días de cama y decretó lo mismo que su colega de la clínica: que Fani sólo padecía unas molestas magulladuras, y le recetó unas pastillas que él mismo sacó de su cartera de mano, igual que los médicos de aldea, que fabricaban antiguamente sus propias pócimas.

—Le pondrán como nueva; se olvidará del susto y no nos guardará rencor a los suizos por tratarla tan mal —dijo alegremente—. Puede darle la buena noticia a su novio.

—¿Qué novio…?

—Estoy seguro de que en cualquier parte del mundo habrá un hombre que reciba con gusto la noticia: Fani está ilesa. Sí, *ma petite*. El amor es siempre el mismo, desde que ocurrió aquellos que el pudoroso Chesterton definía como «el lamentable asunto de la manzana».

Y después de darle un suave cachetito en la mejilla, el doctor Lacoste, con sus zapatos para pies delicados, su sombrero para cráneos voluminosos, su abrigo de talla de elefante y sus guantes para manos infantiles, se

despidió risueño y volvió a lanzarse a la conquista del mundo. Con la seguridad de que su natural bondad le hacía conquistarlo diariamente.

Fani cerró los ojos y se sintió casi feliz. Pero negros pensamientos la asaltaron en el acto. Aún le parecía ver el aterrador coche negro lanzándose sobre ella. ¿Era posible que Oriana hubiera tratado de liquidarla…? La desesperada Oriana que dijera por teléfono: «Usted lo ha querido…» ¿Habría tratado, simplemente, de amenazarla? ¿De asustarla para que accediera a todas sus exigencias?

Recordando a la frágil Oriana Campi, con sus maravillosos ojos claros y su rostro angustiado y pálido, no le parecía posible que pudiera tener tales intenciones. ¿Sentiría celos de ella, por vivir en la intimidad de los Vindry, por su diario contacto con Anick? ¿Hasta dónde podrían llevarla los celos a cualquier mujer? No lo sabía. Jamás había sentido celos de Raúl. Siempre lo ignoró todo de su pasado y nunca pensó en preguntarle sobre él. ¿Para qué? Raúl había nacido para ella la mañana en que apareció por su oficina de la Financiera. Nada importaba la vida anterior. El presente era suyo y el futuro también lo sería.

El futuro… Nadie podía estar seguro de él. Ni Carlos Fontana, envuelto en la afanosa búsqueda de una esposa demente.

Recordó el calor de sus brazos y sus frases angustiadas. Y recordó también las palabras que él dijera por la tarde: «Si el número del teléfono de tu cuarto no figura en la guía, es lógico pensar que alguien de la casa está complicado en el asunto de las llamadas.»

Dio una vuelta en la cama y ahogó un gemido de dolor. Todos los huesos de su cuerpo clamaban por una inmovilidad absoluta.

¿Quién podría ser su enemigo en la casa de los Vindry? Nadie. La idea era increíble.

Abrió los ojos y vio a Anick sentada en el sillón a pocos pasos de ella. Había llevado al cuarto de Fani su propio televisor, creyendo que aquello le agradaría. Su amiga Rosaleen había regresado a su casa hacía ya un rato, y la paz reinaba en la «Maison du Lac».

«Te doy de plazo hasta el lunes…»

Y el lunes, alguien había intentado atropellarla con un coche. Matarla quizá.

Sonó el timbre del teléfono, y Anick atendió la llamada.

—Era para usted, mademoiselle. Se trataba de Antonio, el del garaje. Se interesaba por su salud. Quería saber qué había dicho el médico. Se lo he explicado, para que usted no tuviera que molestarse.

—Gracias, Anick. —Cogió una mano de la niña y la oprimió contra su cara. Anick pareció turbada por la caricia. No estaba acostumbrada a ellas —. La próxima vez que hables con Antonio deberás hacerlo en español, para que vea tus adelantos.

—Casi es la primera vez que hablo con él, mademoiselle. Apenas le conozco. Parece simpático.

Fani alzó la cabeza. La frase de Anick quedó flotando en el aire, como un globo molesto. Se incorporó a medias.

—¿Qué has dicho…, Anick?

La niña había regresado a su programa de televisión y se volvió sorprendida.

—¿Cómo…?

—Acabas de decir que apenas conoces a Antonio. Que casi es la primera vez que hablas con él.

Anick miró de reojo a la pequeña pantalla. La película era demasiado interesante para perdérsela.

—¿Por qué había de conocerle…?

—Tengo entendido que está a vuestro servicio desde hace mucho tiempo. Es joven…, simpático… y bastante charlatán.

Anick negó con la cabeza, y Fani tuvo un amargo presentimiento. La sensación de que algo estaba equivocado en sus convicciones. De que alguna ficha estaba colocada en mal lugar.

—Antonio llegó hace pocos días. Antes trabajaba aquí el viejo Luc, pero se puso enfermo y tuvo que marcharse a su tierra. Theo, el portero, se desesperaba por no encontrar ayuda… y entonces apareció Antonio… — Sacudió la cabeza y cayó de entre los rizos un lápiz que olvidara allí. Lo miró con sorpresa—. Ahora recuerdo que llegó el mismo día que usted. Oí que Berta le decía a Lisette: «Los españoles nos están invadiendo.»

—¡El mismo día que yo…! Pero si Antonio me dijo…

Trató de recordar lo que Antonio le dijera… Había tratado de darle la impresión de que trabajaba en la casa hacía mucho tiempo… De que conocía Suiza como la palma de su mano. ¿Por qué un chico tan extrovertido no había hecho hincapié en el hecho de que los dos compatriotas comenzaron a trabajar el mismo día en la «Maison du Lac»?

No podía comprenderlo. Algo fallaba en aquella historia.

«Alguien de la casa está complicado en el asunto de las llamadas», había dicho Carlos.

Pero… ¿por qué Antonio? Jamás lo había visto en su vida ni tenía por qué sentir ningún rencor contra ella.

Claro que para él hubiera sido muy fácil conseguir aquel número de teléfono que conectaba directamente con su cuarto.

Volvió a sonar el teléfono, y Anick lo atendió nuevamente. Al momento le entregó el auricular, con cara de vieja sabia, comentando:

—Es su *petit ami*. Me parece un tipo muy guapo. Rosaleen dice que es un *beau tenebreux*. La veo a usted condenada a unos amores malditos.

—Quería saber si todo iba mejor —dijo el «amante maldito».

Y Fani cerró los ojos para retener el grato sonido de su voz.

—Estoy muy bien. Ha venido el doctor Lacoste, médico de la familia. Me ha dado luz verde, a condición de que guarde dos días de cama.

—Estupendo. Estaré tranquilo sabiéndote quietecita.

¿También Carlos, como la abuela, aspiraba a tenerla «bien abrigadita»?

—Ha sido una pena que nuestra agradable tarde terminara así… —se lamentó ella.

—¿Te pareció agradable?

Recapacitó sorprendida:

—Sí. Casi estaba sintiéndome feliz.

Oyó la respiración de él, un poco alterada.

—La vida tiene aún que darte mucha felicidad —dijo con cierta melancolía—. Eres joven y, aunque ahora te parezca que tu mundo se ha desmoronado, aún te esperan las grandes emociones…

—Esa frase merecería acompañamiento de violín…

—Lo tiene. Los violines del otoño. ¿Recuerdas a Verlaine…? «Los sollozos de los violines del otoño…» Yo soy tu otoño.

—No me gusta que tus violines sollocen.

—¿Has oído a algún violín reír…? Y, dejándonos de músicas…, ¿hablaste con monsieur De Vindry? ¿Le pusiste al tanto de tus sospechas sobre el accidente?

—No tuve valor. Al fin y al cabo, pudo sólo ser una impresión mía.

—Pero ¡debes decírselo…!

Fani miró a Anick, que continuaba absorta en el televisor. No estaba segura de que no estuviera también escuchándola a ella. Anick era curiosa.

—No quiero perjudicar a una tercera persona.

—Yo también he tenido una noticia que me ha alterado. Al llegar a mi hotel, me esperaba *maître* Blanchard.

—¿Quién es *maître* Blanchard…?

—El notario de Cécile. La persona que administra su fortuna. Cécile le telefoneó esta tarde.

Fani lanzó una exclamación.

—¿Es posible…?

—Al parecer, fue un monólogo alterado, en el que *maître* Blanchard sólo pudo entender graves insultos, mezclados con palabras obscenas y sollozos. Quería dinero…, y cuando el notario le dijo afablemente, tratando de calmarla, que lo tenía en casa a su disposición y que podía ir a buscarlo, colgó, gritando de rabia…

Fani tembló de horror. Imaginó a Claude, en pleno ataque, solitaria, desolada, sin saber a dónde ir, y sintió un nudo en la garganta. Pobre Claude…

Y pobre Carlos, que debía de estar sufriendo un infierno.

No quiso hablarle de Antonio ni de sus repentinas sospechas. Sus propios asuntos le parecían insignificantes comparados con la pesadilla que él estaba viviendo.

¿Quién podía asegurarle que el accidente no hubiese sido fortuito y que el hombre o la mujer que casi la atropellara no estuviera ahora temblando de miedo, contándoles el percance a sus familiares?

Una melena rubia no quería decir nada. Algunos jóvenes las llevaban más largas y cuidadas que las propias mujeres.

—Fani, ¿estás ahí?

—¿Dónde quieres que esté…? Has tomado posesión de mi oreja —trató de bromear.

—Me gusta tomar posesión de una cosa tan bonita. No me la quites.

Sintió deseos de disipar la tristeza de su voz.

—No puedo repartir lotes sin ton ni son. Sería imprudente.

—Alguien podría ir conservando los lotes y formar un todo. Pero yo no lo haría —suspiró—. No tengo derecho a hacerlo. Buenas noches, pequeña Fani. Descansa tranquila. Yo me vuelvo a mis violines otoñales.

—¿Por qué no olvidas los violines y te bebes un *whisky on the rocks* en algún lugar donde toquen música alegre…?

—Abusé de todas esas cosas tratando de olvidar, y no sirven para nada. Me iré a dormir yo también.

—Buenas noches, Carlos Fontana, *beau tenebreux*.

—¿Cómo has dicho?

—*Beau tenebreux*. En español, «bello tenebroso». Las niñas te calificaron así. Es como si te hubieran dado un Oscar. Hasta mañana, *beau*.

XIX

Si en realidad hubiese sido «Jane Eyre», la protagonista de la novela de Charlotte Brontë, hubiera escrito en su diario: «Martes, día feliz.»

Pero como no era «Jane Eyre» ni escribía ningún diario, se limitó a pensar que aquel segundo día de cama resultaba agradabilísimo, como una tregua entre los sobresaltos pasados y los que aún pudieran llegar.

Por la mañana recibió la temprana visita, animosa y alegre, del doctor Lacoste, que, tras palpar de nuevo sus hematomas, la entretuvo con una grata charla sobre caza y pesca, a las que era muy aficionado. Y sus últimas palabras al alejarse fueron un consejo:

—…ya lo sabe, *ma petite*. Para pescar en ríos de agua turbia, mosca, cucharilla y lombriz.

Más tarde, todos fueron desfilando por su cuarto. Primero Laurent, a quien rápidamente se creyó obligada a explicar que el amigo que las acompañaba la tarde anterior era un ingeniero español que estaba en Ginebra para recoger a su esposa enferma.

Laurent agradeció la explicación y se limitó a responder con su cortesía habitual:

—No era necesaria esa aclaración, mademoiselle.

También recibió la visita de Andrée Dupin, que había vuelto a Ginebra para recoger unos vestidos del modista y encontrado «casualmente» a Pietro, quien la informó del accidente. Con su buena disposición habitual, llenó el dormitorio de risas, de perfume y de bombones para la enferma. Madame Leontine insistió para que se quedara en la «Maison du Lac», y Andrée no se hizo rogar. Al día siguiente, Pietro podría llevarla hasta Lausana, porque a ella no le gustaba demasiado el conducir.

Lisette aprovechó un momento de soledad para entrar con su «banco de pelos».

—¿Quiere verlo? ¿De quién creerá que es este rizo? Del presidente de Uganda. Tóquelo si quiere.

Fani obedeció por complacerla.

—¿No es fantástico poder tocarle el pelo a ese señor impresionante…? A veces me creo todopoderosa.

Entró seguidamente Anick, procedente de su colegio, donde había sido la heroína al referir, a medias con Rosaleen, el accidente de su mademoiselle. Se empeñó en ver los cardenales de la cadera, y tuvo que complacerla, para que la dejara en paz. Entre ambas estaba surgiendo una grata amistad, llena de confianza, que las aproximaba día a día. El rostro de Anick ya no parecía el de un animalito acosado.

En la parte negativa podían incluirse las dolorosas conversaciones telefónicas con su madre desde teléfonos ocultos, su mutua ansiedad por verse y su rencor por la injusticia de su padre para con ellas.

De todos modos, Anick empezaba a convertirse en una niña más normal, menos furiosa y a ratos alegre. Laurent había tenido una idea feliz al enviarla al colegio.

También Carlos volvió a telefonear. A la luz del día, el *climax* de la noche anterior parecía menos denso; pero le explicó, sin embargo, que el pobre *maître* Blanchard estaba aterrado porque Cécile telefoneaba cada hora, exigiendo que le dejase una maleta con dinero, indicando cada vez un lugar diferente para su entrega. Cécile estaba llegando al paroxismo. La crisis estallaría en cualquier momento.

—Te daré noticias.

—Ten cuidado… —dijo asustada, recordando la larga cicatriz del brazo, hecha con unas tijeras.

Anick entró al poco rato con un ovillo de lana y dos agujas de hacer media.

—Estamos aprendiendo en el colegio. Voy a intentar hacerle a usted un vestido.

—Será mejor que empieces con una pequeña bufanda… Siéntate. Ahora que estamos solas querría decirte una cosa. Eres una niña mayor y…

—Cielos. ¿Va a decirme a estas alturas que los niños no son un obsequio de la cigüeña…?

Fani tuvo que contener la risa.

—Se trata de Carlos Fontana. No es mi novio, aunque tú ya hayas echado las campanas al vuelo.

—Pues, entonces, lleva usted ese asunto con mucha torpeza. Hubiera jurado que Él la amaba —comentó suspirando, mientras se le escapaban seis puntos del tricot.

—Carlos Fontana está casado. Tiene una esposa, rubia y bonita, que estos días está un poco enferma. Es la dueña de ese abrigo de pantera que está en mi armario y que tú tanto admiras.

Se rascó la cabeza con una aguja.

—¡Ah! Se lo dejó usted birlar. Es una lástima. ¿Y cómo se llama ella?

—Clau…, es decir, Cécile.

—¿La conoceré algún día?

—¡Quién sabe!

—Bien, no puedo felicitarla por su actuación. Se ha condenado a sí misma a ser la «otra mujer». Por mi parte, haré la vista gorda.

—¡Anick…!

—Y, hablando de otra cosa, yo también quiero decirle algo. —Por un momento temió Fani que le hablase de Oriana y que su amistad pasara por una dura prueba—. Se trata de Rosaleen, mi amiga americana. Va a dar una fiesta en la Embajada. Una fiesta infantil.

—Estupendo. ¿Te ha invitado?

—Sí. Pero yo no quiero ir, porque todas las niñas llevarán vestidos preciosos. El de Rosaleen es azul, con ramitos color de rosa. Me lo ha dibujado en el cuaderno. Yo no tengo más que vaqueros y jerseys. Así no puedo acudir a la Embajada.

Empezaba a despertar su coquetería, pese a la voluntad de Laurent. Pese al rigor de Leontine y a la violenta oposición de los Vindry.

—Tiene usted que decirle a papá que necesito un vestido de fiesta. Pero que no esté elegido por tía Leontine. Me lo compraría en el mismo almacén donde se surte para sus protegidos del R. A. P. —Bajó la voz—: Tía Leontine me detesta porque me parezco a mi madre.

—No digas eso.

—Pero yo estoy muy contenta de parecerme a ella. Y cada vez quiero parecerme más.

Fani pasó la mano por su alborotado cabello.

—Hablaré con tu padre. Procuraré ser persuasiva. Pero no confíes demasiado…, no vayamos a llevarnos una desilusión. Si tu padre me dirige una severa mirada, me sentiré como un ratón atrapado en el cepo.

La imagen hizo reír a Anick, y riendo las encontró Laurent cuando entró a darles las buenas noches. Ambas se miraron y guardaron su secreto.

Al martes feliz siguió un miércoles reposado y tranquilo. Se incorporó en la cama, notando que sus magulladuras le dolían menos. Se dio un baño caliente para acabar de desentumecerse. El doctor Lacoste la encontró levantada cuando llegó a media mañana, y le devolvió su libertad, considerándola recuperada.

Fani bajó al jardín, con su idea fija de hablar con Antonio. Pero tropezó con Andrée, que paseaba sola, con aire malhumorado.

—Tía Leontine se ha encerrado con Pietro en el pabellón y no permite que les interrumpa. Están despachando el correo. —Hizo un mohín de disgusto y pegó un puntapié a una piedra—. Lo que ocurre es que la tía se está enamorando de Pietro. ¿Ha oído cosa más absurda…? Puede ser su madre.

Fani creyó prudente no contestar, y Andrée siguió, indignada:

—No escarmienta. Desde que quedó viuda está tratando de encontrar una historia sentimental. ¿No cree que debería buscarla entre la gente de su edad…? Podría encontrar a un rico banquero viudo y anciano y, de paso, dejaría en paz al pobre Laurent. ¿No se da cuenta de que me lo quiere meter por los ojos…? Pero Laurent no volverá a casarse; estaba muy enamorado de la pobre Oriana…

—¿Por qué dice «pobre Oriana»…?

—Siempre me pareció una buena chica. No tuve oportunidad de tratarla. Por aquella época, mi marido y yo vivíamos en Roma. La vi bailar una vez en Milán. El lago de los cisnes. Me pareció sublime. La pasión de Laurent por el arte le impedía retirarla de la escena, pero sufría unos celos dolorosos. Mi tío, el marido de Leontine, murió en Zurich, y mi tía se trasladó aquí. Oriana estaba a menudo ausente, y tía Leontine encontró muy

apasionante el coger las riendas de esta gran casa y administrar enormes sumas de dinero. Tan apasionante lo encontró, que decidió eliminar a su rival. Fue muy fácil, en el estado de celos en que Laurent se encontraba. Y ahí lo tiene, convertido en un hombre solitario, cargado de complejos y de rencores.

—¿No hubo posibilidad de arreglo? ¿Qué fue de ella?

Andrée se encogió de hombros.

—Su nombre se mantuvo en cartel unos meses. Marchó a Estados Unidos y luego a Rusia. Quizá se casó con aquel americano que fue motivo principal del divorcio.

—¿Motivo justificado?

—¡Cualquiera sabe…! Laurent estaba demasiado obcecado para ser justo. El exceso de amor es peligroso. Como el exceso de odio… —Se echó a reír—. Mi tía reina ahora en la «Maison du Lac» y desearía que Laurent eligiese una esposa rica, tímida y obediente, a la que ella dominara. En una palabra: A MÍ . Pero tía Leontine no es buena observadora. Yo podré ser ingenua, pero no tonta. Si algún día vuelvo a casarme, lo haré con un joven de mi edad que me enseñe a divertirme y que ría conmigo. Dispongo de una gran fortuna que me independiza. Seré yo quien elija, no mi tía Leontine. ¿Comprende?

Comprendía perfectamente y la deseó suerte. Le gustaba aquella mujer que sabía lo que quería y que se quedaría con ello cuando llegara el momento.

—Voy a recoger mis cosas, porque regreso a Lausana. Tengo a primera hora la inevitable reunión con mi administrador. Volveré este fin de semana probablemente. ¡Ah! Y guárdeme el secreto de cuanto le he dicho.

—Naturalmente.

Se apartó y volvió al cabo de un momento.

—¿Qué opina usted de Pietro?

—Me gusta. —Vio que los ojos de Andrée se agrandaban por la sorpresa y atajó—: Creo que es un buen chico que bajo su apariencia frívola esconde muy buenas cualidades.

Andrée la miró con fijeza.

—Él me dijo lo mismo de usted.

—Celebro coincidir.

—Pero… Anick me ha dicho que tiene usted novio.

Fani se echó a reír.

—Anick tiene demasiada imaginación.

—Bien. Si sale a la calle, tenga cuidado al cruzar. No lo haga sin la luz verde. Hasta pronto.

Fani dominó un ligero escalofrío. No tenía el menor deseo de atravesar la verja negra del jardín ni de salir a la calle. En la «Maison du Lac» se encontraba segura. Se dirigió hacia el embarcadero. La barca de Anick a medio pintar le recordó su primera entrevista con la niña. Tenía que hablarle seriamente y repetirle cien veces que Carlos Fontana no era su novio.

—Veo que se encuentra mejor, señorita Fani.

Por fin allí estaba Antonio, que le había seguido los pasos desde el garaje.

—Según me dijo la niña por teléfono, fue un milagro que el coche no la matara. ¿Cómo pudo ocurrir ese accidente?

La expresión de su rostro mostraba simpática inquietud, y Fani se torturó preguntándose si aquel muchacho de aspecto franco y juvenil era su amigo o su enemigo.

Sin responder a su pregunta, le atacó, preguntándole, a su vez, con cierta brusquedad:

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja usted en esta casa, Antonio?

Y percibió el sobresalto de él, que perdió la sonrisa y acusó el impacto.

—No demasiado tiempo. ¿A qué viene esa pregunta repentina…?

—A que el día de mi llegada…, que fue también el de la suya, si no me equivoco, usted quiso darme la impresión de que llevaba aquí mucho tiempo.

La morena tez de Antonio cambió de color, pareciendo de pronto más oscura. La sonrisa trató de surgir vacilante.

—¿Yo…?

—Me habló como lo haría un veterano sargento al soldado bisoño recién incorporado.

—Vaya…, señorita Fani. Está bromeando. —Afirmó un poco su voz—. No traté de darle ninguna clase de impresión. Me limité a ser amable… con

una compatriota.

—¿No hubiese sido lógico comentar que también usted acababa de llegar a la «Maison du Lac»…?

—Digamos que… quise presumir un poco ante usted. No veo que sea motivo para enfadarse.

—No estoy enfadada —atajó Fani—. Únicamente inquieta.

—¿Inquieta…? —Trató de reír—. ¿Por qué…? No le busque tres pies al gato.

—Es que… últimamente todos los gatos se me convierten en tigres.

—Yo no soy un tigre, señorita Fani. Míreme bien. Ni siquiera tengo uñas…

—Pero tampoco tiene manos de mecánico —se oyó decir a pesar suyo.

—¿Cómo…?

—Que no tiene manos de mecánico y que no me creo que su padre tenga un hotel en Segovia… ni que esté usted aquí haciendo un curso de no sé qué cosa…

—De hostelería. ¿No sabe que existe una gran escuela de hostelería en Suiza? ¡Vamos! ¿Qué le ocurre esta mañana…? ¿Acaso el accidente del coche la ha alterado más de lo que pensábamos…? —Se puso serio y extendió una mano—. Hagamos las paces y dígame quién conducía aquel coche asesino.

—¿Qué puede importarle?

—Me importa.

—¿Cómo quiere que yo sepa quién era el conductor? No pude verle.

—En adelante tenga mucho cuidado, señorita Fani. Quién sabe si el accidente no fue provocado…

—¿Qué le impulsa a decir eso…? ¿Quiere usted explicármelo…?

—Era, simplemente, una advertencia amistosa.

—¿Trata de meterme miedo?

—Piénselo bien. —Su cabeza se aproximó a la de ella, como si quisiera hacerle confidencias—. Piénselo bien —repitió—. Quizás alguno de sus amigos tenga algún grave secreto que guardar… y tema que usted lo revele. ¿No ha pensado en ello?

—No tengo amigos en Ginebra.

Tenía a Carlos. A Carlos, en quien confiaba ciegamente, sin saber exactamente por qué.

Pero… ¿y si las cosas no fueran tal y como él las explicaba? ¿Y si Claude estuviera huyendo de algún peligro auténtico, representado por el propio Carlos?

Sintió un loco deseo de llorar, pero no podía hacerlo delante de aquel nuevo Antonio que la escrutaba más y más.

—Está pensando en lo que le digo, ¿verdad?

—Pienso en que salí al jardín en busca de paz y usted está trastornándome con sugerencias estúpidas. ¿Qué es lo que pretende? ¿Asustar a la gente?

Repentinamente comenzó a temblar, un temblor nervioso que él advirtió y que borró su incipiente sonrisa, como si un rayo de luz hubiese dejado al descubierto las impresiones ocultas.

Miró a Antonio con mirada helada y habló en voz baja y tensa:

—No era Raúl quien telefoneaba, ¿verdad? Era usted, Antonio Alonso. Ahora reconozco su voz. ¿Por qué quería volverme loca de miedo?

Antonio retrocedió. Su juvenil rostro pareció repentinamente maduro. Fue a decir algo, y advirtió a espaldas de Fani la figura de madame Leontine, que acudía hacia ellos. Pietro la escoltaba cargado de papeles.

Siguiendo la dirección de su mirada, Fani los divisó también y, dando media vuelta, corrió hacia su habitación.

Precipitadamente empezó a escribir una carta a su hermano:

«Querido Juan:

» Quiero dejarlo todo y regresar con vosotros. O regresar al "Piso Tremendo”, para esconderme junto al arpa de la abuela.

»Ayer, un coche intentó matarme. Estoy rodeada de enemigos… Pero no me creerás… No me creerás…»

Rompió la carta y empezó a llorar.

XX

Por la noche y a instancias de Anick entró a hablar con Laurent en su despacho. Desde la conversación en la casa de Crans, algo en él había cambiado. No precisamente en su trato con ella, sino en su prolongado ensimismamiento, en su mal disimulada melancolía, en el rictus atormentado de su boca, sólo perceptible para los que convivían con él. Pasaba casi todas sus horas libres al piano, interpretando a Bach o a Beethoven con agresiva ferocidad. Cuando abandonaba el piano, la tensión de la casa disminuía, porque a ratos llegaba a ser insostenible.

—¿Podría hablar un momento con usted, monsieur? —preguntó Fani desde el umbral de la puerta.

Él alzó la cabeza del teclado e hizo una larga escala que cortó en seco. La miró como si no la conociera y por fin le dirigió una sonrisa:

—Pase, mademoiselle. No sabe cuánto me alegra verla ya repuesta del desagradable accidente. Siéntese, por favor.

Se sentó frente a él en el sillón a rayas blancas y verdes.

—Anick me ha rogado que interviniera para pedirle algo. Laurent alzó imperceptiblemente una ceja.

—¿Pedirme algo…? Suele hacerlo a menudo y personalmente. ¿Es que se trata de algo muy importante?

Fani sonrió, para no alarmarle.

—Teme que la juzgue mal si le pide un vestido nuevo.

—¿Juzgarla mal? Mi hermana Leontine tiene carta blanca para encargar lo que la niña necesite. Sabe que nunca hago la menor objeción.

Fani recurrió a su mejor acento persuasivo.

—Es que esta vez se trata de un vestido de fiesta, y Anick preferiría que su tía no interviniera en ello.

—¡Un vestido de fiesta! —repitió con sorpresa.

—Todas las niñas lo tienen. Anick, al iniciar su vida de colegiala, ha comenzado también una nueva vida social. Una vida que en mi opinión le resulta beneficiosa. Está menos huraña y más contenta. Supongo que ya lo habrá notado. Tuvo usted una gran idea al enviarla al colegio.

Laurent sonrió, agarró la pipa a medio encender que dejara sobre un cenicero y apretó el tabaco con un dedo que parecía a prueba de fuego.

—También he notado el beneficio de su amistad con usted.

Fani le devolvió la sonrisa. La conversación empezaba a convertirse en un torneo de cumplidos.

—La mejor amiga de Anick va a dar una pequeña fiesta. Una fiesta infantil, por supuesto. Se trata de la hija del embajador americano, que usted pudo ver aquí la noche de mi… del accidente. Es una niña muy agradable. Anick desearía aceptar la invitación, pero quiere llevar un vestido apropiado.

—¿Y bien…?

—No tiene ese vestido apropiado. La verdad es que sólo posee pantalones, camisetas y suéters.

Tras penosas chupadas, la pipa de Laurent lanzó un «pif, pif» tranquilizador y una nube de humo perfumado flotó en el despacho.

—Creo que recordará las conversaciones que hemos tenido en este lugar respecto a las posibles frivolidades de Anick.

—No es una frivolidad el que una niña trate de aparecer como las demás. Un vestido de fiesta es una necesidad social, monsieur De Vindry —defendió valientemente—. A menos que desee que Anick siga viviendo como un animalito salvaje, tendrá que hacer algunas concesiones.

—Nunca hago concesiones que puedan redundar en un perjuicio.

—En ese caso… diré a Anick que no puede ir a la fiesta. —Calló, esperando que él la contradijera, pero continuó fumando, con aire fastidiado —. Va á llevarse una enorme desilusión. Van a asistir muchas niñas de su mismo curso.

—No deseo que Anick empiece ya a trastornarse la cabeza pensando en fiestas. Tiene que comprender desde ahora que la vida es un asunto serio y que no venimos a este mundo sólo a cantar y a bailar.

Fani procuró sonreír.

—Cantar y bailar son cosas tan antiguas como la vida misma, monsieur De Vindry. Forman parte de ella. Pero recuerde que no se trata de una fiesta seria, naturalmente, sino de niñas que se divertirán jugando, viendo películas de dibujos y la actuación de un ilusionista contratado para ese fin.

Hizo un gesto con las manos, como si efectuara un ejercicio de prestidigitación, y consiguió el milagro de que Laurent de Vindry iniciara una sonrisa.

—Es usted una excelente abogado, mademoiselle Fani. ¿Por qué tiene tanto interés en que Anick acuda a la fiesta?

—Porque en este momento está rezando a todos los santos para que usted diga «sí». Y a mí me gusta verla feliz.

Laurent se levantó, revolvió en un cajón de su escritorio como si buscara algo, tosió, cambió de sitio un tintero de los que ya no se veían por el mundo y al fin dijo:

—Si usted cree que esa reunión no va a perjudicar su paz espiritual…

Fani se echó a reír. Una risa espontánea cuyos ecos la sorprendieron a ella misma. Hacía tiempo que no se reía con ganas.

—¡Alterarse su paz espiritual por una fiestecita de niñas…! Claro que no, monsieur De Vindry. Si usted consiente, yo misma llevaré a la niña a la Embajada y la recogeré a las siete. Y respecto al vestido…

—Ocúpese de él personalmente. Será mejor, en efecto, que Leontine no intervenga en ello. —Le firmó un cheque y se lo entregó—. Posiblemente necesitará también un abrigo y unos zapatos… Adminístrelo como le parezca y, si necesita más, haga que me envíen las facturas a la oficina.

Fani echó una mirada al generoso cheque.

—Habrá de sobra, monsieur Laurent. Anick va a sentirse feliz. No puedo contener las ganas de echar a correr para darle la buena noticia.

Laurent sonrió con la mirada y se sintió satisfecho de sí mismo.

Fue una noche tranquila, no alterada por ninguna llamada telefónica.

Tras su interrumpida conversación con Antonio, ya no sabía qué pensar. ¿Por qué se le habría ocurrido decir aquello? «No era Raúl quien telefoneaba, ¿verdad?… Era usted. ¿Por qué quería volverme loca de miedo…?»

Pasado aquel momento de ofuscación, se preguntaba a sí misma qué motivo le habría impulsado a decirlo, a acusar a Antonio de algo increíble. Ninguna relación existía entre su propia vida y la del encargado del garaje. El hecho de que la hubiese engañado en una cosa insignificante no le daba motivo para asociarlo con Raúl.

Sin embargo, tras su acusación, Antonio pareció absurdamente trastornado. Necesitaba volver a hablar con él. Un extraño desasosiego la embargaba. Un presentemiento, que le susurraba que algo no estaba claro y que debía desconfiar.

No llamó el supuesto Raúl ni tampoco Carlos Fontana, y cuando ella telefoneó al hotel, le dijeron que había salido. ¿Dónde podría estar a aquellas horas de la noche?

Si por fin Claude era encontrada, su incipiente amistad con Carlos acabaría. Claude sería llevada a otra clínica, y Carlos regresaría a Marruecos, a su trabajo al frente de su empresa constructora. Posiblemente no volverían a verse.

Trató de ahuyentar los pensamientos tristes y procuró dormir, para que el siguiente día la encontrase descansada y dispuesta para ocuparse de la ropa de Anick.

Se informó de cuáles eran las mejores tiendas de Ginebra especializadas en ropa de niñas, y a la salida del colegio se dirigieron juntas hacia el centro en el coche de Fani.

Como todas las niñas, Anick poseía una fantasía desbordante. Fue necesario frenarla en la elección de vestidos. Recordando los consejos de Laurent, consiguió que la pequeña se decidiera por uno elegante y sencillo, de terciopelo crema, que la hizo caer en éxtasis.

—Seré la más elegante de todas —comentó dando saltos en el probador de la *boutique*.

—No te muestres tan excitada delante de tu papá —aconsejó Fani.

El resto de las adquisiciones estuvo a tono con el vestido. Anick se instaló en la parte de atrás del coche para no separarse de sus paquetes.

Fani tuvo que calmarla.

—Si monsieur te ve en ese estado, nos enviará a ti y a mí al destierro y todas esas ropas bonitas se apolillarán en el armario.

Le daba lástima cortar su natural espontaneidad, pero consiguió aplacarla, aunque sus ojos continuaron alegres durante el resto del día. Después de la cena se empeñó en hacer en su cuarto una exhibición para Lisette y Berta, que subieron a verla.

No parecía la misma con sus nuevas galas. Su natural gracia se hacía evidente, y sabía lucir la ropa con gran soltura. Fani mandó recado a Laurent por mediación de Lisette, por si deseaba ver a la niña. Y él acudió al poco rato, contemplándola en silencio desde la puerta.

Un poco asustada, Fani le pidió su opinión.

—¿Hemos acertado con su gusto, monsieur…? —preguntó con timidez.

Tras una larga pausa, Laurent cedió, con su frialdad habitual.

—Han elegido bien —admitió, dando media vuelta.

Pero su comentario escueto no entibió la alegría de su hija, que le gritó desde la puerta:

—¿No crees que debería dejarme ver por tía Leontine, papá…?

A lo que su padre alegó que era mucho mejor no molestarla. Estaba retirada en su cuarto con dolor de cabeza.

Lo cual fue un alivio para todos.

A solas en el suyo, Fani volvió a sentir el punzante deseo de oír la voz de Carlos. Y volvió a marcar el número del hotel, para escuchar idéntica irritante respuesta: «Monsieur Fontana no ha regresado aún…»

Se sentía desvelada, sin ganas de acostarse. ¡Aquel terrible horario, al que no se podía acostumbrar…! Eran sólo las nueve de la noche.

Bajó al cuarto de estar en busca de un libro. Leontine poseía una pequeña biblioteca, que le autorizó a compartir. Encontró a Pietro recogiendo unos papeles antes de retirarse a su pabellón. Se alegró de encontrar alguien con quien hablar. Derivó la conversación hacia Antonio, el empleado del garaje, con el deseo de que Pietro pudiese aclararle algo. Pero se dio cuenta de que Pietro no sabía nada del asunto. Había sido Theo, el portero, quien aceptó al muchacho. Ignoraba de dónde había surgido, pero estaba seguro de que Theo no lo hubiese admitido sin buenas referencias.

Hablaría con Theo al siguiente día, decidió Fani.

Buscó un libro en las estanterías, seguida por la mirada de Pietro.

—¿Qué es lo que le preocupa, *ma belle…?*

—Nada importante. La verdad es que he tenido una tarde muy agitada recorriendo tiendas. Estoy sencillamente cansada.

Pero ahora me doy cuenta de que usted tampoco está muy animado. ¿Qué ha hecho de su fascinadora sonrisa?

—Tuve unas palabras con madame. Por eso se ha retirado a sus habitaciones con un supuesto dolor de cabeza.

Parecía un chico al que su madre hubiese regañado. Fani tuvo tentaciones de reír.

—¿Le pareceré indiscreta si pregunto el motivo?

—Esta vez, el motivo se llama Andrée.

—¿Madame Dupin?

—Claro. ¿No se ha dado cuenta de que ella es «Andrée entre todas las Andrées»…? Madame me obligó a que la llevara de regreso a su finca. La idea no partió de mí. Simplemente obedecí. Una vez en su casa, Andrée me invitó a comer y pasamos un glorioso día recorriendo la finca. Kilómetros y kilómetros de viña. Tengo la impresión de haberme convertido en uva. Soy un ciudadano del mundo con tal facilidad de adaptación que estoy seguro de que en España me convertiría en naranja. En Alemania, en salchicha. En Norteamérica, en chicle… En las viñas de nuestra querida amiga Andrée me transformé en una uva sabrosa, reventando de jugo… Después de la comida dormimos una maravillosa siesta.

La miró desafiante, esperando su comentario.

—No me escandalizan las siestas…, si eso es lo que está esperando de mí. Mi mente es sana y limpia. Supongo que dormirían la siesta cada uno en su sillón, arrullados por la televisión. He dormido tantas siestas así…

—Acertó. Es un fastidio que sea usted tan perspicaz. Me hubiera gustado que me acusase de haber seducido a Andrée… Lo cierto es que Andrée intenta seducirme a mí.

Fani le miró burlona.

—Pietro, es usted un fresco. ¿Pretende hacerme creer que Andrée se le insinúa…?

—No lo pretendo. Es la pura verdad. ¿Por qué cree que viene a esta casa tan a menudo? ¿Por Laurent? No le interesa lo más mínimo. Cualquiera se

daría cuenta. Y el desinterés es mutuo.

—¿Viene… por usted…? —trató de bromear.

Pero Pietro hablaba en serio.

—Por supuesto. Y desde que usted llegó, la vigilancia se ha hecho más intensa… Una chica bonita y joven bajo el mismo techo… Usted me ha beneficiado. Andrée empieza a perder su prudencia.

—¿Puedo saber hasta dónde piensa llegar?

—¡Ah! Por vez primera va a encontrar trastocados los papeles de los protagonistas. Es la mujer la que está poniendo el cerco. Y el galán dirá no mientras la meta no sea el matrimonio. Sí, *ma belle*. Como las grandes coquetas asediadas por reyes y tiranos, yo no me dejaré arrastrar por otra cosa que no sea el matrimonio. Andrée tendrá que consentir en ser madame Vergani… si pretende llegar a la consumación de nuestro amor. No se ría. No es cosa de broma. Estoy jugando a la jovencita virtuosa. Hoy me he visto con los ojos de la imaginación reinando sobre los viñedos, y decidí que aquél sería mi definitivo puerto de atraque. Andrée me gusta y su finca también. Ella puede darse el lujo de adquirirme… y yo no le daré gato por liebre. Estoy dispuesto a ser un marido modelo. Tengo buena salud, no fumo, no bebo, mi dentadura es perfecta… No tengo una sola dioptría… ¿Qué más puede exigírseme…? Le haré unos hermosos hijos que nos alegren la vida… ¿No es un gran negocio para los dos…? En el fondo, creo que soy un buen burgués.

—¿Leontine estará de acuerdo?

Pietro rió.

—Puede usted apostar a que no. Hoy, por primera vez, ha olido algo que le ha hecho entrar en sospechas. Se ha puesto hecha una furia conmigo y ha telefoneado a Lausana para poner como un trapo a su sobrina. La situación empieza a ser preocupante. Mañana le referiré el siguientee capítulo.

—Sus conspiraciones no me parecerían mal si alguna vez hubiese pronunciado la palabra «amor» —objetó Fani.

—Pero… *ma jolie*... El amor es sólo un gran alboroto… para nada… Es mejor olvidar las grandes pasiones, que sólo consiguen hacernos sufrir… y que el tiempo destruye y consume, como todo lo demás. Andrée me gusta y la haré mucho más feliz de lo que nunca fue con el pobre Dupin, que le

doblaba la edad. Su dinero habrá sido estupendamente empleado. Y ahora, si ha encontrado usted su libro, no la entretengo más. Guárdeme el secreto y, como buena española, rece por mí a San Antonio, a Santiago, a Santa Teresa y a San Javier, para que se arreglen los asuntos de su buen camarada. Son ya las nueve y media y debe regresar a su cuarto antes de que salgan los lobos y la devoren.

—Me retiro en el acto. Con su gran imaginación, puede creer que trato de seducirle.

—No, *ma belle*. No lo creeré. Usted aún está «inhabitada».

—¿Cómo debo interpretar esa palabra?

—Quiere significar que su corazoncito está intacto, sin estrenar. Las grandes pasiones aún no la han azotado…, aunque usted crea lo contrario. Quizás en cualquier momento empiece a sentir su corazón «habitado», y entonces notará la diferencia. Los radiadores empezarán a funcionar. —Consultó la hora—. ¡Ea!, márchese a su camita virginal. No sé quién dijo que llega un momento inevitable en la vida en el que cualquiera de los dos amantes mira su reloj.

—Le deseo suerte —se despidió Fani, sonriendo a pesar suyo—. ¡Ojalá consiga que ELLA le lleve al altar y haga de usted un hombre honrado! Hasta mañana…

«Inhabitada…», se repitió a sí misma mientras cerraba la puerta de su cuarto.

A veces, Pietro ponía el dedo en la llaga.

En aquel preciso instante sonó el teléfono…

XXI

Durante toda la mañana había actuado como una sonámbula por haber pasado la noche entera sin dormir. Después de recoger a Anick en el colegio, la ayudó a vestir, la peinó cuatro o cinco veces sin conseguir darle gusto y poco después la depositó en la Embajada americana, anunciando que la recogería a las siete. Anick desapareció en el interior con Rosaleen, que, efectivamente, lucía un vestido azul con ramitos rosa. El de terciopelo crema le ganaba en distinción.

Al volante de su coche, Fani paseó un rato sin ningún objetivo determinado. La conversación telefónica sostenida la noche anterior había sido aún más desagradable y aterradora que las otras, como si el anónimo comunicante hubiese roto las esclusas de su odio hacia ella.

—No has traído el dinero… No has acudido a la cita y has acabado con mi paciencia. Voy a hacerte pedazos, por traidora.

Frenética, había gritado al aparato:

—¿Qué dinero…? ¿Qué cita…? ¿Quién eres…?

Pero no obtuvo otra respuesta, durante mucho rato, que el sonido de una respiración agitada y una sarta de insultos, que jamás concluía.

Por la noche, sin conseguir dormir, tomó la decisión de regresar a Madrid, a refugiarse en su «Piso Tremendo», con su puerta de tres cerrojos, una barra de hierro y una cadena, mandados colocar por la abuelita. Allí se sentiría segura. Para no tener que pasar por delante de la Financiera, no saldría a la calle nunca más.

Se dio cuenta de que inconscientemente conducía su coche en dirección al hotel de Carlos Fontana. Necesitaba contarle a alguien sus desgracias. Alguien que la comprendiera y la aconsejara.

Había bastante tráfico a aquella hora. Un coche cercano insultó con el claxon al coche delantero, quien le devolvió la gentileza con otros

decibelios exasperados.

El hotel de Carlos estaba emplazado en el barrio antiguo, según él mismo explicara, detrás de una iglesia gótica convertida en auditorio calvinista. La mayoría de los viejos edificios hablaban de la Reforma.

Pasó junto al Museo de los Relojes, que le hubiese gustado visitar en mejor ocasión. Pero ya nunca habría «mejor ocasión». Aquel calvario de amenazas nocturnas iba a terminar por decisión propia. Por falta de energía para continuar.

Aparcó en una plaza silenciosa y entró en el pequeño hotel de fachada de piedra gris, con un león en la puerta y una insignia que lo presentaba como «Hotel du Lyon», para que no cupiese duda.

En el vestíbulo, alfombrado con un viejo tapiz de flores azules y amarillas, una doble puerta de cristales dejaba paso a un pequeño bar discreto, donde estaban reunidos los clientes del hotel. Olía a buenos cigarros, a actividad y a paz.

Al saber que Carlos estaba ausente, se refugió allí, en espera de que pudiera llegar de un momento a otro. De cualquier modo, no tenía ninguna otra cosa mejor que hacer.

Se instaló ante una mesita apartada y pidió un café. Recostó la cabeza en la pared y cerró los ojos. Se sentía cansada de Ginebra y de sí misma. De Ginebra podría huir…, pero no era fácil salirse de la piel de Estefanía Navarro.

¿Qué estaba haciendo allí, en un café de un país extraño, esperando a una persona extraña que ni siquiera estaba segura de que fuera su amigo?

Al abrir los ojos, un gran rato después, el espejo de la pared le devolvió su propia imagen, la imagen de una chica esbelta, pálida y ojerosa, con una melena alborotada en varios tonos de rubio.

Pero más allá, en el otro extremo de la sala, el mismo espejo le ofreció otra imagen: la de Carlos Fontana sentado frente a una mujer, una interlocutora a la que Fani sólo pudo ver de espaldas. Ambos parecían absortos en una apasionante conversación.

Un pelo liso y dorado. Una espalda esbelta, con fina cintura. Unas piernas largas y bien formadas…

«¡Claude!», se dijo.

Porque sin duda alguna era Claude sosteniendo un interesante diálogo con su marido. Nada en el aspecto de la mujer denotaba la menor anormalidad. Carlos se inclinaba hacia ella sonriente y animado.

Por suerte, ninguno de los dos la habían visto adormilada en el rincón, transida de miedo y de angustia, esperando una palabra amiga que ya no llegaría.

¿Por qué le habían mentido? ¿Por qué todo aquel trabajo de urdir tan absurda historia de la locura de Claude, de su huida con un pasaporte falso…? La cabeza le daba vueltas.

Desde que abandonó España, había estado bajo su vigilancia. Primero, de Claude. Después, de Carlos. ¿Qué es lo que buscaban? ¿El dinero de Raúl? Aquel dinero cuyo paradero todos creían que ella conocía.

¿Cómo no se le había ocurrido pensar antes que el dinero estaba en el fondo de todo el tenebroso asunto? Los centenares de millones de la Financiera.

¿Y Antonio? ¿Qué papel jugaba Antonio en el melodrama? ¿También Antonio estaba envuelto en él, o simplemente creía ver enemigos en todas partes?

Se subió el cuello del abrigo y dejó el dinero del café sobre el platillo. No quería llamar la atención. El ventanal de cristales junto a su mesa era, afortunadamente, una puerta por la que podía salir directamente a la calle. Se levantó apartando la silla sin ruido y salió velozmente en dirección a su coche. Tenía la impresión de que todos los ciudadanos de Ginebra la miraban desde sus ventanas. Hasta el león de piedra de la entrada le pareció hostil, como si en cualquier momento fuera a lanzar un rugido y a darle un zarpazo.

Su coche fue un maravilloso refugio. Huyó en él, llorando a lágrima viva, con un dolor hondo…, infinitamente profundo.

Había creído en Carlos, y él la había defraudado. La sensación era amarga, desproporcionadamente amarga, si se tenía en cuenta que tan sólo hacía unos días que le había conocido. Pero preciso era confesar que Carlos Fontana la había fascinado desde la primera mirada. Desde el instante preciso en que, con ojos furiosos, le gritó: «¿Qué está haciendo en Dieudonné…?»

Evocó sus momentos de confiada charla y los breves contactos de sus manos, que la estremecieron de pies a cabeza. Nunca Raúl ni su contacto, ni siquiera sus apasionados besos, habíanle producido aquel efecto de felicidad paralizante, de bienestar físico, delirante, que le produjera cualquier roce con la ropa de Carlos, los dedos de Carlos, la mirada de Carlos.

Absurdo…, absurdo…

Él pertenecía a otra mujer. Le había pertenecido siempre, y había jugado con su corazón, aquel corazón inhabitado…, según Pietro.

Se lo contaría todo a Laurent. Se pondría en sus manos. No era justo ocultarle una intriga así. No era justo que confiara su hija a una persona que vivía amenazada por una sombría conspiración.

Se dio cuenta de que conducía demasiado de prisa. Al llegar a la Basse Ville recobró la cordura y se dijo que no ganaría nada siendo multada. Cruzó el lago por el Pont des Bergues y consiguió aparcar en la otra orilla, cerca del Jet d'Eau, que en aquel momento lanzaba su columna de agua al cielo, una columna de ciento veinte metros de altura. Pero ni siquiera la contemplación de la columna de agua conseguía retener su mirada. Apoyó la cabeza en el volante y cerró los ojos.

La sacó de su ensimismamiento el ruido de la lluvia. Había comenzado a llover. El lago, tan azul momentos antes, habíase convertido en una mancha plomiza y helada.

Eran ya más de las siete y no tenía otro remedio que acudir a la Embajada. Por suerte, no estaba lejos.

Se empolvó la nariz, tratando de disimular los desperfectos del llanto. Se peinó ante el espejo retrovisor y se pintó los labios. Anick quizá no notara nada, entusiasmada con los detalles de su fiesta.

El portero de la Embajada le indicó que las niñas se habían marchado hacía quince minutos. Consultando en el interior, volvió indicando que también Mademoiselle De Vindry había sido recogida por un familiar.

¿Quién habría acudido a recoger a Anick? ¿Quizá madame Leontine, que, presuntuosa como siempre, hubiera querido hacer acto de presencia en la Embajada? ¿O el propio Laurent, nervioso e inquieto ante la primera deserción de su pequeña…?

Regresó a casa de prisa, con el agua azotando los cristales del coche.

Posiblemente, Carlos telefonearía más tarde. Ignorante de que había sido descubierto, le diría otra vez que Cécile continuaba sin aparecer… ¿Qué juego se traía entre manos?

La lluvia arreciaba. La varilla del limpiaparabrisas se agitaba de este a oeste con monotonía hipnotizante. Tuvo que detenerse ante una estación de gasolina porque llevaba el depósito a cero.

En la «Maison du Lac», todo estaba en calma. Abrió la puerta Lisette, quien la despojó del húmedo abrigo. Corrió a su cuarto a cambiarse de zapatos. La muchacha la siguió hasta el umbral, mirándola con cierta sorpresa.

Fani miró a su vez, interrogadora.

—¿Ocurre algo, Lisette?

—Nada, mademoiselle. Me preguntaba dónde está la niña. Creí que vendría ccn usted.

Fani dejó caer un zapato al suelo.

—¿La niña aún no ha llegado?

—Quedó convenido que usted la traería.

—Vengo ahora mismo de la Embajada. Me han dicho que alguien de la familia fue a buscarla.

—Monsieur De Vindry llegó hace rato. Y llegó solo. Está en su despacho.

—¿Madame y Pietro…?

—Se fueron a Lausana poco después del almuerzo. Madame parecía estar de un humor terrible.

Una campana de alarma comenzó a repicar dentro de la cabeza de Fani. Su ruido descompasado aumentó por momentos.

Descalza, sin poder dominar el temor que la embargaba, echó a correr hacia el despacho de Laurent. Entró sin pedir permiso y, al ver su arrogante cabeza inclinada sobre la mesa de trabajo, se sintió intimidada, como le ocurría siempre ante su presencia. Los ojos un poco altivos y soñadores la miraron con sorpresa. Llevaba puestas una gafas de aros oscuros, que se quitó para mirarla.

—¿Mademoiselle…?

—¿Dónde está Anick…, monsieur De Vindry…?

Viéndola tan agitada, Laurent se levantó y acudió hacia ella. Miró sus pies descalzos y luego escrutó su alterado rostro.

—¿Anick? Supuse que habría usted ido a recogerla a la Embajada. ¿No es ya un poco tarde…?

—Vengo directamente de allí. La fiesta acabó hace media hora. Me dijeron que Anick se marchó con alguna persona de la familia. Supuse que habría sido con usted mismo, monsieur.

Laurent miró a Lissete, que había seguido a Fani y que escuchaba junto a la entrada.

—¿Dónde están madame Leontine y monsieur Pietro…?

—Acaban de telefonear desde Lausana. Se quedarán allí hasta mañana. Se fueron después del almuerzo.

Laurent las miró perplejo. La alarma se fue haciendo visible en su rostro.

Lisette, que en los momentos cumbres solía perder sus actitudes infantiles, señaló:

—Si Anick se aburría en la fiesta, la creo muy capaz de haberse largado sin decir una palabra.

—Sí. Pero ya estaría aquí.

—¿Y si se ha ido a casa de alguna amiguita?

Laurent agitó la cabeza.

—Anick no haría una cosa así sin avisarnos. Sabe que siempre estoy inquieto por ella. —Haciendo un gran esfuerzo para no perder la serenidad, indicó a Fani—: ¿Quiere telefonear a la Embajada, mademoiselle? Procure hablar con la amiguita de Anick. Ella sabrá algo.

Tardó algunos minutos en conseguir a Rosaleen al otro lado del hilo. Se dio a conocer, y la niña le explicó amablemente que casi todas sus invitadas se marcharon a la vez, porque la fiesta se dio por concluida a las siete. No sabía con quién se había ido Anick. Habíale dado un beso de despedida, asegurando que se divirtió muchísimo. Habíanse reunido treinta amigas y tuvieron payasos y marionetas. ¿Es que le ocurría alguna cosa a Anick…?

Fani explicó que aún no había llegado y cortó la comunicación.

Los tres se miraron consternados.

—Con treinta niñas, es imposible que los porteros o los policías de guardia en la Embajada se fijaran con quién iba cada niña. Solamente en el caso de que Anick se fuera… contra su voluntad.

La idea les hizo fruncir el ceño a todos y respirar más de prisa.

—Pero eso no puede ocurrir en un sitio lleno de gente y de policías —sugirió Lisette—. Y Anick no se asusta fácilmente.

—Debemos esperar un poco… Son las ocho…

«¿Esperar qué…?», pensaron los tres a la vez. Pero nadie se atrevió a decirlo en voz alta.

Fani regresó a su cuarto para calzarse. Cambió la blusa por un jersey grueso, porque se sentía helada a pesar de la calefacción. Oyó voces en el vestíbulo y bajó en seguida, para encontrarse a Laurent hablando con Antonio y con Theo. Ninguno había visto a la niña. Ni tampoco Berta, que salió de su cocina, asustada.

—¿Ocurre algo malo, señor? —inquirió Antonio en correcto francés.

Ni siquiera miró a Fani, como si jamás hubiera intercambiado la menor palabra. Quizá de aquel modo trataba de mostrarse ofendido y hostil.

El esfuerzo de Laurent por controlar sus nervios parecía transformar su voz, casi desconocida.

—¿Nadie ha visto a Anick desde que salió con mademoiselle hacia la fiesta…?

Todos aseguraron que no.

Antonio volvió a insistir:

—¿Ocurre algo con la pequeña?

Pero Laurent fingió no oír, como si no quisiera aceptar el hecho de que algo irregular y alarmante empezaba a tomar cuerpo.

—Vamos a la Embajada, mademoiselle. Tiene que haber una explicación.

Tampoco aclararon nada en la Embajada, a pesar de que Rosaleen y sus padres les atendieron personalmente. Los porteros y los policías volvieron a asegurar que las pequeñas invitadas se dispersaron sin el menor incidente.

La inquietud continuó aumentando más y más. Los policías les aconsejaron esperar un poco. A menudo ocurrían contratiempos que tenían lógica explicación.

Desde una cabina de la calle, Laurent telefoneó a su casa. Lisette lloraba a voces al decir que Anick continuaba sin aparecer.

Bajo la luz de un farol, Fani y Laurent se miraron consternados.

—Ha sido su madre —dijo él entre dientes—. Estoy seguro de que ha sido su madre. Por eso Anick se ha marchado con ella sin rechistar.

Pareció envejecido de pronto. Dejó caer los brazos pesadamente a lo largo del cuerpo y miró hacia el cielo encapotado, del que seguía cayendo la lluvia.

—Hace dos días volvió a telefonear, monsieur Laurent. Al no acceder yo a sus pretensiones, colgó el teléfono con una frase que me asustó: «Usted lo habrá querido…» Poco después me ocurrió lo del coche, y no encontré momento para hablar con usted de ello.

Tampoco encontraba ahora el momento para hacerle partícipe de sus sospechas acerca de la persona que conducía el coche agresor. No era capaz de aumentar su inquietud en aquel momento.

—¿No le dio su dirección en Ginebra? —preguntó escuetamente—. ¿O algún teléfono a donde llamarla…?

Fani recordó de pronto.

—Espere… Aún debe de estar en el bolsillo de mi gabardina. En efecto, me dio un papel con sus señas. —Abrió la portezuela del coche y buscó en el interior la gabardina dejada allí—. Aquí está.

Le entregó el papel arrugado, que él leyó a la luz del farol.

—Vamos allá —dijo con voz apremiante.

Avanzaron otra vez por los barrios de la ciudad antigua, que Fani visitara aquella misma tarde, con la muerte en el alma. Cerca estaba el hotel de Carlos, en donde pasara momentos amargos. Pero ahora aquello parecía lejano. Una urgencia nueva borraba todo lo demás.

Anick. Era necesario encontrar a Anick.

Hacía frío. Laurent encendió la calefacción del coche con un gesto automático. Su correcto perfil, atormentado, se destacaba entre la penumbra del interior, a veces rota por las luces verdes, rojas o amarillas del tráfico. La ciudad parecía sepultada por el agua. Las chimeneas vomitaban hollín; el asfalto relucía de lodo y de grasa; la lluvia caía sucia, como agua ya usada.

Laurent detuvo el coche frente a un portal estrecho y mal iluminado. Consultó el número, comparándolo con la dirección del papel.

—Debe de ser aquí.

—¿Le espero en el coche?

—Suba conmigo, por favor.

Avanzaron hacia la escalera. Laurent buscó en los buzones del correo el nombre de Oriana.

—Primer piso.

No era una casa de lujo, pero tampoco una casa pobre. Simplemente, un edificio antiguo y limpio, que mantenía su dignidad.

No había ascensor. Delante de la puerta, Laurent escuchó un momento. Fani contuvo la respiración. No se escuchaba el menor ruido. El rostro de Laurent parecía tallado en piedra, en una inmovilidad difícil y extática.

Nadie respondió a la repetida urgencia del timbre. Laurent repitió la llamada con los nudillos, y, a la presión, la puerta se abrió sola, dejando ver el interior iluminado. Un pequeño salón, a la sazón vacío.

En el umbral permanecieron quietos, incómodos. Al fin avanzó él con decisión.

—Oriana…

Seguramente era la primera vez en todos aquellos años que pronunciaba el nombre en voz alta. Un nombre cuyo solo sonido le torturara durante tantas y tantas noches solitarias. Noches de celos, de desesperación y de furia.

Indudablemente, en el piso no había nadie. Pero ¿por qué estaba la puerta abierta y las luces encendidas?

—Oriana… —repitió Laurent con decisión.

Y avanzó hacia el interior. Fani le siguió sin esperanza.

En efecto, no había nadie. Sus ilusiones se venían abajo.

XXII

En el salón, un piano, un sofá de raso amarillo, una alfombra de colores suaves y algunas mesitas sosteniendo pantallas que iluminaban discretamente. Sobre el piano, muchas fotografías. Viendo que Laurent se detenía a mirarlas, Fani miró también. Vio a un Laurent más joven y risueño sosteniendo sobre sus hombros a una pequeña Anick que se agarraba a su pelo y reía alocada. Y vio también la espléndida belleza de Oriana, realzada por su blanco traje de bailarina de *ballet.* Y muchas fotos más, recordando momentos felices, en los que la imagen de Laurent estaba siempre presente.

Fani oía su agitada respiración y se sintió intrusa, deseando desaparecer de una escena en la que no le correspondía ningún papel.

—Aquí no hay nadie —comentó él al fin, con voz ronca, casi desconocida.

Y en aquel preciso instante, ambos fueron conscientes de que alguien acababa de entrar y a la vez miraron hacia la puerta, donde Oriana les miraba estupefacta.

Venía de la calle, sus rubios cabellos estaban húmedos y era portadora de un gran paquete de comestibles que dejó sobre una mesa. Fani adivinó que había bajado un instante para hacer unas compras precipitadas, dejando la puerta entreabierta y las luces encendidas.

Vestía un abrigo azul marino, y el cabello, desordenado, le caía sobre los hombros. Algo en ella le resultó familiar a Fani, sin poder precisar el qué. Tuvo la impresión de que de pronto iba a adivinar lo que hasta aquel instante le pareciera confuso, pero la impresión pasó, no pudo retenerla y sólo quedó la sensación ingrata de haber estado a punto de saber algo importante.

¿Era aquélla la mujer que había intentado matarla con su coche…? Viéndola tan pálida, tan frágil y tan temblorosa, como si estuviera a punto

de desmayarse, le costaba trabajo achacarle deseos criminales.

Oriana tuvo que apoyarse en la mesita para no caer, y parte del paquete de las compras se derramó sobre el sofá. Unas latas rodaron a los pies de Fani, que las recogió presurosa. Y una barra de pan quedó sobre una silla, como un objeto absurdo y fuera de lugar.

Oyó que Oriana susurraba:

—¡Dios mío…! Laurent…

Sin añadir nada más, como si aquel milagro de encontrar dentro de su casa a Laurent de Vindry la privase del menor movimiento.

Sin duda, en muchas noches de insomnio habría idealizado escenas como aquélla. Laurent, entrando a buscarla para reanudar su vida feliz. Pero los años llenos de soledad minaron ya sus hermosas esperanzas. Los bellos ojos claros sólo expresaban asombro y quizás alarma.

Avanzó hacia él y preguntó en el mismo tono, sin exasperación ni odio:

—¿Ocurre algo…?

La mirada de Laurent parecía nublada; sus ojos, mucho más oscuros; su voz, desprovista de matices. Cada uno de los latidos de su corazón estaba férreamente controlado.

—¿Dónde está Anick?

Las pupilas de Oriana se dilataron de temor.

—¿Anick…? —Por primera vez miró a Fani, como si acabase de descubrirla, pero dio la impresión de no reconocerla, y con voz vibrante de inquietud preguntó—: ¿Qué le pasa a mi hija?

—Vengo a preguntarte dónde está.

Siguió un breve silencio, mientras la idea se abría paso en el cerebro de Oriana.

—¿Cómo quieres que yo lo sepa…? ¿Es que… es que no sabes lo que ha sido de ella…?

—No está en casa.

—¡¿Que no está contigo…?!

—Lo sabes muy bien —subrayó sin rodeos—. ¿Dónde la tienes escondida…?

De la garganta de Oriana salió un gemido, un sollozo de temor y de angustia.

—Pero… ¿qué disparates estás diciendo?

Sin dejar de mirarle, se despojó de la bufanda y del abrigo, que tiró sobre una silla. Su grácil figura, vestida con un pantalón y un jersey ajustados, se destacó contra la cortina floreada de la ventana.

—¿Qué le sucede a la niña? —dijo llevándose la mano a la boca, como si le dohera al emitir aquella pregunta.

—Anick ha desaparecido. Tiene que estar aquí.

Oriana se tambaleó, acusando el golpe.

—¿Aquí…? —Miró alrededor, no pudiendo dar crédito a sus palabras—. ¿Aquí…? —Agitó la cabeza negativamente una y otra vez, y la suave melena dorada voló alrededor—. No he visto a Anick desde hace días… Demasiados días… —gimió—. ¿Por qué pretendes que la niña está conmigo?

—Porque… no puede estar en otra parte —concluyó duramente.

Sus miradas se cruzaron, quedando presas la una de la otra. Fani, testigo de la dramática escena, hubiese deseado desaparecer, pero había caído en un cepo del que no le era fácil salir. Ante sus ojos se enfrentaban un hombre y una mujer que en tiempos se amaron locamente, ciegamente, y que ahora se desafiaban sin clemencia, en el pequeño saloncito, en cuyo ambiente flotaban las insatisfacciones, la soledad y el rencor.

—No he visto a Anick —insistió—. Hablé con ella por teléfono esta mañana.

—¿Esta mañana…? —se indignó Laurent, ante la desobediencia de su hija.

—Quería decirme que iba a una fiesta y que le habías comprado un maravilloso vestido. Estaba muy contenta. ¿Cómo puedo pensar que no estás engañándome ahora? ¿Es otro de tus trucos?

—Nunca te perdonaré si has inducido a Anick a hacer algo que pueda perjudicarla —repuso Laurent con las mandíbulas apretadas.

—¿Perjudicar yo a mi hija…? —se volvió furiosa hacia Fani—. ¿Cómo ha podido perderse la niña?

Fani trató de afirmar la voz:

—Alguna persona desconocida fue a buscarla a la Embajada americana, donde se celebraba la fiesta. El portero cree que se trataba de una mujer. Al

parecer, Anick se fue con ella.

Oriana gritó:

—¡Ella no se hubiese ido nunca con una desconocida…!

—Estoy convencido de ello. Por eso vuelvo a preguntarte: ¿qué has hecho de Anick…?

Los ojos de la antigua bailarina relampaguearon.

—Hace tiempo que perdí la esperanza de que dieses crédito a mis palabras —dijo con voz baja y tensa—. La opinión de cualquier otra persona fue siempre tenida más en cuenta que la mía. Pero esta vez no admitiré tus calumnias. Tú eres el responsable de Anick y tienes que darme cuenta de ella. ¿Qué le ha sucedido a mi hija…? —gritó desesperada. Y golpeó el pecho de Laurent con los puños cerrados.

Fácilmente sujetó él aquellas manos, y ambos se desafiaron, jadeantes, maltrechos, aterrados…

Un reloj lejano dio las diez de la noche. Las gotas de lluvia repiqueteaban sobre el cristal de la ventana. No sabiendo a dónde mirar, Fani siguió con los ojos las vicisitudes de la hoja de un árbol, aplastada contra el vidrio y empujada por el viento.

Para romper la densa nube de electricidad, cada vez más voluminosa, Fani intervino:

—¿Podría utilizar su teléfono, señora Campi…? Convendría volver a llamar a casa, a ver si han recibido alguna noticia.

Y ambos dejaron de mirarse, de desafiarse, para contemplar el pequeño aparato blanco colocado sobre una mesa llena de libros.

—Sí… Por favor… —dijo Oriana.

En seguida tuvo a Lisette al otro lado del hilo. Anick no había aparecido. Pero Rosaleen había vuelto a telefonear para pedir noticias y dijo que una de sus amigas vio a Anick subir a un pequeño coche negro, con una señora rubia. No era la madre de ninguna otra niña que se hubiese ofrecido a llevarla a casa. Iban las dos solas.

Una señora rubia…, un pequeño coche oscuro.

—¡¡Pero no era yo!! —gritó Oriana, enloquecida—. ¡No era yo! ¿Cuál de tus amigas rubias puede haber tenido el capricho de llevarse a nuestra hija…?

Por primera vez, Anick se convertía en «nuestra hija», en lugar de «mi hija» o «tu hija». El peligro y la desgracia comenzaban a tejer con hilos invisibles un cañamazo en el que ambos quedaban presos, sin posible escapatoria. Presos y tremendamente unidos.

—No finjas, Oriana —habló su marido—. Confiesa la verdad…, y sólo así podré disculparte. ¿Por qué has hecho esto…?

Los ojos turquesa le lanzaron una mirada de desprecio.

—Podría contestarte que he hecho esto porque has cometido conmigo la más espantosa injusticia, la más horrenda crueldad. A una madre nunca se la puede separar de su hijita, y mucho menos a una madre inocente de toda culpa como yo. Tu soberbia y tu orgullo te han incitado a herirme de todas las formas imaginables. A destruirme ferozmente. Puedes estar orgulloso de tu éxito. Has ganado. Me has vencido. Estoy destrozada… Pero, desgraciadamente, no puedo decirte que tengo a Anick conmigo, porque no es cierto. ¡Ojalá lo fuera! Una vez más, soy víctima de tus calumnias.

Cogió el teléfono y empezó a marcar un número. Laurent la detuvo, poniendo la mano sobre el aparato.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar a la policía. La niña puede haber sido víctima de un secuestro.

Laurent palideció aún más, como si aquella idea aflorase a su cerebro por primera vez.

—¿Un secuestro? ¿Por qué razón…? ¿Por qué Anick …?

—Nada justifica los secuestros. Hay que dar parte a la policía —insistió —. Por supuesto, quizá quieras antes registrar mi casa y convencerte de que la niña no está escondida en un armario.

Por la expresión del rostro de Laurent, Fani comprendió que Oriana había dado en el blanco y que la idea estuvo en su cabeza desde que atravesaron el umbral de la puerta.

—Vivo sola. Siempre he vivido sola —le lanzó al rostro con ira—. Tus calumnias y las de tu hermana no consiguieron quebrantar mi moral. Nadie ha consolado mis penas todo este tiempo. Me he limitado a llorar sobre mis manos, porque no quise aceptar las otras manos que se me ofrecían. Para poder ver a mi hija he tenido que abandonar contratos y recurrir a todos los

subterfugios. Me he humillado ante extraños, como usted misma puede atestiguar —puntualizó volviéndose hacia Fani.

—Madame Campi… —comenzó a decir ésta. Y se turbó un momento, pero continuó al fin—: ¿Por qué concluyó nuestra corta conferencia telefónica con una frase amenazadora: «¡Usted lo ha querido…!»?

Oriana sonrió con tristeza.

—Imagínese que había decidido… una cosa estúpida… Cortarme las venas… —Viendo que Laurent retrocedía asustado, atajó—: Pero ya ve que no lo hice. Incluso me humillé una vez más. Esta misma tarde sostuve una entrevista con… con su amigo español. Anick me había hablado de él con mucha simpatía. Fui a su hotel a pedirle que intercediera ante usted.

Fani dio un ligero grito.

—¿Era usted la mujer que hablaba con él en el café…? ¿No era Claude…?

Oriana frunció el ceño.

—Era yo. ¿Quién es Claude?

Pero no obtuvo respuesta.

¡Era Oriana la que sostenía la animada conversación con Carlos! Sus dudas se desvanecían, y sintió una alegría violenta, fuera de lugar, como si recobrara un bien perdido: la amistad de Carlos, la confianza en Carlos…

—Entonces… tampoco fue usted quien me agredió con el coche y me lanzó a la cuneta…

Los dos la miraron con asombro. Laurent, al adivinar sus sospechas. Oriana, con increíble altivez.

—¿Está llamándome asesina…?

Fani se dejó caer sobre una silla. Un velo se descorría en su cabeza, permitiéndole ver la realidad. Claude había intentado matarla. Claude había estado al acecho diariamente, maquinando contra ella.

Y Claude, en resumidas cuentas, podía muy bien haberse llevado a Anick.

—Tengo que telefonear otra vez —dijo. Y en su voz había una urgencia desesperada.

Telefoneó al hotel, pero Carlos, según explicó el conserje, acababa de salir en aquel instante.

—¿Cómo supo dónde vivía Carlos? —preguntó a Oriana, todavía un poco incrédula.

—Anick me dio su teléfono, que usted tenía apuntado en su mesita de noche. No tuve más que llamar para localizar el hotel. ¿Cree que el señor Fontana podría saber algo de Anick?

—Había una posibilidad remota. Pero no ha sido así. El conserje me ha dicho que acaba de salir del hotel. Iba solo.

—Volvamos a casa —dijo Laurent—. E invitó a Oriana con un gesto a que le siguiera.

—No iré a un lugar de tan horribles recuerdos —se negó ella.

—No es el momento de poner objeciones. No hay nadie en casa. Leontine está en Lausana. Y si pudiera haber noticias, sería allí a donde llamarían.

Sin mirarle, Oriana volvió a ponerse el abrigo y le siguió hasta la puerta.

—No cerraré ni apagaré las luces… —dijo con su peculiar voz, baja y suave. Y con un sollozo contenido aclaró—: Si por casualidad se le ocurriera venir…, podría entrar.

En la calle reinaba la soledad. El cielo nocturno era profundamente negro y la lluvia continuaba empapándolo todo. Los escasos transeúntes que se retiraban a sus casas lo hacían de prisa, encogidos bajo sus paraguas, presintiendo ya los fríos del duro invierno. En la esquina, una gruesa dama miope, cargada de paquetes, hacía señas a todos los taxis que pasaban ocupados. Pequeños grupos salían de los restaurantes y se disolvían rápidos, en busca de calor y abrigo. Era una noche triste…, pero seguramente habría también muchos que se sentirían felices en aquel momento. Parejas de enamorados que cenarían cogiéndose de cuando en cuando las manos; parejas que se amarían locamente en el lecho, o sobre la alfombra de piel blanca, ante la chimenea, como en las revistas sentimentales que le prestó Lisette durante los dos días en que guardó cama. Quizás hasta el propio Raúl, pensó Fani, si se hallaba en Ginebra realmente, se sentiría feliz, con sus millones a buen recaudo.

Pero no acababa de estar segura de que fuera Raúl su anónimo comunicante. ¿Por qué, al hablar de las supuestas citas, no había precisado: «Te espero mañana, a tal hora, en tal sitio»?

No le interesaba concertar citas. Lo que pretendía el interlocutor anónimo era asustarla.

Llegó a aquella conclusión mientras se dirigían hacia la «Maison du Lac». Oriana se había sentado a su lado, en la parte de atrás, eludiendo la compañía del conductor. Ninguno hablaba, agobiado con sus propios pensamientos. Fani notaba el temblor de la madre de Anick, y en determinado momento pasó el brazo sobre sus hombros. Pero Oriana no se movió y continuó con los ojos clavados en la húmeda oscuridad.

¿Qué pensaría, viéndose obligada a regresar a su antiguo hogar en condiciones tan amargas? Años atrás se había instalado en la «Maison du Lac» como una novia feliz, junto al hombre atormentado que ahora conducía el coche enfrascado también en pensamientos tristes. Ante la verja negra notó su vacilación, y tardó en decidirse a entrar. Lisette abrió la puerta, y Fani vio reunidos en el vestíbulo a Theo, Antonio y Berta, esperando noticias que aún no habían llegado. Reconociendo a Oriana, Berta se acercó rápidamente a abrazar a su antigua señora, con lágrimas en los ojos.

Avanzaron hacia el despacho, entre comentarios incoherentes, tratando cada uno de exponer sus puntos de vista. Nadie extraño había telefoneado. Únicamente la madre de Rosaleen, cada media hora.

La moral de Laurent se vino abajo. Había tenido esperanzas de encontrar en casa alguna noticia que disipara sus angustias, pero no era así. Tenían que admitir el hecho cruel y aterrador:

Anick había desaparecido.

SEÑOR X

De golpe le llegaba la imperiosa orden desde España: Recoger velas. Con rapidez. Buscarse una retirada honrosa. Pero no era fácil recoger velas cuando el mal estaba ya hecho. Cuando el barco había sido tocado y se iba hundiendo lentamente.

¿Cómo reparar el daño infligido a un ser inocente…? Ella no había merecido nunca semejante tormento. Y, por si fuese poco…, aquella inexplicable complicación surgida…

Antes de largarse de allí necesitaba aclarar algo. Devolver la salud al herido.

XXIII

Desde su cuarto telefoneó de nuevo a Carlos, con idéntico resultado negativo. Se desesperó, y golpeó con el puño la madera de la mesa. ¿Y si no regresaba en toda la noche? Tenía que tomar una decisión.

Claude era la responsable de cuanto ocurría. Fani había llegado poco a poco a aquella conclusión. Sabía que Claude había estado rondando ocultamente alrededor de ella, conocedora de sus entrevistas con Carlos, de sus visitas a Dieudonné, e incluso los había acechado durante su paseo con las niñas, a la salida del colegio. Aquel paseo que concluyó con su propio cuerpo tendido en la cuneta. Claude era la mujer de rubia melena que conducía el coche oscuro.

¿Cómo pudo dudarlo un momento? ¿Cómo pudo sospechar de la pobre Oriana, cuyo único y normal objetivo era el de querer ver a su hija…? La mente insana de Claude la habría hecho considerar de pronto a su compañera de viaje como a su peor enemiga. Conspiraba contra ella con su marido, e incluso se había quedado con su abrigo de pantera. Posiblemente, aquéllas serían algunas de las lucubraciones de Claude.

¿Y si Claude, para vengarse, se había llevado a Anick…? La idea la dejaba horrorizada, pero iba tomando más y más cuerpo en su interior. En ese caso… ¿dónde estaban las dos?

La respuesta acudió rápida a su cerebro: en Dieudonné.

Sólo en el *Château* se refugiaría Claude sintiéndose acosada, habiendo perdido sus últimos rayos de lucidez mental. Como las fieras heridas buscando su cubil.

Fani tuvo de pronto la sensación de una presencia extraña en su mismo cuarto. Volvió la cabeza y encontró los ojos de Antonio que la miraban desde la puerta. Parecía pálido y adelgazado, como si algo le trastornara

vivamente. ¿La ausencia de Anick…? Apenas conocía a la niña. ¿Por qué estaría tan alterado?

—Necesito hablarle a solas —dijo. Y su tono sonaba distinto al habitual, cuando le deseaba un buen paseo o bromeaba acerca de su coche—. Es preciso que aclaremos algo. El momento quizá no sea oportuno, pero temo no disponer de otro. Mañana regresaré a Madrid.

—¿A Madrid…? ¿Abandona Suiza…? ¿Sus estudios?

Él sonrió evasivamente, rehuyendo su mirada.

—Nunca hice cursos de hostelería…, aunque, en efecto, mi padre tiene un hotel en Segovia. No todo han sido mentiras —confesó.

Fani le miró intrigada. Siempre supuso que Antonio ocultaba algo, pero no podía sospechar el qué. Incluso durante un instante le había acusado de ser su anónimo comunicante…

¿Por qué habría acudido a su pensamiento una idea tan loca…?

—Hable claro. ¿Qué es lo que quiere decirme…? —preguntó con nerviosa sequedad—. Comprenda que el momento no es muy propicio para confidencias…

—Lo entiendo. Pero tengo que disculparme ante usted.

—¿Por qué…?

Pareció turbado e incómodo. Frotó un pie contra el otro y al fin la miró con gesto resuelto.

—Podría haberme marchado de Ginebra sin decirle una sola palabra, y usted se habría estado preguntando el resto de su vida quién era el hombre que la martirizaba por teléfono. —Viendo que Fani abría la boca con estupor, asintió con la cabeza—. Sí. Estuvo usted a punto de adivinarlo hace dos días, cuando me acusó de ser su anónimo comunicante nocturno. Más tarde, sus sospechas se disiparon. Y respiré tranquilo.

Fani se sentó al borde de la cama, con sensación de vértigo.

—¡¿Por qué…!? ¿Por qué hizo usted eso…? ¿Por qué se divirtió en martirizarme…?

Antonio no sonrió. Su rostro denotaba confusión.

—No me divertí. Le juro que no me divertí. Éste ha sido mi primer trabajo como investigador privado, y le juro que el hacerla sufrir a usted no

me ha divertido nada. Debo decir, en mi descargo, que me he limitado a cumplir órdenes.

Fani se pasó la mano por la frente, húmeda de sudor. Antonio le tendió un pequeño carnet de identidad en el que figuraba como investigador de una casa de seguros. La que se ocupaba de todos los asuntos de la Financiera.

—¿Y bien…? —gimió Fani, esperando oír lo peor.

—Estaba encargado de vigilarla. Vine siguiéndola con mi coche desde Barcelona. A su amiga y a usted. Procuré que no se fijasen en mí, pero soy un novato y me pareció que por dos veces consecutivas su amiga me había mirado. Una vez en un puesto de gasolina. La otra en el motel de carretera, donde decidieron pernoctar.

Y aquellas dos miradas bastaron para que Claude se sintiera perseguida por el «monstruo» y decidiera abandonarla y robarle el coche, dejándola plantada a las puertas de Ginebra.

—Me dejó desconcertado la huida de la otra chica, pero como mis órdenes se limitaban a vigilarla a usted, tuve que tomar el tren también, para no perderla de vista.

Fani se retorció las manos, desesperada.

—¿Por qué me cuenta eso ahora? ¿Es que ha decidido hablarle de ello a monsieur De Vindry?

—Nunca le dije nada. Si monsieur Laurent hubiese tenido la menor sospecha de que usted se hallaba mezclada en un robo escandaloso, no hubiera permitido que permaneciese ni un momento junto a su hija. Se habría usted ido a otro lado, donde quizá me hubiese sido más difícil acosarla. Tuve la suerte de preguntarle a Theo si sabía de algún empleo, y me ofreció en bandeja el de encargado del garaje. Fue como un milagro. Naturalmente, yo venía prevenido, con muy buenos informes.

Una sola palabra se había fijado en la mente de Fani, que se sentía aturdida y cansada.

—¿Por qué acosarme…?

—Porque ésas eran las órdenes recibidas desde Madrid.

Ignorábamos si usted estaba de acuerdo con Raúl Velázquez. El hecho de que, seis meses después del robo, usted se viniera a Suiza preocupó a mis jefes. Me mandaron acorralarla, asustarla, llevarla al paroxismo de la

inquietud, para que su valor se derrumbara y se viera obligada a ponerse en contacto con su cómplice. Urdí toda la trama, haciéndome pasar por Raúl, dando por sentado que teníamos una cita a la que usted no acudía. Trataba de desconcertarla y, si era culpable, de obligarla a dar un paso en falso.

Fani contuvo un sollozo irritante.

—Me harté de decir a todo el mundo que jamás Raúl me había confiado…

Él la interrumpió:

—Lo sé…, lo sé. Lo he sabido ahora.

Fani contuvo la respiración.

—¿Lo sabe…? ¿Sabe que soy inocente? ¿Total y absolutamente inocente…?

Antonio bajó la cabeza.

—Hace sólo unos momentos, hablé por teléfono con Madrid.

Casi no se sentía con fuerzas para seguir el hilo de lo que Antonio decía. Incluso su repentina y nueva personalidad de investigador privado, que se sacara de la manga como uno de aquellos prestidigitadores que a Anick la entusiasmaban, empezaba a parecerle normal.

—¿Y… qué le dijeron desde Madrid…? ¿Que me pegase un tiro de una vez? ¿Que me tirase al lago?

Antonio dio un profundo suspiro.

—Me ordenaron que la dejase en paz. Está usted libre de sospecha. Raúl ha dado señales de vida en un país sudamericano, con el que no existe ningún tratado de extradición. Incluso se ha permitido hacer unos cínicos comentarios en la prensa. Está allí, con su mujer… Sí. Era un hombre casado. Sus románticas relaciones con una vecinita fueron sólo el pretexto para poder entrar y salir a menudo y a deshora del edificio de la Financiera.

Fani se cubrió el rostro con las manos.

Tantas bromas sobre el «Piso Tremendo»… «Viviremos aquí cuando nos casemos. Tiraremos este tabique… Y éste… Y éste… Dejaremos el piso hecho un palacio…»

Alzó la cabeza, furiosa.

—¿Cómo estaba usted enterado de lo de «Fani-Fani»? —le increpó con voz ronca.

—La frase figuraba a menudo en las cartas que la policía retiró de su casa durante los registros —dijo avergonzado.

Fani se levantó.

—Así que… era usted la voz maligna que amargaba mis horas…, que me quitaba el sueño y mi alegría de vivir… ¡Es usted un malvado, Antonio Alonso…!

Antonio tosió, azarado.

—Cumplía órdenes —se excusó.

—Ha elegido una profesión maravillosa. Le felicito por su primer trabajo. Lo ha realizado a la perfección. Tiene grandes dotes de actor. —Paseó por la habitación como un león enjaulado y al fin se detuvo ante él—. Ya que ha entonado usted su *mea culpa*, salga de mi habitación. Olvídeme. Aléjese de mi vida. Mi nivel de angustia ha alcanzado su límite más alto desde la desaparición de Anick. Supongo que nada tendrá usted que ver con ella…

Su gesto asombrado la tranquilizó más que sus palabras.

—Por supuesto que no… No comprendo lo que puede haberle sucedido a la niña.

—Yo estoy empezando a comprenderlo. Y creo que tiene algo que ver con mi compañera de viaje. La mujer del abrigo de pantera que me dejó plantada en el motel.

Antonio dio un paso atrás.

—¿Está segura…?

—No puedo estarlo. Pero voy a cerciorarme dentro de unos minutos.

—Cálmese. Está muy excitada.

—No quiero calmarme. La niña está en peligro, si ha caído en manos de esa mujer. Está loca, ¿comprende? Rematadamente loca. Se escapó de una clínica de Barcelona y me acompañó en el viaje, sin que yo pudiera sospechar nada.

Antonio la miró estupefacto. En su rostro, un poco infantil, podía leerse la conmiseración. Imaginaba ser un «duro», que había elegido una profesión adecuada con sus ideas de aventura, y se daba cuenta de que ciertas aventuras no siempre resultaban gratas. Se vio a sí mismo regentando algún día el tranquilo hotel de Segovia.

—Cálmese, Fani. ¿Quiere que le traiga un vaso de agua?

Ella negó con la cabeza, agitando furiosamente aquella bonita melena que él tanto admiraba.

—No quiero agua. Sólo quiero que telefonee usted cada media hora a este número durante mi ausencia. Es preciso que hable con Carlos Fontana y que le repita: «Fani ha tenido que ir a Dieudonné.» —Repitió el nombre varias veces—: Dieudonné… El señor Fontana comprenderá.

Se puso la gabardina y se encaró con él desde la puerta.

—Es lo menos que puede hacer por mí…, ya que se ha portado conmigo como un monstruo.

Sí. También ella tenía su monstruo particular, como Claude. Sólo que ella los tenía a pares. Porque no había que olvidar al increíble y cínico Raúl.

XXIV

En ningún folleto se alababan los encantos turísticos de Suiza en una desapacible noche de lluvia. Una noche para quedarse en casa jugando a las cartas con la abuela.

¿Por qué evocaba vívidamente a la abuela en aquel trágico momento en que rodaba por la carretera camino de Dieudonné? La abuela formaba parte de otra existencia anterior, calentita y grata, en la que la palabra «secuestro» carecía de sentido. Una vida rutinaria y buena, con desayunos, comidas y cenas a las horas reglamentarias; con los armarios roperos llenos de sábanas sin estrenar, que algún día formarían parte del ajuar de la nieta. Con un estuche con medallas ganadas en la guerra por el abuelo. Con los recordatorios de la Primera Comunión de una bisabuela Carolina de la que ya nadie se acordaba. Con los diplomas de bachillerato o de fin de carrera de muchos varones de la familia.

Una vida sin miedos, con continuidad, segura. Creía oír aún la voz de la abuela: «Fani, te he hecho tu flan.»

«Su flan» era una especialidad pesadísima a base de miga de pan, leche y huevos, por la que sentía verdadera pasión. Aún le parecía saborear aquel flan helado, guardado en la nevera hasta que se agotara la última miga.

Notó que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. No estaba muy segura de por qué lloraba. Quizá por sí misma, o por Anick, que estaría pasando miedo, o por la abuela, que había muerto, o por Oriana Campi, a la que apenas conocía y que ya nunca más bailaría, porque cojeaba un poquito al andar.

Sabía que al marcharse tan rápidamente de la «Maison du Lac» había roto con muchas cosas. Más tarde tendría que dar alguna explicación sobre su marcha, una explicación que quizá no obtuviera otro resultado que el de verse en el avión, de regreso a Madrid.

¿Qué impulso poderoso la obligaba a dirigirse a aquel horrible caserón de Dieudonné? Una intuición, que le decía que allí encontraría la respuesta a todas sus inquietudes. En aquel *Château* de tejados de pizarra gris, con sus inseguros torreones y aquella habitación de Claude-Cécile que aún olía a su pesado perfume.

Su intuición le decía que Claude, sin dinero, acorralada y enferma, únicamente buscaría refugio en el lugar donde fuera feliz con su padre.

Dieudonné era el «Piso Tremendo» de Claude, se dijo con un relámpago de clarividencia. Si por alguna inexplicable decisión de su mente esquizofrénica había creído poder vengar sus rencores apoderándose de Anick…, las dos tenían que estar allí, en Dieudonné.

Ignoraba cómo podría entrar en el interior de la casa. Claude sin duda habría conservado su antigua llave. Pero ella no tenía ninguna. No obstante, confiaba en encontrar algún sistema de abrirse camino.

Volvió a pensar en Raúl y en las palabras de Antonio acerca de los cínicos comentarios que hiciera en un periódico…

Trató de imaginarse a la mujer de Raúl. ¿Una aventurera como él, o una pobre muchacha desgraciada a la que él arrastraba por tortuosos caminos?

«No tengo suerte —pensó con sarcasmo—. Todos "mis" hombres están casados. Todos tienen alguna esposa escondida en el bolsillo. Quizás Antonio también tendrá una mujercita eternamente embarazada que está esperándole en su Segovia natal.»

El atractivo rostro de Carlos Fontana borró todas las imágenes, para hacerse casi visible junto a ella. Su media sonrisa. Su voz. Su modo especial de mirarla, con cierto recelo, como si no quisiera dejarse llevar por el encanto que le arrastraba hacia ella.

Su barba, siempre necesitada de un nuevo afeitado… Sus manos, de movimientos certeros, exactos. Unas manos a las que no les sobraba el menor movimiento cuando acompañaban a sus explicaciones verbales.

Le gustaba Carlos, le encantaba Carlos, pero habíalo mirado desde el primer instante como algo inaccesible: el marido de otra mujer.

«¿Es su novio…?», había preguntado Anick.

«No. Está casado con una mujer rubia y bonita…»

«¿Cómo se llama?»

Había estado a punto de decir «Claude», pero respondió simplemente: «Cécile…»

Imaginó la escena de Cécile presentándose a la puerta de la Embajada americana.

«Soy la mujer de Carlos Fontana. Carlos y Fani nos esperan en "La Terraza". Tomaremos un helado. He venido a recogerte…»

La escena podría haber sido así… o parecida. Y Anick habría subido al coche negro.

Se dio cuenta de que estaba rezando en voz alta:

—No lo permitas, Dios mío. No permitas que le ocurra nada malo a la niña…

La recordó con su vestido nuevo, de terciopelo. Con su alegría ante la primera fiesta…

Las luces de aquel pequeño restaurante, en donde tanto charlara con Carlos, le salieron al paso. Dentro estaría la cajera, haciendo el inevitable ganchillo, y el joven camarero, con su martirizante acné juvenil.

No podía detenerse. La sensación de urgencia era cada vez más intensa. La senda estrecha que subía hasta los terrenos del *Château* estaba llena de fango resbaladizo, y tuvo que llevar el pie apoyado en el freno para no derrapar. Nadie ganaría nada si caía dando vueltas por la montaña en su pequeño *Seat* compañero de aventuras.

Nadie ganaría…, pero ¿quién perdería, aparte ella?

Tampoco nadie.

Laurent haría un sentido comentario con su media voz correcta y elegante.

Pietro lanzaría una palabrota de disgusto. Madame Leontine se limitaría a alzar una ceja. Antonio el de Segovia, que se creía un «duro» porque era detective de una agencia de seguros, se sentiría abrumado. Y Carlos comentaría con un ligero pinchazo en el corazón: «Era una chica bonita y… muy especial.»

Detuvo el coche. No era posible seguir más allá. Miró alrededor, entre las sombras, pero si Claude tenía allí el pequeño coche negro, lo había escondido cuidadosamente.

Se acercó al edificio, y los zapatos se le llenaron de barro. La maciza puerta de entrada estaba cerrada, y comenzó a rodear la casa, tanteando todas las ventanas del piso bajo, en busca de un hueco por donde introducirse.

No era difícil entrar rompiendo cualquier cristal. Todos los ventanales del salón eran puertas rasgadas hasta abajo, con pequeños cristales cuadrados, como los del «Piso Tremendo». Pero no sería necesario romper ninguno, ya que muchos estaban rotos y suplidos por la agencia con cartones que evitaban la entrada del polvo.

Empujó uno de aquellos duros cartones, que al fin cedió, pudiendo introducir la mano hasta la falleba. No fue fácil hacerla funcionar. Estaba enmohecida por el desuso y sólo al cabo de muchos esfuerzos lo consiguió. Las pesadas cortinas, sucias y polvorientas, impedían que el balcón se abriera plenamente, y tuvo que introducirse de lado por la pequeña abertura, temiendo que la barra y la cortina se vinieran abajo sobre su cabeza.

Sucia de polvo y de barro y temblando de pánico, se encontró dentro, tratando de vislumbrar algo en la oscuridad, sin atreverse a encender su linterna, que había cogido de la guantera del coche.

«Estoy loca —pensó—. Tan loca como Claude, por dejarme llevar de mis corazonadas.» ¿En qué situación se encontraría si un guarda le daba el alto? No vio guarda alguno durante el día, pero ¿y si por la noche la agencia enviaba algún vigilante?

Salió al amplio vestíbulo y avanzó hacia la ancha escalera que subiera con Carlos pocos días antes. En la galería del primer piso trató de orientarse hacia las habitaciones de Claude, aquellas habitaciones del torreón. Los dientes comenzaron a castañetearle de temor y de frío. ¿Y si Anick había regresado ya, con una explicación convincente sobre su retraso, mientras ella se hallaba allí, en aquella casa fantasmal, muerta de miedo y de angustia?

La linterna se le cayó al suelo con lo que le pareció un estrépito ensordecedor. Tanteando de rodillas, pudo dar con ella y la encendió de nuevo. «Por muchos años que viva, no olvidaré esto», pensó abrumada, con rabia contra sí misma por haberse colocado en semejante situación. Siempre

había sido demasiado impulsiva. Y siempre había sentido demasiado amor hacia los demás.

Estaba allí porque quería a Anick. A aquella niña hugña que se dejó adornar y poner lazos en la cabeza para luego reírse de su fracaso.

Se detuvo ante la puerta del que suponía el cuarto de Claude.

Lo era, en efecto. Allí estaba la cama, con su lamentable dosel, su tocador lleno de frascos vacíos y su jarrón con rosas artificiales. Y aquel persistente perfume rancio, de viejas lilas o de viejas primaveras.

No había nadie en la habitación. ¿Acaso esperaba que lo hubiera? Ni tampoco había nadie en Dieudonné. Se había equivocado. Su instinto falló. El miedo y la angustia habían sido inútiles. Si Anick aparecía en cualquier otro lado, se reiría mucho cuando ella se lo contara.

Pero… ¿y si Anick no reaparecía nunca…?

Desde que visitara por primera vez aquel destartalado dormitorio en compañía de Carlos, había sentido la absurda sensación de que Claude estaba allí, escondida, mirándoles desde algún sitio. Una sensación imprecisa y molesta, que la había hecho alejarse con gusto de Dieudonné. Ahora la impresión se hacía más y más intensa. Más y más tangible. No comprendía por qué.

Tratando de controlar su respiración jadeante, se dejó caer en el borde del sofá, que en tiempos fuera de color malva. Con la manga de la gabardina se secó el sudor helado que le resbalaba por la frente.

«Es ridículo sudar tanto…», se recriminó odiándose a sí misma. Cuanto estaba ocurriéndole aquella noche parecía ridículo. Era una heroína frustrada, que salió en busca de terribles aventuras, para caer en un caserón sucio y solitario.

Tendría que regresar a casa y buscar una explicación lógica para monsieur Laurent.

Se levantó y se dirigió de nuevo hacia la abertura del balcón. Pero en aquel preciso momento escuchó la música.

Era una melodía apenas audible, sincopada y ligera como la que pudiera emitir una cajita de música antigua, de aquellas que al abrirse dejaban oír los compases del *Minuetto* de Boccherini.

El sonido llegaba desde el techo, pero Fani sabía que no existía ningún piso superior a aquél.

Dirigió la luz de la linterna hacia la pequeña araña central y la vio oscilar, como si alguien paseara por encima.

«No es posible —pensó—. Nadie puede estar en el tejado en una noche como ésta.»

Procuró recordar la estructura del edificio. El torreón en el que se hallaba tenía un tejado de pizarra en forma de cono, gemelo al del ala izquierda. Era imposible que nadie pudiera estar allí. Resbalaría y caería abajo inmediatamente.

La música seguía sonando arriba. ¿Podría existir un pequeño desván entre el techo del dormitorio y el pico agudo del cono de pizarra?

En tal caso…, ¿cómo podría subir? Si existía aquel desván, Carlos no tenía la menor idea de ello. Pero Carlos le había dicho: «Nunca residí en Dieudonné.» Era posible que no conociera los recovecos del *Château*.

Recorrió la habitación con la linterna. Fue revisando las paredes una por una. El tocador. El balcón, que se abría a un estrecho paso formando almenas. Una diminuta terraza, que se desmoronaba al menor movimiento y que fue causa de que Carlos corriera a auxiliarla, pálido y desencajado: «¿Se ha vuelto loca…? ¿Quién le ha dicho que saliera a la terraza? Todo el edificio se halla en pésimo estado…»

Y aquel momento en que la apretó contra la pared y sintió la ardiente cercanía de su cuerpo…

En el otro lado había una gran librería, vacía de libros, pero en la que aún quedaban algunos *bibelots* olvidados. Abrió el enorme armario de cuatro cuerpos y lo encontró vacío. Otras dos puertas de espejo, enmarcadas en blanco y oro, salían al pasillo. Y aún había otro *placard* pequeño, en un ángulo, que abrió con cuidado.

No era un *placard*, sino una puerta imitando las del armario. Abría paso a una estrecha escalera de caracol.

—El recinto misterioso de Claude —comentó casi en voz alta.

También en su infancia había poseído un recinto que consideraba ignorado por todos los habitantes del «Piso Tremendo». Un lugar en el que se escondía y que la abuela fingía no conocer. Sólo Juan estaba enterado del

secreto del «chiscón». Jamás comprendió el sentido de tan extraña palabra, pero la antigua sirvienta de la abuela le explicó, muchos años después, que todos los pisos de la vieja casa tenían uno de aquellos cuartos «para baúles», que en los contratos de alquiler o compra se denominaban «chiscón».

Contempló la escalera, sin decidirse a subir. Su lealtad hacia Anick le hizo poner el pie en el primer peldaño. Lentamente, sin hacer ruido, continuó subiendo. Al dar la primera vuelta a la escalera de caracol, un débil resplandor salía de arriba. El sonido de la música también llegó más claro. Era, en efecto, el *Minuetto* de Boccherini, que tantas veces acompañara la abuela con el arpa. Pero hasta el *Minuetto* conseguía parecer siniestro en aquel triste ambiente.

Al concluir la escalera, un diminuto rellano dejaba paso a un desván del mismo tamaño que el dormitorio de abajo. La luz provenía de media docena de velas encendidas, colocadas sobre botellas vacías.

Por la estrecha abertura de la puerta miró el impresionante aquelarre.

Alfombras enrolladas, sillones destripados, un escritorio con sólo tres patas, baúles y maletas en desuso… Uno de aquellos grandes baúles se hallaba abierto, en el centro de la habitación, y Fani pudo ver a Claude, arrodillada junto a él, sacando objetos del interior. Su rubia y lisa melena le caía a ambos lados del rostro, como sucias guedejas de penoso efecto. El rostro, manchado de polvo, pálido y adelgazado, apenas recordaba al de su compañera de viaje.

Pero, en particular, estremecía aquella mirada, alucinante e inquieta, que se dirigía a un lado y a otro sin descanso. Hablaba con alguien a quien Fani no conseguía ver, mientras sacaba del baúl una colección de viejas muñecas.

—… y ésta es Anabella, mi preferida… Siempre fue muy buena, y solía cantar cuando se le apretaba el estómago…, pero un día la apreté demasiado fuerte… y se murió… ¿Tú sabes lo que significa morirse…? Y ésta es Roberta…, que se quedó ciega. Era muy presumida y le saqué los ojos. Ah…, aquí tienes a Felipe…, que era mi amor… Y Nounours, mi oso adorado, que siempre dormía conmigo… Siempre… hasta que llegó

alguien… y ya no pudo dormir en mi cama. Se enfadó y me tomó odio… ¿Te gustan?

La música, que continuaba sonando, fue cortada de golpe, y Fani oyó el ruido de la caja al cerrarse y también la voz infantil y huraña que decía:

—¡No me gusta tu oso! Quiero irme a mi casa.

Y entonces comprendió que su intuición había sido cierta y que por fin había encontrado a Anick.

XXV

Claude continuaba apretando a Nounours contra su pecho, y no cambió de expresión ante el mal humor de la niña. Sin mirarla, como si hablara consigo misma, refutó:

—Tú no tienes más casa que ésta, la casa de tu madre. Yo soy tu madre. «Él» te arrancó de mis brazos apenas naciste y te entregó a otra mujer. Pero tu madre soy yo.

—Mi madre se llama Oriana. Mi papá, Laurent.

—Han estado engañándonos años y años. A mí me dijeron que tú habías muerto. Pero cuando te vi junto a ellos lo comprendí todo. Esos malditos te escondieron…, lo mismo que han escondido a Berti. Berti es mi papá. Lo encontraremos y nos defenderá de todos. Se han puesto de acuerdo para decirme que ha muerto. Hasta el viejo notario, que fingía quererme. Pero te juro que encontraré a Berti y lo traeré a Dieudonné. Y viviremos felices los tres.

Y de nuevo la protesta de Anick, desde su rincón:

—Usted me ha engañado. Me dijo que papá y Fani me esperaban. Lléveme a mi casa. No quiero estar más tiempo con usted.

Tal como Fani lo supusiera, los acontecimientos habían seguido una definida trayectoria. No se había equivocado sobre las maniobras de Claude.

—Al principio creí que Fani nada tenía que ver con el «monstruo». Le devolví su coche y pensé que nunca más volvería a verla. Pero tuvo la osadía de venir aquí con «él»… Por dos veces. El segundo día, los vi alejarse, cogidos de la mano. Fani era también mi enemiga. Estaba de acuerdo con «él»… desde el primer instante. —Se apartó el pelo de la cara y miró fijamente al vacío—. Vuelve a poner la música —dijo al cabo de un momento—. Nos distraerá.

—¡No pondré más música! ¡Odio esta caja!

Fani vio pasar por el aire un pequeño objeto y estrellarse contra el suelo. Advirtió la expresión consternada de Claude, que miró a la niña con fiereza.

—Tendré que castigarte. Eres una niña mala. Has roto mi caja. —Se echó a llorar, pero secó sus lágrimas en seguida—. Me la regaló Berti cuando cumplí… ¿cuántos años cumplí? No lo recuerdo ahora. Venía envuelta en papel dorado y atada con una cinta rosa muy ancha. Papá me puso la cinta en el pelo y los dos bailamos el minué. —Miró a Anick con aire severo—. Tu padre es un demonio y te habrá ordenado que lo rompas todo, ¿verdad? Tu padre querría tenerme siempre prisionera. Llevarme otra vez a aquella casa, con las rejas en las ventanas. Pero no lo conseguirá. Tú tienes que ayudarme a mí. Obedecerme a mí. Porque yo soy tu madre.

—Usted no es mi madre. Usted es la mujer de Carlos. Se hace usted un lío con las personas.

Claude empezó a reír. Una risa entrecortada, estridente, que estremecía por lo inesperada.

—Sí. Soy la mujer de Carlos. Mi vestido de novia era muy bonito. Te hubiera gustado. Iba bordado en perlas alrededor del escote y en las mangas. Yo quería un traje espectacular, y Berti me lo consiguió. Pero no había casi nadie en la iglesia… ¿Por qué…? —Se apretó las sienes con las manos—. ¿Por qué nadie fue a verme con mi vestido blanco…? ¡Ah! Estábamos lejos de casa. En un lugar de África. Nunca vayas a África. Allí siempre duele la cabeza… Allí naciste tú… Y el «monstruo» te apartó de mí.

—Carlos no es mi padre —se obstinó Anick con extraordinaria entereza —. Yo tengo un padre que se llama Laurent y está esperándome. Y me iré ahora mismo de aquí.

Fani la oyó levantarse y su figurita menuda entró en el círculo de luz visible desde la puerta. El vestido de terciopelo comprado con tanta ilusión aparecía irreconocible, salpicado de barro y de polvo. Y el propio rostro de la niña, pálido y descompuesto, apenas recordaba el de la Anick tranquila y astuta, segura de sí misma y bondadosa en el fondo.

Claude comenzó a reír otra vez.

—No puedes irte. Alrededor de Dieudonné hay osos feroces y lobos muy grandes.

Fani vio alzarse la orgullosa cabecita de Anick.

—Esas cosas sólo se les dicen a los niños pequeños. —Tragó saliva—. Yo no soy pequeña. Tengo ya diez años.

—¡Cómo pasa el tiempo! ¿Será posible que me hayan tenido diez años encerrada en aquella casa…? Me ocurre algo muy desagradable, ¿sabes? Nunca consigo saber el día en que vivo ni la hora que es. —Tras una larga pausa prosiguió—: En realidad, da lo mismo. Prefiero que seas una niña grande que no un horrible bebé con el que no pudiera hablar. Cuando Berti regrese, nos iremos a viajar por el mundo. Él es tu abuelo. —Rió a carcajadas, echándose hacia atrás y hacia delante con un compás matemático que inspiraba horror—. Tiene gracia que Berti sea abuelo… Es tan guapo y tan presumido… Te gustará.

—¡Me voy…! —fue la tajante respuesta de Anick.

Y se dirigió hacia la puerta.

Desde el suelo, donde continuaba sentada, y rápida como un rayo, Claude agarró a Anick por un tobillo y la hizo caer. La niña dio un grito y luchó por desasirse.

—Eres una pequeña víbora… —jadeaba Claude entre risas y llanto—. Te han enseñado a odiarme. Pero nunca te irás de aquí, ¿lo oyes? ¡Nunca! ¡Nunca!

—¡Suelta a la niña! —Su propia voz le sonó extraña a Fani. Temblaba de pies a cabeza de ira contenida. Ya no sentía miedo, sino furia—. ¡Anick no es tu hija! ¡Esta niña no es la tuya…!

El estupor de Claude le hizo soltar la pierna de Anick. La pequeña, con una exclamación de alivio, corrió a refugiarse detrás de Fani. Claude se puso de pie y retrocedió hasta quedar con la espalda pegada a la pared. Pareció encogerse como si acabasen de golpearla y gritó, como un animal acosado:

—¿Para qué has venido? ¿Para llevarme…? Siento no haberte matado el otro día cuando te empujé con el coche. Te vi salir de aquel jardín con el «monstruo» y con mi hija… Me habías traicionado.

—¡No es cierto! Anick no es tu hija. Y apenas conozco a Carlos.

La frase le sonó a mentira. Claro que conocía a Carlos… El sonido de su voz, el calor de sus manos y hasta el roce de sus labios sobre su pelo, allí mismo, en Dieudonné, cuando la sujetaba en la terraza para que no cayera…

—Nada tengo que ver con Carlos —corrigió tristemente. Oyó que Anick, apoyada en su espalda, lloraba bajito—. No llores, Anick. No te asustes. No va a pasar nada. Ahora nos iremos.

Claude continuaba hablando, con la mirada perdida en el vacío.

—Os vi desde la ventana, bajo aquel abeto, hablando con las caras muy juntas. Os reíais de mí. Queríais volver a encerrarme en la cárcel.

—No estabas en la cárcel… Sólo en una clínica donde cuidaban tu enfermedad.

—Mientes… Me hacían sufrir… Me encerraban con cerrojo algunas veces y me bañaban con agua helada… ¡No quiero volver allí! ¡Os mataré a todos! ¡A todos! ¡No podréis conmigo…!

Iba exaltándose por instantes. En voz baja, Fani aconsejó a la niña:

—Procura acercarte a la puerta mientras yo la distraigo. Sal al campo y corre en busca de ayuda…

Pero Claude fue más lista. Dando a la niña un empellón, la tiró al suelo y corrió ella misma hacia la salida, ganando la escalera y cerrando desde fuera. Fani oyó el correr de cerrojos y, exasperada, golpeó la puerta, escuchando la risa de la otra.

—Ahora sois vosotras quienes quedáis encerradas. Las ratas os comerán vivas. Y los lobos. Y los osos…

Anick chilló de pronto:

—¡Mataré a Nounours!

Y Claude dio un grito de rabia y luego guardó silencio, oyéndose sólo su jadeo al otro lado de la pared. Poco después, el ruido de sus pasos se perdió al bajar velozmente la escalera de caracol.

Anick abrazó a Fani.

—No tengas miedo, Anick. Carlos vendrá a sacarnos de aquí. Le dejé recado con Antonio. Sólo tenemos que esperar un rato. Nos sentaremos en ese sofá y apagaremos casi todas las velas, para no gastarlas a la vez.

Podrían hacernos falta. Pondremos un par de ellas en la terraza, resguardadas de la lluvia, por si acaso pueden distinguirse desde abajo.

Realizó toda la operación sin que Anick se soltara de su falda, y juntas se dejaron caer en un viejo sofá cojo.

—Quiero ir con mamá… —sollozó Anick, como cualquier niña del mundo.

Y la frase llegó al corazón de Fani.

—Irás pronto con ella, Anick. Tus padres están buscándote.

—¿Juntos…?

—Dejé a los dos en tu casa, desesperados por tu ausencia. Yo vine hacia acá, con el presentimiento de que Claude había intervenido en esto. No me engañé. Ella está enferma, ¿sabes…? Su cabeza no rige bien.

—Está loca —razonó Anick, que prefería las cosas claras—. Rematadamente loca. ¿Qué haremos si vuelve?

El corazón de Fani dio un brinco, pero disimuló:

—No volverá.

Buscó con la mirada alguna arma para defenderse en el caso de que Claude volviera en actitud agresiva. Sólo descubrió un madero apoyado en la pared. Pero con satisfacción notó algo más. La puerta también tenía cerrojos por su parte interior, y de un salto se abalanzó, tratando de correrlos. Con gran esfuerzo lo consiguió y dio un suspiro de alivio.

—Ya no podrá entrar —dijo tranquilizando a Anick—. Sólo tenemos que esperar a que nos saquen de aquí.

Anick le dirigió una sonrisa entre lágrimas. Unas lágrimas oscuras que dejaban negros surcos sobre su sucia cara.

—Gracias, mademoiselle —exclamó besándola—. La quiero a usted mucho.

Los pequeños brazos alrededor de su cuello eran consoladores y compensaban de aquel gran sacrificio. Estrechamente abrazadas continuaron en el sofá, atentas a los menores ruidos. En determinado momento, el picaporte fue agitado violentamente y oyeron los gritos de Claude, que pretendía entrar. Fani impuso silencio a la niña y oyeron cómo la otra descargaba su rabia contra la puerta, golpeándola con pies y manos y

más tarde con algún objeto contundente. Por fortuna, la madera y el cerrojo eran resistentes.

Volvió el silencio. Claude se había alejado… O quizá permanecía agazapada junto a ellas. Fani no podía adivinarlo.

Por el peso de la cabeza de Anick sobre su brazo comprendió que se había dormido, agotada por la emoción y el miedo.

Hacía frío, y ella misma se sentía invadida por un pesado sopor. La débil luz de una vela lanzaba a la pared sombras fantasmales.

¡Cuánto tardaban en llegar a Dieudonné! ¿Se habría acordado Antonio de telefonear a Carlos? ¿Y si no lo hubiera hecho…? ¿Podía confiar en él? ¿En aquel extraño muchacho que se creía un gran personaje de novela policíaca…?

Se durmió unos minutos y se despertó sobresaltada, con la sensación de un peligro inminente.

Anick dormía a su lado, y las velas estaban a punto de consumirse. Corrió a encender otra en el temblequeante pabilo casi apagado. Hubiera sido terrible quedarse en la más absoluta oscuridad. La pila de la linterna no duraría demasiado.

Algo la intranquilizaba, sin saber exactamente el qué.

Se oía un ruido extraño, que no sabía cómo clasificar. Crujidos secos…, estallidos de la madera.

¿Qué estaría haciendo Claude, en pleno frenesí de cólera?

¿Y Carlos…? ¿Cómo no llegaba Carlos?

Empezó a sentirse más y más nerviosa. Aquel olor…

Sí… Había un olor acre, que la hacía carraspear y que entraba a través de las rendijas de la puerta. Con un escalofrío lo comprendió todo.

Claude había prendido fuego a la escalera del torreón para hacerlas salir. La pobre loca no comprendía que la casa entera ardería como la yesca.

El desván sólo tenía una ventana alta, un ventanuco estrecho que se asomaba a la fachada. Allí en el borde había colocado las velas, que el viento apagó.

Tuvo que subirse en un baúl vacío para mirar hacia fuera. El aire helado de la noche le azotó el rostro. Podrían intentar salir por allí y quedarse en el estrecho reborde que rodeaba toda la fachada. Un espacio en el que apenas

podrían mantenerse de pie. Si no acudía alguien a auxiliarlas, no podrían saltar hasta abajo. La altura era excesiva.

El humo, más espeso a cada minuto, hizo despertar a Anick entre toses. Sus pupilas, azules como las de su madre, revelaron infinito temor.

—¿Qué pasa ahora, mademoiselle? ¿No han venido a buscarnos…?

—Tenemos que escapar por la ventana, Anick. Esa desgraciada ha incendiado la escalera y está ardiendo la parte baja de la casa.

—¿Por qué no viene Carlos…? —preguntó con un hilo de voz.

—Vendrá. No perdamos la fe. ¿Sabes rezar?

—Claro que sé rezar.

—Pues reza.

—Haré todo lo que tú quieras.

Con toda naturalidad la llamó de «tú», olvidando el ceremonioso «usted» que las separaba. Se empinó para darle otro beso, y Fani notó que tenía los labios helados.

—Saldremos por ahí y nos quedaremos pegadas a la fachada. Pero no miraremos hacia abajo, para no tener vértigo. ¿Prometido?

—Prometido.

—¿Dónde está tu abrigo?

—No lo sé.?’

—Espera. Ponte mi gabardina.

—Pero ¿y usted…?

—Yo nunca tengo frío. Ahora dame las botellas con todas las velas. Las encenderemos para que nos vean desde lejos.

Salieron trabajosamente por el ventanuco. Ninguna de las dos miró hacia abajo. Las botellas con las velas encendidas fueron colocadas en el mismo borde del friso de piedra.

Por fortuna, ya no llovía. Pero hacía frío, y Fani procuró tapar a Anick cabeza y todo.

—¿Sabes lo que pareceremos desde abajo, Anick? Dos ángeles colocados en un altar.

Rió, con un ataque nervioso incontenible. Anick suplicó: —No se ría, mademoiselle. Me da miedo.

Fani procuró dominarse.

—Es que… estoy acordándome de algo que decía mi abuela —explicó, tiritando de frío—. Solía decirme: «Procura estar siempre segura y bien abrigadita, Fani…»

Segura y abrigadita.

Las sombras de abajo habíanse disipado gracias a la luz de las llamas, que ahora salían a través de los cristales rotos, iluminando toda la pradera.

¿Dónde estaría Claude?

El frío iba apagando sus facultades y ya apenas recordaba quién era Claude ni quién era ella misma. Los brazos de Anick rodeaban su cintura y se aferraban a su cuerpo, contagiándole su temblor. Si la ayuda no llegaba pronto, las dos caerían abajo, vencidas por el frío y el cansancio.

Las velas, pueril intento de llamar la atención, habíanse apagado casi inmediatamente. Y, de todos modos, no sería fácil divisarlas entre el brillo cegador de las llamas.

El ruido de un motor las sobresaltó, creyendo que por fin acababa su larga espera. Pero vieron pasar a una velocidad insensata el pequeño coche oscuro de Claude, que había atropellado a Fani días antes.

El coche saltaba sobre el tortuoso y resbaladizo sendero, rodeado de abetos, hundiendo las ruedas en el barro y saltando sobre las gruesas piedras arrastradas por la lluvia. Las luces de los faros permitían seguir su alocada trayectoria, y ambas contemplaron con estupor cómo se afanaba en correr hacia una muerte segura.

—¡Va a estrellarse! —gritó Anick.

Y volvió a cerrar los ojos, para huir de aquel mundo atormentador en el cual se zambullera hacía unas horas.

Un gran estrépito de cristales les hizo temer lo peor. Pero sólo se trataba de un ventanal que se había venido abajo.

¿Volvía el coche de Claude…? Entre la espesura de los abetos advirtió los faros que subían por el sendero… Pero detrás aparecían otros faros. Y otros más detrás.

Por fin alguien acudía en su auxilio. El incendio debía de haber sido advertido desde lejos.

—Ya vienen, Anick… —gritó con un sollozo.

Y entonces se permitió el lujo de llorar de verdad.

XXVI

Él estaba a su lado cuando Fani abrió los ojos a un mundo nuevo. La habitación desconocida era bonita y alegre, con sus paredes amarillas y sus cortinas de flores. Un gran ramo de rosas dentro de un jarrón verde le dio una silenciosa bienvenida.

«No es posible que todo esto tan bueno me esté pasando a mí», fue su primer pensamiento. Pero la mano de Carlos, que apretaba las suyas, era sólida y positiva, y volvió a cerrar los ojos y a gozar del bienestar.

No le duró mucho, porque los recuerdos se agolparon en su cabeza, y se volvió a ver con Anick, en el reborde de la fachada de Dieudonné, contemplando las llamas, que cada vez alcanzaban más altura, y también al grupo de personas reunidas un poco más lejos, que gritaban y se agitaban tratando de prestar ayuda.

Estaban los padres de Anick y también Antonio, creyendo que representaba un papel a lo Humphrey Boggart, y, por supuesto, Carlos. Todos trataban de hacer algo útil mientras llegaban los bomberos.

Y lo hicieron, con unas mantas sacadas de los coches. Anick se tiró la primera. Poco después lo hizo ella, y en el preciso instante en que se lanzaba por los aires percibió a lo lejos una terrible explosión en el camino que bajaba hacia la autopista. Con rápida intuición gritó:

—¡Dios mío…! Es el coche de Claude.

O creyó que había gritado, porque casi inmediatamente perdió el sentido de las cosas.

Se esforzó por abrir nuevamente los ojos y vio otra vez la bonita habitación y el rostro de Carlos inclinado hacia ella.

—¿Anick…? —preguntó con un susurro de voz.

Y él apretó su mano, comunicándole su vitalidad.

—Está perfectamente, en casa. Con sus padres. —Subrayó—: Con los dos. Se siente muy feliz.

Ella también se sentía feliz. Titubeó antes de hacer la segunda pregunta:

—¿Claude…?

Él desvió los ojos, y Fani pudo observar el cansancio que le aniquilaba.

Repitió:

—¿Claude…?

Y Carlos bajó la cabeza sin decir nada.

—Se incendió su coche, ¿verdad?

—Rodó por la ladera y estalló en la autopista.

Cayó en un profundo sopor, con las manos de Carlos entre las suyas.

Muchas horas después despertó, sintiéndose mejor. Carlos ya no estaba allí, pero una enfermera solícita acudió a su lado portadora de una reconfortante taza de caldo.

Entonces se dio cuenta, al tratar de incorporarse, de que le dolía un pie y de que lo llevaba vendado.

—¿Qué le sucede a mi pie? —preguntó a la enfermera.

—Una ligera luxación. Ha tenido usted mucha suerte. Y es, además, una chica afortunada, llena de amigos. Todos han estado desfilando por la clínica. Monsieur de Vindry envió aquellas rosas. Ahora hay una joven que está esperando fuera y que se obstina en verla. ¿Se siente con fuerzas para recibir visitas?

Dijo que sí, porque ardía en deseos de saber… Y vio entrar a Lisette, con un pequeño ramo de flores del jardín. De pura emoción, la muchacha se echó a llorar.

—¡Oh mademoiselle! ¡Qué cosa tan terrible…!

—Ya pasó, Lisette. No llores.

—Creí que Anick y usted habrían muerto… ¿Se encuentra bien…? —Fani la tranquilizó con una sonrisa—. La niña está radiante, con papá y mamá junto a su cama. Los tres parecen felices.

—¿Y… madame Leontine…? ¿Regresó de Lausana?

—Se fue directamente a Zurich. No sabía nada de toda esta historia, pero, hace un rato, monsieur Laurent la llamó por teléfono y le rogó que se quedara algún tiempo por allá, porque madame De Vindry había vuelto a

tomar posesión de su casa. Los gritos de su hermana se oían a través del hilo.

—¿Y qué hacía en Zurich madame? —quiso saber Fani.

—Eso se lo diré yo. —La voz de Pietro se alzó desde la puerta—. ¿Puedo pasar?

La enfermera hizo salir a Lisette.

—Sólo un visitante cada vez.

Pietro, vestido como un figurín, tomó asiento cerca de la cama.

—¿Qué es lo que siente por dentro una heroína…? —preguntó a bocajarro con su peculiar desenvoltura.

Fani miró alrededor.

—¿Dónde está la heroína…?

—No se haga la modesta. Anick nos lo ha contado todo.

—Ya conoce la imaginación de Anick.

—No creo que esta vez haya inventado mucho. —La miró con afecto—. Debe usted de haberlo pasado muy mal… Pero se realizó el milagro. La bonita Oriana Campi regresó al hogar. ¿Quién lo hubiera dicho? Laurent y Oriana sostuvieron una interminable conversación durante toda la noche, mientras velaban el sueño de su hija. Del diálogo salió la luz, y salieron la confianza y el mutuo respeto. Nuestro monsieur Laurent no tocará más sonatas tristes al piano.

Al menos, el viaje de Fani a Suiza había servido para algo. No sólo para acumular catástrofes.

—¿Y madame Leontine…?

—Nos encontrábamos en Lausana mientras Anick y usted luchaban contra las llamas. Yo, a mi vez, trataba de apagar el fuego encendido entre Andrée y su tía, que se pelearon por causa mía de una manera que turbaba mi natural modestia.

Fani sonrió sin poder evitarlo.

—Pietro Vergani, el hombre más vanidoso del mundo… —apuntó.

—Pero yo no soy sólo Pietro Vergani. Soy también, desde ayer, el futuro suplente de monsieur Dupin.

En aquel momento, Fani no recordaba quién era monsieur Dupin. Se lo hizo notar.

—¿Cómo puede haberse olvidado del «difunto» de nuestra Andrée? De aquel santo varón que la dejó viuda y millonaria…? Hice oposiciones al cargo vacante, y Andrée y yo nos casaremos muy pronto. Lo decidimos ayer, y se lo comunicamos a tía Leontine, que sufrió un desmayo. Luego, tía y sobrina intercambiaron horrendos insultos mientras tomaban tacitas de té, y mi ex patrona se largó furiosa a Zurich, tierra de sus amores, donde aún reside una vieja amiga a la que cuenta todas sus penas. Una mala pécora como ella. Sin que se hubiera repuesto del golpe, la pobre Leontine recibió la llamada de su hermano, dándole el parte oficial de su reanudación de amores con la ex madame Vindry. Supongo que tendrán que volver a casarse ante el juez. Vamos, anime esa cara. Felicíteme ahora a mí. Soy otro novio feliz. Me casaré en seguida. No quiero que mi viuda maravillosa se me escape… Es tan alegre, tan femenina, que me hace sentir varonil, rudo y peludísimo. Llena mi vida de sensaciones achampanadas…, si comprende usted lo que quiero decir. Espero que asista a la boda. Y ya lo sabe. En mi finca de Lausana será siempre bien recibida.

Se fue, con su buen humor y su alegría permanentes. Fani cayó en un sueño tranquilo, que duró hasta el siguiente día.

Fue despertada por la visita matinal del joven médico, moderno y aséptico, que hacía juego con la clínica, también moderna y aséptica.

—Está muy bien. Puede levantarse un poco, tratando de no apoyarse en el pie vendado.

Y desapareció, en busca de nuevas y difíciles batallas. Totalmente distinto al viejo doctor Lacoste. Otros tiempos…, otros personajes…

Laurent de Vindry acudió a visitarla a mediodía, portador de la mejor caja de bombones que Fani poseyera en su vida. Se sentó en la silla junto a la cama y, sin pronunciar una palabra, le dio un inesperado beso en cada mejilla.

—Gracias, Fani. Toda la vida agradeceré lo que hizo por Anick.

Fani enrojeció inmediatamente. Aquel fabuloso Laurent tenía siempre la virtud de azorarla.

—Pero si no hice nada… —protestó.

Y él alzó una de sus bellas manos de pianista.

—Sé exactamente lo que hizo. Mi hija me lo ha contado. Pero ahora debe procurar olvidarlo. Todos tenemos mucho que olvidar.

Fani no supo qué decir, aunque su corazón agradecía las frases amistosas. Hubiera podido alegar que, por su causa, Anick se había visto arrastrada a una horrible aventura. Pero ignoraba lo que Carlos habría explicado a Laurent acerca de Claude y no quería ser indiscreta.

—Ha vivido usted la intimidad de mi familia y se ha visto obligada a soportar nuestros desentendimientos —habló él, con su lentitud habitual—. Por ello tiene ahora derecho a saber que Oriana y yo somos felices. —Su serenidad se alteró un poco, y desvió la mirada hacia otro lado—. Los terribles errores han sido aclarados y vamos a empezar una nueva vida, lejos de aquí. Adelantaremos nuestro viaje a México, donde permaneceremos unos años. La «Maison du Lac» será vendida, y a nuestro regreso elegiremos un nuevo hogar, sin malos recuerdos. —Se levantó y dio una vuelta por el cuarto—. En cuanto el médico la dé de alta, vendremos a buscarla para llevarla a casa. Oriana quiere cuidarla a usted personalmente. Y Anick me ha encargado le transmitiera todo su cariño. No tiene ni un solo rasguño… y la alegría actual le hace olvidar el mal rato. No creo necesario decirle que la oferta acerca del viaje a México sigue en pie. Todos nos sentiríamos felices si nos acompañara…

Se fue, dejándola turbada y, como decía la abuela, «reventando de pensamientos». Abrió la caja de bombones e invitó a la enfermera. Luego, con su ayuda, dio unas vueltas por la habitación y se arregló en el contiguo cuarto de baño.

Se llevó un espejo a la cama, para contemplarse más despacio. Estaba un poco demacrada, pero podía pasar. El pelo, recién cepillado, brillaba suavemente. Su tostada piel había empalidecido algo al perder su sol mediterráneo. Pero se encontraba bien, teniendo en cuenta todo lo sufrido. El teléfono ya no la asustaba. El misterioso señor X que la telefoneaba estaría ya en Madrid, recibiendo órdenes para ocuparse de nuevas intrigas. En la Financiera, el buen nombre de Estefanía Navarro luciría como una placa bien dorada. Podría pasar por delante de las oficinas con la cabeza muy alta cuando regresara al «Piso Tremendo».

Pero no tenía ahora el menor deseo de regresar al «Piso Tremendo».

Cuando por la tarde llegó Carlos, comprendió, por la gravedad de su rostro, que regresaba de dar sepultura a la desdichada Cécile, que para Fani siempre continuaría siendo Claude. Por fin reposaría junto a su querido Berti.

Carlos no dijo nada. Se sentó junto a ella y sus manos se encontraron, intercambiando su calor. Luego sonrió y le acarició el pelo.

—Siempre me ha gustado este pelo, de varios colores, agitado y rebelde como tú.

No hablaron de Claude. ¿Para qué? La conversación resurgiría más adelante, cuando las heridas estuvieran cicatrizadas. De momento, Fani se sentía feliz mirándole y sintiéndole cerca. Repentinamente se alarmó:

—¿Cuándo piensas marcharte…? De Suiza, quiero decir. Supongo que tendrás que reintegrarte a tu trabajo en seguida.

Tendrían que separarse. Y la sola idea la enfermaba.

—He pensado… —empezó a decir él. Pero en lugar de decir lo que había pensado, se inclinó sobre la cama y acercó su moreno rostro a pocos centímetros de ella—. La vida es curiosa…, ¿verdad, pequeña Fani…? ¿Existe alguna razón especial para que a la primera mirada nos hayamos sentido desesperadamente atraídos el uno hacia el otro…?

—Yo también me hago la misma pregunta. ¿Qué nos ha pasado…?

—Si lo supiera, se lo gritaría a todo el mundo, para que la humanidad pudiera aprovecharse de una sensación incomparable.

—Soy una chica vulgar, llena de defectos.

—No me digas cuáles son. Me gustará ir descubriéndolos uno por uno. Desde el primer momento empezamos a regañar, en aquella mañana de Dieudonné. Todo pareció ir mal entre nosotros… Y sin embargo…

—¿Y sin embargo…? —repitió ella.

—No puedo soportar ahora la idea de dejarte, de decirte adiós.

—Yo tampoco la podría soportar.

—Lo ignoro todo de ti y tú lo ignoras todo de mí… Seguramente serás una insoportable oficinista que ni siquiera sabe guisar… ni hacer una limpieza general… —bromeó.

Y su mano continuó acariciando su pelo, su frente, sus mejillas y bajó hasta el cuello, pasando los dedos sobre los suaves hoyos de las clavículas.

—… y tú quizá serás uno de esos hombres que no hablan una palabra cuando llegan a casa… —prosiguió ella.

Descubrió una luz hambrienta en sus ojos, un ansia de felicidad desconocida para él desde hacía demasiado tiempo.

A la vez se inclinaron el uno hacia el otro, y sus bocas se juntaron, intercambiando su fuego interior.

«Si yo pudiera describir a los demás este placer inmenso… —pensó Fani subconscientemente—. Este éxtasis jamás sentido… Esta maravillosa sensación de estar fuera del mundo…»

Pero nadie había conseguido nunca expresar con palabras toda la embriagadora sensación del amor. Bebió el olor de Carlos, lo sintió en su boca, en su garganta… Permanecieron unidos, apretados uno contra el otro, piel contra piel…

—He pensado… —dijo él al fin—. Esperaré un par de días, hasta que te sientas más fuerte. Y luego vendrás conmigo a Agadir. La empresa «Fontana» está falta de personal… —bromeó mirándola a los ojos—. Trabajarás junto a mí y nos iremos conociendo… No se puede quebrar con torpe precipitación este delicioso milagro. Cuando se acabe mi contrato en África, nos iremos a otro lado.

—No importa dónde vaya…, siempre que tú estés allí.

Volvió a besarla, y Fani pensó, meciéndose entre nubes: «Encontré mi hombre en Ginebra. Donde menos lo esperaba.»

Bajo sus labios tuvo la sensación de que estallaría en una llamarada de fuegos artificiales.

—¿Qué nos ocurre, Carlos…? —volvió a preguntar, jadeante.

Él lanzó una risa feliz.

—¡Que estamos completamente locos! ¿No te has dado cuenta…?

Sintió un deseo absurdo de gritarle a la abuela:

«Por fin encontré unos brazos donde me siento "abrigadita"… Como tú ambicionabas…»

Y en alegre respuesta creyó oír los sonidos del arpa interpretando himnos triunfales…

FIN

Table of Contents

Mi hombre en ginebra
Copyright
EL SEÑOR X, EN RUTA HACIA GINEBRA
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI